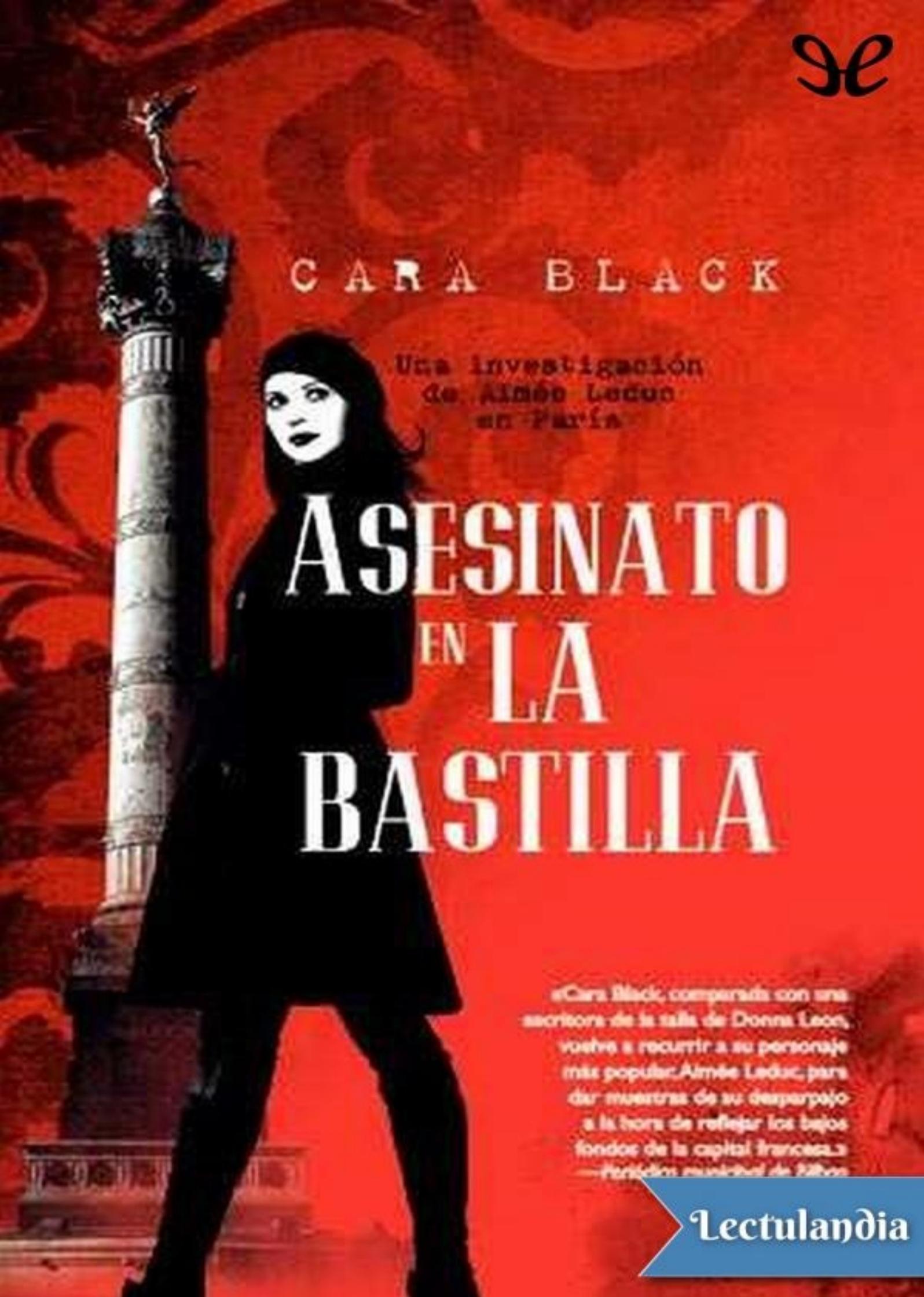


CARA BLACK

Una investigación
de Almée Leduc
en París



ASESINATO EN LA BASTILLA

«Cara Black, comparada con una escritora de la talla de Donna Leon, vuelve a recurrir a su personaje más popular, Almée Leduc, para dar muestras de su desparpajo a la hora de reflejar los bajos fondos de la capital francesa.»
— Periódico municipal de Bilbao

Lectulandia

Aimée Leduc se encuentra cenando en un elegante restaurante cuando una mujer, ataviada con una chaqueta muy similar a la suya, abandona el local dejándose el teléfono móvil en la mesa. Aimée la sigue para devolvérselo, pero es atacada en un oscuro callejón. Al despertar en el hospital, maltrecha y ciega, descubre que la mujer a la que seguía ha muerto a consecuencia de un brutal ataque, cerca de donde ella misma fue asaltada. Lejos de sumirse en la autocompasión, la joven detective está decidida a ir hasta el fondo del asunto: ¿Ha sido víctima de un asesino en serie?, ¿o acaso fue una confusión de identidades? ¿Será que alguien está realmente persiguiendo su muerte? Ciega o no, está dispuesta a llegar al fondo del asunto.

Lectulandia

Cara Black

Asesinato en la Bastilla

Aimeé Leduc - 4

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2017

Título original: *Murder in the Bastille*
Cara Black, 2012
Traducción: Silvia Melón Carraro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a todos los fantasmas, del pasado y del presente.

Quiero agradecer la generosidad de las personas que han compartido tanto su conocimiento como su tiempo conmigo: la inteligente Kathleen Knox y su perro guía Thai; Ron Hideshima, inestimable instructor de Access Technology, Living Skills Center para personas con discapacidad visual; Bill Simpson, Donna y el personal del Rose Resnick Lighthouse; el grupo Tuesday; Steven Platzman; Grace Loh, por su visión y perspicacia; Jean Satzer, por estar siempre ahí; Dot Edwards, quien lo vivió y lo compartió; *toujours*^[1] James N. Frey; Ron Huberman; la oficina del fiscal del distrito de San Francisco; el doctor Eddie Tamura, por su experiencia y sus conocimientos; Mike Hakershaw; mi alma *soeur* Marion Nowak; el doctor Terri Haddix y todos los *amis* librereros.

En París: *merci* a Anne-Françoise Delbague, por su inteligencia, simpatía y ayuda acerca de la Bastilla; a la residencia Saint Louis; a Carla, Kathleen y Marcus Haddock *et* a Sarah, Martine, Gilles, Lesley, Gala; a la librería Brentano's de la avenue de l'Opéra; a Isabelle *et* Andi; a la oficial Cathy Etilé y al comandante Michel Bruno del *Commissariat Central du 12e Arrondissement*, quien respondió a *tout* y más.

A Linda Allen por su apoyo; un profundo agradecimiento a Laura Hruska, quien anima a asumir riesgos... de los grandes; a Shuchan, mi hijo, y a Jun, quien aguanta todo esto.

«No estás vivo hasta que no te das cuenta de que estás viviendo».

—UN GRAFITI EN UN MURO DE PARÍS

«En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey».

—ERASMO DE ROTTERDAM

París, octubre de 1994

Lunes, por la tarde

Aimée Leduc sintió correr el aire y las velas flotantes titilar, mientras una mujer que murmuraba algo por su teléfono móvil, vestida con una chaqueta negra de seda china idéntica a la suya propia, tomaba asiento en la mesa del restaurante situada junto a ella.

Estupendo. Solo alguien con la suerte de Aimée podía coincidir con otra persona con la misma chaqueta que ella esa misma noche. Durante un momento, mantuvo contacto visual con la mujer. Unos mechones rubios despuntados enmarcaban su cara. La mujer le correspondió con una mirada penetrante. La vena que le recorría la sien le sobresalía y destacaba en su, había que admitirlo, rostro perfectamente maquillado.

—¡Cómo lo iba a saber! —le dijo Aimée.

—Podría ser peor. —La mujer se encogió de hombros, como si llevar la misma prenda que su vecina de asiento fuera la última de sus preocupaciones. Aimée se dio cuenta de su mirada asustada antes de darse la vuelta.

Alrededor de ellas, bajo una iluminación de candelabros de estilo etrusco de cristal rojo, los parisinos bebían, comían y fumaban. Para ir a este *resto* exclusivo, antiguamente un mercado de carne, con sus vigas de madera y sus ganchos oxidados, tenía que reservar con semanas de antelación. Pero su cliente, Vincent Csarda, el director de Populax, una *agence de publicité*, nunca había tenido problemas a la hora de conseguir una mesa.

El tintineo de los vasos y las copas y los gritos de los camareros hacían que a Aimée le resultara difícil oír las palabras del hombre. Vincent, el cerebro que estaba detrás de su agencia de publicidad, quien se encontraba sentado frente a ella, trinchaba sus escurridizos *ziti con vongole* mientras hablaba.

—Pero yo solo soy el *mec* que está atrapado en medio. Mi agencia subcontrató la campaña de Incandescent hace solo dos semanas —dijo él. Su pelo corto bien peinado y su pajarita roja desentonaban con el resto de la multitud que allí se encontraba, vestida con los atuendos de moda para ir a cenar fuera. Era más bajo que Aimée. Vincent, que estaba en la mitad de la treintena, era una persona nerviosa. Ella intuyó que estaba así de delgado por el exceso de trabajo y de café. Deseó que tanto el trabajo como los expresos tuvieran el mismo efecto en ella.

Aimée sabía que debería estar en casa preparando su apartamento para los obreros y empaquetando sus cosas. Se debatía entre echar a correr y pedir un taxi o seguir escuchando más excusas de Vincent, que permanecía sentado frente a ella.

—*Tiens* —dijo el hombre—, ¿fue culpa mía que Incandescent fuera una tapadera y blanqueara dinero para un traficante de armas?

—Vincent, los tribunales lo ven de otra manera —expuso Aimée, deseando que él pudiera aceptar los hechos. Pero Vincent exigía el control. El control absoluto. ¿No lo

tenían todo?—. Los correos electrónicos y las descargas de documentos constituyen una prueba judicial. Tenemos que entregar el archivo de su campaña de publicidad de la Ópera para las giras nacionales y rusas.

—Pero mi campaña de publicidad de la Ópera no tiene nada que ver con ellos. Me niego a dejar que esta investigación empañe la reputación de mi empresa.

Ella sonrió levemente. Al fin y al cabo, se trataba de un cliente que le estaba pagando.

—Mi contacto en la policía *judiciaire* dice que va a haber una citación de manera inminente —dijo ella—. Cuente con ello. Será mejor que les entregue de forma voluntaria su disco duro.

No era la primera vez que lamentaba las referencias que su mejor amiga Martine le había proporcionado. Martine y Vincent eran socios en *Diva*, una nueva revista. Martine, exdirectora de *Madame Figaro*, inteligente y puesta al día, hacía el trabajo mientras que Vincent era el socio capitalista. Su amiga había enloquecido preparándolo todo para el lanzamiento que tendría lugar esa misma semana.

La mujer sentada a su lado fumaba de forma automática. Tamborileaba sus largas uñas moradas sobre la mesa, luego se encendió otro cigarro y lo posó sobre el cenicero.

Aimée reconoció el color del esmalte de uñas (violeta vampiresa, anunciado como una armadura urbana para las chicas que nunca paran) porque era el color que tenía pensado comprar. Intentaba ignorar las espirales de humo. Hacía cuatro días que había dejado de fumar.

De nuevo.

Las uñas de Aimée estaban desconchadas, de color verde gigabyte, necesitaban una manicura. Al menos, su cabello con mechadas doradas y su bronceado fruto de una semana en Cerdeña, la ayudaban a encajar en la sofisticada multitud.

¿Habían ido a parar todas a la misma *boutique* en la rue Charonne? ¿Y se habían comprado todas el supuesto «único modelo» del vestido ajustado con botones a un lado con la chaqueta a juego en cada una de las franquicias? Aimée solo se había podido permitir la chaqueta con los botones de *mahjong*, a diferencia de su vecina de asiento, quien también llevaba puesto el espectacular vestido de tubo a juego.

Le llegaba el aroma de la albahaca fresca y el ajo asado procedente de la mesa de al lado. Cuando Aimée volvió a echar un vistazo, la mujer había apoyado el menú contra un cenicero y había desaparecido.

Estallaron carcajadas en el bar. Cerca, se oía el sonido de las sillas al arrastrarse sobre las baldosas del suelo. *Es el momento de llegar a un acuerdo, limar las asperezas con Vincent y hacerle cooperar*, concluyó mentalmente Aimée. Después, podría marcharse.

—Sacar a relucir los trapos sucios de mi empresa dará pie a rumores —dijo Vincent—. Rumores perjudiciales.

Mentalmente, ella afirmó. ¿Por qué ser un aperitivo servido antes del plato

principal en una investigación de armas extranjeras? Pero una vez que la *procuratrice* tenía algo en su expediente judicial, siempre había de qué preocuparse.

—Vincent, cálmese. Entregaremos el disco duro...

—Me pagan para tratar la información de mis clientes —interrumpió él—. No para enseñársela a usted. Ni a la *judiciaire*. No tienen ningún derecho a ver mis documentos ni mi base de datos de clientes.

Ella quiso desviar su enfado, centrándose en los temas pendientes relacionados con la seguridad informática.

—En esto sí que hay buenas noticias. Hemos desarrollado nuevos *firewalls* de forma que los ataques cibernéticos ya no representan una amenaza para Populax —dijo ella, sirviéndole agua mineral con gas Badoit en su vaso. A Vincent, los *hackers* le suponían una preocupación constante.

—Esa la razón por la que le pagamos a usted y a Leduc Detective. —Se levantó. Bajito como era, incluso metido en su chaqueta arrugada de sirsaca, llamaba la atención—. Mi abogado acabará con todo esto. ¿Por qué no puede codificar el archivo de Incandescent? ¡Nos ahorraría problemas innecesarios!

—Demasiado tarde. Mire, René y yo le instalamos el sistema —dijo Aimée—, pero debemos actuar acorde a la ley. La codificación es ilegal. Conozco a la *proc*, es una mujer razonable.

Le lanzó una mirada dura.

—¡Le pagamos para tener seguridad! —Vincent sacó de su maletín el contrato entre la agencia y Leduc Detective, lo rompió y esparció los trozos, como si fuera queso parmesano, sobre la pasta de Aimée.

Vincent bordeó al camarero que traía el segundo plato, *artichauts au citron*. Ella se puso de pie para detenerlo. Pero él había salido corriendo por la puerta, desapareciendo por el laberinto de pasajes que ensartaban el *quartier* de la Bastilla.

A Aimée se le quitó el apetito. ¿Por qué habían salido tan mal las cosas? Una empresa multimillonaria transparente quedaba mejor entregando de forma voluntaria su disco duro a la *judiciaire* en lugar de ocultarlo. A nadie le gustaría verse implicado en un caso de blanqueo de capital, pero ¿tenía Vincent, su propio *chef d'opérations*, algo que esconder?

Además de ella, el cigarrillo de la mujer que tenía la marca de un pintalabios color violeta vampiresa (a juego con el esmalte de uñas) se consumía en el cenicero. En vez de encenderse su propio cigarro, Aimée se metió en la boca un chicle de Nicorette.

Le daba pavor llamar a René, su socio, y contarle el arrebato de Vincent. A René se le daban mejor que a ella los clientes difíciles. Como él mismo solía señalar, la falta de tacto de ella representaba un obstáculo insalvable. Pero el resultado final era que, si no facilitaban el correo electrónico y los datos citados, estarían desobedeciendo la ley. Incluso aunque Vincent hubiera hecho añicos el contrato.

A continuación reparó en el teléfono móvil que estaba en el asiento próximo a

ella. El que la mujer había estado usando. Se le debía de haber olvidado.

Perder un teléfono móvil era algo fastidioso; ella había extraviado el suyo y tuvo que reemplazarlo, justo el mes pasado. Cuando fuese a salir, le daría el móvil al *maître*.

El camarero le pasó la cuenta. ¡Un final perfecto para una comida perfecta! Se lo cobraría del anticipo de Populax cuando les mandase la factura.

Después, el *maître* regresó a la mesa y le devolvió su tarjeta de crédito encogiéndose de hombros.

—No se admiten tarjetas de crédito, *désolé*.

Así que tendría que deshacerse del efectivo que llevaba encima. No habría taxi esta noche. Le quedó el cambio necesario para coger el *métro*.

Según iba dándole vueltas a cómo le iba a comunicar la noticia de su reunión fallida a René, esperando a que la caja registradora se abriera para que le devolviese algunos francos de vuelta, el teléfono sonó.

Respondió automáticamente, sujetando el aparato con la barbilla y el hombro mientras recogía el cambio, balanceándosele su pesada mochila.

—Por el amor de Dios... olvida tu orgullo —dijo una voz masculina, apenas audible debido al murmullo de la conversación y los compases musicales procedentes de un acordeón de fondo—. Encuéntrate conmigo en el passage de la Boule Blanche, dame una oportunidad más, déjame explicarte el motivo...

—Pero...

Una melodía familiar flotaba en el ambiente. Como si se tratara de una de las canciones que su abuela tocaba con el acordeón. Pero Aimée no podía reconocerla.

—No digas que no, no aceptaré un no por respuesta.

El teléfono se apagó.

La detective se quedó mirándolo. La carcasa llevaba las iniciales «J. D.». Miró a través de la ventana y vio a la mujer desaparecer en el exterior.

—Esto es de aquella señora, la que lleva puesto la misma chaqueta que yo. ¿Sabe cómo se llama?

El *maître* se encogió de hombros nuevamente.

—Lo siento, *mademoiselle* —dijo—. Está siendo una noche muy ajetreada.

—¿Y mi recibo? —Pero el aturdido *maître* se había dado ya la vuelta para atender y sentar a un grupo de clientes que estaba esperando.

Ella echó mano a la caja registradora para hacerse con su factura. Presionó el botón de rellamada del teléfono. Un zumbido seco. Extraño. ¿Qué debía hacer?

La esquina del restaurante quedaba frente a la oscura place Trousseau. Edificios de apartamentos de estilo barroco de finales del siglo XIX con balcones de filigrana de hierro bordeaban la tranquila plaza. Frondosos plataneros tapaban la valla negra de hierro que la rodeaba. La mujer había desaparecido.

A Aimée le resultaba familiar el cercano passage de la Boule Blanche; solía tomarlo como atajo. El *Cahiers du Cinéma*, una revista cinematográfica que tenía sus

oficinas en la mitad del paso de un patio frondoso, había sido su cliente el año pasado. Además, también se había unido a su club cinematográfico. Dado que el pasaje quedaba de camino al *métro*, decidió devolverle el teléfono al hombre que había llamado... Así lo resolverían ellos.

Le aterraba la idea de que, al llegar a su apartamento en la isla Saint Louis, tendría que ponerse a hacer cajas. Y todavía le quedaba encontrar los cables adaptadores del portátil. Tenían que estar en algún sitio del único armario que había, de seis metros de altura y repleto de alfombras de Savonnerie gastadas y enrolladas.

El hermano de Martine, destinado en Shangai, le había subarrendado su apartamento, hasta que la remodelación (que se tenía que haber hecho mucho tiempo) del cuarto de baño y de la cocina de su apartamento hubiera finalizado.

A la entrada del pasaje, las farolas de la rue du Faubourg Saint Antoine iluminaban los carteles semidespegados y un letrero adherido a la pared de piedra que decía: «Meubles décoratifs». Una barrera metálica a la altura de la cadera, un aviso de *interdit aux piétons* y materiales de construcción bloqueaban el paso. Los inquilinos del pasaje debían de haber ignorado la señal, ya que la barrera estaba echada a un lado y había un camino entre los escombros.

Más adelante, la cubierta plana que cubría el pasaje estaba caída y dejaba ver el cielo. El pasaje filiforme flanqueado por estrechos y amenazantes edificios parecía terminar en unas lejanas sombras moteadas.

—*Excusez-moi?*

El eco de su voz y el remoto maullido de un gato fue lo único que le llegó a sus oídos. Goteaba agua procedente de algún sitio. A última hora de la tarde, muy calurosa para ser octubre, la humedad de los líquenes incrustados a las tuberías la helaron.

—*Monsieur?*

¿Por qué la persona que había hecho la llamada no respondía? Dijo que estaría esperando.

Cruzó la barrera, explorando el oscuro pasaje, esperando en la quietud de la sombra una respuesta. ¿Se habría dado por vencido el hombre?

Envoltorios de celofán crujían bajo sus babuchas de Prada, una ganga del mercadillo de Porte de Vanves. Usadas solo una vez. O eso era lo que le había dicho el vendedor antes de que ella le regateara hasta llegar a un precio por debajo de los trescientos francos.

El aroma de los jazmines en flor en un jardín oculto tras la húmeda pared impregnaba el ambiente. ¿El hombre estaba jugando a algún juego? Aimée no tenía tiempo para eso.

Uno de los teléfonos móviles que llevaba en la mochila comenzó a sonar.

Lo cogió.

—Mire, *monsieur*, una mujer se ha olvidado su teléfono y yo respondí. Me gustaría devolvérselo, estoy en el pasaje.

—¿De qué estás hablando? —respondió su socio—. Pensaba que estabas cenando con Vincent.

—Estoy en el passage de la Boule Blanche. Una mujer se dejó su móvil en el restaurante y estaba intentando devolvérselo.

—¿Qué ha pasado con Vincent?

Ahora tendría que admitir la espantosa verdad. Quería decírselo a René en persona.

—Estuvimos cenando tranquilamente en el restaurante hasta que Vincent hizo añicos nuestro contrato —dijo ella—. Luego, se fue haciendo sonar sus pasos, dejándome a mí la cuenta.

—*Tiens!* Aimée, deberías haber dejado que me encargase yo —dijo él. Ella pudo escuchar un gemido en la voz de René.

—No quiero mentir o engañar a los clientes.

—¡Siempre hay una primera vez! —bufó René.

—Al menos no para conglomerados como Populax.

—*Quel méli-mélo!* ¡Qué desastre! —dijo él—. La *judiciaire* se está poniendo seria con respecto a esto. Me han advertido que pueden acusarnos de obstrucción a la justicia más adelante.

Sonó un pitido en el teléfono.

—Espera, estoy en la oficina —dijo René—. Tengo otra llamada.

Aimée se abrió paso por el irregular camino hasta un punto más amplio. Allí no había ninguna ventana. Solo adoquines mojados bajo sus pies. Más adelante, sabía que ese pasaje se cruzaba con la poco alumbrada rue de Charenton.

Había dejado a su perro, Miles Davis, con una vecina de René, que actuaba como imitadora en un club en Les Halles. *Bon*, cogería el *métro* para volver a casa, donde arrojaría las cosas dentro de su maleta y luego le pediría a René que fuera a buscarla y que la llevara hasta el apartamento en el que estaría durante la reforma de su casa. Podrían discutir estrategias de actuación por el camino.

Olió algo picante y agrio. Oyó un movimiento de ropa. Aimée echó hacia delante su mochila de cuero y agarró con el puño sus puntiagudas llaves para defenderse. Antes de que pudiera darse la vuelta, unas manos que actuaban como mordaza le estaban rodeando el cuello, apretando y asfixiándola. Gritó, pero no emitió ningún sonido.

Se estrelló contra la pared, su cara fue a parar a la piedra moteada de musgo. El dolor se adueñó de su cabeza. Luego, se separó y volvió a estrellarse contra la pared. Se echó las manos a la garganta, forcejeando con las otras manos para quitárselas de encima y pedir ayuda.

Aire. Necesitaba aire.

El pánico la inundó. No podía respirar. Se retorció, se giraba intentando morder y arañar esas manos.

A lo lejos, escuchó cómo se hacía pedazos una botella, luego un disgustado

«merde», y después risas. ¿Se estaban acercando por el pasaje otras personas? Aimée vio una luz, oyó una respiración detrás de ella. Las manos se habían ido.

Algo húmedo se filtraba por su vestido. Escuchó el sonido de un timbre haciendo eco en la oscura pared. La última cosa que vio antes de perder el conocimiento fueron las estrellas entre los dentados tejados del cielo de París.

Lunes, por la noche

René Friant estiró sus cortas piernas, ajustándose los auriculares mientras escudriñaba la pantalla del ordenador de su escritorio. Las sombras ocupaban las esquinas de la oficina. Deseó estar en casa, no al teléfono con un enfurecido Vincent Csarda, quien había estado hablando sin ni siquiera parar a tomar aire durante al menos dos minutos.

—Este fiasco de Incandescent podría hacerme perder la campaña publicitaria de la Ópera de la Bastilla —dijo Vincent—. Estamos intentando revitalizar el *quartier* —prosiguió—. No puedo verme involucrado en eso.

—Por supuesto, Vincent. Usted lo sabe, yo lo sé —dijo René, con un tono de voz tranquilizador. «Revitalizar» *adquiere un significado diferente dependiendo de la persona*, pensó René. Algunas zonas del *quartier* se habían convertido en *à la page*, en lugares de moda. Deterioradas fábricas orientadas hacia el sur se habían transformado en segundas viviendas y *lofts* para la *gauche caviar*. Estos liberales de limusina de la izquierda habían imitado al diseñador Kenzo, quien se compró un inmenso almacén en ruinas para que fuera su *atelier*, toda una ganga.

—Aimée y yo lo solucionaremos con la *judiciaire* —dijo, esperando haber apaciguado a Vincent.

Desde su silla ortopédica hecha a medida, René se fijó en las telarañas que colgaban en el alto techo sobre el mapa de París, el cual estaba dividido por *arrondissements*. ¿Dónde estaba el *passage* de la Boule Blanche?

Fuera, las oscuras siluetas de los árboles de la rue du Louvre rozaban las altas ventanas. A lo lejos, las farolas brillaban a lo largo del Sena.

—Vincent, el escándalo de Incandescent salpica a todas las empresas que han trabajado con ellos. Culpables por asociación, a menos que se pruebe lo contrario. Su empresa Populax no es una excepción. Dejemos que la *procuratrice* le eche un vistazo, dejémosla que lo vea con sus propios ojos.

—No entiende que...

—Vincent —René lo interrumpió, con un suspiro—, permítame que hable con el secretario judicial a primera hora de mañana, y veamos qué puedo hacer.

Silencio. Vincent había colgado.

René se frotó los ojos, bajando la manivela de su silla y dándose cuenta de que aún le quedaban varias copias de seguridad por grabar. Y controlar los datos de hoy.

Después, recordó.

Había dejado a Aimée en espera.

Pulsó el botón para hablar con ella de nuevo. Y oyó el ruido de alguien ahogándose.

Lunes, por la noche, más tarde

Estallidos ardientes de dolor y parpadeos intermitentes por las intensas molestias asaltaron a Aimée. Una luz llegó hasta ella. Luego, una compresión fuerte y horrible se apoderó de su cabeza. Se expandió por todo el cráneo, machacándola. Nunca había sentido algo igual.

Abrió la boca para gritar empleando todo el aire que le quedaba. Su mundo reducido a profundos abismos de dolor. Un intenso escalofrío le recorrió la espalda. Todo quedó oscuro, confuso y borroso.

Después, vomitó. Por todas partes. Sobre su chaqueta de seda china. Alargó la mano para tocar lo que parecían hojas, mojadas y pegajosas de su propio vómito. Se cayó al suelo, sus uñas se clavaron en la piedra. Los estorninos nocturnos se burlaban por encima de ella.

La voz de René sonaba a lo lejos.

—¡Aimée, Aimée! ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? ¿Sigues ahí?

Estaba al otro lado del teléfono... pero se le oía tan distante. Ella intentó hablar, pero su boca no le respondía. No salió ninguna palabra. Ninguna súplica de rescate. Ningún sonido.

Martes, a la una de la madrugada

Un monótono pitido penetró, poco a poco, en la conciencia de Aimée, capa por capa. Era como si su cabeza estuviera llena de algodón y su boca repleta de gasas secas. Le pesaba la cabeza, la sentía rota e hinchada. Un dolor y una vibración constante y, luego, un ruido sordo distante.

Resonaban voces procedentes de un altavoz magnético y algo húmedo le recorría la mejilla. Lo apartó con fuerza.

—Le hemos cortado la hemorragia cerebral, *mademoiselle* —dijo una voz.

—¿A qué se refiere? —Al menos eso era lo que pretendía decir, pero sus palabras se trabaron al salir. No podía concentrarse. Todo parecía húmedo y gris, cubierto por la niebla.

—Menos mal que su amigo la trajo hasta aquí. Si hubiera pasado más tiempo, probablemente no lo hubiera contado.

—Pero ¿dónde estoy?

—En el hôpital Saint Antoine. *Tiens!* El neurocirujano ha reparado la pared de la vena desgarrada en su cerebro.

Sus palabras eran confusas y se desvanecían.

—Tiene una malformación venosa —continuó explicando—. Congénita, no es algo que tuviera que saber. Pero la presión que recibió en el cuello provocó que la vena reventase.

Aimée había dejado el curso preparatorio para la École de Médecine, pero aún se acordaba de las hemorragias cerebrales.

—¿Qué quiere decir?... ¿Me han hecho una cirugía cerebral?

—Toda la operación se ha llevado a cabo introduciendo un catéter hasta la vena colapsada y embolizándola. Sin cortes. ¡Considérese más que afortunada por esta vez!

—Pero doctor...

—Shhh... duerma un poco —dijo él—. La ayudará a aliviar el dolor.

Sintió un pinchazo en el brazo, luego, un frío glacial.

Más tarde

—Para o vomitarás de nuevo.

La densa niebla gris había cambiado.

—¿René? —preguntó Aimée.

—¿Quién si no? —respondió él.

Tenía que levantarse, salir de debajo de aquella oscura cosa pesada.

—Quítame la manta de encima, René —le pidió—. Por favor, está demasiado oscuro.

No obtuvo ninguna respuesta. Extendió el brazo para apartarse aquello que tenía encima, pero lo único que notó fue piel, unos brazos... unos brazos cortos.

—¡René!

—Deja de moverte —dijo él—. Acabas de devolver sobre el linóleo, que sí que se lo merece, y sobre mí, que no me lo merezco.

—*Désolée*, pero no puedo ver dónde estás —objetó ella.

Hubo una pausa.

—Tranquilízate —dijo René.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó ella. Sus dedos recorrieron el brazo de él hasta llegar a los hombros.

—Estás en una camilla. Tienes que quedarte quieta.

—¿Dónde estamos?

Sintió que sus grandes y cálidas manos le agarraban las suyas.

—En la clínica del hôpital des Quinze-Vingts, Aimée.

—Pero eso es... eso es —dijo ella, esforzándose por incorporarse— el hospital oftalmológico... —Estaba muy oscuro. No podía ver nada—. Quítame esta venda de los ojos, René.

Hubo silencio.

Se palpó los ojos. Ninguna venda.

Unos pasos se detuvieron delante de ellos.

—*Monsieur* Friant, por favor, ayúdeme a llevar a *mademoiselle* Leduc hasta el doctor Lambert a la sala de reconocimiento.

Sería algo complicado de llevar a cabo debido a que ella era más alta que René, un enano robusto de un metro veinte de estatura.

—No necesito la ayuda de nadie —dijo ella—. ¡Puedo caminar!

—Quédate quieta.

Pero Aimée se incorporó, aunque luego no sabía hacia dónde girar, ni tampoco dónde estaban sus pies cuando pensaba que estaba de pie. Lo único que sabía era que había aterrizado sobre una superficie dura y resbaladiza y que después vomitó nuevamente.

Una vez que la hubieron limpiado, se prometió a sí misma que no lloraría. En aquella oscura niebla donde lo único que reconocía eran sonidos y texturas, al menos, había resuelto que no permitiría que la vieran llorar.

Martes

—*Mademoiselle* Leduc —dijo el doctor Lambert—, tiene un bulto en la cabeza del tamaño de...

Aimée se llevó la mano a la cabeza, pero no lo encontró. Palpó su cabello de punta, luego, aire. Después, lo volvió a intentar. Esta vez, llegó a él y se estremeció.

—¿Como un pomelo grande?

—Casi —dijo él. Ella sintió moverse la mesa de reconocimiento con el peso de alguien. Un olor a jabón bactericida, la arruga de lo que imaginó que era una bata de laboratorio almidonada. Luego, un disco frío y metálico en su pecho. Sintió un escalofrío.

—Doctor, puedo respirar —dijo, apartándose el disco—. Por favor, haga algo para la oscuridad.

Sintió aire en sus mejillas, oyó el ligero tintineo de una correa de reloj suelta. La habitación parecía estar iluminada por una luz gris. No veía nada, pero pequeños remolinos estáticos en el interior de sus párpados la estaban mareando.

—¿Alguna sombra? —preguntó él.

Sintió una brisa frente a ella.

—No. Pero está moviendo su mano delante de mi cara, ¿verdad?

—No se trata de adivinar, *mademoiselle* —le dijo él—. Seguro que está frustrada. Yo también lo estaría.

Quiso decirle que «frustrada» no era suficiente para describir lo que sentía. Pero, al fin y al cabo, él estaba haciendo su trabajo.

—¿Cuándo volveré a ver? —Aimée esperaba que el pánico que experimentaba no se viera reflejado en su voz—. ¿Por qué no puedo ver?

—Vamos a hacerle unas pruebas, a analizar la acumulación de fluidos y ver si la presión en su nervio óptico se disipa.

Ella inspiró profundamente.

—¿Y si la presión continúa?

—Se suelen dar complicaciones tras una intervención como la que sufrió en el hôpital Saint Antoine —dijo él—. Dejemos esta conversación para después de las pruebas.

¿Complicaciones? Por su voz, parecía joven... ¿Qué pasaba si era un estudiante en prácticas? ¿O algún *médicastre*? ¿Un matasanos?

¿Volvería a ver? ¿O estaría atrapada, dependiendo de los demás, el resto de su vida? Reprimió el pánico que la inundaba, intentó darle sentido al futuro.

Su empresa estaba en juego. Por no mencionar su vida, su perro y su apartamento. Perdería todo si no podía pagar las facturas. Los pocos beneficios que obtuvo del caso del Sentier se habían ido en pagar al contratista y al fontanero. Cada vez que tocaban

una pared del siglo XVII, sacudían la cabeza y extendían las manos.

—Doctor, sin ánimo de ofender, pero me gustaría que me diera una explicación más completa. Quizá podría hablar con el especialista o con algún neurocirujano.

Aimée sintió un pinchazo distinto en el brazo. Fuerte. A la altura de donde estaba sujetándole el brazo René.

—No me ofende, *mademoiselle* Leduc —dijo el doctor—. Pero ese soy yo.

¿Era eso un atisbo de diversión en su tono de voz?

—Estamos especializados en el trauma relacionado con lesiones ópticas. Soy el jefe del departamento —dijo él—. Su socio ha solicitado de forma explícita mis servicios. Tras haber sido operada en el Saint Antoine, la han traído aquí. Es algo inusual, pero he aceptado.

—Pero doctor, ¿me voy a quedar ciega...? —No podía decirlo. No podía decir «para siempre». No como si fuera un pronóstico. Ni siquiera solía emplear el «para siempre» en el terreno sentimental.

—Volvamos a colocarla en la camilla nuevamente para hacerle una resonancia magnética y un TAC. —Debía de haberse inclinado hacia delante porque Aimée pudo oler un café expreso en su aliento—. No se levante.

Sus cálidas manos la ayudaron a subirse a la camilla.

—La veré allí —dijo el médico.

Se sintió impotente durante todo el camino por medio de pasillos en los que retumbaba el eco y durante el trayecto en ascensor. Las ruedas de goma chirriaban sobre lo que parecía sonar como un linóleo recién encerado.

—¿René?

—Estoy aquí —dijo él, desde algún lugar cercano a su codo.

—Tienes que decirme si el médico es un bicho raro, René —dijo ella—. ¿Qué aspecto tiene?... ¿Lleva gafas? ¿Es gordo? ¿Es realmente bueno?

René emitió un sonido que ella ya le había oído cuando una vez casi se atraganta con un hueso de pollo.

—Mira, Aimée...

—Bueno, tiene razón acerca de las gafas —dijo el doctor Lambert.

¿Por qué no pudo la tierra abrirse en ese preciso instante y tragársela?

—Lo siento, soy una bocazas...

—Perdóneme, señor —una voz profunda la interrumpió—. Solo personal autorizado a partir de aquí. Podrá volver a ver a la paciente en un par de horas.

Luego, Aimée escuchó el sonido metálico de las puertas batientes, sintió el bamboleo de las ruedas. Ya no estaba su amigo.

El miedo se apoderó de ella. Se incorporó, tratando de levantarse de la camilla. Tuvieron que atarla a la camilla del escáner TAC.

Martes, por la noche

—Un *flic* la está esperando para hablar con usted —le dijo una enfermera a Aimée. La agradable mujer alargaba las erres e intentaba ocultar su acento de Borgoña. Típico de los recién llegados a París—. Lleva esperando un rato. ¿Se siente con fuerzas para ello?

Aimée toqueteó la venda que llevaba en el cuello. No quería que nadie la viera de esa manera. ¿Cómo iba a poder hablar con alguien que no conocía y al que no podía ver? Quería enterrarse en un agujero y morir.

—Le dije al sargento Bellan que a lo mejor no podía hacerlo —dijo la enfermera—. Ha dicho que era un amigo de la familia.

Loïc Bellan... ¡un amigo de la familia! Esa serpiente rastrera que los había acusado a ella y a su padre de soborno. ¡Los había llamado corruptos!

Antes de que pudiera contestar, los pasos de la enfermera se alejaron.

—Nos volvemos a encontrar, *mademoiselle* Leduc —dijo Loïc Bellan, sus pisadas sobre el linóleo acompañaban sus palabras. Su voz sonaba baja y grave, como de costumbre. Había sido un protegido de su padre, hasta que este abandonó el cuerpo. Hubo un tiempo en que Bellan lo había idolatrado.

La última vez que se había topado con él, Bellan se tambaleaba borracho y había sido muy grosero, delante del *commissariat*. Pero ella había conseguido cambiar las tornas en el Sentier, demostrándole a él y a los demás que estaban equivocados. Se enteró de que su mujer había dado a luz a un niño con síndrome de Down. El mes pasado, su abuelo le contó que Bellan lo estaba pasando mal.

—¿Le apetece un Gauloise?

—Lo he dejado. De todas maneras, no se permite fumar —dijo ella—. Pero estoy segura de que ya lo sabe.

Aimée pudo oler un hedor rancio a colonia de Paco Rabanne y a tabaco en su ropa. Debía de haber estado fumando en el pasillo.

—Hay algunas preguntas sobre el ataque que necesito que responda.

No hubo ninguna mención acerca del bebé, que acababa de nacer la última vez que se vieron, ninguna palabra de compasión por el estado en el que se encontraba Aimée. Y ninguna disculpa por los insultos propinados hacia su persona bajo los efectos del alcohol la última vez que se habían visto.

Ella quiso poder saber la ubicación exacta de Bellan. Lo que más deseaba era verlo, fijarle la mirada y clavársela duramente. Y luego, se le vino a la cabeza un pensamiento coherente.

—Espere un momento, Bellan, usted está destinado en el segundo *arrondissement*, no en la Bastilla —dijo ella—. Está fuera de su distrito, ¿verdad?

—Buena memoria —dijo él—. Estoy acumulando horas extra. Pero agradezco su

consideración. Ahora, cuénteme qué pasó —prosiguió, su voz era seria.

—Debe de tratarse de una misión especial si está fuera de su distrito.

—No puedo revelar nada sobre eso —dijo él—. Pero si coopera, tomaré nota de su declaración.

Los *flics* nunca iban de un *arrondissement* a otro. Al menos no lo habían hecho hasta ahora.

—¿Algo más está en juego, Bellan?

De nuevo, hubo silencio.

—¿O tiene que ver otra vez con mi padre? Culpable por asociación.

Debía de estar disfrutando viéndola ciega y retorciéndose.

—Como le he dicho, cálmese —dijo Bellan.

Los pasos sobre el linóleo cambiaron. Bien, le había hecho sentir incómodo.

—No se cree nada de lo que digo. Mi padre se cayó del pedestal en el que usted le colocó. Pero no era un corrupto, ya lo demostré. El resto procede de su imaginación, Bellan.

—A veces soy duro —dijo él—. Esa fue una mala época para mí.

—Se refiere a cuando nació su hijo —dijo ella. De nuevo, sin ningún tacto—. Lo siento...

—Puede —interrumpió, alzando la voz—. Me han destinado a una operación especial, si le interesa saberlo. ¿Se siente mejor ahora?

—¿Sobre qué?

—No estoy autorizado a hablar de ello —dijo él—. Cuénteme exactamente qué ocurrió.

Y así lo hizo ella en su mayor parte. Incluso confesó su estupidez de atravesar el oscuro pasaje. Pero así era París, y ese era un callejón por el que ella había pasado cientos de veces. Nunca antes había sentido miedo. No como ahora.

—¿Así que se podría decir que alguien la siguió desde el restaurante?

—Si así fue, no lo oí.

—Ese cliente suyo, Vincent Csarda, ¿sabía hacia dónde se estaba dirigiendo?

—Él se marchó antes que yo —respondió.

A pesar de su discusión, Aimée dudaba de que Vincent pudiera atacarla físicamente. Les había coaccionado a ella y a René de otras formas.

—La persona que estaba detrás de mí era alta; Vincent es más bajo que yo.

—Solo estoy barajando todas las posibilidades —contestó él.

Lentamente, un dolor intenso apareció en su cabeza. Concentrarse le provocaba dolor. Al menos, consiguió no pensar en las magulladuras que afeaban su cuello hinchado.

—Alguien me estranguló y estampó mi cabeza contra la pared. Pero no soy retrasada, Bellan. —Tan pronto como dijo eso, la vergüenza se apoderó de ella. Se acordó del bebé.

Se hizo el silencio.

—Mire, no quería decir... Esa mujer era el objetivo, no yo —afirmó ella.

—¿Querría explicarme eso?

—Estaba allí para encontrarme con un hombre... para darle el teléfono de la mujer. Se lo dejó olvidado y yo respondí la llamada... Es demasiado complicado.

—Tranquilícese; ha recibido un golpe en la cabeza —dijo él—. Uno fuerte.

Por el tono que había empleado Bellan, ella pudo intuir un atisbo de burla. Pero no podía estar segura. Si tan solo pudiera ver su cara.

—Bueno, podríamos saber más si tuviéramos ese teléfono —espetó él—. Compruebe los números.

Por supuesto, su mochila... se había olvidado de eso. ¿Qué le había pasado a su portátil y a la carpeta de Populax?

—¿Dónde están mis cosas?

—La enfermera me ha dicho que sus papeles de ingreso determinan que llegó sin ningún objeto personal —aclaró Bellan.

Entonces, el agresor le había robado su mochila. Todo había desaparecido. Meticuloso, Bellan era un *flic* meticuloso. Eso era lo que recordaba que su padre decía de él. A él y a un joven llamado Turks les habían traído para que luchasen contra la corrupción en el departamento.

Ella sintió cómo le estaban introduciendo algo dentro de su puño cerrado.

—Mi número —dijo Bellan—. Si se acuerda de algo más, llámeme.

Transcurrido un buen rato desde que se hubo marchado, luchó contra lágrimas de frustración.

Loïc Bellan se dirigió al aparcamiento con la cabeza gacha.

—Iré caminando —le dijo al conductor del abollado coche de policía Peugeot que lo estaba esperando. Caminó por la estrecha rue Charenton esperando despejar su mente. Pero no pudo.

¿Por qué las palabras de Aimée habían hecho que lo volviera a recordar todo? Todo el pasado; de cómo su padre, Jean-Claude Leduc, abandonó el cuerpo y luego recibió el indulto. Pero los rumores en el *commissariat* nunca se acallaron. De cómo un día aquel hombre lo había llamado, preguntándole que si podían quedar para tomar un café. «Por los buenos tiempos», había dicho. Loïc escupió al teléfono y rechazó la oferta. Dos días más tarde, Jean-Claude murió en una explosión terrorista en la place Vendôme. Algunas veces, por la noche, se quedaba despierto imaginándose qué era lo que le había querido decir. Y todas las cosas que podría haber dicho.

Apartó todos estos pensamientos de su cabeza. Y todas las preguntas a las que no había sido capaz de dar respuesta sobre el ataque a Aimée. Sin embargo, su instinto lo estaba machacando. Comprobó, una vez más, el archivo en el *commissariat*, aunque el *préfet* quisiera cerrarlo. De alguna manera, se sentía en deuda con Jean-Claude.

Pero no pudo apartar de su mente a Marie. No importaba de qué forma lo intentara.

Recordaba el cabello rubio de su esposa sobre la almohada, escuchar a su hija mayor Danielle roncando en su habitación y el ruido del calentador mientras se afeitaba.

Aquel terrible día. Y se preguntaba a sí mismo por qué habían ocurrido las cosas de aquella manera. Por qué no pudo controlarse.

Volvió a recordarlo todo. Vivamente. La culpa había sido suya.

De cómo había intentado rebañar la pasta de dientes Teracyl sobre su cepillo. Ni siquiera había otro tubo. Apretó de nuevo. Nada. ¿Por qué no había ido Marie a comprar? Él había hecho horas extras todas las noches de esa semana.

Es curioso cómo las pequeñas cosas pueden acumularse, causar una explosión.

«Aquello» lloró desde la cuna... la mancha de sus vidas, su error, teñido con su necesidad de cuidado constante. Su *trisomie*. Un bebé con síndrome de Down. Su lloriqueo, un débil llamamiento de ayuda. Más una aberración que un niño.

El primer hijo varón de Loïc. Su único chico.

Bellan siempre notaba la cabeza plana por la parte de atrás del bebé, los pliegues de sus párpados y la separación entre el primer dedo del pie y el segundo. Esos diminutos y rosados dedos de los pies. Como unas perfectas perlitas rosas.

—Marie —había dicho él—. *Alors!* La operación de vigilancia ha durado media noche, tengo mucho trabajo sobre mi mesa y el *commissaire* quiere que me reúna con él a primera hora de la mañana. ¿Podrías comprar, al menos, pasta de dientes?

Marie se movió y pestañeó solo de un ojo. Los pequeños lloros procedentes de la cuna continuaban.

—*Chéri...* ni siquiera te oí llegar ayer por la noche —respondió ella, su voz era soñolienta.

El llanto del bebé aumentaba.

—Acércame a Guillaume —le pidió ella.

Marie había decidido llamarlo Guillaume, como un pariente inglés de él, William. Insistió en que lo bautizaran en una ceremonia familiar, con algunos compañeros del cuerpo y sus amigos más cercanos. Loïc se fijó en el único pliegue profundo y transversal que el bebé tenía en las pequeñas palmas de las manos.

—Guillaume ayer tuvo un mal día —dijo ella acunando a la criatura, que se calló de inmediato—. Fuimos al *médecin*, pero dijo que solo era un resfriado.

Loïc se enfadó. Le habían puesto en un turno de doce horas. La mitad de ese tiempo lo había perdido en una operación de vigilancia de una húmeda bodega abandonada, agravando el dolor de espalda derivado de antiguas lesiones. Durante esos días, parecía que Guillaume era en lo único en que ella se centraba. Seguramente podría haber parado un momento para comprar pasta de dientes. Marie nunca alzaba la mirada. Únicamente tenía ojos para el bulto que sostenía entre sus brazos.

—Pero Marie...

—Shhh —susurró ella, señalando los ojos cerrados del bebé.

Loïc lanzó la pasta de dientes y luego un ambientador contra la pared. Danielle y Monique vinieron corriendo desde sus habitaciones, frotándose los ojos. El bebé se puso a llorar. De la mente de Loïc se habían borrado las cosas hirientes que había gritado.

Pero fue la mirada de Marie, la mirada cansada de esos ojos marrones, lo que contenía las señales. Idiota como era, las había ignorado. Aquella noche regresó a un apartamento vacío. Marie había recogido todo, mandado a las niñas con sus padres a Bretaña y le había dicho a él que fuera a terapia si quería volver a verlas.

Él lo intentó. Marie vino una sola vez a París. Pero no importaba cuánto lo discutieran, ella se negaba a internar a Guillaume en un centro especializado. Su esposa escogió a su hijo mongólico en lugar de a él. Aunque hubiera insistido, una y otra vez, en que no era así.

Ahora estaba de vuelta en su apartamento. Sus ojos irritados se fijaron en las cajas de embalaje situadas en las habitaciones vacías. Iba a mudarse a un lugar más pequeño, así podría enviarles más dinero.

Volvió a pensar en cuando Marie y él eran felices en esa casa. Recordó los primeros pasos de Danielle en la cocina, un domingo. El periquito amarillo que compró en el quai de la Mégisserie la última Nochebuena, y que volvió corriendo a casa desde el *commissariat*, y de que los ojos de Danielle y Monique brillaban. Por una vez, que papá llegara tarde a casa había traído consigo algo mágico. Colgaron la jaula en su habitación, ahora vacía excepto por el papel de las paredes con la cenefa rosa.

Se acordó nuevamente de la emoción de Marie cuando le dijo que lo habían ascendido; de su sonrisa de orgullo y de la cara botella de Saint Émilion que se bebieron en la azotea cuando finalmente Danielle y Monique se durmieron. El maravilloso momento que pasaron concibiendo a su hijo. La piel cálida de Marie y cómo su pelo se rizaba sobre las sábanas. Y del hijo deficiente que nació nueve meses más tarde. Loïc no pudo aceptarlo. El psicólogo dijo que se echaba la culpa por unos cromosomas sobre los que no tenía ningún control y que sentía tristeza por haber transmitido la deficiencia. Le dijo al loquero que se metiera por el culo su psicología barata, a ver si le aprovechaba.

En el pueblo de Loïc había crecido Hubert el Mongólico, como lo llamaban. Inofensivo, trabajaba en la lavandería. Trabajaba duro. El padre del mongólico, un boxeador retirado, se bebía todas sus ganancias y le daba palizas a Hubert, normalmente los sábados por la noche. Y tras el cierre de la fábrica del pueblo, los demás también le pegaban.

Loïc se arrodilló y encontró un pasador de pelo rosa roto en la habitación de sus hijas. Los de la mudanza lo encontraron sollozando, con las piernas cruzadas sentado en el suelo, apretando en una mano el pasador y en la otra una botella de *whisky* barato.

Martes, por la tarde

Aimée escuchó las noticias de France 2 que resonaban a todo volumen en algún sitio de la sala. Una voz ronca declaró: «Al Monstruo de la Bastilla podría atribuírsele otra víctima. El asesinato se perpetró el lunes de madrugada en un pasaje de dicho distrito. Reina la confusión debido a que los investigadores descubrieron que Patrick Vaduz, el presunto asesino en serie de veintiocho años que estaba a la espera de que lo acusaran de los cargos en el *commissariat*, había sido puesto en libertad por un procedimiento incorrecto en el *procès-verbal*. Vaduz, de quien se rumorea que está en el funeral de su madre, aún no ha sido localizado».

Anonadada, Aimée se aferró a la barandilla de la cama. ¿Dónde estaba la *télé*? Desorientada y mareada, tiró del pijama de hospital que la cubría. Cuando dio con la ubicación de la fuente del sonido, deslizó los pies por el frío suelo. Oyó toser, luego alguien en algún lugar detrás de ella pidió medicamentos.

¿Estaba en una sala o en una habitación? Se chocó contra algo, quedó atrapada por lo que parecía un tubo de plástico... ¿una vía?

Merde!

O quizá era el cable de una radio. De alguna manera, se desenredó. Avanzó a tientas a lo largo de la barandilla de la cama, descalza, hacia el origen de la retransmisión.

El locutor continuaba: «La fuente de France 2 próxima a la investigación nos ha revelado que la víctima, una mujer encontrada a media tarde enrollada en una vieja alfombra en un patio, parece haber sido asesinada en circunstancias parecidas a las que rodearon a las otras víctimas del Monstruo de la Bastilla. Aunque los detalles no han salido a la luz, los rumores apuntan a que otra persona ha sido atacada cerca del passage de la Boule Blanche. Esta presunta víctima se encuentra estable en el hospital. No se han facilitado nombres en espera de que avance la investigación y hasta que se les comunique a sus familiares. La policía no ha hecho ninguna declaración hasta el momento, excepto que la investigación se está llevando a cabo».

La conversación en el control de enfermería, interrumpida por el sonido de los timbres, enturbió el resto de la retransmisión.

Aimée se quedó inmóvil, aterrada. ¿Podía ser ella? Tenía que escuchar más.

—Por favor, ¿alguien puede ayudarme...?

La agarraron del brazo y alguien la ayudó a avanzar.

—Soy voluntaria. Le gustan las noticias de la tarde, ¿eh? La llevaré hasta la sala de la televisión.

Durante su camino hacia la *télé*, consiguió controlar su temblor. El presentador prosiguió: «Nuestro corresponsal ha hablado con una vecina del pasaje, la cual afirma: “Vi este zapato ensangrentado detrás de la vieja alfombra de mi vecino”, dijo

con una voz temblorosa, “cerca del plato de mi gato... cosa que me preocupó, pero luego vi las piernas retorcidas de una mujer tumbada en la esquina. Pensé que era china. Pero solo era china su ropa manchada de sangre”».

—Voy al piso de abajo, pero si necesita ayuda, dé palmas para llamar la atención de alguna enfermera —dijo la voluntaria—. Parece como si usted fuera nueva aquí. El personal son los pies de los pacientes, pero estoy segura de que en la rehabilitación organizarán una visita orientativa.

—¿Una visita orientativa?

—Para que pueda moverse por la sala usted sola.

Claro. Pero ella realmente no quería eso, ni un bastón blanco ni un perro guía. Quería ver.

Apartó esos pensamientos de su mente. Ya estaba bien de preocuparse. Quizá pudiera encontrar a alguien con un periódico y pedirle que se lo leyera.

¡La mujer que decían en las noticias debía de ser ella! Así que Bellan la había interrogado porque el Monstruo de la Bastilla había asesinado a una mujer en el pasaje de al lado.

Dio palmas.

No obtuvo ninguna respuesta. Se levantó. Lo que sonó como el tintineo de un ascensor provenía de detrás de ella. Avanzó, chocándose contra la pared y continuó, pegada a ella, por el camino que pensaba que la llevaría hacia la sala de enfermería. El liso mostrador y el crujido de papeles le resultaban familiares. Había hecho algún progreso. Quizá estuviera mejorando. Un fuerte pitido sonó cerca de ella.

—Perdóneme, pero ¿me podría ayudar una enfermera a leer el periódico...?

—Los médicos están haciendo la ronda, *mademoiselle* —dijo una voz enérgica—. Y hay que realizar dos nuevos ingresos. ¿Puede esperar?

—Por supuesto. —Ahora estaba atrapada.

—Localizaré al coordinador de los voluntarios —dijo la enfermera, conduciendo a Aimée hasta una silla de plástico duro con unos reposabrazos pegajosos—. Tome asiento. Puede demorarse un poco.

—¿Dónde está mi habitación?

—Es la segunda puerta a la izquierda. Pero espérese a que podamos mostrárselo, *mademoiselle*. Tenemos que seguir unas normas en esta sala. Es por su seguridad.

Unas pisadas se estrellaban contra el linóleo.

De ninguna de las maneras iba a esperar, podrían tardar horas. Sería mejor que encontrara por sí misma el camino de vuelta.

Se puso en pie, y gracias a la barandilla de madera de la sala, se dejó guiar por el bajo zumbido de las televisiones de las habitaciones y el sonido apagado de las máquinas. *Por ahora, bien*, pensó. Pero según torció la esquina y palpó la segunda puerta, olió a lejía y a jabón.

Después, se topó con algo que tenía ranuras que se arrugó como el celofán. Pisó una sustancia, como una espuma ligera, que cedió. Algo duro le golpeó la mejilla.

Ruidos metálicos procedían de sus pies y, de repente, estaban fríos y mojados. Se agarró a algo que parecía un palo. Le picaban los pies.

Genial.

Se había dado de bruces contra una fregona y tropezando con un bote de jabón con amoníaco, a juzgar por el hedor y el escozor de los dedos de los pies. O algo peor. Estaba dentro del cuarto de la limpieza.

¡Una incapacitada total! Ni siquiera era capaz de encontrar su propia habitación. *¡Inútil!* Luchó contra las lágrimas que brotaban de sus ojos inservibles.

¿Qué era el otro olor... familiar y discordante? Le vino a la memoria. Ese horrible olor mientras unas manos la agarraban por el cuello por detrás, apretando más y más. Sus jadeos de asfixia por la falta de aire. Tembló.

Alquitrán.

—¿Ha encontrado algo interesante, *mademoiselle*? —le preguntó una voz que reconoció.

¿Por qué se había acercado a ella sigilosamente?

—Doctor Lambert —dijo Aimée, tragando saliva—, ¿para qué se usa el alquitrán en el hospital?

—¿Además de para alquitrantar el tejado? —preguntó él—. Quién sabe.

—No se guardaría en un armario, ¿verdad?

—*Mademoiselle* Leduc, tenía pensado hacerle más pruebas —dijo él, antes de que ella pudiera preguntar más cosas—. Pero ahora necesito terminar mi ronda de visitas.

—Adelante, doctor Lambert.

—Antes de nada, necesita ayuda.

Unos brazos fuertes la sujetaron y la levantaron. Un estetoscopio la golpeó en el brazo. Sus pies mojados y descalzos colgaban en el aire. Sintió miedo y estaba desorientada.

—Mire, puedo caminar... bájeme.

—No si tiene una quemadura por los productos químicos.

Le ardían los pies y tenía un nudo en la garganta. Se abrazaba contra el cálido pecho de él. El médico la llevó hasta su habitación, la sentó, metió sus pies en un barreño con agua y llamó a la enfermera al busca.

—Hágame un favor —le dijo a continuación—. Intente no meterse en ningún problema hasta que vuelva.

—*Ma foi!* Vaya estropicio —exclamó una enfermera con un suave acento provenzal. Avergonzada, Aimée dejó que esta la limpiara. El doctor Lambert no había contestado a su pregunta acerca del alquitrán. La enfermera se quedó en silencio cuando se lo preguntó y se escabulló antes de que pudiera repetírsela.

Sentada en la cama, Aimée cogió con torpeza el teléfono de la habitación. Tras dos intentos, consiguió contactar con la operadora. Pero Leduc Detective tenía las

llamadas desviadas al contestador automático. Probó en el apartamento de René. Ninguna respuesta. Entonces, lo intentó en su móvil y le saltó el buzón de voz.

—Por favor, René, lo siento, pero ¿puedes traerme algo de ropa? —le pidió—. El maquillaje. Mis botas. Todo ha desaparecido. A no ser que esté esparcido por el pasaje. ¿Y puedes ver cómo está Miles Davis?

Ella sabía hacer bien dos cosas: fumar y aparcar en un sitio imposible. Ahora solo podía hacer una. ¡Si pudiera fumarse un cigarro!

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué le había pedido el maquillaje? Y quedaba lo de su apartamento, tendría que contactar con el contratista y olvidarse de la reforma por un tiempo.

Llamó y le saltó un contestador automático. Le dejó un mensaje diciéndole que la llamara al hospital. ¿Habrían empezado ya las obras?

Luego marcó el número de la policía para que la pusieran en contacto con el comisario Morbier, su padrino, en la *préfecture*.

—Grupo R —dijo una voz desconocida.

—Con el comisario Morbier, por favor.

—¿De qué se trata?

—Soy su ahijada, Aimée Leduc.

—Está fuera del *commissariat* trabajando en la Bastilla. Espere un momento, le pasaré su llamada.

Para estar cerca de la jubilación, pensó ella, *Morbier sale mucho a trabajar fuera*. Se había reducido la jornada para pasar más tiempo con su nieto Marc... o eso fue lo que dijo. Pero ella se preguntaba si su retirada le había supuesto más problemas de los que había admitido.

—*Commissariat principal* en la place Léon Blum —contestó.

—¿Vuelta a la acción, Morbier? ¿A pie de cañón otra vez?

Aimée lo oyó tomar aliento al respirar. Lo vio mentalmente (con sus calcetines desparejados, sus tirantes y su mata de pelo gris). Se preguntó si habría mantenido el peso después de lo que adelgazó durante el verano y si aún seguía usando parches para que lo ayudasen a dejar de fumar.

—Lo llaman operación especial, Leduc.

Eso significaba varias cosas. Determinar los daños causados era una de ellas. Puesto que estaba trabajando en la zona de la Bastilla, estaba involucrado en el caso del asesino en serie... ¿Habría encontrado lo que estaba buscando?

—Mira, Morbier, necesito información de las víctimas y cualquier otra cosa que creas que comparten la cadena de asesinatos de la Bastilla.

—Leduc, estoy ocupado.

Quizá él no sabía que la habían atacado.

—Algo me dice que tú tienes lo que necesito.

—¿Y qué pasa si así es? —dijo él. Ella escuchó un chirrido metálico, como si Morbier le hubiera dado una vuelta a una silla giratoria desengrasada.

Algo en su voz le hizo pensar que él lo sabía.

—Leduc, acabo de llegar —dijo él—. Ni siquiera he tenido tiempo de leer el informe actualizado ni de acabarme el café.

Ella notó otra presencia en la habitación del hospital. Algo que no podía explicar. El aire se concentraba en la parte posterior de su cuello. La cautela se apoderó de ella; tapó el teléfono con la mano.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Y, entonces, los pasos se alejaron. ¿Era una enfermera, el médico o un voluntario?

¿O...? ¿Ese olor a alquitrán procedente del armario de la limpieza? Durante un desagradable momento, se quedó atrapada en el pensamiento de que su agresor merodeaba por allí a la espera de poder finalizar su tarea. Sería tan sencillo ataviarse con un uniforme, utilizar una mascarilla y buscar por los pasillos. Se le paralizó el corazón por el miedo. Inspiró profundamente.

—Llámame curiosa, Morbier —reanudó la conversación—, pero, por favor, necesito hablar contigo.

—Estoy ocupado —contestó—. Hay una reunión de grupo en cinco minutos. La unidad debe presentarse con alguna respuesta. Y sigo sin haber leído el informe.

—¿Respuestas a por qué liberaron a Patrick Vaduz a causa de un procedimiento incorrecto? ¿Y por qué una mujer fue asesinada en el pasaje? Bueno, las noticias de France 2 lo han metido todo dentro del mismo paquete y han culpado a la torpeza de...

—Tengo que irme —la interrumpió Morbier. De fondo, las sillas rechinaban contra el suelo, el murmullo de voces creció.

—Pero están equivocados. No creo que Vaduz matara a esa mujer —continuó Aimée—. Ven a verme a la habitación 312, en el hôpital des Quinze-Vingts.

—¿Estás investigando algo? —le preguntó—. Déjanos a nosotros los asesinos en serie, Leduc. Dedícate a los ordenadores.

—No puedo, es personal. —Quería hablar con él cara a cara.

La voz de Morbier no revelaba sorpresa alguna.

—Leduc, sabes que no me gustan los hospitales.

Cierto. Ni siquiera había ido a verla después de la explosión terrorista en la place Vendôme, la misma que mató a su padre y la llevó a ella a la unidad de quemados. Aimée había tenido suerte; el injerto de piel en la palma de su mano era la única cicatriz visible que tenía.

—Puedo ayudarte —dijo, bajando la voz—. Pero no por teléfono.

—Ah, bon? Sabemos que lo hizo Patrick Vaduz.

Necesitaba captar la atención de Morbier para que viniera al hospital. Esto se tenía que decir en persona.

—Bien, hay un testigo que piensa lo contrario.

Una sirena gemía debajo de la ventana de Aimée mientras una ambulancia se

detenía en el patio del hospital.

—¿Y ese testigo tiene alguna prueba?

Ella pudo notar un matiz de interés en su voz.

—Más que tener alguna prueba, yo diría que es una prueba viviente.

Miércoles, al mediodía

—¡Cuidado, *petit!* —gritó un repartidor sudado que empujaba un carrito cargado con cajas de cerveza—. No lo había visto.

René, que llevaba la mochila de Aimée, esquivó al hombre en la acera. Ignoró las miradas de los demás transeúntes de la rue Faubourg Saint Antoine. Nacer enano, y ahora medir un metro veinte, hacía que estuviera acostumbrado a que lo mirasen. La mayoría de las veces.

Había escuchado el mensaje de Aimée en su buzón de voz y había recogido las cosas que le había pedido de su apartamento. Luego había regresado al passage de la Boule Blanche, un estrecho callejón semicubierto rodeado por viejos escaparates y puertas de entrada a patios interiores de casas de artesanos, tapiceros y fabricantes de muebles. Lo suficientemente ancho para que cupiese un coche pequeño. Una vez fue el escenario de los crímenes del celeberrimo poeta criminal, Lancenaire, guillotinado en 1836.

René retrocedió sobre sus pasos hasta el lugar en el que había encontrado a Aimée tumbada sobre el empedrado. No muy lejos de la barrera metálica con la señal de *interdit aux piétons*. Se preguntó si allí quedaría algo que no hubieran encontrado la noche anterior.

Contenedores verdes de basura, vacíos y esperando, arrimados a las angostas paredes de piedra. Qué lástima, cualquier cosa que hubiera quedado atrás habría sido recogida por los *éboueurs*. No había nada que indicara que ahí se hubiera producido el horrible ataque a Aimée la noche anterior. ¿Qué había dicho... que recordaba una luz?

Miró a su alrededor y bajo un sol de octubre vio la imponente entrada al hospital des Quinze-Vingts, al final del pasaje. El Quinze-Vingts (quince veces veinte) era el número de camas que había necesitado el fundador del hospital, Luis XV, para acoger a sus caballeros que habían perdido la visión a manos de los sarracenos en la novena Cruzada; el nombre ha perdurado. ¿Se refería a una luz procedente del hospital?

El passage de la Boule Blanche, en pleno proceso de reconstrucción, estaba desierto. La tienda de un joven diseñador estaba cerrada. Más adelante, a la derecha, se encontraba el patio de *Cahiers du Cinéma*, su antiguo cliente. Se acercó, pero en la puerta había una cadena. En ella colgaba un letrero que decía «Cerrado por remodelación». Lástima, se hubiera sentido cómodo haciéndole preguntas a la gente que conocía de ahí. Podría haber husmeado si alguien se había quedado hasta tarde en la oficina.

Levantó la mirada. Una pared de piedra escondida bajo el musgo cubría la mayor parte del pasaje. La red de callejones de la Bastilla en su día comunicaba la madera enviada a orillas del Sentier con los carpinteros y los fabricantes de muebles de los

patios de los suburbios. Después de que Luis XI cediera la licencia a los artesanos en el siglo xv, el *quartier* de la Bastilla se convirtió en un barrio de clase trabajadora; cuna de la revolución, la madre de la lucha callejera y de los artistas, casa de la cárcel de la Bastilla.

Más tarde, se unieron a ellos hojalateros, herreros, fabricantes de espejos, grabadores y doradores y comerciantes de carbón, ocupando las pequeñas fábricas y almacenes con los tejados acristalados. A día de hoy, muchos de ellos se han aburguesado y los demás han ido desapareciendo.

Después, René escuchó, a su izquierda, el sonido de un martillo en la entrada de lo que parecía un nicho.

No se consideraba un detective, pese a que el letrado de la empresa en la que trabajaba decía «Leduc Detective». Entre él y Aimée se repartían el trabajo referente a la seguridad informática, pero solo ella tenía experiencia en la investigación criminal.

Ahora tenía que tomarle el relevo. Ayudar a averiguar qué había pasado. Aimée, su mejor amiga, había sido víctima de un brutal ataque delante de este *atelier*; quizá alguien dentro hubiera escuchado o visto algo.

Entró en un pequeño patio húmedo. En un cartel, de estilo parecido a un escudo de armas, se podía leer: «Cavour. Maestros carpinteros desde 1794». Compases a bajo volumen de un concierto de Vivaldi salían a través de la puerta.

—Perdón —dijo René, alzando la voz. Cruzó por debajo de un estrecho umbral que daba a un gran *atelier* iluminado por claraboyas. Le llegó un fuerte olor a trementina—. ¿Hay alguien ahí?

Un hombre de mediana edad, que llevaba puesto un mono azul y unas gafas apoyadas sobre su cabeza calva, se levantó de la mesa de trabajo. Con delicadas caricias, el hombre estaba puliendo las patas doradas de una antigua silla laqueada. Pequeña y de una belleza exquisita, a René le dio la impresión de que si alguien se sentaba en ella, la haría pedazos. En medio de la inmensa sala, había un calentador (cuya combustión se dirigía hacia el tejado), un enfriador de agua y más mesas de trabajo con muebles en diferentes etapas de reparación. De las paredes colgaban diferentes tipos de sillas de madera antiguas que René había visto antes (y muchas que no).

—Perdóneme, *monsieur* —dijo él—, por interrumpirlo en su trabajo.

El hombre levantó la mirada y midió a René, pero no mostró ningún tipo de sorpresa. Tenía bolsas muy marcadas debajo de los ojos y un tono de tez amarillento. Con la boca torcida, lo miró agobiado.

—*Tiens!* He hecho todo lo que he podido —dijo el hombre, soltando una tela de gamuza color mostaza—. Soy Mathieu Cavour. ¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó, recogiendo varios tiradores de cajones de porcelana de Sèvres agrietados y metiéndoselos en el bolsillo—. La sala de exposición está enfrente, en el otro patio, por si está interesado en ver nuestro trabajo.

¿Debería enseñarle la insignia de detective, la que Aimée había dejado en un cajón, y que él se había metido en el bolsillo?

—*Monsieur Cavour* —comenzó René, mostrando la insignia—, a una mujer, a mi amiga, la atacaron ayer por la noche fuera de su tienda. ¿Estaba usted aquí?

René pensó que Cavour se había encogido un poco. Pero, seguramente, solo fuera que su silueta había cambiado bajo la claraboya al mirar René hacia arriba.

—¿Atacada... aquí?

—La encontré ahí fuera, en el pasaje —contestó él—. ¿Vio o escuchó algo extraño?

—Vivo encima de la tienda. Tengo problemas para dormir —explicó Cavour—. La música me ayuda. No podría haber oído nada de fuera.

—¿Tenía la luz encendida?

Cavour frunció el ceño.

—¿Está bien esa mujer? ¿Su amiga?

¿Por qué no había respondido a la pregunta?

—Fue un ataque tan brutal que se ha quedado ciega —dijo René.

—*Je suis désolé...* —contestó él.

Pudo ver tristeza en los ojos de Cavour.

—¿Recuerda si tenía la luz encendida? —volvió a preguntar.

El hombre se rascó el ceño con el dorso de la mano.

—Lo siento, me duermo y me despierto constantemente, no puedo recordarlo.

¿Tenía algún problema de salud?

—¿Vive aquí desde hace mucho tiempo, *monsieur Cavour*?

—¿Que si desde hace mucho? Nací en el piso de arriba. Pero el *quartier* ha cambiado. Las inmobiliarias quieren hacerse con todo.

—Así es —apuntó René, asintiendo con la cabeza en señal de solidaridad.

Sonó el teléfono. Nadie lo cogió y Cavour se mostró nervioso, aunque hizo por ignorarlo.

—Esta es mi tarjeta. En caso de que recuerde algo que pueda serme de ayuda —dijo René. De camino a la salida, divisó una escoba y un recogedor oxidado lleno de polvo junto a un cubo de basura lleno. ¿Habría encontrado algo de Aimée aquel hombre?

—¿Ha barrido esta mañana?

—Como siempre. La tienda, el patio. A algunas de estas personas no les importa si el *quartier* está descuidado, ya no tienen amor propio.

Resiste, pensó René, *como una isla solitaria en un océano inmenso*.

En el cubo de basura de Cavour, donde los últimos residuos depositados eran serrín y envoltorios de chicles Malabar, René pudo ver una partitura arrugada, las notas negras se borraban sobre la hoja amarillenta.

—Mire lo que dejan en el callejón, incluso en mi patio —dijo el hombre, siguiendo la mirada de René—. Y no es ni la mitad. Preservativos. Una vez, hasta una

guitarra rota.

Y René escuchó voces, un coro. Luego, una soprano en solitario. Su timbre suavizado por la piedra del edificio. Increíble.

—¿De dónde viene ese sonido? —preguntó.

—Un ensayo de ópera —respondió Cavour—. Estamos detrás de la Ópera, ¿sabe? Un coro está interpretando *El barbero de Sevilla*, si no me equivoco.

Cavour es una mezcla interesante, pensó René . *Un artesano de clase trabajadora con conocimientos sobre ópera que hace muebles antiguos*. Le gustaba ese hombre pero, sin saber por qué, le inquietaba.

Mientras recorría el pasaje, se dio cuenta de que el trabajo de detective era más duro de lo que había imaginado. No había conseguido ninguna información relevante de Cavour. No había contestado a sus preguntas. ¿Si aquel hombre hubiera visto algo, se lo hubiera dicho? Deseó tener la habilidad de Aimée para sacar información a la gente.

Y, entonces, se dio cuenta de que se había olvidado de embalar las cosas en el apartamento de Aimée. El teléfono móvil.

Miércoles, por la tarde

Mathieu Cavour echó el pestillo a la puerta una vez que hubo salido el enano. Le temblaban las manos. Le temblaban tanto que se le cayó la vieja llave y tuvo que arrodillarse para encontrarla entre las piedras. La presión, el esconder las cosas, dirigir un negocio... no podía hacerse cargo de todo.

Y ahora esto.

La ansiedad que lo inundó la noche anterior volvió a aparecer.

Se había despertado en su silla en el *atelier*, sobresaltado por un ruido, y se irguió repentinamente. El sudor le bajaba por los hombros. La luz de la luna había formado dibujos rectangulares sobre los adoquines irregulares del patio.

Luego, había escuchado el roce de la puerta, como antes. Bien, se pondría a terminar el mueble. Ignorando el remordimiento que sentía. Cuanto menos supiera o pensara sobre ello, mejor.

Entonces, los ruidos de una pelea procedentes del callejón le llegaron, como en sus pesadillas. La última vez que había oído ese ruido el asesino en serie, el Monstruo de la Bastilla, se había cobrado la vida de otra víctima. ¿Qué debía hacer? No podía llamar a los *flics* y correr el riesgo de exponerse.

Su trabajo de restauración apenas pagaba las facturas y le permitía conservar un techo sobre su cabeza. No importaba de dónde provenían los muebles o a quién habían pertenecido en el pasado.

¿Cuándo vendría el contacto? Había dejado la puerta metálica abierta... pero nunca se sabe. Se detuvo cerca de la ventana semiabierta, tenía la camiseta empapada. La pelea se había llevado a cabo en el pequeño patio interior pavimentado.

Contuvo el aliento. Mientras tiraba de la cortina de encaje roída, le temblaba la mano. Respiró profundamente y describió la cortina.

En el patio, un hombre enfundado en un albornoz mecía a un niño que lloraba. Mathieu pudo escuchar los arrullos mientras el hombre calmaba a la criaturita que sujetaba en brazos entre la madre selva. Así que los gritos también habían despertado al bebé.

Deben de ser adolescentes peleándose, se dijo a sí mismo. De esos malhumorados que están siempre holgazaneando por la pizzería, que era una tapicería hasta que murió el anciano propietario y Mirador Development se hiciera con el edificio.

Le hubiera gustado bajar y ver la *cave*. Asegurarse de que la pieza estuviera a salvo. Pero las viejas escaleras crujían y las puertas estaban oxidadas y rígidas. Los años habían dejado sus huellas en ellas. Sus rodillas protestaron. Y las oscuras esquinas con telarañas del sótano, la piedra húmeda y los ladrillos en ruinas eran cosas que él evitaba hasta en los calurosos y soleados días.

Había encontrado un concierto de piano de Lizst en una emisora de la radio que tenía sobre su mesa de trabajo. Con el volumen bajo, esperaba poder dormirse. Pero sus ojos se mantuvieron fijos mirando por la ventana hasta que, después de mucho rato, el llanto del bebé cesó y un amanecer rosado pintó los dentados tejados de la Bastilla.

¿Cómo podría ayudar ahora a la mujer el contárselo todo al enano?

Mathieu debería haber sabido, se dio cuenta más tarde, que se trataba de una advertencia. Un anticipo del día siguiente. Como cuando las heridas del pasado no cicatrizaban y se volvían a abrir.

Miércoles

—*Bonjour* —dijo una voz procedente del interior de la tienda.

En el taller, Mathieu hizo una pausa, calzando la tira de madera de fresno en la ranura estriada. Levantó el pie del pedal, deteniendo la pala de rotor de la sierra. El serrín y el olor a madera recién cortada inundaron la polvorienta sala.

—Suzanne... Suzanne, hay alguien en el mostrador —dijo, mientras la sierra metálica empezaba a detenerse.

Pero no hubo pasos como respuesta que vinieran del escritorio de su asistente.

¡¿Dónde estaba esa chica?! Se fue a hacer un recado hacía más de una hora.

—Un momento, por favor. Ahora iré a atenderlo —gritó él. Untó ligeramente pegamento mezclado con resina de madera en la ranura, extendida haciendo tensión, y lo deslizó con suavidad por la superficie. Tras limpiar lo que sobraba, lijó los ásperos cantos hasta que no quedó ninguna aspereza al tacto, como si se tratara de una única pieza de madera.

—¡Soy el repartidor! —gritó otra voz—. Necesito una firma.

¿Dónde estaba Suzanne? Tenía que reparar un cajón de escritorio de palisandro modernista y la cara exterior de una consola... No podía hacer eso y atender la tienda a la vez. Se había retrasado en sus trabajos desde que su aprendiz Yvon se hubiera ido de vacaciones.

—*Oui* —dijo él, limpiándose las manos en su delantal de colores y mirando por encima de las gafas que reposaban sobre su nariz.

—¿Lo dejo en la parte de atrás como de costumbre, *monsieur*?

Mathieu se dirigió a la tienda, firmó el recibo y lo dejó en el mostrador. Atenuó la luz de la lámpara de araña, un recuerdo de los días en los que dirigía el negocio su abuelo, y supuso que el cliente se había ido.

Pero cuando alzó la mirada, vio a una mujer mayor, delgada, vestida con un traje negro hecho a medida y con el pelo de color gris acero desfilado que le caía sobre los hombros. Ella lo contempló desde detrás de la cómoda de caoba con la repisa de mármol.

—¡Es preciosa! —dijo ella.

Sus dedos recorrieron la madera de marquetería que decoraba los flancos.

Aunque hablaba bien francés, Cavour detectó un deje en su acento. Estaba de pie, elegante y con estilo, con un bolso de mano de diseño colgado de su brazo.

El freno del camión de reparto chirrió en la parte trasera del pasaje adoquinado. Sobre la claraboya abierta, una bandada de mirlos revoloteaba por la madreSelva en flor.

—Mi asistente ha desaparecido, pero si le echa un vistazo a nuestro catálogo mientras que yo trato de...

—Por favor, continúe.

Según estaba colocando los tablones de madera de castaño sobre los palés de madera de pino macizo, Suzanne, sin aliento y colorada, apareció.

—*Monsieur...* el cordón policial —se excusó, colgando la chaqueta vaquera, recogiendo el correo y pulsando el botón de reproducir del contestador automático todo al mismo tiempo.

A Suzanne se le daban bien los números, al contrario que a Mathieu. Y cuando ella apareció, introdujo una rutina en los quehaceres diarios de la oficina con encanto y sin esfuerzo. Él ignoraba sus profundos escotes, su ombligo perforado y su gusto por los disyóqueis de los clubes de la Bastilla que venían a recogerla después del trabajo.

—¿Otra huelga? —Mathieu suspiró—. ¿Quién es esta vez?

—*Mais...* hay un despliegue policial —respondió ella, con los ojos muy abiertos—. ¿No ha oído nada?

Mathieu se aferró a la mesa. Su mente se refugió en los muebles.

—Una mujer ha sido asesinada en el pasaje contiguo; dicen que se trata del Monstruo de la Bastilla.

¿El asesino en serie? El enano había estado preguntándole acerca de eso mismo.

—He tenido que demostrar que trabajo aquí para que me dejaran pasar por el callejón —explicó Suzanne—. Están interrogando a todo el mundo.

¿Qué ocurriría si buscando... encontraban el mueble?

—*Monsieur...* discúlpeme —dijo la mujer.

Mathieu levantó la mirada. Se había olvidado de la distinguida mujer de la sala de exposición.

Ella seguía mirando la cómoda, su cuerpo tapaba gran parte de la ventana. Se le vino el pelo a la cara y se lo retiró con un elegante movimiento de sus largos dedos. La otra mano reposaba en un bastón negro de madera.

—Es obra de mi tatarabuelo, la última que queda —dijo Mathieu—. Me gusta exhibir las obras de arte de la familia. Es un préstamo de un cliente. Mi tatarabuelo consiguió mantener el negocio tras la Revolución. Pensó que los comerciantes necesitarían muebles aunque los *aristos* ya no.

—Una jugada inteligente, ¿sí? —apuntó la mujer.

O, como él recordaba a su tatarabuelo diciendo, «Necesitaban acomodar sus traseros para contar el dinero».

¿La mujer era una clienta?

—Suzanne, mi asistente, puede enseñarle algunas piezas.

—Quizá este sea un mal momento... —Una mirada de inseguridad se reflejó en su cara según buscaba algo en el interior de su bolso.

«Honra a tus clientes». ¿No era eso lo que les había inculcado su padre? «Los artesanos deben respetar a sus clientes». Mathieu prefería quedarse en la sombra y trabajar, pero sabía que la habilidad manual no era lo único que mantenía a flote la

tienda.

Él sonrió y cogió la regla que tenía en el mono azul de trabajo.

—*Madame*, recibo encantado pedidos especiales. Por favor, tome asiento.

La clienta terminaba muchas de las frases a la antigua, con un «sí» interrogativo. Debería de tener unos setenta años, pero su rostro podía ser perfectamente el de una mujer con la mitad de años. De donde quiera que viniese, allí se cuidaban.

Él gesticuló hacia una silla de madera de palisandro, quitó una astilla del asiento.

—Disculpe un momento, pero me temo que no es lo que piensa. Me siento culpable por haberlo sacado de su trabajo, *monsieur* —dijo ella, sentándose, apoyando el bastón contra su pierna—. La gente me dice que estoy persiguiendo algo que ya no existe, pero mi abogado me dio esto.

Sacó un sobre de su bolso.

—Nos llegó esta lista con el patrimonio del comte de Breuve. Es evidente que se arruinó y el Estado se hizo cargo de sus propiedades tras su muerte. En esta lista, *monsieur* Cavour, hay algunas piezas que pertenecieron a mi familia: cuadros, esculturas y muebles. Algunos han estado en mi familia durante generaciones. Pero desaparecieron hace muchos años, durante la guerra. Nunca más se volvieron a ver ni se supo dónde estaban. Ahora esta lista ha salido a la luz.

Un terror gélido lo clavó en el suelo. Tenía la boca seca, como si hubiera tragado serrín.

—Algunos rumores afirmaban que a Goering le gustaba la colección de mi padre. Tanto es así, que se la apropió para el Reich. Entre las arcas del Reich y las de Goering había una pequeña diferencia. Según otros rumores, existen algunos interrogantes sobre si la colección llegó alguna vez a viajar a Alemania, transportada en un tren de carga construido especialmente para este cometido. Muchos creen que las piezas nunca llegaron a abandonar Francia, ¿sí?

—*Madame*, ¿por qué ha venido a verme? —preguntó Mathieu, agarrándose al borde de la mesa de trabajo.

—Sí, claro, lo estoy aburriendo con esta vieja historia. Por favor, escúcheme. Hemos visto en los libros contables el nombre de la tienda Cavour y nos hemos enterado de que es usted un respetado *ébéniste*. Los archivos del *comte* se remontan hasta cuando su abuelo, luego su padre y, quizá, incluso usted trabajaron en esas piezas.

Mathieu sintió cómo le recorrió bilis por la garganta. Si le contaba la verdad, o lo que sabía de la verdad, perdería todo; el *atelier*, el edificio en el que había nacido y su negocio: el negocio que había luchado por mantener en pie y fuera de las zarpas de los recaudadores de impuestos y de las inmobiliarias.

—Siento la muerte del *comte* —dijo Mathieu, tratando de mantener una expresión neutral—. Era un buen cliente nuestro. ¿Qué hay sobre los otros artesanos que se necesitaron para crear su inmensa colección?

—Soy una mujer mayor —respondió ella—. Y una estúpida por no perder la

esperanza. Así me lo han dicho muchos. Pero una de las piezas era muy especial. La cómoda de *pietra dura*.

Mathieu se puso tenso.

—Esa era la favorita de mi padre. Él la habría reconocido en cualquier casa de empeño. Muebles de Versalles, perdidos durante la Revolución. Papá tenía buen ojo. Dijo que lo que le cautivó fue el mármol, «del color de los ojos de su hija pequeña». Mis ojos. Y quería tenerla. Dicen que ahora vale mucho, pero no se trata del dinero, como puede ver. Tiene que ver con que papá pensó en mí cuando la compró. Y eso es lo único que queda. Se llevaron a mi padre, a mi familia y todo lo demás.

Los grandes ojos de la mujer brillaban. Seguían siendo bonitos y de un curioso color ámbar-topacio. Singulares.

—Mi abogado dice que soy una ilusa, pero si pudiera encontrarla de nuevo, no me la quedaría. Estas cosas no deberían pertenecer solo a una persona, a una familia... algo tan hermoso debería pertenecer a todo el mundo. Solo quiero verla otra vez. Sentir el mármol, nutrir la madera, como papá me enseñó. Eso es todo.

La mujer se inclinó hacia delante, desprendía una delicada esencia floral.

—He tenido que venir hasta su *atelier*, ¿sí? Para poder ver con mis propios ojos las piezas en las que usted está trabajando. Oler nuevamente el aroma del aceite de los muebles que recuerdo desde la infancia; sí, es el mismo. Nuestra casa también estaba impregnada con este mismo olor. Son curiosas las cosas que se te graban en la memoria. Recuerdo esa época como un momento en el que el sol se parecía a un limón gigante y brillaba cada día.

Mathieu se vino abajo.

—Desearía poder ayudarla.

—Lo siento, estoy abusando de su tiempo y divagando —dijo ella, encogiéndose ligeramente de hombros. Le ofreció su tarjeta. Dra. Roswitha Schell, Universidad de Estrasburgo, profesora de Historia del Arte—. Estoy casi retirada y solo imparto clases a media jornada. Pero lo estoy molestando, ¿sí?

—*Non* —se apresuró a decir él, evitando su mirada. Conocía la cómoda de *pietra dura*, mejor de lo que ella pudiera imaginar.

Él no era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había tenido una conversación con una mujer culta. Durante aquellos días, apenas salía del *quartier*. Mucho que hacer. Su sobrina lo reprendió por trabajar tanto y él le había contestado: «Esto es para lo que nos hemos criado. Nací en el piso de arriba de la tienda, con el sonido de las herramientas acompañándome desde que tengo uso de razón».

Pero el nombre Cavour, las habilidades y los secretos transmitidos de padre a hijo desde 1794, podrían tener un abrupto final si no seguía adelante con su plan. No podía permitir que eso ocurriese.

Y Mathieu notó cómo esos ojos que tenía frente a él habían cambiado... confundidos. La mujer le clavó algo, sus fríos dedos rozando su brazo. Suaves como las alas de una mariposa.

—Perdóneme —dijo él, intentando apartar la mirada. Pero no pudo.

—Pero estas fotos... quizá puedan refrescarle la memoria. A lo mejor ha visto esas piezas con anterioridad en casa del *comte*, ¿sí?

Mathieu se dio la vuelta.

—El arte no es cerebral, es más que eso —estaba diciendo la mujer. Alzó la voz, entusiasmada—. Algo indescriptible procedente del alma que la mayoría de nosotros nos esforzamos por conseguir. Pocos logran alcanzarlo, y muchos menos lo describen.

¿Por qué no dejaba de hablar? Y luego, el silencio. Él miró alrededor, con miedo a toparse con sus miradas acusadoras. Pero admiración y algo parecido al asombro aparecieron en su rostro.

—¡Debe de pensar que soy una idiota charlatana! —dijo ella—. Pero lo puedo ver, usted es un artista. Usted, de entre todas las personas, debe de darse cuenta de lo importante que es para mí.

Una punzada de culpabilidad lo desgarró.

La mujer levantó una pequeña carpeta. Dentro estaban las fotografías de un tiempo perdido; imágenes en blanco y negro de un muchacho enfundado en un traje de marinero, una joven con la mirada seria y largas trenzas que le daba la mano. Estaban de pie en una habitación rodeada por muebles que parecían haber sido sacados de un museo, cuadros de los impresionistas colgados de la pared.

Preso de un conflicto interno, Mathieu se dio la vuelta.

—Lo siento, desearía poder ayudarla. Pero no sé cómo.

—*Monsieur*, discúlpeme, lo he ofendido —respondió ella—. Siento haberle hecho perder el tiempo. Me estoy aferrando a un hilo de más de cincuenta años.

Él la vio salir por la puerta y observó cómo emprendía su camino cruzando el patio.

Nada debía poner en peligro sus planes. Nada. La cómoda de *pietra dura* descansaba en su sótano, restaurada y lista para la casa de subastas.

Miércoles, a última hora de la tarde

Aimée toqueteaba el vendaje que le cubría el cuello. La incómoda rigidez la molestaba. En el pelo tenía pegotes pringosos del gel con el que se había peinado. O eso fue lo que pensó que había hecho. Nunca se había dado cuenta de que peinarse pudiera llegar a ser todo un arte. Y lo complicado que era sin poder ver.

Escuchó una forma de andar sobre el linóleo que le resultó familiar: el suave caminar arrastrando los pies de Morbier. Su pie derecho tenía media talla más que el izquierdo, por lo que aunque utilizara un calcetín de más, uno de los zapatos le bailaba.

La brisa que entraba por la ventana había cesado. Debía de estar pasando por su izquierda, contemplándola enfundada dentro del pijama del hospital y con el informe médico a los pies de la cama.

—Tienes manchas de comida en la corbata, Morbier —dijo ella, dirigiendo la mirada hacia la ventana.

Los pasos se detuvieron.

—¿Puedes ver?

—Siempre tienes manchas en la corbata —respondió ella—. Coge una silla.

—He hablado con la enfermera. No me ha dicho mucho —dijo él—. ¿Cómo de grave es?

¿Se podía oír preocupación en su voz?

Aimée dejó que el silencio se adueñara del momento. Morbier, un experto en interrogatorios, sabía esperar.

Así lo hizo ella.

Carritos con ruedas se tambaleaban y chirriaban en el pasillo. La hora de la comida había acabado; o quizá fuera la ronda de los medicamentos.

—¿Así de grave? —preguntó él al final.

—¿Te refieres a que si puedo ver algo?

—Por ejemplo —respondió Morbier.

En todo caso, no era un hombre al que se le diera bien lidiar con los sentimientos.

—¿O a que si volveré a ver algún día? —Movié una pierna y le dio a lo que ella pensaba que era su peine. Este se estrelló contra el suelo.

Aimée escuchó a Morbier gruñir según se agachaba para recogerlo.

—La operación me ha salvado la vida, pero la falta de oxígeno o la hemorragia causada por los golpes en la cabeza colapsaron la zona en la que se había roto una vena frágil.

—Dímelo de forma que pueda entenderlo, Leduc.

—Lo llaman complicaciones en el tratamiento.

—Ah... tan claro como el barro del Sena.

Ella estuvo de acuerdo.

—Alguien me atacó en el pasaje —dijo Aimée—. La fuerza con la que me golpeé la cabeza provocó que se reventara la pared de una vena de mi cerebro.

—¿Y cuál es el pronóstico?

Oyó que Morbier rebuscaba en su bolsillo; un papel arrugado.

—El doctor se está convirtiendo en alguien reiterativo con su «Hay que esperar y ver qué pasa. No es un juego de palabras».

Deseó que su relación con Morbier fuera diferente. Por un momento, quiso que él la rodeara con sus grandes brazos. Que la abrazara. Que le dijera que todo iba a salir bien y que haría que las cosas fueran mejor. Como ya le había dicho una vez cuando ella era pequeña y su padre se había marchado a una operación de vigilancia. Después del colegio, en el escalón de mármol del *commissariat* se tropezó y se hizo una herida en la rodilla. Él la ayudó a levantarse, la abrazó contra su chaqueta de lana que picaba, le secó las lágrimas con la manga y le limpió la herida mientras le contaba historias sobre su viejo perro al que le encantaban las fresas y que se quedaba dormido de pie.

Ella ya no era una niña. Y no siempre podía estar bien. ¿Qué ocurriría si no recuperaba la vista?

—¿Tienes un cigarro, Morbier?

—¿No lo habías dejado?

—Siempre lo estoy dejando —contestó ella—. Hay uno en tu bolsillo, ¿verdad?

—¿Por qué crees que fue el Monstruo de la Bastilla quien te atacó?

—¿He dicho yo eso? —Se echó hacia atrás y miró en la oscuridad, imaginándose qué aspecto tendría el comisario; las bolsas de debajo de sus ojos marrones, siempre alerta, sus mejillas caídas, el pin del Partido Socialista que llevaba en la solapa, un pañuelo usado... sintió cómo le introducían en su mano un palo delgado, luego escuchó el sonido del papel al arrugarse.

—Chupa.

—¡Morbier! —Aimée olió a limón. Abrió y cerró sus labios. Después, saboreó el ácido sabor de una piruleta.

—Mejor que un pitillo —dijo él—. Así que habla conmigo.

—El sargento Bellan ya me ha interrogado. Podría compartir más información si supiera el nombre de la otra víctima.

—Este caso pertenece al *11e* y es una operación especial.

Eso es lo que había dicho Bellan. Pero Morbier debía de saber algo, ya que había respondido al teléfono allí mismo. Sin embargo, como siempre, le haría pagar un precio a cambio de su información.

—No es mi feudo —se excusó él.

¡Si solo pudiera ver su cara!

Le daría una versión reducida.

—Mira, Morbier, esto es lo que sé y puede que después de escucharme consideres

lo de compartir algo de información —comenzó ella—. En ese restaurante elegante, Violette, desaté la cólera de un cliente importante, Vincent. Junto a nosotros estaba sentada una mujer, que llevaba puesta la misma chaqueta de seda china que yo, por la que, por cierto, yo había pagado un ojo de la cara. Estaba hablando por teléfono.

Le contó el resto.

—Ahora, dímelo. ¿Cómo se llama la mujer que fue asesinada el lunes por la noche? ¿En qué callejón la encontraron?

Morbier vaciló.

—Como ya he dicho, no es mi caso.

—He oído a la anciana que la encontró en una entrevista en la *télé* —dijo Aimée—. Ella ha dado más detalles que tú.

Escuchó unos golpecitos sobre el linóleo.

—Mantenlo en secreto. La víctima fue encontrada en la cour de Bel Air —dijo él—. En la puerta de un patio próximo al que fuiste encontrada tú.

—Todos esos pasajes y patios están conectados de alguna manera, ¿verdad?

—Buena teoría —contestó él—. Pero ¿quién sabe?

Dado que no podía ver su cara ni su lenguaje corporal, Aimée tenía que prestar más atención a las palabras que él articulaba.

—Encontrarán a Vaduz. No te preocupes —dijo él.

—Lo que me preocupa, Morbier, es que no ha sido él.

—Leduc, ha matado a cinco mujeres —respondió Morbier—. Este caso y tu agresión encajan perfectamente en el perfil de la víctima.

—¿Quién es...?

Él bostezó. Ella oyó un leve chasquido. Morbier solía romper palillos cuando estaba nervioso o cuando estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Por qué no me lo dices, Morbier? —Frustrada, retorció las sábanas entre las palmas de las manos—. Unos treinta y pocos, con mechaz rubias, soltera...

—Error —interrumpió Morbier—. Solteras como tú, pero todas vivían en la Bastilla. Las víctimas tenían veintitantos o treinta y pocos, y una de ellas ya había cumplido los cuarenta. Pelo rubio apagado, altas como tú. Normalmente, chicas fiesteras. Algunas salían por bares españoles de tapas, por clubs. De un cierto tipo. Ostentoso.

Ella titubeó.

—Tenía pensado quedarme en la Bastilla, en casa del hermano de Martine, mientras él está trabajando en Shangai.

—¿Desde cuándo?

—La reforma de la cocina y de los baños dura una eternidad. Y cambiar toda la instalación eléctrica también. La vecina de René se está haciendo cargo de Miles Davis.

—Has ganado la lotería, ¿verdad?

¿Por qué siempre se olvidaba de lo agudo que era Morbier?

—Se podría decir que sí —convino ella, preguntándose si contarle o no cómo había justificado finalmente la puesta al día del cableado eléctrico y de las tuberías de su apartamento.

—*Non* —dijo él—. No me lo digas. No quiero saberlo.

Aimée pudo imaginar que sus manos anchas se alzaban, como a menudo solía hacer si ella se burlaba de él.

—Dime, Morbier, ¿esta última víctima encaja en el perfil?

Hubo silencio. ¡Lo que hubiera dado por poder ver la expresión de la cara de Morbier en ese preciso momento!

—Lo interpretaré como un no —dijo Aimée—. O no se parece.

—Esta víctima había cumplido ya los cuarenta. Como una de las otras. Así que no se sale del todo —respondió él, con la voz cansada—. Vaduz fue puesto en libertad el lunes por la tarde por un tecnicismo. ¡Démosle las gracias al cabrón de su abogado supuestamente socialista! Uno de esos de la élite *gauche caviar* que empaña el nombre del socialismo. Así que parece que a Vaduz le invadió una necesidad urgente de matar después del entierro de su madre. Quizá la mujer le recordó a ella. O quizá tú lo hiciste.

Así que Vaduz seguía fuera de la cárcel.

—La mujer en el restaurante tenía las uñas largas pintadas con un esmalte color violeta vampirosa, con una buena mata de pelo rubia. —Deseó que Morbier hubiera terminado la descripción por ella.

No lo hizo.

—Con una chaqueta negra de seda china... es ella, ¿verdad? —preguntó Aimée—. Dime, Morbier. Estoy postrada en una cama de hospital.

Ciega y asustada...

—*Bon*, Leduc, la víctima vivía encima del marché d'Aligre. Aún no se ha informado a los familiares, por lo que no puedo revelar su nombre. Conoces las reglas. Como he dicho, estoy trabajando en otro caso.

Una silla se arrastró sobre el linóleo; Morbier debía de haberse levantado y puesto de pie sobre sus zapatos de números desiguales.

—No obstante, Vaduz fue visto en la Bastilla —dijo él—. Así que hay pruebas de localización y temporales. Digamos que conocía a la víctima, la llamó, pero respondiste tú. Lo que demuestra malicia, previsión.

—¿Qué ha pasado con el teléfono móvil desde el que él llamó? —le preguntó—. Podemos rastrear la llamada.

—Ha desaparecido —respondió ella.

—La víctima se adecua al tipo de persona que Vaduz elige: parecida físicamente, la ubicación correcta y mismo método de asesinato.

Pero no podía ser.

—El hombre al teléfono insistió en que ella olvidara su orgullo y se encontrara con él. La conocía, Morbier.

—Vaduz conocía a alguna de sus víctimas. Y cuando fue puesto en libertad, dijo que iba a ir a ver a su dentista en la Bastilla. Tenía la boca llena de dientes podridos.

—El informe debería reflejar si se conocían o no —dijo ella.

—No es mi caso —aclaró él—. Todo ha ido de mal en peor desde que se dejó salir a Vaduz. Un verdadero *désastre*.

Claro está que dejar en libertad a un asesino en serie para que vuelva a matar no devuelve la confianza de los ciudadanos en la policía.

—Este depredador sexual se supone que ha asesinado a varias mujeres en la Bastilla. ¿Cómo es que nadie relacionó todas estas muertes hasta el año pasado? —preguntó Aimée.

—Pues ya ves, tú tampoco las habías relacionado —dijo Morbier—. Hablas como los padres. Como el que esta mañana me arengó durante una hora que por qué no habíamos hecho pruebas de ADN y comparado las muestras.

—Buena pregunta —dijo ella—. Pero resultaría difícil, ya que no tenéis un depósito de ADN en el que cotejarlas, ni mucho menos...

—Ya sabes cómo es esto... la mitad de la de la Brigada Criminal no tiene ni siquiera ordenadores en sus escritorios.

Morbier dejó escapar un profundo suspiro.

—Esa es la razón por la que me incluyeron en el caso —prosiguió él—. En el último minuto.

Control de daños. Era lo que había estado haciendo cada vez más en los últimos tiempos.

—Como he dicho, no es mi caso —dijo Morbier—. Bellan está al mando. Se supone que estoy de servicio en Créteil.

—¿Créteil?

—La aplicación de la ley en el nuevo congreso del milenio —dijo él, respirando profundamente—. Perdóname. Pero eso ahora está en el aire.

—¿Por qué?

Silencio. Aimée odiaba cuando tiraba la piedra y escondía luego la mano.

—Cuéntamelo, Morbier —dijo ella.

—No tienen personal suficiente para controlar la amenaza de bomba —explicó él—. El ministro ha enviado a *commissaires* y a hombres de los *arrondissements*.

Ella le dio el último lametazo a la piruleta y se colocó el palo húmedo entre los dedos.

—¿Una amenaza de bomba? Parece algo gordo.

—Gordísimo, Leduc —respondió él, con un tono de voz cortante—. Estás fuera de servicio. Así que, mantente alejada de esto. Ni se te ocurra volver a preguntar nada más.

Era más que grande. Era gigantesco, si Morbier había hablado de esa manera.

—Me interesan los dientes de Vaduz —dijo ella.

—No es una vista agradable. Parece que Vaduz abrió la boca y se señaló los

dientes podridos —dijo él—, quejándose de que necesitaba que se los arreglara el dentista.

—¿Qué hay del clásico marido celoso?

—No estaba casada —contestó Morbier—. El *préfet* sigue recordándome que le quedan aún cinco días para la jubilación —dijo Morbier—. Tras una carrera estelar de veinticinco años, el *préfet* quiere dejar el cuerpo con todas las condecoraciones del alcalde. Por lo que le gustaría que la culpa por el desastre de Vaduz recayese en otro. Pero qué pena que no pueda pensar en otro lugar. Ahora mismo, parece que la Gendarmerie es el siguiente candidato.

—¿Por qué? —preguntó Aimée—. Ellos no son los responsables.

—Diles eso a los ciudadanos —explicó él—. Todos nuestros uniformes parecen iguales y todos somos culpables. Los familiares de las víctimas quieren justicia o venganza.

El busca de Morbier sonó y lo escuchó hurgar en sus bolsillos.

—¿Puedo usar un momento el teléfono de tu habitación, Leduc?

Ella asintió. Después, su dolorido cuello protestó como respuesta.

Del brusco tono de la conversación de Morbier, ella dedujo que algo había salido mal. Él colgó.

—¿Qué ha pasado?

Oyó un suspiro prolongado.

—Algunos problemas en la place du Trône —contestó él, empleando el antiguo nombre, la plaza del Trono, para place de la Nation. Aimée lo encontró irónico, puesto que él era un socialista empedernido.

—Pero, Morbier, la persona que habló conmigo conocía a la persona a la que estaba llamando. Parecían ser íntimos.

—Ya me lo has dicho. Tengo que irme. Dejemos las cosas claras, Leduc. Vaduz pensaba que tú eras la víctima. Se asustó cuando oyó a algunos transeúntes bajar por el callejón. Hay mucha vida nocturna en el *quartier* de la Bastilla. Él había estado acechando a la otra mujer antes de encontrarse contigo. Luego, la encontró a ella.

Morbier continuó.

—No es mi territorio, Leduc. —Dejó salir un suspiro cansado—. Las autoridades que están detrás de todo esto están intentando echarle el guante a Vaduz. Es el responsable de asesinar brutalmente a cinco mujeres. Y ahora se les está haciendo la boca agua, hablando sobre las «instalaciones especiales» que le han preparado en el Quai des Orfèvres (una jaula de hierro y alambre para sus interrogatorios). —Otro suspiro cansado—. Los padres de las víctimas están furiosos y cansados. Y cuatro cuerpos más tarde, siguen reclamando sangre. La sangre de Vaduz y severas acciones policiales. Así que, a menos que tengas algo concreto, Leduc, te recomiendo que dejes que ellos sean los que aten todo esto con un bonito lazo.

Aimée se inclinó para atrás sobre las grandes almohadas. Lo que había dicho Morbier era verdad. Pero el hombre que la había atacado a ella no era Vaduz.

—Sabes que mis corazonadas son acertadas —dijo ella—. Papá me enseñó bien. No estoy de acuerdo. Pero no creo que un acosador en serie como Vaduz hablara como el hombre del teléfono. Además, has dicho que tiene los dientes podridos, ¿no? Pues no recuerdo un mal aliento. No tiene sentido.

—¿Has oído hablar de los caramelos de menta para el aliento? —preguntó Morbier—. ¿No sufriste una conmoción cerebral y todo se volvió oscuro?

—Morbier, ¿qué estás tratando de decirme?

Hubo un silencio.

—Escúpelo.

—Lo que tu padre tendría que haberte dicho —dijo él—. Deja de meterte en lo que no te incumbe y dedícate a los ordenadores.

Su comentario la enfureció.

—Después de cenar con un cliente, me atacaron, me quedé ciega. Pero por tus palabras parece que me lo busqué —espetó ella. Quería lanzarle el teléfono, pero no sabía dónde estaba—. No fue el Monstruo de la Bastilla, de eso estoy segura.

Un sollozo quedó atrapado en su garganta. Pero consiguió ahogarlo.

—Me preocupa tu seguridad. Lo siento... no me he comportado bien... es este hospital... —su voz se quebró—. *Bon*, me mantendré alerta.

Y con eso, Morbier se marchó.

Él nunca se había disculpado con ella o con cualquier otra persona en toda su vida, eso ella lo sabía. Era una primera... victoria pírrica.

La habitación estaba fría. Corrientes de aire le helaban los pies. Se metió en la cama y tiró hacia arriba de las mantas. No podía contar con Morbier. Ni con los *flics*. Si se tenía que llevar a cabo una investigación, le tocaría a ella misma llevarla a cabo.

Estaba atrapada entre la espada y la pared... ¿no era lo que había dicho? Antes de que la policía arrestase a Vaduz, ¿cómo podía demostrar que él no fue quien la atacó?

Vino la enfermera.

—Hora de sacar un poco de sangre, será un minuto. Parece que se le ha caído el cepillo de dientes.

Después de que la enfermera se fuera, Aimée se echó para atrás y se puso el cepillo sobre su mejilla, le dio la vuelta y se lo colocó frente a los ojos. Pero no importaba lo mucho que lo intentara, aunque lo tuviera ahí enfrente, no podía verlo. Probablemente, nunca volvería a ver.

La fatiga se apoderó de ella. Concentrarse en las palabras de Morbier (y en lo que no había dicho) la había agotado. Al escucharle, tuvo que esforzarse más que si hubiera podido ver y aun así sentía que se le escapaba algo: un matiz, la forma en la que sus dedos regordetes jugueteaban con la manga de la chaqueta o cómo retiraba la mirada cuando ella mencionaba algún tema delicado. Como cuando su madre americana los abandonó cuando ella tenía ocho años o cuando descubrió el historial policial de su padre. Todas las pequeñas pistas que había aprendido de forma inconsciente dependían de leerle a él, para descifrar su significado.

¿Y qué era todo eso de la bomba y necesitar a más personal...? Nunca se lo habría dicho. Ella estaba fuera del circuito. Inútil.

La mayor parte del tiempo, Aimée podía saber cuándo Morbier tenía algo más que decir. Por supuesto que él lo sabía, tenía acceso total al gran expediente sobre el asesino en serie Vaduz y solo quiso compartir con ella una información mínima. Y ahora no estaba segura de si alguna vez sería capaz de entenderlo a él (o cualquier otra cosa) de nuevo.

Pasó el brazo alrededor del armazón metálico de la cama, frío y suave, luego volvió a echarse sobre las almohadas. En el fondo, el recuerdo de que a lo mejor nunca más volvería a ver se cernió sobre ella.

El olor de un café expreso, solo y aromático, la inundó. ¿Todo había sido una pesadilla?

Claro que lo había sido. Se despertaría en la cama de su apartamento en la isla Saint Louis con el Sena fluyendo bajo su ventana, Miles Davis, su bichón frisé, sentado bajo la luz del sol sobre su edredón. Estaría abrazada a ese bronceado cachas que había conocido en Cerdeña, musculado y con el torso bien firme y...

—Aimée, ¿te apetece un café? —preguntó René—. ¿O quieres seguir durmiendo un poco más?

Mantuvo los ojos cerrados. Con las imágenes del húmedo hocico negro de Miles Davis y su pelo que necesitaba un corte. Después, abrió los ojos.

Oscuridad. Solo oscuridad. Y la sensación de las recién almidonadas sábanas del hospital. No era un sueño: había despertado de nuevo en la realidad.

—Con dos terrones de azúcar, por favor.

—Justo como a ti te gusta —dijo él.

—*Merci*, eres un encanto, René. —Se incorporó, sintió su espalda apoyarse sobre las almohadas. Intentó no pensar en el aspecto que debía de tener.

Su agotado cerebro agradeció un humeante y dulce café Java Jolt. Abrió las manos para coger la taza caliente, palpándola con los dedos para encontrar la cucharilla.

Aimée le contó a su amigo el interrogatorio del sargento Bellan y los comentarios de Morbier sobre Vaduz.

—René, ¿alguna novedad de la *judiciaire* relacionada con Populax?

—Si Vincent no entrega el disco duro, nos mandarían una citación —respondió René.

Ella se mordió el labio.

—¿No lo ha reconsiderado?

—Hasta ahora, no.

La actitud de Vincent era indignante. Recordó nuevamente su amenaza encubierta en el restaurante. Y su negativa arrogante. Tanto porque se creía estar por encima de la ley o porque estaba escondiendo algo.

Le dio vueltas a la cucharilla lentamente dentro de la taza, pero sintió que algunas

gotas calientes le salpicaban el pecho. ¿Cómo podía ser tan complicado remover algo con una cucharilla?

—Hay que hacerse a la idea de que tendremos que personarnos en el Palais de Justice —comentó René—. Conoces el procedimiento.

Le dio un trago al expreso y luego sintió que la taza se alejaba de sus manos.

—¿Yo? ¿Testificar? —preguntó Aimée.

—Estamos juntos en esto —contestó René.

—Necesitamos que Martine nos ayude a convencer a Vincent para que coopere.

—Tengo tu mochila. Déjame que busque el teléfono de Martine.

Sorprendida, se giró, golpeándose el hombro contra el armazón de la cama (el mismo que se le dislocaba con una frecuencia irritante).

—Mi mochila... pensaba que me la habían robado.

—¿Quién ha dicho eso? Estaba junto a ti en el callejón cuando te encontré —aclaró él—, enterrada en el barro.

—¡Eres increíble!

¿Qué quedaría dentro?

Escuchó la cremallera de su bolsa de cuero, después cómo el contenido caía sobre la sábana. Pasó el dedo por el teléfono, su manoseado manual de *software*, el archivo de Populax, su máscara de pestañas Ultralash, su resistente portátil, un llavero, lo que quedaba de su gastado perfilador de labios, un pequeño tubo de Superglue que hacía milagros con los tacones rotos, pinzas de cocodrilo, cable para conectar distintas líneas telefónicas, un destornillador, chicles Nicorette, las galletas de calcio de Miles Davis y la sagrada medalla de su padre.

Todos los objetos cotidianos de su trabajo y de su vida.

Su antigua vida.

Aimée se estremeció. Se pasó las manos por el pelo apelmazado y enmarañado para ocultar el estremecimiento. No solo necesitaba un corte de pelo decente en Dessange y una exfoliación corporal en un hamam, sino también su Beretta, para protegerse. Y su vista, para usarla.

—Pidamos ayuda a Martine. Ella lo convencerá. Marca el 12 en mi teléfono, René —dijo ella—. Es el número de marcación que tengo asignado a Martine.

René le pasó el teléfono.

Ninguna señal.

Aimée colgó.

—Qué extraño, René...

Entonces se le vino a la cabeza.

—Espera un momento, René. Hay dos teléfonos en la mochila. Pero solo uno es el mío —alzó la voz emocionada.

—¿El otro es...?

—Estaba intentando devolverle el móvil a la mujer del restaurante...

—¿Quieres decir que quien te atacó no se llevó ninguno de los teléfonos?

Ella rebuscó entre todas las cosas para encontrar el aparato y sostuvo los dos en sus manos.

—Se parece al mío, ¿verdad?

Obtuvo silencio como respuesta.

—René... ¿estás asintiendo con la cabeza?

—Lo siento.

—¡Ahora podemos rastrear las llamadas de la mujer muerta!

—Debió de verse en un apuro cuando lo descubrió —dijo René.

—¿Descubrir qué?

—Qué tenía a la mujer equivocada —explicó él.

Eso era lo que Morbier había dicho. Pero no podía ser tan fácil (solo tenían que comprobar la última llamada y ¡habrían dado con el número del asesino!).

—Sé lo que estás pensando, Aimée —dijo René—. Pero cuando intento llamar al último número del que se recibió una llamada, dice que no existe.

—¿Cómo que no existe? Inténtalo de nuevo.

Oyó a René respirar profundamente.

—Esta es una versión sencilla, no el modelo de última generación. Para nada de última generación.

—Eso significa que no podemos seguir la pista a la persona que llamó a la mujer —afirmó ella, decepcionada.

¿Estaban en un callejón sin salida?

Se le ocurrió algo.

—Pero, René, debe tener marcación rápida, *non*? ¿No lo tienen todos los modelos?

Hubo silencio.

—¿Estás asintiendo con la cabeza?

—Veo tres números en la lista.

—*Parfait*, rastreamos sus números de marcación rápida —concluyó ella.

—Parece que el agresor no es tan listo si su número aparece en el teléfono.

—Tienes razón —dijo ella.

¿Podría haber sido tan descuidado?

—Tenemos que comprobarlo, René. Tenemos que dar con el nombre de la mujer, con el número de este teléfono y, luego, a quién llamó ella.

—Es muy sencillo comprar una tarjeta de prepago en una tienda que no tenga cámaras de seguridad —dijo René—. La mujer podía haber pagado en efectivo y haber comprado una línea telefónica sin dejar ningún rastro de ello. Pero ¿por qué haría eso?

Aimée pensó en el floreciente negocio de móviles de segunda mano baratos para aquellos que habían perdido los suyos.

—Digamos que la mujer perdió el suyo. Que necesitaba un teléfono barato para el trabajo —dijo ella—. Como me pasó a mí antes de comprarme este. Aun así, todo el

mundo tiene que enseñar una identificación para activar un móvil.

—¿Una identificación? —preguntó René—. Eso simplifica las cosas.

—¿Cómo?

—Tengo en funcionamiento la memoria RAM. Me he metido en algunos bancos de datos —dijo él—. Hay un programa que comprueba las listas de compras de teléfonos móviles tanto con pagos en efectivo como por tarjeta. Tardará unos veinte minutos.

Era un experto en su trabajo.

—¡Eres un genio, René!

Aimée estuvo meditando internamente la idea de llamar a Morbier para contarle que su mochila había aparecido. Pero primero tenía que averiguar la identidad de la víctima. Averiguar si era la mujer del restaurante.

Tenía que estar segura. Dar con pruebas concretas.

—Intenta el número 12 en mi teléfono.

René marcó y se lo pasó a su amiga.

—*Allô?* —dijo Martine, en voz baja y sin aliento.

—Martine, no me digas que estás haciendo deporte.

—Como si lo estuviera haciendo —respondió ella—. Subir con tacones por esta escalera de caracol metálica parece mi propia escalera hacia el infierno.

—¿Dónde estás?

—De camino adonde he quedado con Vincent para el cóctel de prelanzamiento de *Diva*, nuestra gran noche. *Chérie*, recuerda que estás invitada. ¿No vas a venir?

Claro, con todo lo que había pasado, se le había olvidado.

—Ay, no. Estoy en el *hôpital des Quinze-Vingts*.

—¿Visitando a algún enfermo? —Escuchó que Martine inspiraba profundamente—. *Ça va?*

—Se podría decir que sí.

—¿Qué pasa?

¿Debería contárselo a su mejor amiga? ¿En su gran noche? ¿Estropeársela? No ahora, no cuando Martine estaba a punto de lanzar su nueva aventura. Se lo podría decir mañana.

—Me sentiría mejor si persuadieras a Vincent para que entregue su disco duro —dijo ella—. Además, ¿cómo podría ir? No tengo nada que ponerme.

—En lo único en lo que piensas es en el trabajo, Aimée —respondió Martine—. ¿No puede esperar hasta...?

—Por favor, Martine, la *procuratrice* le va a mandar una citación.

—¿Por qué? No es culpable. ¡Lo son los *salauds* con los que hizo negocios!

—Dile que coopere, Martine.

De nuevo, las dudas acerca de Vincent la asaltaron. La inquietud predominaba.

Aimée oyó un murmullo, los compases de una orquesta de cámara de fondo. Se imaginó a la multitud vestida a la moda, la cera de las velas derritiéndose y el sabor del champán burbujeante. Y se le vino a la cabeza que conocía a su mejor amiga

desde el *lycée*, que había hablado con ella como en infinidad de ocasiones, pero esta vez sintió que algo era diferente. Como si le estuviera hablando a una pared.

—Aimée, en estos momentos, es imposible... *tiens, ahí* está Catherine Deneuve...

A Aimée le llegó el sonido del chasquido de labios cerca de las mejillas lo que parecía un intercambio de *bisous*. Detrás, oyó por casualidad parte de una conversación «... es elegante, fuerte y hay algo nuevo en ella. Una *Belle de jour punki*».

—Esta es una gran noche —dijo Martine.

La conversación de fondo continuaba «... tiene facilidad para imitar acentos y para representar diferentes personajes de clases sociales distintas, educados o maleducados, pijos o punkis. Un poco glamurosa. Un poco bruta».

—Si Vincent no muestra una actitud cooperante —dijo Aimée, alzando la voz—, le hará quedar mal.

—Lo intentaré, tengo que irme —dijo ella, y colgó.

—¿Qué te ha dicho Martine?

—¿Además del efusivo saludo con Deneuve? Está yendo a un cóctel sobre moda, fichando a las reinas del glamur que no tienen miedo a que se les caigan los anillos, escuchando cotilleos que murmuran sobre los atractivos nuevos autores. Si solo pudiera ver o...

Ella buscó su mano y encontró su brazo.

—René, ¿recuerdas el artículo que leímos en la revista japonesa de *software* sobre la tecnología para invidentes?

Hubo silencio. Oyó a René inspirar profundamente.

—¿Te refieres a la pantalla lectora que convierte los textos en discursos?

—Exacto —contestó ella—. Y al programa de activación por voz que convierte los discursos en textos para el portátil.

—Hagamos un trato —propuso él—. Tú me dejas ayudarte a encontrar a la persona que te atacó y yo te consigo esos programas. Como si tengo que ir a Japón para hacerme con ellos.

—Trato hecho.

Pero René no tenía que ir tan lejos. Un par de llamadas y encontraría varios programas por medio de un amigo *hacker* en el Sentier.

—Mi contacto se va a ir en un rato —dijo René—. Si no me marcho ahora, no podré instalarlos...

—Pero primero tengo que asegurarme de que la víctima era la mujer del restaurante —interrumpió Aimée— y comprobar los números de marcación rápida del teléfono de la mujer.

—Hay tiempo para eso —respondió él—. El problema con la *judiciaire* no puede esperar y necesito tu ayuda.

Y una vez dicho eso, René se marchó.

Debía de haberse movido. Aimée oyó deslizarse por la barra las anillas de la cortina que se situaba a su lado. Pasos apresurados resonaron en el linóleo.

—*Mademoiselle* Leduc, estamos evacuando la sala —dijo la enfermera de Borgoña, la simpática. La enfermera la sacó de la ensoñación que estaba teniendo acerca de su futuro repleto de penurias: su apartamento vendido para pagar las deudas, los acreedores persiguiendo a René en Leduc Detective.

—¿Evacuando? ¿Hay un incendio...?

No olía a humo.

—Un tren de la TGV ha chocado contra la gare de Lyon —le explicó la enfermera, sus palabras salían apresuradas, respiraba con dificultad—. Hay doscientos heridos. Somos el hospital más cercano, por lo que estamos acogiendo a todos. El hôpital Saint Antoine también.

Aimée sintió que le echaban la manta hacia atrás.

—Todos los hospitales están en código rojo —prosiguió la enfermera de Borgoña—. Como su situación es estable, la trasladaremos a la residencia Saint Louis, justo en la esquina. Un lugar para que los invidentes aprendan a valerse por sí mismos.

Así que la estaban llevando a la casa de los ciegos.

—No lo entiende, yo ya tengo una casa... —Quiso gritar—. ¡No soy como ellos!

Pero sí que lo era.

—Antes de que regrese a su casa, es mejor que aprenda a moverse en el mundo de los videntes, *mademoiselle* —le dijo—. Chantal, nuestra voluntaria, la llevará. Es una interna de la residencia.

Un olor rancio a lilas acompañaba el sonido de los tacones sobre el linóleo.

—No se preocupe —dijo una voz trémula—. Puede cuidarse a sí misma. Yo lo hice.

—Pero ¿cómo puede ayudarme si no ve?

Una carcajada seca.

—Tiene mucho que aprender.

Aimée sintió que la enfermera le anudaba el pijama del hospital y la cubría con un albornoz. Le habían dado su mochila. Pero ¿cómo podría encontrarla ahora René?

—Tengo que decirle a mi amigo...

—No se preocupe, hay tiempo para eso. Chantal es una profesional —dijo la enfermera—. Levántese.

Aimée luchó contra la sensación de vértigo que la invadió al deslizar sus pies sobre el suelo. Sonaban sirenas en el exterior.

—Ahora, estire el brazo y busque mi hombro.

Extendió el brazo con cautela, palpó un material suave y se agarró al huesudo hombro de Chantal.

—*Parfait!* Deje a sus dedos que reconozcan formas, texturas y objetos. Le enseñaremos trucos. *Vite*, eh... ¡dejemos paso a los verdaderos desafortunados!

Aimée vaciló.

—*Allons-y!*

Aimée arrastró los pies hacia el frente, dando pequeños pasos.

—Yo solo soy ciega sobre el papel, ¿sabe? —dijo Chantal, con un tono de voz lleno de confianza. Su hombro se movió hacia delante—. Distingo luces y sombras, grandes formas. Este será nuestro pequeño secreto, ¿vale? El médico ha dicho que tiene energía, la recomendó para que pudiera entrar en la *résidence*. No todo el mundo puede ir allí... Dios no lo quiera, ¡pero podía haber sido enviada a Saint Nazaire o a algún remanso provincial! Saint Louis solo acoge a los alumnos que aprenden rápido, no se olvide de eso.

Miércoles

Vincent Csarda había nacido en el sitio equivocado. Sabía que no era el único. A mucha gente le ocurría lo mismo y continuaría pasando. Cuando era un niño, una vez al año, en Navidad, su madre lo llevaba a comer con un caballero «amigo» suyo. Siempre iban al exclusivo Ladurée, famoso por su espeso chocolate caliente, en la place de la Madeleine. Estas salidas eran todo un secreto para su padrastro, un exconductor de tranvía retirado con una mísera pensión de invalidez.

Vincent, impoluto y con sus mejores galas, odiaba el viaje en la parte trasera del autobús sobre la plataforma exterior. Y su madre, nerviosa, quitándole las pelusas de su chaqueta de lana. Este «amigo», con su tieso bigote color ámbar y con los ojos rojos llorosos, le daba ceremoniosamente un regalo al chico. Juguetes raros o pasados de moda. Una vez, le regaló un libro muy sobado sobre motores de vapor.

Él se lo agradecía y se llevaba a la boca una cucharada de chocolate caliente.

—¿Te está saliendo bigote? —bromeaba el hombre con respecto a la mancha de chocolate que se le quedaba a Vincent en el labio superior. Este asentía con la cabeza bajo el escrutinio de su madre.

Los regalos se acumulaban en una pila dentro del armario de Vincent. Unas navidades su madre le dijo que ya no volverían a ver al «amigo» nunca más, pero que no debían estar tristes, que él se había ocupado de Vincent. Su madre nunca se lo dijo abiertamente, pero por lo que ella callaba, concluyó que ese hombre era su padre y que había muerto.

Con el tiempo, Vincent averiguó que había heredado una generosa cantidad de dinero del «amigo» de su madre. Con un don innato para los negocios y las promociones, abrió su *agence de publicité*, la expandió y nunca miró hacia atrás. Su padre no le había dado su apellido o su patrimonio, pero, según había racionalizado, le había dado algo más importante: los medios para conseguirlo.

Vincent saludó a su secretaria con un movimiento de mano. Esta estaba maquillándose con destreza en su escritorio mientras hablaba por teléfono. Él le indicó que necesitaba cinco minutos. Cerró la puerta de su oficina de la Bastilla y comprobó sus correos electrónicos. Abrió uno de Popstar. El asunto del mensaje decía «Mermelada de té». El cuerpo del mensaje: «Llame al 92 23 80 29 para pasar un buen rato».

Escribió el número en la palma de su mano. Más seguro. Luego, borró el mensaje. Esta era la última vez. No más mensajes; se lavarían las manos.

Se colocó la camisa blanca, de la colección de Le Male de Gaultier, y echó un vistazo al esmoquin negro hecho a medida para comprobar que no tuviera pelusas; el pantalón del traje escondía los zapatos de plataforma. Más tarde, iría a la sala de recepciones de la Ópera de la Bastilla para dar una rueda de prensa por el

lanzamiento de la revista. El Arsenal Pavillion hubiera sido más elegante. Pero *monsieur* Malraux, el tasador de arte, había ofrecido su *hôtel particulier*, una mansión independiente en el barrio que daba caché. Y el caché contaba mucho para la *gauche caviar*.

Una luz azul tenue y poco nítida brillaba en las altas ventanas acristaladas que daban al patio en el barrio de Saint Antoine. Las pilastras y el friso esculpido en la fachada reflejaban la luz. La azulada estrella Vega, en la constelación de Lyra, colgaba del cielo. En el interior, miríadas de pequeñas luces azules cubrían las balaustradas, dándole un brillo reluciente sin igual al vestíbulo.

Azul como *Diva*, su nueva revista. *Perfecto para la gala de prelanzamiento*, pensó Vincent, repiqueteando sus dedos. Una mezcla entre elegancia y originalidad.

Uno de los monarcas de la casa de los Borbones había instalado allí a su amante, una actriz muy conocida. El monarca era el responsable de la construcción del *petit théâtre*, una pequeña joya con tapices gobelinos que colgaban de las paredes del vestíbulo, para las actuaciones de su amante. A él le gustaba mostrarla entre las personas más allegadas de la corte, para contentarla. Algunos rumores señalaban que él estaba tan enamorado de ella que había cavado un pasaje subterráneo desde la Bastilla para poder hacerle visitas inesperadas.

Vincent dudaba de la veracidad de esa parte de la historia. ¿Por qué esconder una relación? Otros miembros de la corte también las tenían.

El teatro, perfecto para la gala de prelanzamiento, tenía un escenario dorado festoneado por querubines bajo un techo pintado. Tenía capacidad para doscientas personas sentadas, en su mayoría, en butacas de terciopelo marrón añejo. El teatro tenía un *élan* que el dinero no podía comprar. Vincent se moría de ganas por poseerlo. Algo que siempre había querido tener en su vida... una entrada en un mundo que lo excluye.

Pero no por mucho tiempo. Obtendría partidarios y la aprobación de los jueces de la moda en este evento de prelanzamiento para la élite de la sociedad.

Vincent alzó el primer ejemplar de *Diva*, una revista de moda a cuatro colores. En la portada estaban las tres divas de la Bastilla representando la tragedia, la sabiduría y el glamur. El primer número de Martine perfilaba a las mujeres como las que encabezaban el arte. También al diseñador Jean Paul Gaultier, y a un emocionado grupo de jóvenes cineastas, arquitectos, artistas de instalaciones, bailarines y cantantes de la «nueva» Ópera.

Un ganador. Vincent lo sentía en su piel. Un poco de destello, glamur y lujo templados por la conciencia; entrevistas a activistas, escritores y a los redactores de *Cahiers du Cinéma*. Gente guapa de París que recomendaba los clubs y restaurantes *branché*. Un rapero francés y una casa de té chino y su propietario en la sección *Arts et Chic*.

Con el éxito de *Diva*, Vincent podría unirse de verdad a la *gauche caviar*. No solo fingirlo desde la oscuridad. El dinero no garantizaba la entrada; tenía muchísimo. Necesitaba el caché de poseer una revista de moda con conciencia política, vanguardista y casi-*intello*.

Un grupo de ministros socialistas, activistas de los derechos humanos, prominentes abogados de izquierdas, *hippies* con fondos fiduciarios y *aristos* conformaban la lista de invitados. Vincent tomó nota de cada detalle: los *hors d'oeuvres* de langosta con trufa, los platos de caviar Petrossian, los helados de *champagne*, los bombones en forma de columnas de la Bastilla. No importaban las diferencias en cuanto a ideología política de los invitados, Vincent era lo suficientemente astuto como para conocer sus preferencias.

Lo mejor.

Como el primer ministro o el presidente, que podían ser muy de izquierdas, pero cenaban caviar muy a menudo.

Lanzarían *Diva* al público rodeados por un circo mediático en la sala de recepciones de la Ópera. Él sabía que *Diva* sacudiría a la élite, a los aspirantes, a los *bon chic bon genre*... pero de una manera original, como a ellos les gustaba. Y suplicarían aparecer en ella. La participación de la antigua directora de *Madame Figaro* lo garantizaba.

—*Monsieur* Csarda?

Él se dio la vuelta. Un camarero, con un largo delantal blanco hasta los tobillos, se elevaba sobre él.

—*Oui*?

Nadie se dirigía a él de esa manera tan respetuosa. Nunca. Tuvo que centrarse, concentrarse en el gran cuadro. No perder los papeles por una minucia.

—Perdón, *monsieur*, el organizador necesita su aprobación para las orquídeas. Un cambio de última hora, solo han llegado las moradas.

—*Merci*. —Vincent sonrió. Podía permitirse mostrarse magnánimo.

Mientras resolvía la crisis con las flores (Malraux, el dueño de la Ópera de la Bastilla, detestaba el morado), se dio cuenta de que este llegaba tarde. ¿No iría a faltar? Imposible... Malraux se lo debía. Le debía mucho más de lo que podía pagar.

Miércoles, al mediodía

Abajo en el *commissariat*, en la place Léon Blum, moteada por la luz del sol, el sargento Loïc Bellan hojeaba el grueso informe sobre el Monstruo de la Bastilla. Como había hecho tantas otras veces. Pero esta sería la última. Después de esto, firmaría toda la compilación de información y, luego, descansaría en el *frigo*, los archivos... donde se congelaría y quedaría enterrado en el depósito del sótano de la policía bajo el Sena.

Bellan se inclinó sobre la mesa de madera de la desierta sala de operaciones. Fuera en la plaza, que recibe el nombre del primer ministro socialista de Francia durante el periodo de entreguerras, los primeros autobuses de la mañana, taxis y bicicletas pasan por delante de las ventanas con rejas.

Cerca, incrustadas en el pavimento, estaban las cinco piedras que en su día sujetaron la estructura de madera de la guillotina. Lacenaire, el poeta, se refirió a ellas como «las losas de la muerte». Hoy en día, forman parte del paso de cebra que se utiliza a diario.

Bellan se puso a trabajar en serio en lo que mejor se le daba, analizar la mente del asesino. Releyó y desmenuzó la información a fondo una vez más, cambió los posibles finales, la organización y la reorganización de los elementos. Buscó los cabos sueltos y cómo anudarlos. A lo mejor, después, podría marcharse.

Estudió minuciosamente las anotaciones hechas por el perfilador psicológico del Quai des Orfèvres, las fotos de las víctimas, los detalles de los informes forenses, las declaraciones de los pocos testigos y vecinos. Luego, alzó la mirada hasta el mapa del *quartier* de la Bastilla... la ubicación de los ataques.

No tenía ninguna duda. Vaduz cometió los asesinatos descritos en el dossier. Pero este último, el de Josiane Dolet, olía mal. Como un queso brie pasado.

Tenía que mantener despejada la mente... las noches sin Marie y las niñas ya eran lo suficientemente malas. El *whisky* amortiguaba el dolor solo durante un tiempo. Se despertaba en mitad de la noche, pensando que tenía que ir a recoger a sus hijas al colegio. Pero su única compañía era un foco de luz amarilla sobre el suelo de madera desnudo.

La máxima de Jean-Claude Leduc durante el primer año de servicio de Loïc retumbaba en su cabeza: «Si algo te huele mal, sigue tu instinto. Cuando el runrún te persigue de día y de noche, presta atención».

¿Qué había pasado por alto?

Pero la combinación del elevado número de casos que llevaba, las pocas horas de sueño reparador, los continuos cafés durante las largas operaciones de vigilancia y los efectos del *whisky* que se había tomado de la petaca que guardaba en el bolsillo del chaleco... no podía estar seguro.

Le daba vueltas a algo. ¿Sería el comentario que Aimée había hecho sobre el pasaje? ¿Su estrechez? Loïc mordió el bolígrafo. Dio un paso hacia atrás y observó el mapa ampliado de la red de autobuses y *métro* colgado en la pared.

Las rutas de las víctimas de Vaduz se concentran entre las pocas manzanas donde empiezan las líneas de autobuses 86 y 91. Esto corresponde con las paradas de la línea de *métro* morada de la Bastilla, Ledru Rollin y Faidherbe Chaligny. Loïc examinó las notas del detective comprobando que las víctimas y el sospechoso habían cogido el mismo autobús para ir al trabajo; los bares, cafeterías y lavanderías del *quartier* habituales del asesino también eran frecuentados por las víctimas. Esta coincidencia fue la que las condujo hasta Vaduz, un asesino que se mueve como pez en el agua por la zona de la nueva Ópera.

Bellan releyó las notas del archivo. Vaduz escogía siempre al mismo tipo de mujer. Todas se parecían a su prima: rubias, con buen cuerpo y glamurosas. La prima había ignorado al introvertido Vaduz desde la niñez, negándose a presentarle a sus amigas. Pero él sentía una fijación por ella, tenía todas las paredes de su habitación empapeladas con poemas y dibujos que reflejaban sus obsesivas fantasías con ella. Los fines de semana, cuando él iba a visitar a la familia, ella estaba en la habitación con chicos. Aunque su prima lo menospreciaba y lo rechazaba, Vaduz decidió declararle su amor.

Sin embargo, Josiane Dolet, la última víctima, era muy delgada, elegante y reservada en apariencia. De buena cuna y de izquierdas, siguió la tradición y se unió al periódico familiar. Cuando este se fusionó con *Libération*, se hizo *freelance*, cubriendo investigaciones y ganándose el respeto del mundo de la prensa gracias a la solidez de sus reportajes.

Josiane Dolet no parecía encajar dentro del perfil de las víctimas de Vaduz. Era la más intelectual de las cinco. ¿Eso la convertía en la más amenazante? Pero cuando él atacaba a las mujeres, no había tiempo para discutir nada.

Sin embargo, razonó Bellan, la elección de sus víctimas mostraba premeditación y un mismo patrón. De forma metódica, aunque estaba enfermo, se tomaba su tiempo. Las víctimas o vivían en un pasaje o caminaban a través de alguno de ellos en dirección a sus apartamentos. Pero la casa de aquella mujer daba al mercado con el tejado acristalado de la place d'Aligre; tendría que haber ido por la plaza para llegar hasta allí.

Sintió la respiración del *préfet* detrás de su nuca; tenía que entregar el informe al mediodía. ¿Cómo encajaba Aimée en todo esto? Loïc no podía poner la mano en el fuego, pero había algo que le preocupaba.

—¡Bellan! Línea tres —gritó el sargento sentado en la mesa de enfrente.

Él cogió el teléfono de pared.

—*Oui?*

—Loïc —dijo Marie, con una voz débil—. Guillaume está enfermo.

Y el mundo se detuvo. Lo único que oyó fue un silencio atroz al otro lado del

aparato, luego, el rugido de un escúter se coló por la ventana.

—¿Qué le pasa?

—Dolor de garganta —respondió ella.

Pobre Marie, debía de estar agobiada para haberlo llamado.

—Marie, las niñas también tuvieron anginas el año pasado, no es nada grave.

—Están preocupados por sus riñones.

—¿Por qué?

—Porque para bebés como él, es algo grave. Estamos en el hospital en Vannes — explicó ella—. Está en cuidados intensivos. Como su padre, pensé que deberías saberlo.

La llamada se cortó.

No podía dejar a Marie que afrontara aquello sola. Algo en su interior se derrumbó. Y en lo único que podía pensar era en esos dedos del pie que parecían perlitas rosadas.

Cerró el archivo, se puso la chaqueta y paró un taxi en dirección a la gare Montparnasse.

Miércoles, por la tarde

Mathieu tocó la piel seca de la naranja salpicada por el aroma del clavo, encogida muy compacta... arrugada como una nuez. Una costumbre provenzal, secar naranjas como ambientadores de armarios. El remanente agridulce del viejo conde de Breuvre. La mente de Mathieu viajó al pasado hasta su última visita, a principios de septiembre, cuando el conde lo había citado en su *château* a las afueras de París.

Esta visita fue diferente a las que había hecho acompañando a su padre. El conde, demacrado, vestido con pantalones de pana y un pañuelo puesto por dentro de su viejo chaleco de lana Shetland, había envejecido. Su nariz parecía más prominente y los capilares rotos en su rostro más oscuros.

—Démonos prisa, no hay mucho tiempo —había dicho el conde, con una mirada furtiva. Luego, comenzó a quejarse de que no podía permitirse el lujo de calentar el *château*, y mucho menos vivir en él. Por lo que vivía en el invernadero de naranjas, una construcción de piedra y cristal ubicada entre los cobertizos donde se guardaban las herramientas agrícolas oxidadas.

La empresa de *catering* que alquilaba el *château* para fiestas y bodas ya no lo hacía, como revelaban las fuentes sin agua y los jardines sin cuidar. Jacintos silvestres asomaban por entre las columnas. Ahora, solo el ayuntamiento alquilaba la planta baja y la sala de fiestas para impartir clases para adultos.

El conde arrastraba los pies por los escalones de piedra mohosa que descendían al invernadero, excavado en una ladera anexa al *château*. Flanqueada por empinadas escaleras, la sala marcaba la pendiente y estaba perfectamente protegida, orientada hacia el sur con ventanas de doble cristal.

—La temperatura aquí es estable, entre los quince y los dieciocho grados centígrados —dijo el conde—. Incluso en invierno.

Mathieu sentía un calor seco constante. Singular.

—Estas bóvedas, una vez, albergaron naranjos procedentes de Portugal, España e Italia; limoneros y granados; un peral de invierno Bon-Chrétien; incluso una planta de calabazas azules de Hungría.

El conde sacó de una cesta una naranja reluciente y se la tendió.

—Los árboles producen algo de fruta. La mayoría de ellos fueron podados en forma de bola para decorar. Los jardineros, a mediados de mayo, los transportaban en grandes cajones para que estuvieran al aire libre durante los meses de verano, y los devolvían al resguardo del invernadero de naranjas a mediados de octubre. Por entonces, se preocupaban mucho por el control del clima. Forzaban a las naranjas a madurar.

Condujo a Mathieu a través de un laberinto abovedado de habitaciones repletas de muebles cubiertos por viejas sábanas caídas llenas de polvo.

—Esta fue la forma en la que escondieron la *Mona Lisa* de los alemanes — explicó el conde.

A Mathieu se le erizó el vello de la nuca.

—¿Se refiere a aquí?

—En el invernadero de Cheverny.

Mathieu conocía el famoso *château* en el Loira.

—Le contaré la historia —dijo el conde, mirando su reloj—. Pero no ahora, en otro momento.

Pero no hubo otro momento. El hombre había dejado más cosas sin decir que las que había dicho. Era la sensación que tuvo Mathieu, y estuvo seguro de ello cuando el conde retiró las sábanas y vio los muebles. Las piezas que vislumbró le cortaron el aliento.

—Restaure estos muebles y véndalos —dijo el conde—. Encuentre un comprador, subástelos *en catimini* (a hurtadillas). Coja su parte, pero no debe quedar ningún rastro que me relacione con el mobiliario. Sé que puedo confiar en usted.

Mathieu se inclinó sobre el mueble de caoba, con las puertas enmarcadas en plata, acanalado, y con pequeñas patas cónicas redondeadas. Una cómoda de *pietra dura*. Uno de los tres ejemplares que se sabe que existen.

Exquisita.

Hermosas estrías de la madera. Mármol veteado en blanco y gris. El interior con sus siete láminas de tafilete rojo perforados con el sello de autenticación de Weisweiler. Una pieza del periodo de Luis XVI.

Se puso de rodillas, tocando la madera con la yema de los dedos, como la primera caricia vacilante de un joven. Aunque fuera ciego, reconocería la textura aterciopelada de las maderas preciosas, la curvatura única y la delineación flexible, la marca de fábrica de Weisweiler. Weisweiler trabajó para Jean-Henri Reisener, fabricante de muebles y ebanista de la monarquía francesa.

El corazón de Mathieu se paralizó. La otra cómoda del siglo XVIII de Weisweiler vendida tras la segunda guerra mundial llegó a costar cerca de setenta millones de francos, comprada a medias por un multimillonario y el Estado francés, para que volviera a descansar en Versalles, donde estuvo ubicada en la biblioteca antes de la Revolución francesa.

La siguiente pieza, en la que estaba estampada la palabra «Delaitre», era de 1738, de la *époque* de Luis XV. Era un cofre de madera con dos hileras de cajones, barnizado en morado, con tiradores dorados de *faïence* y herrajes decorativos de bronce.

¿Le revelaría el conde sus respectivas historias?

—¿Y la *provenance*...? —preguntó Mathieu.

—Véndalos de forma anónima. No se preocupe, restáurelos un poco y se venderán solos.

Pero Mathieu había visto la distintiva G roja. La marca característica de las

colecciones de Gruenthal. Y lo comprendió todo.

Podría estar jugando con fuego. Aceptar esto sería como hacer un pacto con el diablo. Todas las piezas debían de pertenecer a la familia Gruenthal, que a su vez las habían adquirido de los nazis (piezas que por derecho tendrían que haberse entregado al Gobierno francés para que se lo devolviera a los propietarios originales o a sus herederos. Hace mucho tiempo).

Y el conde, ¿de dónde había sacado estos muebles? ¿Trabajaba solo o para ellos? ¿O para ambos? ¿Qué le podría haber llevado a tomar esa decisión?

El invernadero de naranjas, incluso por su clima, era un lugar de almacenaje perfecto. Se preguntó cuánto tiempo llevarían esos muebles ahí. Y sabía que se lo jugaría todo si ayudaba al conde. Pero sería un idiota si no lo hacía.

Aquel hombre, pensó, no podía arriesgarse a usar a un *compagnard de travail* (un prestigioso maestro artesano formado en el programa de siete años de duración que se remontaba a la Edad Media). Un *compagnard* no tocaría una pieza sin conocer su procedencia. No lo querría ni regalado.

Envidia... sí, Mathieu sintió un *soupçon* de envidia de los *compagnard*. Pero después de tantos años de trabajo junto a su padre, a pesar de que se quedó como un artesano de *faubourg*, sabía que su destreza rivalizaba con la de los *compagnard*.

El conde sabía que alguien como Mathieu, un *ébéniste* del *quartier* de la Bastilla, sería discreto, demasiado satisfecho con su suerte como para hacer preguntas. Y el conde había confiado en su padre, conocía la tradición de los Cavour.

Así que tenía que hacerlo bien. No parecer ansioso. El conde lo necesitaba a él. Y él necesitaba el dinero para comprar su edificio con el fin de salvarlo.

—Puedo repararlos. Hay mucho que hacer. —Se encogió de hombros—. ¿Usted espera que yo los venda también?

—Conoce a personas que pueden hacerlo —dijo el conde—. E incluso puede ver que es un Luis XVI... que vale mucho.

—¿Qué gano yo en todo esto? —preguntó él.

—Su padre no ponía tantos reparos —dijo el conde—. ¿O no lo sabía?

Mathieu no tenía conocimiento de ello.

—Mire —prosiguió el conde, con una mirada de comprensión—. Una vez, hace algún tiempo, su padre me ayudó. Se benefició. No es complicado.

Mathieu recordó al conde visitando la tienda, su sirviente a la zaga, y cómo se comían una *crème glacée* de Bertillon, el mejor helado de todo París. Poco después, su padre le compró la camioneta. Una Renault, de gama alta. Aún en perfecto estado.

—No piense que no voy a ser generoso. Cargue la camioneta con todo lo que le parezca —dijo el conde, como si se estuviera refiriendo a las distintas partes de una vaca—. Cuento con usted.

Mathieu reparó en los limoneros plantados en macetas, antaño cuidados, ahora cubiertos de maleza, que tapaban las paredes abovedadas mientras envolvía algunos muebles y los transportaba con cuidado hasta la camioneta. Cuando hubo acabado, el

conde le saludó con la mano como si fueran amigos.

Por el espejo retrovisor, el noble, de pie sobre el suelo de grava, parecía estar solo y triste, como si se hubiera venido abajo por la partida de los muebles. *Qué patéticas pueden llegar a parecer hasta las personas más ricas*, pensó Mathieu. Incluso un conde con un *château*, a quien solo le quedaba una magnífica colección de valor incalculable de piezas de mobiliario.

Mathieu necesitaría ayuda para vender los muebles. Y sabía a quién acudir.

El ruido sordo de un *flic* golpeando la puerta con paneles de cristal del patio lo devolvió al presente. Dejó caer la espátula con los cantos planos, maldijo y retrocedió un paso.

Cálmate. No pierdas los nervios, se dijo a sí mismo.

—Perdóñenme, oficiales —dijo, abriendo la puerta de su taller—. Cuanto más viejo me hago, más alta pongo la radio.

Mantén la calma. Harán preguntas, echarán un vistazo alrededor y se marcharán. Gesticuló para que los tres hombres que aguardaban fuera entraran. Uno de ellos llevaba una chaqueta demasiado grande, con parches en los codos; le mostró su identificación.

—Disculpe las molestias, *monsieur* —dijo con una pequeña sonrisa y una mano en el bolsillo. Se encogió de hombros, como dando a entender que estas intromisiones en la vida de los ciudadanos no eran más que rutina. Llevaba los calcetines desparejados, uno marrón, el otro gris.

Mathieu observó al *flic* inspeccionar los botes de masilla, las latas de barniz sobre las estanterías y las sillas que colgaban del techo, secándose.

—¿Algún problema, oficiales? —preguntó Mathieu, limpiándose las manos en el delantal.

—Estamos investigando un homicidio —dijo uno de ellos.

Tenía sentimientos encontrados. Una necesidad irracional de confesar todo el pasado y conducirlos hasta el sótano brotó dentro de él. Para liberarse de su culpa, para acabar con todo eso de una vez.

En su lugar, alcanzó el trapo empapado en aguarrás y limpió su mesa de trabajo.

—¿Un mal corte? —preguntó el que no llevaba la chaqueta de su talla. Era mayor, con bolsas debajo de los ojos y una expresión insulsa. Le señaló el dedo vendado.

—Los riesgos del oficio —contestó Mathieu—. Cuanto mayor me hago, más me pasa.

—Tenemos una orden de registro, *monsieur* Cavour —dijo, en un tono de voz apagado—. Así que, si no le importa...

—¿Una orden de registro? —Mathieu se puso tenso por el miedo. Intentó respirar. El impulso de confesar se desvaneció. ¿Habían descubierto lo de los muebles?—. ¿A qué se refiere?

Los *flics* se sacaron de los bolsillos guantes de látex e introdujeron las manos en

ellos.

—Comencemos por las herramientas. —Era como si Mathieu no pudiera hablar—. El set de cinceles. Como estos. —Señaló hacia los que estaban en el estante.

Antes de que Mathieu pudiera reunir las fuerzas suficientes como para mover sus piernas, uno de los *flics* arrastró un taburete, se subió a él y empezó a bajar todas las herramientas.

¿Qué pasa con mis derechos?, quiso gritar Mathieu. ¡Mis derechos!

El pasado se apoderó de él. Su impotencia. La injusticia. Los sicarios lo golpearon, trataron de echarlo de su taller hasta que los convenció de que tenía dinero. Y que les seguiría dando dinero si le dejaban quedarse.

—*Monsieur... monsieur?* —estaba diciendo el que tenía bolsas debajo de los ojos, tirando de su codo—. *Ça va?* Está blanco. No se irá a desmayar, ¿verdad?

Mathieu negó con la cabeza.

—¿De qué tiene miedo, *monsieur?* —le preguntó—. Simplemente estamos haciendo nuestro trabajo. Ve, tenemos una orden de registro, pero preferimos contar con su colaboración.

—¿Colaboración? —Mathieu se frotó la frente.

—Una mujer ha sido asesinada en el pasaje de al lado. Tenemos que registrarlo todo. —El hombre asintió con la cabeza—. Entiendo que le suponga una molestia.

Y por la mirada de sus tristes ojos caídos, Mathieu supo que de verdad lo entendía.

Uno de los *flics* enarcó una ceja.

—¿Podría decirme dónde está su cincel, *monsieur?*

—Hay un set completo, ahí arriba —contestó él—. Hay más en el cajón.

—¿Qué pasa con el número 4?

Mathieu alzó la mirada.

—¿El número 4? Tiene que estar por aquí, en alguna parte, detective.

—De hecho, es *commissaire* —matizó—. Pero estos cinceles de la marca Grifon son caros, *non?*

—Mis clientes, los Rothschilds, el Louvre, quieren buenos trabajos, *commissaire*. Usamos las mejores herramientas —dijo—. Herencia de la familia.

—¿Como este? —El *commissaire* sacó una bolsa de plástico de su bolsillo. En el interior se hallaba lo que parecía ser el cincel número 4 de Mathieu.

Los ojos del *ébéniste* se abrieron.

—Hemos encontrado manchas de sangre en él, *monsieur Cavour* —dijo el policía.

—Pues claro, me corté...

—Necesitamos sacarle una muestra de sangre y ver si coincide con la de la mancha.

—Bueno, debería coincidir. —Vio que el *flic* se sacaba unas esposas del bolsillo. Se le secó la boca—. ¿Dónde han encontrado mi cincel?

—Junto a la víctima, *monsieur Cavour* —dijo el *commissaire*, gesticulando algo a

los otros—. El coche está en el patio.

Tras haber hecho esa pausa en su ruta para asistir a la reunión sobre los detalles de la amenaza de bomba, todo lo que sabía Morbier era que Mathieu Cavour era culpable. Pero no sabía de qué.

Miércoles, por la noche

Aimée fingió que estaba jugando al escondite en el jardín de su abuela en la región de Auvernia. Ella le vendó los ojos con una bufanda con olor a naftalina y la giró sobre sí misma cuatro veces...

—Cuéntalas —le decía su abuela, y luego la empujaba hacia delante. Le hacía que se quedara con la venda puesta.

Su sonriente primo Sébastien, menor que ella, solía esconderse lejos; debajo del ciruelo con las frutas maduras o detrás de la fuente que echaba un pequeño chorro de agua. A pesar de su impaciencia, se quedaba lo más quieta que podía hasta que creía oír el movimiento de la hierba alta al rozarla la brisa, el crujido de las hojas o el susurro de una rama. Olía el aroma de una especialidad de la región, el queso curado Cantal, procedente de la mesa con el almuerzo.

Y entonces se abalanzaba sobre Sébastien. Le hacía cosquillas hasta que él suplicaba clemencia. Y entonces le tocaba a él y lo repetían una y otra vez. Durante toda la tarde de aquellos calurosos días de verano.

Recordó el patio con césped rodeado por muros de piedra desmoronándose; al otro lado había un establo embarrado.

A Aimée le gustaba caminar por encima de los guijarros, sentir el florecer de los arbustos de azalea, las ciruelas maduras caídas aplastadas bajo sus sandalias, escuchar el chasquido esporádico de las conchas de los caracoles. El perezoso zumbido de las abejas compitiendo con el cacareo de las gallinas.

Algo parecido a lo que ocurría ahora. Excepto porque iba cojeando por el empedrado, guiada por una persona a la que nunca había visto, escuchando el lejano rugido de los coches entrando en el patio del hôpital des Quinze-Vingts desde la rue Charenton, oliendo el aroma del Sena que traía el viento y sintiendo el calor del sol sobre sus brazos desnudos.

—Pensaba que estábamos yendo a la residencia...

—No hay habitaciones allí —dijo Chantal—. Está llena. Tendrá que ir a la antigua residencia. Ahora la utiliza el personal y también algunos veteranos como yo.

—¿Dónde está?

—En la esquina de la rue Moreau con la rue Charenton. Le estoy enseñando un atajo que pasa por detrás de la Ópera y el aparcamiento. Preste atención. Recuérdelo. Es importante.

—¿Habrás un examen? —El tacón de Aimée se quedó atrapado. Consiguió sacarlo, con torpeza.

—Referencias, apréndalas según vayamos pasando por delante de ellas —dijo Chantal—. Luego caminaremos por la rue Charenton. Oirá a los niños de la *école primaire* a la izquierda, lo que le recordará que ya ha pasado el hospital. Si la ventana

del fabricante de violines está abierta, olerá el pegamento plástico que utiliza; eso es a la mitad de la manzana a la derecha.

Aimée deseó que Chantal aminorara el paso. Todas esas sensaciones la habían bombardeado. Todo se había mezclado en su cabeza y no podía recordar nada.

—El semáforo suena en la esquina de la rue Moreau. Hay una cafetería detrás; siga recto y pasará por delante de la vinoteca y dará con el marché d'Aligre.

Aimée sentía como si hubiera estado caminando mucha distancia, pero según aquella mujer, hasta ahora solo habían recorrido el camino que bordeaba la capilla medieval y el patio del hospital. El Quinze-Vingts había sido el cuartel de los mosqueteros negros en la década de 1770. Más tarde, bajo la doctrina del cardenal Rohan, se convirtió en el hospital oftalmológico de referencia de París.

Se le calmaron los latidos en la cabeza con el aire cálido y limpio. Limpio para París, en todo caso. ¿No decían que en el hospital hay más personas que enferman que las que mejoran?

Quizá todo se debía a la concentración, al esfuerzo por escuchar, entender, recordar, pero algo la perturbaba, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El silbido de una puerta batiente, el aire viciado en su cara y el aroma de las plantas secas de las casas la sacudieron.

—Estamos yendo por el vestíbulo, luego a la derecha. —Chantal empujó otra puerta para abrirla—. Es caótico. Voy a ayudar a que le encuentren una habitación. Tome asiento —dijo la mujer, guiándola un par de pasos más hacia delante. Aimée volvió a sentir calor y se encontró sentada en una rígida silla de plástico.

No quería verse atrapada en una casa para ciegos. Quería ver, quería que le hicieran pruebas hasta que sus ojos volvieran a funcionar.

Oyó el zumbido de una mosca que golpeaba el cristal de la ventana y luego rebotaba contra algo metálico. Las alas dejaron de batir por un momento, luego retomaron la actividad, chocándose con el cristal nuevamente. Y otra vez. Se sintió como la mosca, cegada por un cristal invisible, batiendo sus alas inútilmente.

Justo en ese momento, necesitaba estar segura de que el teléfono al que respondió pertenecía a la víctima del ataque. Y descubrir por qué habían conducido a la mujer hasta el pasaje y después la habían matado.

Aimée se acordó de la mujer sentada junto a ella en la banqueta, murmurando algo hacia el teléfono. Sus asustados ojos y su encadenamiento de un cigarro con otro.

¿Sabía la víctima que el asesino estaría en el callejón y se negó a encontrarse con él? ¿Ese era el motivo por el que volvió a llamarla cuando Aimée respondió al móvil?

Pero aún tenía una ligera sospecha de ella era el objetivo del asesino. Recordó la extraña sensación que tuvo cuando creyó que había alguien merodeando por el pasillo del hospital. Una presencia desconocida. ¿Era él, comprobando si había sobrevivido?

Necesitaba la ayuda de René. La ayuda de alguna persona vidente en quien confiara. Y su vulnerabilidad la abrumó de nuevo. Atrapada, dependiendo de los

demás, odiando cada minuto que pasaba en esa situación. Sería una presa fácil si el asesino quería volver a atacarla. Y si el resto de su vida iba a ser así, no sabía qué iba a hacer. Tumbada en una cama de hospital cuando aún quedaban cosas por averiguar... tenía que hacer algo concreto.

Recordó a la mujer con las uñas pintadas de color violeta vampiresa, en contraste con las suyas, de color verde gigabyte. La chaqueta y el vestido con botones de *mahjong*... se le aceleró el pulso. La misma chaqueta que llevaba ella. Tenía que ir a la tienda y preguntar a la propietaria. Pero ¿cómo?

Aimée escuchó un ronquido, un silbido pausado, de alguien que quedaba a su derecha.

—¿Es ya la hora de la cena? —preguntó una voz ronca, resoplando despierta.

¿Era un residente ciego?

—Bueno, pronto lo averiguaremos, cuando vuelva Chantal —dijo ella.

—¿Es nueva aquí? —Él no esperó la respuesta de ella—. La comida da asco. Normalmente pagamos un pequeño extra y a cambio Raj nos trae *curry* los jueves. Es el dueño del restaurante de enfrente, South Indian. Su *papadam* no tiene rival. Tan bueno como el que recuerdo de Puducherry.

La mención a la comida hizo que se diera cuenta de que no había comido nada esa mañana.

—Soy Aimée Leduc y le estrecharía la mano si pudiera ver dónde está.

—Siga mi voz —dijo él—. Diríjase hacia el calor, inclínese y extienda su mano.

Bingo, pensó, cuando una mano grande y cálida agarró las suyas. Y por un momento, sintió una conexión. Una conexión con otro como ella, por primera vez desde el ataque.

—Lucas Passot —dijo él—. Me hospedo aquí por cortesía de un encuentro el año pasado con el autobús número 86 de regreso a casa de la lavandería. ¡También se echó a perder un buen traje! Los muy *salauds* me dicen que he tenido suerte de que mi pierna coja no se haya vuelto a lesionar. Al menos, mi ojo izquierdo tiene algo de visión periférica.

—Los médicos siguen haciéndome pruebas —dijo ella—, pero una vena en mi cabeza se reventó...

—No deje que la asuste la jerga que usan —dijo él—. No saben de qué están hablando. Se quedan con nuestros historiales médicos y nos cuentan lo que quieren.

Preocupante, pero sabía que la parte del historial era cierta.

—Estoy aquí temporalmente —dijo Passot—. Cuando mis habilidades mejoren y sean aceptables, según considere el profesor de movilidad, volveré a mi apartamento.

—¿Eso se puede hacer?

—La residencia principal acoge solo a personas independientes —explicó él—. Pero aquí tenemos un pequeño programa de movilidad. Claro está que depende de que lo financien.

Aimée se sentía ignorante pero dedujo que podría preguntar.

—¿Qué clase de cosas son las que enseñan?

—Cosas emocionantes: vestirse, cómo llamar al servicio que te dice la hora, lavar y recoger la ropa, cómo dar la mano, cómo escuchar el periódico que te lee un servicio telefónico y destrezas con el bastón.

Abrumada, se echó hacia atrás.

¿Tendría que usar un bastón blanco?

—Les gusta ganarse así su sueldo, a estas supercultas y sobrealimentadas ratas de alcantarilla...

—¡Hablando, como siempre, más de la cuenta, Lucas! —La voz de Chantal se sobrepuso a sus palabras—. *Tiens!* Haga algo útil para variar.

Aimée se moría de ganas por comer algo y, luego, descansar. Seguir la conversación entre personas a las que no podía ver le hacía sentir como si estuviera siguiendo en un partido de tenis la pelota, una pelota invisible.

—¿Por qué no un poco de relax, *mademoiselle*? —sugirió Lucas, su voz procedía de un lugar cercano a su oreja—. Lo que puedo ver es que ahora mismo está perdida y eso me está mareando. No se preocupe de seguir una conversación con la cabeza. La mayoría de las personas tienden a pensar que está embelesada por su brillante conversación si simplemente cierra la boca y escucha. Relájese. Y use gafas de sol. De esa manera, parecerá una mujer misteriosa y cautivadora.

¿En lugar de ciega y desconfiada?

—Créame.

—¿Por qué debería confiar en un viejo fanfarrón ciego como usted, Lucas?

Y por primera vez desde que sufrió el ataque en el callejón, Aimée se rió. Una risa de verdad.

—¡Ve! ¿Ve, Chantal?... Se me da bien una cosa —dijo Passot.

—Olvídese de usted por un momento, Lucas, si no es mucho pedir —dijo ella—. Primero, este accidente de tren y, ahora me acabo de enterar de que los *flics* se han llevado a Mathieu Cavour al *commissariat*.

—¿Acaso se le olvidó pagar sus impuestos trimestrales o el recibo del aparcamiento?

—Tiene que ver con la mujer que encontraron asesinada a las puertas de su *atelier* —explicó ella.

Los oídos de Aimée se activaron.

—Cuéntemelo.

—Me he encontrado con la pobre Suzanne, su asistente, cuando estaba comprando conejo en el *marché d'Aligre* —explicó Chantal—. Me contó que Mathieu había tenido que cerrar la tienda. Los *flics* se lo llevaron para interrogarlo.

Aimée se preguntó si había presenciado algo, o si era sospechoso.

—¿Dónde está la tienda, Chantal?

—Donde ha estado durante los últimos doscientos años, en la *cour de Bel Air*.

—¿En el *passage de la Boule Blanche*?

—Se podría decir que sí —respondió Chantal—. Una vez estuvieron unidos.

Aimée intentó que no se le notara en la voz la emoción. ¿Qué pasaba si el hombre que la atacó a ella, dándose cuenta de su error, fue al pasaje de al lado, donde se había dirigido la otra mujer para escapar de él? O algo así.

—Pero los rumores apuntan al Monstruo de la Bastilla —dijo Lucas—. Así que, ¿Mathieu llevaba una doble vida?

Chantal soltó un «uhm» de indignación. Después, a Aimée le llegó un soplo de aire: la mujer debía de haber levantado los brazos o haberse abanicado.

—Mathieu Cavour y yo fuimos juntos a la *école maternelle* de la rue Sedaine —dijo ella—. Los hombres de su familia han sido artesanos durante cientos de años. Si él es el Monstruo de la Bastilla yo también lo soy. Es ridículo.

—No sé cómo es el viejo Mathieu Cavour —explicó Aimée—. Pero el hombre que me agarró por el cuello era fuerte y su aliento olía a vino.

Y le volvió todo lo acontecido a la mente, su muñeca... ¿lo que llevaba eran... unos gemelos?

Desde fuera de la ventana, le llegó el sonido de las sirenas retumbando en los muros de piedra.

—¿A qué se refiere? —preguntó Chantal, con una voz que denotaba incredulidad—. ¿La atacaron?

—¡Y no fue el Monstruo de la Bastilla!

—*Mon Dieu* —dijo un grito ahogado Chantal—. Mathieu no bebe. Nunca lo ha hecho.

—Solo los sádicos atacan a los ciegos —dijo Lucas, su voz temblaba—. He tenido mi propia experiencia. Los derroté con mi bastón. No me molestarán una segunda vez.

Un timbre sonó varias veces.

—Perdonadme —se excusó Chantal—. La supervisora de la residencia debe de estar ocupada. Iré a ver quién está en recepción.

Chantal regresó unos minutos después, otros pasos y una voz masculina la acompañaban.

Aimée se sintió incómoda y vulnerable. Deseó poder ver quién estaba ahí. Notó una respiración cálida cerca de su oreja.

—¡Visita del administrador! —susurró Lucas—. Recibimos muchas visitas cuando se acercan los plazos para presentar los presupuestos.

Así que eso era.

—Tenemos los ensayos de canto los jueves —decía Chantal—. Nuestro coro canta en la capilla. El año pasado asistimos a la coral de Bach en Praga. Quedamos en segundo lugar y nos invitaron a actuar en el concierto de otoño en Budapest.

Murmullos de aprobación se unieron a esta información.

—Los miembros del consejo enriquecen nuestras vidas de una forma muy importante —declaró la mujer.

—Chantal les carga, pero consiguió nuevos pianos en primavera —susurró Lucas—. ¡Ahora está tratando de hacerse con un monovolumen! Si no, al menos con un educador de la voz.

—¡Qué forma tan extraordinaria de que se expresen sus residentes! —dijo en bajo una voz suave y cálida: el acento culto de un francés educado y correcto.

—*Monsieur* Malraux, ¡gracias por su ayuda!

—Un gran benefactor del gremio de la ópera, este *monsieur* Malraux —dijo Lucas, acercándola hacia él—. Es un tasador de arte asociado con Drouot, el subastador. Y no solo eso, ¿eh?, es el dueño del *hôtel particulier* que está cerca de aquí, orgulloso de ser un *bastoche*, ya sabe, nacidos y criados en la Bastilla —dijo Lucas—. Pero no es como el resto de la clase trabajadora *bastoche*, doy fe.

El abuelo de Aimée acudía con asiduidad a las subastas de Drouot donde cualquier cosa, desde las perlas de *madame* de Sevigné hasta los objetos más mundanos de una casa burguesa, era susceptible de ser subastada. Un revoltijo de artículos que bien podrían ocultar un tesoro o pura chatarra.

Ella sabía que esos prestigiosos tasadores de arte eran designados, no se les permitía entablar afiliaciones comerciales.

—¿Es un *priseur*?

—Su padre lo era. Malraux está especializado en muebles de época —murmuró Lucas—. Presta piezas de su colección para los escenarios de la Ópera.

—*Bien sûr*. Ayudaremos con los educadores de la voz —dijo *monsieur* Malraux—. Al fin y al cabo, la Ópera está en su patio, por así decirlo.

—*Merci, monsieur* Malraux —agradeció Chantal.

—Por supuesto —dijo otra voz—. Todos formamos parte del vecindario de la Bastilla. Una idea magnífica.

—Déjeme presentarle a un residente desde hace muchos años, Lucas Passot, y a nuestra recién llegada, Aimée Leduc —dijo Chantal.

—Vamos a enseñarle las cosas básicas —espetó Lucas—. Importantes técnicas de supervivencia como evitar el montacargas abierto de la vinoteca del *marché d'Aligre*.

El comentario de Lucas fue acogido con risas.

—*Mademoiselle* Leduc, disculpe mi franqueza —empezó a decir *monsieur* Malraux—. Chantal nos comentó que la mayoría de los residentes aquí son ciegos de nacimiento mientras que otros han padecido una enfermedad. ¿Qué, si se me permite preguntar, la ha traído a usted aquí?

Aimée sintió que la habían puesto en un aprieto, que esperaban que actuara para personas a las que no podía ver.

—*Monsieur*, alguien intentó estrangularme. Eso me provocó un traumatismo en el nervio óptico.

—¡Qué horror!

Varios murmullos de compasión procedentes del grupo llenaron la sala. Pudo escuchar: «El pasaje... el Monstruo de la Bastilla».

—Cuénteles qué ocurrió, Aimée —propuso Chantal.

—Pero no fue el asesino en serie —aclaró ella, temblorosa.

—Siento haberle hecho recordar todo eso, perdóneme —dijo él—. Por favor, acepte mis más sinceros deseos de una recuperación rápida, *mademoiselle*.

—Por favor, perdónenos —se disculpó otra voz—. Ahora debemos continuar, caballeros. Lo siento, *mademoiselle*, tenemos que irnos a la clínica infantil para el almuerzo.

Las voces se alejaron.

Del pasillo venía el chapoteo de una fregona mojada, el fuerte olor acre a jabón desinfectante.

—Esperemos que suelten la pasta —dijo Chantal, reuniéndose nuevamente con ellos—. Cuéntenos el ataque que sufrió.

Aimée se inclinó hacia delante y se topó con la rodilla de Chantal. Mientras ella hablaba y los demás escuchaban, el olor a chalotas y ajo frito entraban por la ventana. Su estómago rugió.

—Así que es una verdadera mujer detective —dijo Lucas, parecía impresionado—. Y yo pensaba que solo existían en las películas.

—La informática forense es mi campo —aclaró ella, cambiando de postura en la dura silla de plástico.

—No me diga que no tiene ninguna experiencia criminal —espetó Chantal—. A los detectives privados se los adiestra en todas las áreas, ¿verdad?

—Solo a los que se licencian.

—¿Y usted no lo ha hecho?

—Como he dicho, me dedico a la informática forense.

—¿Dónde está su pistola? —preguntó Lucas.

—Mi Beretta está guardada —explicó ella— y no cuento con que pueda volver a usarla. Especialmente ahora.

—Tiene más experiencia de la que dice —dijo Chantal—. Algunas frases de las que le he oído suenan como las de los *flics*.

—Quizá porque mi padre lo era, y mi abuelo también —aclaró ella—. Dejé todo eso tras un contrato de vigilancia para la *préfecture*, cuando mi padre saltó por los aires en un atentado terrorista.

—Lo siento, qué horror —dijo Chantal—. Pero por favor, ¿podría considerar la posibilidad de ayudar a Mathieu Cavour? Es inocente.

—¿Se le ha olvidado algo?

—No, ¿el qué?

—Que soy... soy ciega —soltó Aimée.

—Deje de sentir lástima de sí misma —afirmó Chantal—. Yo también lo soy. Pero sigo adelante. Y sé que está decidida a averiguar quién la atacó, eso es obvio.

—Lo oigo en su voz —irrumpió Lucas.

—Es algo personal —dijo Aimée—. Voy a encontrar a la persona que me hizo

esto, pero necesito ayuda incluso para recorrer el *quartier*. Tendrán que echarme una mano.

Si bien ellos, también, eran ciegos, se movían por el mundo mejor que ella.

—Solo si puedo disparar la Beretta —aclaró Lucas—. Siempre he soñado en dar en el blanco en un campo de tiro, imaginándome las que caras que los demás pondrían.

A pesar de su desesperación, se dio cuenta de que podían ayudarla. Aunque eran los únicos, aparte de René, que lo harían.

—Cuando mi socio consiga un programa de activación por voz para mi portátil, estaré preparada para volver al trabajo.

—Es toda una profesional, *n'est-ce pas*? —dijo Chantal—. ¿Qué va a hacer mientras tanto?

—Lo primero que quiero hacer es ir a comprar a Blasphème, la tienda que está en la rue Charonne —respondió—. Lucas, ¿puede guiarme hasta allí?

—¿De compras?

—Y no quiero parecer demasiado ciega.

Lucas resopló.

—¿Como la barriga de los primeros meses de embarazo?

—Deme una clase rápida de orientación, ¿lo hará?

—¿Rápida...?

—Las cosas que debería saber.

—A la hora de servir una bebida, pose la otra mano primero sobre la mesa y palpe la superficie en busca de obstáculos. Luego, ponga la bebida al lado de su mano. Las escaleras pueden constituir una dificultad, sobre todo hay que calcular el último escalón. Muévase despacio, adelante un pie y manténgase agarrada al pasamanos.

—Vayamos a comer. —No solo era que estuviese hambrienta, sino que necesitaba practicar.

Comer fue un sufrimiento. Estaba muerta de hambre y la comida era muy difícil de localizar en el plato. Pinchaba con el tenedor vacío. A ese ritmo, para sobrevivir se vería en la tesitura de levantar el plato y lamerlo como un perro. Terminó alzando el plato y metiéndose la comida en la boca con las manos.

—Todos hacemos lo mismo la primera vez —intentó consolarla Chantal—. Pero en la próxima comida no está permitido.

Después del almuerzo, Chantal la llevó a dar una vuelta.

—Una sesión rápida de técnica. Sigamos las paredes.

¿Iban a escalar las rocas?

—Ponga las manos un poco por delante —explicó, cogiendo los brazos de Aimée—. *Comme ça*.

Los dedos de Aimée se deslizaron sobre metal y cristal.

—Esto es un extintor de incendios —prosiguió Chantal—. Lo puede deducir por la curvatura de la palanca. Tóquela.

Detrás de eso, Aimée sintió yeso liso y vigas de madera veteada. Sus manos viajaron hasta una gruesa barandilla tallada. Características de la construcción medieval. Muchos edificios, en el centro, reposaban sobre cimientos medievales.

—Inclínese, mantenga las manos delante de usted de forma que tope con los objetos con el antebrazo en lugar que con la cara. *Bon!* ¿Siente la piedra... lo fría que está?

Los dedos de Aimée recorrían la lisa piedra fría. Se le erizó la piel de los brazos.

—Recuerde, cuando palpe esto significará que ha ido demasiado lejos por el pasillo —dijo Chantal—. Dese la vuelta.

—Pero parece como si hubiera una puerta aquí —repuso Aimée.

No sabía cómo lo había percibido.

Chantal se echó a reír.

—La antigua vía de escape de los mosqueteros negros. Echaron abajo el resto del edificio pero dejaron este trozo. Qué curioso.

Aimée sintió cómo Chantal la cogía del codo.

—Mire el patíbulo de Montfaucon —dijo Chantal—. Utilizado antes de la guillotina hasta la primera década del siglo XVIII. Tiraban los cadáveres en fosas comunes y en osarios en la Bastilla. En 1954, cuando llevaron a cabo obras en la panadería de mi tío para montar un nuevo horno, encontraron huesos y restos de la fosa de Montfaucon. «Escarbad en las tierras de París y encontraréis un cuerpo», solía decir mi tío.

Aimée estaba de acuerdo. En más de un sentido.

Miércoles, por la tarde

En la insulsa celda de color mostaza, Mathieu abría y cerraba los puños. Se sentía desnudo e inútil sin las herramientas en la mano. La pintura se había desconchado de los barrotes y caído sobre el suelo de cemento. Se imaginó a su clientela espantada por la noticia, la pérdida de beneficios y a Suzanne dejando el trabajo por el disgusto.

En ese momento, probablemente estuvieran arrancando las tarimas del suelo, vaciando los botes de barniz y llevándose los inestimables marcos dorados. Pronto llegarían al sótano. Y luego...

—*Monsieur Cavour*?

Sobresaltado, alzó la mirada y vio a un *flic*... el *commissaire* de rostro mofletudo y con las bolsas debajo de los ojos.

—Charlemos, ¿de acuerdo?

El *commissaire* señaló hacia la puerta de la celda y el policía de uniforme azul la abrió para dejarle pasar.

—Lamento las deficiencias del alojamiento —dijo él—. Venga conmigo. ¿Café o té?

—Agua, estoy sediento —contestó Cavour—. Llevo aquí horas, mi tienda no va a abrirse sola.

—Por favor compréndalo, necesitamos que responda a algunas preguntas.

A Mathieu se le tensó la mandíbula.

—Soy un artesano...

—Por supuesto, y muy conocido y respetado en su oficio. Un miembro de la asociación del *faubourg*... Un miembro distinguido. Una vez un *compagnard de devoir*, un artesano ambulante, si la memoria no me falla.

—Solo a quien completa el curso de siete años y termina su *chef d'oeuvre*, *commissaire*, se le puede otorgar tal distinción. —Sus hombros se relajaron. Este hombre tenía que hacer su trabajo.

—¿Qué me dice de su *chef d'oeuvre*? —preguntó, haciéndole señas a Cavour hacia la puerta abierta, la primera de muchas de un largo pasillo de baldosas de linóleo.

—Nunca lo terminé —dijo Mathieu—. Más tarde fui a l' École Boule.

Una vez que estuvieron dentro, Mathieu pudo escuchar a un coro representando el *Réquiem* de Verdi, una grabación en el Palais des Congrès de París, procedente de una radio. En el desordenado escritorio, una pantalla de ordenador parpadeando y un montón de papeles llenando la enorme bandeja de la impresora.

—No es mi oficina, la he pedido prestada —el *flic* se disculpó—. Pero está más ordenada que la mía. Siéntese. —Puso una botella de plástico azulada de Vittel encima de la mesa para Cavour y se sentó.

—Dígame por qué la mujer asesinada tenía su cincel, *monsieur* Cavour —dijo sin dar rodeos—. Después, podrá irse y yo podré volver a casa tras un turno de doce horas.

Mathieu se negaba a creer que todo aquello estuviera ocurriendo. No quería pensar en las sospechas de este hombre de aspecto cansado y con la cara mofletuda.

—Pero ¿quién era... esta desafortunada persona?

El *commissaire* se echó hacia delante en su silla, con incredulidad en los ojos.

—¿No conocía a la mujer que vivía en el callejón de detrás del suyo?

¿Le estaba tendiendo una trampa el *commissaire*?

—Ya no conozco a las personas que viven a mi lado en el mismo pasaje y llevo viviendo ahí toda mi vida —dijo Mathieu. Abrió los brazos desesperado—. *Bien sûr*, conozco a los antiguos inquilinos, la gente con la que crecí. Pero el *quartier* ha cambiado. Los ancianos mueren y sus propiedades se venden a advenedizos: arquitectos que convierten los apartamentos en *lofts*, a inmobiliarias que tiran abajo los edificios históricos y los talleres para construir nuevos bloques de viviendas.

—No es que sea un experto, pero en el *quartier* ya hay mucha mezcla, ricos, gays, algunos artesanos como usted, familias jóvenes, solteros que se pierden en la vida nocturna, parejas; así es el París de hoy día.

—¡Todos son unos estafadores y unos oportunistas!

—¿Definiría a Josiane Dolet como uno de ellos?

Mathieu pestañeó, sorprendido.

Sintió cómo el *commissaire* le clavaba la mirada.

—¿Josiane? Nunca, es mi amiga, un miembro de la Asociación de Conservación Histórica...

—Use el tiempo pasado, por favor —matizó él—. ¿De qué la conocía?

La tristeza se apoderó de él.

—Me encierro en mi trabajo... La gente me llama ermitaño —dijo Cavour—. Pero tengo muchas cosas que hacer, es fácil retrasarse. Los aprendices de la École Boule, bueno... la manera en la que hacen las cosas difiere de la mía. *Bon*, su técnica es buena, pero...

Negó con la cabeza, perdido en sus pensamientos, y se quedó callado.

A pesar del prestigio de la École Boule (su fundador Charles Boule inventó la cómoda), Mathieu sabía que a los más jóvenes no les gustaban las jornadas largas. O la minuciosa atención al detalle. Aburrido, así le decían. Rechazaban todas las cosas que su padre le había inculcado. Su padre nunca le concedió un día libre, en cambio, estos jóvenes esperaban tener vacaciones, bajas por enfermedad. Lo exigían. Pero Mathieu era de la vieja escuela y su oficio moriría con él.

—Hábleme de Josiane Dolet —pidió el *commissaire*.

Mathieu vaciló. La desconfianza lo inundó. ¿Cuánto debía revelar?

Jueves, por la mañana

Aimée se estremeció. Su labio superior estaba salpicado con gotas de sudor. Mantuvo el equilibrio apoyándose contra la cómoda con la superficie de formica que estaba junto a ella. Nunca se había dado cuenta de lo difícil que podía llegar a ser ponerse la ropa interior. Olvidado quedaba combinarla o lavarla. Llevar un tanga de leopardo con un sujetador negro de encaje no importaba, ni siquiera si estaban del derecho o del revés.

Primero tenía que encontrar la ropa interior, luego meterla por una pierna y después por la otra y subírsela.

Se oyeron pisadas en el pasillo. Fuertes y frente a ella.

Merde!

—Debería cerrar la puerta —dijo una voz familiar.

Aimée reconoció el alargamiento de las erres de la enfermera de Borgoña.

—¿No está de turno en el hospital?

—Es mi pausa para la siesta —dijo ella—. Hoy tengo el turno partido.

Aimée escuchó un bostezo.

—Somos vecinas —continuó la enfermera—. Una de las ventajas de mi trabajo; pago una renta menor, tengo *ascenseur* en lugar de subir escaleras hasta el sexto piso, una habitación (no un cuartucho o una habitación de criada en la rue Charenton), y una cocina y un baño de verdad.

Aimée se compadeció. Ella vivía en un apartamento del siglo xvii de techos altos con amplios salones y con un pasillo cavernoso con baldosas en forma de rombos, aunque eso no compensaba la vieja cocina ni los diminutos cuartos de baño.

—Lámeme Sylvaine —dijo la enfermera.

Sintió cómo una mano cálida le sujetaba la suya.

—Aimée —respondió.

—Siéntase libre de pedirme ayuda. También forma parte del contrato de alquiler.

Se sentía avergonzada, pero sus piernas estaban heladas. Estar prácticamente desnuda a la vista de todo el pasillo no le había ocurrido nunca. Sin embargo, en un segundo pensamiento, se dio cuenta de que solo unos pocos inquilinos podrían apreciarlo.

—Sé que está cansada y no quiero abusar, pero... —comenzó a decir Aimée—. ¿Le importaría ayudarme a vestirme? Si me ayuda a empezar, creo que podré seguir yo sola.

—Organización —dijo Sylvaine—. Todo se reduce a organizarse, poniendo y dejando las cosas en el mismo sitio, desarrollando un sistema que le funcione. Que la haga independiente.

Le gustó esa idea.

Media hora más tarde, las dos mujeres habían colocado los polvos de maquillaje Leclerc, el pintalabios rojo y el perfilador de Chanel y el perfume Chanel N.º 5 a una distancia accesible para Aimée y habían organizado su cajón con medias estampadas, una tableta de chocolate negro y el teléfono móvil para que Aimée pudiera localizar todas sus cosas. Colgaron su minifalda de cuero en el respaldo de la silla y colocaron sus botas en la puerta. Aimée agradecía a René que le hubiera llevado lo esencial en su primera visita.

—Mi madre era ciega —dijo Sylvaine—. Difícilmente podías darte cuenta. De todos modos, estaba en casa. Hacía todo. Incluso preparaba *foie gras* casero para Navidad. Siempre y cuando alguien trinchara el pavo, decía.

—Parece fantástica —dijo Aimée.

Una agradable brisa entró por la ventana del estudio.

—Y muy cabezota —dijo Sylvaine—. No hubiera llegado tan lejos sin esa fuerza de voluntad que tenía. Poseíamos nuestra propia forma secreta de comunicarnos. Al menos, yo pensaba que era secreta hasta que vi que otras personas sordociegas también la usaban.

—¿Cómo era? —preguntó Aimée interesada.

—Lo hicimos por diversión. Si estábamos en algún sitio y no le gustaba algo, lo escribía en lugar de susurrar o ser maleducada.

—¿Escribir?

—En la palma de la mano... es muy sencillo. Se escribe la palabra en mayúsculas en la palma de la mano de otra persona o en el antebrazo. Así.

Aimée sintió a Sylvaine cogerle el brazo. Después, su dedo trazó líneas y florituras en él.

—Hace cosquillas.

—Todas las palabras se escriben con un máximo de tres trazos —explicó Sylvaine—. La u es un trazo curvo. La v es inclinada... ¿nota la diferencia?

Aimée asintió con la cabeza. La presencia de Sylvaine disipó el espantoso aislamiento que había sentido.

—¿Qué he escrito?

—El médico era... no es... ¿robusto?

La risa gutural de Sylvaine llenó la sala.

—¿Puede hacerme otro gran favor? —preguntó Aimée. René se había ido de la habitación demasiado rápido como para darle la información—. ¿Puede escribirme en un papel los números de marcación rápida de este teléfono? Luego, prometo dejarla a solas.

—*Pas de problème*, pero me debe una —matizó Sylvaine—. Hay tres números.

Aimée sintió un papel arrugado en su mano.

Entonces, un pitido procedente de algún sitio a media altura de donde estaba Sylvaine.

—Ups, me buscan —dijo ella—. Empieza mi turno.

Aimée se sintió culpable.

—Siento que no se haya podido echar la siesta.

—*Pas du tout!* Pásese por mi habitación, es cuatro puertas más a la izquierda. Tomaremos un café y charlaremos. Necesito entrevistar a otro paciente para mi curso de enfermería, a otra persona distinta a la octogenaria *madame* Slavinsky, que se durmió a los tres minutos de empezar y se despertó pensando que estábamos en Varsovia en el teatro viendo *La ópera de los tres centavos*.

Tras el eco de los últimos pasos de Sylvaine a lo lejos del pasillo, Aimée se dio cuenta de algo. Durante un breve periodo de tiempo con Sylvaine, se había olvidado de que estaba ciega. La primera vez que había ocurrido desde aquella noche.

El teléfono sonó.

—*Allô?*

—Estoy enfadada contigo, Aimée —dijo Martine, con su voz ronca de costumbre—. Furiosa.

—Pero ¿por qué? ¿Vincent no va a colaborar? ¿Está hablando mal de mí?

—No te lo permito. Soy tu mejor amiga —dijo ella—. Dime que no es cierto. Estás... estás... No es de por vida, ¿verdad?

—Iba a contártelo —se excusó Aimée—. No quería estropear tu gran noche.

—Eso no importa —respondió ella—. Me siento fatal. ¿Qué necesitas?

Lo que de verdad necesitaba, Martine no podía dárselo.

—No te preocupes —dijo Aimée.

—René me ha dicho que Lambert es el mejor especialista de París —continuó Martine—. Pero está el doctor Smoillet en Lyon, fue el que ayudó a mi padre. O la clínica oftalmológica en Ginebra.

El padre de Martine se había sometido a una operación de cataratas rutinaria y la clínica de Ginebra estaba especializada en la degeneración macular. Ninguno de estos era su problema. Pero sabía que su amiga quería ayudar.

—Martine, necesito unas gafas de sol decentes —pidió ella—. Miles Davis acabó con las únicas que tenía...

—No digas más, están de camino —respondió la amiga—. Contrataré a una enfermera para que te ayude en el apartamento de mi hermano. Durante todo el día.

—Oh, Martine, eres maravillosa, pero estoy aprendiendo a apañármelas yo sola. Y necesito quedarme aquí, aún me están haciendo pruebas.

Y no estaba realmente enferma. Magullada, ciega y con una conmoción cerebral, pero eso era diferente. No necesitaba a una enfermera.

El teléfono sonó.

—Lo siento, tengo que ponerte en espera —dijo Martine.

Mientras esta se ocupaba de su otra llamada, a Aimée le dio tiempo a ponerse unas medias negras.

—Esta revista acabará conmigo si no lo hacen antes los tipógrafos —dijo ella,

parecía exhausta—. Estaban de huelga, pero ya lo hemos solucionado. Ahora, nuestro mayor cliente en Burdeos tiene «problemas» con el concepto de nuestro artículo sobre los «nuevos» productores de vino. *Nom de Dieu*, tengo que ir allí o lo quitarán del siguiente número. Y son cinco páginas de publicidad.

—¿No puede ir Vincent?

—Este tipo de asuntos requiere al director para que los solucione. Iré a verte en cuanto vuelva.

Ahora que era capaz de usar el teléfono, Aimée se sentía más segura de sí misma. Solo había necesitado tres intentos para llamar a su socio.

—René, ¿has podido encontrar los programas que necesito?

—No va mal la cosa —respondió él, con el ruido de cláxones de fondo—. Estoy recogiendo unos cables en Montgallet.

La rue Montgallet, una calle repleta de viejos escaparates de tiendas con descuentos en informática, pensó Aimée. Uno de los lugares preferidos de René. Muchos de esos negocios eran de familias de Bangalore, el Silicon Valley indio.

—Son las rebajas de Diwali —aclaró René. Un camión diésel arrancó, el sonido de las marchas chirrió como el lamento desgarrado de un animal herido.

—¿Diwali? El festival de las luces hindú es en noviembre, René —dijo Aimée—. Buen intento. Estamos en octubre.

—Unas rebajas de pre-Diwali. Rajeev nos ha hecho un buen precio. Me está ayudando con la instalación.

Se preguntó si René, su socio, se habría planteado un futuro laboral con Rajeev, un programador a media jornada y el dueño de la tienda. No lo culparía si lo hacía. Se dio cuenta de que tenía que ayudar a René con el disco duro de Vincent, aunque se tratara del último trabajo que hicieran juntos. Pero no podía preocuparse ahora de eso. O se daría por vencida y fracasaría.

—René, ¿hemos hecho un análisis detallado de Populax?

—¿Te refieres a examinar si los archivos eliminados realmente se habían eliminado? —No esperó la respuesta—. *Non*.

Detectó interés en su voz.

—*Exactement* —repuso ella—. Su terquedad me preocupa. Comprobemos el sistema operativo. Debería decirnos si los archivos fueron borrados.

Aimée pudo escuchar voces que se elevaban por detrás.

—Entonces deberíamos ver si el sistema operativo adjudicó un código especial de un solo carácter al entrar cualquier tipo de archivo al directorio —matizó René. Ella pudo escuchar su creciente emoción superponiéndose a las voces de fondo—. Marcaría cualquier archivo como eliminado. Pero a menos que haya sido sobrescrito, la información del archivo sigue almacenada en el directorio y los datos siguen en el disco duro.

—Incluso con nuestras rudimentarias herramientas de *software*, podríamos leer cualquier archivo eliminado —concluyó ella.

Rebuscó alrededor para localizar su mochila de cuero. La encontró colgada de un gancho y se la puso en los hombros.

—Y si damos con algo que incrimine al sistema operativo de Populax, es mejor conocer a tu enemigo que ser sorprendido, como suele decirse —prosiguió Aimée—. Los relaciones públicas y las empresas de *márketing* se roban el uno al otro continuamente. Y como la *judiciaire* no ha solicitado nada más, solo la información del disco duro, imagínate que encontramos alguna prueba de un oscuro crimen de guante blanco. Nos podría servir como moneda de cambio con Vincent.

—Incluso podríamos hacer que nos pagara para que la eliminásemos —dijo René, con admiración en la voz.

—Pero primero tenemos que descubrir si los archivos existen —aclaró ella—. Y no sé cómo de rápido trabajaré con el programa de activación por voz —le dijo—. ¡Ah! Y por si vienes a verme otra vez, me han trasladado a la residencia de detrás del hospital. Habitación 213.

—Por cierto, he comprobado los bancos de datos —dijo él—. La mujer compró el móvil en la rue Saint Antoine.

Aimée inspiró profundamente.

—¿Y era?

—Josiane Dolet, vivía en el número 34 de la rue de Cotte.

Las iniciales «J. D.»... claro. Ahora que sabía su nombre, podría averiguar más cosas.

—¡Un trabajo excelente, René! —A su derecha, oyó el golpe de un bastón sobre el linóleo. Cada vez más cerca.

—He venido a verte tan pronto como...

—Tómate tu tiempo, René —dijo ella, tocando el codo de Chantal—. Me voy de compras.

—Esta es mi amiga Chantal —dijo Aimée, presentándola a Lulu Mondriac, la propietaria de Blasphème.

Chantal la había acompañado, por lo que pudo guiarla. Aceites de lavanda y fragancia de franchipán procedentes del ambientador del mostrador le impregnaron la pituitaria a Aimée mientras que Lulu se presentaba.

—Es curioso, Lulu —comentó Aimée—. Me dijo que era una prenda exclusiva cuando la compré. Pero fui a dar con una mujer que llevaba puesta una chaqueta Tong de seda idéntica. De hecho, se sentó junto a mí en un restaurante.

Aimée pudo visualizar las gafas azules redondas de Lulu, las pulseras anchas de plata a lo largo del brazo como si fuera una armadura, el pelo rojo teñido y su uniforme de pijama de seda china negro.

—Cuando trabajo, me gusta estar cómoda —le había dicho la dueña de la tienda. Aimée compró dos pares de pijamas de seda.

—Era la muestra. Me la quedé para mí, una para usted y otra para mí. Ella me lo suplicó —explicó Lulu—. Pero el bordado y los botones de *mahjong* no eran tan bonitos como los suyos.

Si Lulu tenía alguna sospecha de que Aimée no podía ver, se la guardó para ella misma.

—Esta semana llegará una blusa de John Galliano —anunció ella—. Es preciosa. Parece llevar su nombre. Está hecha para usted.

Un intento de apaciguamiento, pensó Aimée.

Los bastidores de Lulu solían sorprender, era una colección ecléctica que podía incluir un jersey de Christian Lacroix confeccionado con un cuello bordado con cuentas floreadas, un jersey de Kenzo de hilo metálico Lurex o una bufanda italiana de microfibra con un poema impreso.

En raras ocasiones había derrochado dinero en la tienda, solo para celebrar la firma de un nuevo contrato o cuando su cuenta corriente parecía saneada. ¿Cuándo volvería a tener una razón para derrochar? Alejó de su mente esos pensamientos.

—¿La clienta que compró la muestra era Josiane Dolet? ¿Una rubia delgada, con las uñas pintadas de color violeta vampiresa? —preguntó ella.

Hubo silencio. ¿Estaba asintiendo Lulu con la cabeza? Aimée visualizó la distribución de la pequeña tienda. Esperaba seguir frente a la mujer.

—Era ella, ¿verdad?

—Conozco a Josiane desde hace muchos años. Es una de mis mejores clientas. Así que, tenía que dársela —admitió Lulu—. Mire, Josiane está atravesando por la crisis de los cuarenta —prosiguió—. Yo he pasado por lo mismo.

—¿Qué hizo?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

Dividida entre contarle a Lulu el motivo de tantas preguntas o guardárselo para ella, Aimée se mordió el labio. La dependienta podría tener información útil. Pero Aimée no quería revelar lo que había pasado.

—¿No me va a decir nada sobre Josiane?

—¿Porqué habría de hacerlo?

Tal vez por ser su clienta y gastarme grandes cantidades de dinero aquí, estuvo a punto de decir Aimée.

—Que esto no salga de aquí. Josiane era la mujer que asesinaron en el pasaje.

Aimée escuchó un largo grito ahogado. Después, silencio. Lo que hubiera dado por poder contemplar a Lulu asimilar esta noticia.

—El asesino en serie... pero cómo... Nunca revelan el nombre de las víctimas —dijo Lulu, con un hilo de voz.

—La víctima estaba vestida con la chaqueta Tong de seda con los botones *mahjong* —comentó Aimée.

—*Mon Dieu...* Tiene que ser ella. ¿Por qué querrían hacerle daño? —se preguntaba Lulu con la voz temblorosa por la conmoción.

—Los *flics* querrán interrogarla, Lulu.

La puerta de la tienda se abrió por una ráfaga de viento.

—¡Se presentarán aquí!

—*Ici...*

El resto de las palabras de la mujer se perdieron en el viento. Desconcertada por su cambio de posición, Aimée no sabía hacia dónde girarse. ¿Adónde había ido?

—¿Qué le pasa? —La voz de Lulu la sorprendió detrás de ella.

Aimée vaciló en admitirle que no podía ver. Que estaba ciega y era vulnerable, que dependía de otras mujeres ciegas para que la ayudasen. No se sentía como una detective, más bien como una víctima torpe que estaba haciendo preguntas estúpidas.

—El *árnica* hace maravillas —susurró Lulu—. Reduce la hinchazón. Da sueño. Y una vez que se caigan los puntos...

¿Había dado por sentado aquella mujer al ver su cara hinchada y las gafas de sol que se acababa de someter a una operación de cirugía plástica?

—Josiane quería parecer más joven, recuperar su juventud —prosiguió Lulu, aparentemente satisfecha con su propia explicación—. Esa es mi teoría. Ya sabe, algunos se ponen zapatos claros con calcetines estampados, llevan una mochila en forma de Donut y se compran una nueva cara. Usted también se ha puesto manos a la obra, ¿eh?

Aimée se quedó en silencio. Chantal tragó saliva y la pellizcó.

—¿Usted también es periodista? —le preguntó Lulu. Chantal debió de asentir con la cabeza, ya que Lulu continuó—. Bien, Josiane era rubia. Como yo, bueno ahora mi pelo es rojo. Debería estar a salvo.

¿Era vox *pópuli* que todas las víctimas eran rubias? Aimée se acordó de que Morbier lo había dicho, pero este hecho no había sido mencionado la vez que escuchó acerca de los crímenes en la *télé*.

—Lulu, nadie está a salvo.

—Tiene razón —dijo ella, soltando un gran suspiro—. Aquí caminamos en un campo de minas. La complacencia es peligrosa. Me uniré a la asociación del *faubourg* para hacer algo.

Aimée dudaba de que pudieran hacer mucho. Si no habían detenido al Monstruo de la Bastilla con anterioridad, ¿qué podría hacer una asociación de vecinos ahora?

—Lulu, también me atacó a mí —se atrevió a confesar Aimée—. Pero Josiane era su objetivo.

—¿Os atacó a las dos?

—Fue la chaqueta —dijo ella—. Creo que se confundió. Fue a por mí pensando que era Josiane.

Mantuvo la cabeza firme y enfocó los ojos hacia donde esperaba que fuera la dirección correcta.

—Pero el hombre que me atacó a mí no era el asesino en serie. Los *flics* no lo investigarán. Consideran que se trata de un caso claro. Están convencidos de que fue el Monstruo. Por lo que, por favor, hábleme de ella.

—*Alors*, esto va de mal en peor —dijo Lulu—. Josiane era una periodista *freelance*. Por lo que decía, la mayor parte de su trabajo se centraba en artículos sobre los derechos humanos. Con conciencia social, con principios, votante de los Verdes... Pero de buena familia, ya sabe.

Aimée no lo sabía. ¿La gente con conciencia social se hacía la cirugía plástica? Parecía contrario a sus principios y valores. Pero por otro lado, ¿por qué no?

Fuertes pisadas en la puerta, luego ruidos de chirridos y el sonido metálico de la ropa colgada al deslizarse por el perchero.

—*Madame*... Me llevaré esto en la talla mediana. Aquí tiene mi tarjeta.

Aimée oyó golpecitos, una palabrota murmurada. Lulu debía de haber pasado por el datáfono una tarjeta de crédito, y luego lo había golpeado con dureza contra el mostrador rosa de hormigón. Otro porrazo y Aimée pegó un respingo. Se dio contra algo que se balanceó. ¿El mostrador con abalorios para las joyas?

—Basura, estas cosas solo son basura —dijo Lulu, con un gruñido, a la derecha de Aimée—. Mis clientes esperan, la máquina no funciona. ¡Hago esto unas veinte veces a lo largo del día! Mire, tendremos que dejar nuestra conversación para más tarde.

Aimée sintió un brazo y el brillo de labios de Lulu con aroma a franchipán le rozó la mejilla y se dio cuenta de que estaba siendo conducida a la puerta.

—Haré lo que pueda.

Durante todo el camino de vuelta por el resbaladizo pavimento, aferrada al brazo de Chantal, Aimée quiso darse con la cabeza contra la pared. Sabía que debía de tener un aspecto horrible. Y la multitud, las calles estrechas y los coches pasando muy cerca de ella la aterrorizaban. Los ruidos procedían de todas partes.

Algo chirrió y la sobresaltó. Pájaros... ¿cerca de la columna de la Bastilla?

—Esa es la señal del semáforo para nosotras —explicó Chantal—. ¿Podría soltarme el brazo? Lo necesitaré más tarde. Casi me corta la circulación.

—Perdón —se disculpó Aimée, sintiéndose avergonzada. Estaba perdida en ese mar de sonidos.

—Ahora necesita protección —dijo Chantal—. Se sentirá más segura una vez que domine las técnicas más simples con el bastón.

Chantal la dejó en el vestíbulo y ella cogió el ascensor sola. Los números de los pisos se anunciaban automáticamente, y se sintió orgullosa de sí misma cuando llegó a su destino. De pronto, intuyó otra presencia. Alguien estaba en el pasillo. En algún lugar próximo a su habitación. Se le hizo un nudo en la garganta.

Avanzó dos pasos. Se agarró al pasamanos y se perdió. Encontró su habitación al

segundo intento y sacó las llaves.

—¿Busca a alguien? —preguntó ella.

Hubo silencio como respuesta.

Paralizada, esperó.

Luego, el ascensor se abrió tras ella. Se dio la vuelta, con las llaves apuntando en esa dirección.

—¿De compras, incluso estando como estás? —preguntó René detrás de ella—. ¿Has encontrado algo?

—He averiguado más cosas acerca de Josiane Dolet. Ahora estoy segura de que ella era la víctima —dijo Aimée—. ¿Hay alguien más aquí?

—Solo nosotros dos.

—¿Podrías mirar dentro de mi habitación?

Sintió que René le cogía las llaves que sostenía entre sus dedos, listas para un ataque, y cómo le rozó.

La puerta sonó como si no estuviera cerrada con llave.

—Nadie —dijo René al momento.

¿Se estaba volviendo paranoica? ¿No había habido nadie ahí de pie cuando salió del ascensor?

Le contó el interrogatorio del sargento Bellan y los comentarios de Morbier sobre Vaduz.

El agresor no le había robado nada. Aimée supuso que él se vio en un aprieto cuando descubrió que no era la mujer correcta.

—Hora de ponerse manos a la obra, socio —dijo ella, palpando la pared para seguir el camino. Tras inspirar profundamente y dar tres pasos hacia delante, llegó hasta la cama y le dio una patada a su mochila para ponerla debajo.

Localizó una botella de agua, desenroscó el tapón y le dio un trago. La mitad fue a parar a su camisa. El agua estaba fría.

—Aquí está el programa que te prometí —dijo René—. Los programadores ciegos dicen que los lectores de pantalla DOS van más rápido que a lo que estamos acostumbrados. Leen las cadenas de caracteres sin interfaz gráfica para reducir la velocidad. Creo que 128 megas de memoria RAM serán suficientes para ti. Los esquematismos, las capacidades variables y las interfaces se deshacen de ellos. ¿Te acuerdas de cómo diseñamos el *firewall* de Populax?

Escuchó cómo se encendía el aparato, los pitidos al establecerse la conexión.

—El *firewall* está protegido con doble contraseña, ¡como siempre! —dijo ella.

—Pincha en el icono de internet, luego abre el navegador —explicó René.

Respondió una suave voz robotizada.

—*Login* completado, establecida conexión a internet.

—René, eres fantástico. —Al mismo tiempo, una oleada de fuerza le recorrió todo el cuerpo—. Ahora podré investigar lo que me preocupa.

—¿Y qué es?

—¿Por qué Vincent hizo añicos nuestro contrato? —dijo ella. Asintió con la cabeza, sus dedos encontraron las teclas, guiándose por el relieve. Disfrutaba de los pequeños clics familiares, se sentía como en casa. Sus dedos correteaban por el teclado y respondían a comandos de voz—. ¿Qué oculta?

Colocó el portátil en la cama, cruzó las piernas y abrió el navegador. Una agradable voz masculina, grave y con un ligero acento robotizado, respondió a sus comandos del teclado.

—¿Lo suficientemente sexi para ti? —preguntó René.

—No es Aznavour, pero me valdrá —contestó ella—. René, necesito que me hagas un favor. *S'il te plaît*, copia estos números. Le dio el papel con los números de marcación rápida de Josiane y el teléfono.

—Y luego... —Hizo una pausa. No quería pedirle a René que lo hiciera. Pero uno de ellos tenía que registrar el disco duro lo antes posible. René le había conseguido el *software*, por lo que ella podía hacerlo, y, en esos momentos, a René se le daría mejor preguntar a la gente.

—Llama a esas personas y obtén información de ellas, René —le pidió.

—En nuestra puerta pone Leduc Detective —dijo él—, ¿verdad?

Jueves, por la mañana

René aparcó su Citroën hecho a medida en un pequeño hueco libre en el *boulevard* Richard Lenoir. No importaba que invadiera algunas rayas del paso de cebra. En París, uno aparcaba donde podía.

Hojas rojas y marrones caían de los árboles, crujían bajo sus pies. Una tenue luz del sol de media mañana quedaba enmarcada entre las ramas desnudas de los plataneros.

Enfrente se encontraba el café-teatro Bataclan. Primero fue una construcción disparatada de estilo pagoda de Napoleón III para la emperatriz Eugénie, luego un *caf' conc'*, un café-teatro, donde Maurice Chevalier cantaba para los alemanes, y más tarde, un cine. Ahora, en la marquesina se lee «Sesiones limitadas... ¡Viva Zapata!, el musical».

Era la oportunidad de hacer algo, de trabajar en el campo de batalla como Aimée le había pedido. Por fin se habían cambiado los papeles. Pero tenía el estómago revuelto. La presión de investigar un asesinato y la agresión a Aimée recaía sobre sus hombros. Había concertado una cita con Miou-Miou, la mujer que respondió al primer número de teléfono que Josiane tenía programado con marcación rápida.

—*Monsieur* Friant, *ça va*? —dijo la mujer con rizos rubios que apareció patinando delante de René enfrente del Bataclan. Sacó una tarjeta: «Lectura de los astros por Miou-Miou, de día o de noche, iré patinando hasta usted».

—Gracias por aceptar encontrarse conmigo. Vayamos a tomar algo —dijo él, señalando con la mano el oscuro local.

—*Bon*, mi próximo cliente es el hombre encargado de los números de ahí arriba.

René se preguntó si eso era un buen presagio para las finanzas del Bataclan. Se esforzó por seguirle el ritmo a la mujer. *La maldición de tener las piernas cortas*, pensó él, como lo había hecho otras miles de veces. El *boulevard* de Temple, conocido en el siglo XVII como el «*boulevard* du Crime», de mala fama, lindaba con el Marais y la Bastilla, que quedaba delante de ellos.

El café, en su día el vestíbulo del Bataclan, parecía pedir a gritos una renovación. *Al menos una limpieza*, se dijo René. Remanentes de columnas de un templo de estilo chino y vigas lacadas rojas, pintura desconchada en algunos puntos reposaban por encima de ellos. La barra circular de cinc, una isla de los años 50 en medio de un océano de mesas y sillas de ratán, llamaba la atención con un muestrario variopinto de botellas de alcohol.

—Tauro... ascendente Escorpio —dijo Miou-Miou, con una gran sonrisa—. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

René asintió.

Ella tomó asiento, cruzó las piernas con los patines y colocó su mochila sobre su regazo. La abrió y sacó un taco de cartas astrales.

—La primera consulta cuesta doscientos francos. Después, preparo su gráfico astral, que me quedo yo. Puede llamar a cualquier hora y le leeré las cartas en el momento o concertar una cita con usted y ofrecerle una lectura del horóscopo más detallada. Por cincuenta francos más, puedo hacer lecturas ante eventos importantes o hacer predicciones semanales.

René se sacó del bolsillo quinientos francos, mientras llamaba al camarero.

—Perdóneme, pero creo que no me he explicado bien. Quiero información sobre Josiane Dolet —aclaró él—. Su número de teléfono estaba en la agenda del móvil de Josiane.

—Los mapas astrales de mis clientes son confidenciales. —Negó con la cabeza, devolviendo a su mochila las cartas como si se estuviera dispuesta a marcharse.

—Ya no —dijo él, forzando su mirada a no detenerse en el lazo de tul color verde lima que llevaba en su cabello rubio rizado, los labios rosas, las medias a rayas rojas y blancas, los *leggings* rosas y la chaqueta vaquera verde que llevaba—. Primero, escúcheme —dijo René.

Un camarero lo suficientemente mayor como para parecer su padre, calvo y con un pendiente, apareció. Vestido con un largo delantal blanco y una estrecha camiseta negra, estaba de pie, golpeando suavemente los pies contra el suelo.

—*Un cardinal* —pidió René.

—¿Qué es eso? —preguntó Miou-Miou.

—Aquí lo llamamos *communard* —explicó el camarero, escribiendo en su libreta el pedido.

—Vino tinto, *crème de cassis* y zumo —dijo René—. Es la misma bebida, pero se usa el nombre según el extremo del espectro político en el que cada uno se sitúe.

El camarero se encogió de hombros.

—¿Y usted, *mademoiselle*? —dijo él, posando un cuenco con *cacahuètes* salados en una mesa no del todo limpia.

—*Une feuille morte* —respondió ella—. Me gusta el color de las hojas caídas de otoño de *pastis* mezclado con menta y granadina.

Una vez que el camarero se hubo retirado, René se inclinó hacia delante. Se golpeó con el borde de la mesa.

—Josiane Dolet ha sido asesinada en un pasaje de la Bastilla. Su número estaba en la lista de los de marcación rápida de su móvil.

—¿Es detective? —Los ojos de Miou-Miou se abrieron como platos—. No me extraña que no se presentara a su lectura. Qué lástima. Josiane era un espíritu libre. Pero su carta astral mostraba conflictos. Se avecinaba una tormenta desde agosto. Relaciones tempestuosas. Pero nunca me imaginé...

Y yo soy cura, pensó René.

Un hombre de mediana edad y barrigón entró en el café. Besó a la agobiada

cajera, quien se detuvo y le devolvió sus *bisous*, se inclinó sobre la barra de cinc para saludar al bárman rapado y con pendiente, una versión en joven del camarero, que estaba sacando brillo a las copas.

—*Attends* —dijo Miou-Miou—. Ese es mi cliente. Ahora mismo vuelvo. —Se deslizó hasta el hombre, a quien le brillaban las gafas y reflejaban el letrero de neón parpadeante de propaganda de Picon.

Frustrado, René cogió cacahuetes. Rancios y aceitosos. Miró a su alrededor.

En la esquina más alejada de todas, como si estuviera sosteniendo las columnas chinas, estaba sentado un trío con el rostro pálido: una pareja y un enano con un sombrero fedora. Parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor. La mayoría de los cafés eran lugares en los que la gente conversaba animadamente o iba a cotillear o a dejarse ver.

No en ese lugar. Era como una sala de espera de una estación de tren.

El radar de René los ubicó sin problemas. Gente del circo. Odiaba ese viejo aire viciado que proyectaban los ojos tristes de los payasos y de los *freaks* cuando estaban lejos de la carpa. Le resultaban familiares, probablemente del *Cirque d'hiver* que había cerca de allí. Quizá amigos de su madre. Desempleada. O esperando a un *cásting*.

Recordó otra vez los ensayos que su madre, una malabarista de estatura normal, había soportado. Las carpas de circo en las que había mucha corriente, las lágrimas abriéndose paso a través del maquillaje cuando el dinero escaseaba y el amor que le había dado. La determinación de que nunca representaría el papel de bicho raro.

Y no lo había hecho.

La increíble buena fortuna de su madre de convertirse en el ama de llaves de un marqués en Amboise había ayudado. El marqués acudía a verla actuar cada día. Se había enamorado del excepcional espectáculo de malabarismo de la madre de René y de su inteligencia.

Un aficionado del circo, el marqués poseía un museo privado de juguetes mecánicos que databan de principios del siglo XVIII hasta la de 1930. Cuando creció y «estuvo lista para adentrarse en nuevos horizontes», como lo denominó de manera delicada el dueño del circo cuando una flecha de fuego le rompió el tendón de la mano izquierda, el marqués la invitó a que supervisase su «pequeña colección». Su madre terminó por llevar su *château*. Y probablemente más, pero René nunca profundizó en eso.

Un hombre extraño pero agradable; financió las facturas del hospital de René durante su terapia de alargamiento. No funcionó. Su desplazamiento de cadera empeoró. El marqués ayudó en su educación. Pagó la diferencia para que pudiera acudir a la Sorbona. Y el coche.

René nunca le había contado nada de esto a Aimée. No estaba seguro de por qué. Le gustaba el hecho de que su amiga nunca le hubiera preguntado, que nunca hubiera querido explicaciones. Ella simplemente se presentó a sí misma una tarde en una

cafetería de la Sorbona diciendo: «Hay rumores que dicen que puede acceder al ordenador central en veinte minutos».

Le pasó un portátil por encima de la mesa.

—Ha oído mal —le contestó él, remangándose y estableciendo una conexión a la red—. Veinte minutos fue la vez que más tiempo tardé. —Y entró en el ordenador central en diez minutos.

Los grandes ojos de Aimée, pintados con raya, se iluminaron. Allí mismo, le ofreció un trabajo en un proyecto que estaba desarrollando. Cuando el trabajo fue creciendo y se dio cuenta de que pasaba más horas dedicado a la seguridad informática en Leduc Detective que en la Sorbona, decidió dejar las clases. Y ella también lo hizo.

Los sentimientos confusos que tenía hacia ella salieron a la luz: su terrible manera de conducir, su originalidad, la pasión con la que hacía las cosas y la lealtad sin fisuras que le había demostrado. Y los destellos de dolor puro que había visto en ella cuando se había abierto, en un par de ocasiones. Como el dolor que había sentido él tan a menudo.

Pensó en sus grandes ojos y la curiosa forma que tenía de esconder sus sentimientos hacia Morbier cuando anhelaba su aprobación.

Nunca le importó que Aimée no le diera cheques restaurante o el bono transporte para el *métro* como hacían otros jefes, pero se aseguraba de pagar su *secu*, la *mutuelle* para el seguro médico y su *prévoyance*. Cuando se pagaban las facturas y se firmaban contratos lucrativos, lo celebraban con *champagne* y *sushi*. Lo curioso de todo esto era que su madre y el marqués parecían conformarse.

¿Le dejaría Aimée que la cuidara ahora que estaba ciega? ¿O lo apartaría a un lado? ¿Debería asociarse con Rajeev? ¿Unirse a él y montar un negocio de *software*, como le pedía este encarecidamente?

Reprimió sus sentimientos. Como siempre. Pero el pensamiento de que, aunque fuera su mejor amiga, algunas veces no era suficiente, seguía cogiendo fuerza. Quería más. Más de ella. Apartó ese pensamiento.

Se bebió el *cardinal/communard* y la mitad de otro, luego dirigió su mirada hacia la antigua máquina de café de cromo coronada con un águila con las alas abiertas y con una placa especial que decía «Vieille prune artisanale 4 litres - 45 francs» escrito en blanco a través del espejo biselado hasta que regresó Miou-Miou. Sin aliento. Cogió su bebida y se la terminó de tres largos tragos.

—¿Algo va mal?

Asintió con la cabeza.

—¿Otro?

René vio cómo los ojos del camarero apuntaban hacia sus copas.

—¿Su cliente ha amañado las cuentas del Bataclan?

—Es el interventor —respondió ella—. Y desde que el sol entró en la constelación de Virgo... con buenos auspicios... decidió pedirle ayuda al marido

fontanero de su hermana que vive tres casas más abajo en Batignolles.

—Al menos podrá recurrir a su cuñado si las cosas en el teatro se complican —afirmó René. Le dio al camarero varios billetes de diez francos.

—*Vraiment*, estaba preocupada por el gráfico de Josiane —dijo ella, alargando el brazo hacia su bebida—. El único que nunca completé. Claro que no, estaba demasiado ocupada con...

—¿El interventor? —interrumpió René.

Ella asintió. El lazo de tul se movió entre sus rizos.

—Mire —dijo ella, poniendo sobre la mesa el gráfico astral. Las esferas de los planetas estaban atravesadas por líneas rojas, azul agua y naranjas—. No terminé la alineación de las casas y los planetas dominantes... pero Josiane me llamó, quería encontrarse conmigo. Dijo que podría terminarlo más tarde, pero que primero tenía una pregunta muy importante que hacerme.

Toda esa conversación sobre astrología lo desconcertaba.

—¿Y usted dijo...?

—Los clientes llaman a mi línea telefónica o visitan mi página web para hacerme preguntas de forma constante —explicó ella, con un reflejo de incredulidad en sus ojos—. Soy muy buena.

René estaba enterándose de los sonidos de las conversaciones y del tintineo de las copas a su alrededor. Las mesas del café estaban llenas de clientes, el camarero dándose prisa para tomar nota de todos los pedidos y gritando las nuevas consumiciones al joven bárman que se parecía a él.

—Algunas veces soy tan buena que da miedo —confesó Miou-Miou.

René evitó encontrarse con su mirada. Se cambió de postura en la silla de ratán y deseó que sus piernas colgantes pudieran tocar el suelo. Por una vez.

—Si termino la órbita de su planeta dominante... mire cómo las líneas del sol se intersectan... eso muestra advertencia. «Hilar muy fino en los peldaños de la escalera de la vida». Pero aquí —le dio un golpe al papel, moviendo ligeramente la hoja— la línea de la vida se redujo.

—¿Cuándo? —Si era tan buena, tendría que saberlo.

—A las 23.40 del pasado lunes —dijo ella, mirando su reloj. Se incorporó, levantó su mochila por delante del pecho y se cerró de un solo movimiento la chaqueta vaquera verde.

—¿Cómo sabe eso?

—Iba a llamarme. No lo hizo —dijo Miou-Miou—. Tengo que irme. Tengo otra cita.

El cuerpo de Josiane fue encontrado el martes al mediodía, pensó René. Pero el depósito de cadáveres debería de tener una estimación de la hora real de la muerte.

Jueves, por la tarde

Aimée se sentó sobre su cama de la residencia, frustrada.

—Buscando bases de datos con la información solicitada. Quedan cinco minutos —decía la voz robotizada del ordenador. René había intentado instalar el tono de voz suave de Yves Montand. Ella no había tenido el valor para decírselo. Pero ni por asomo se le parecía.

Aimée alzó los dedos del teclado, recorrió el camino que había memorizado por el edredón de algodón y encontró el arrugado paquete de chicles Nicorette. Sacó el contenido. Cada uno de los huecos de aluminio estaba abierto y vacío. Se habían acabado.

Rebuscó con los dedos por encima del edredón, encontró la mesilla de noche y el bote de plástico del quitaesmalte con olor a limón que le había pedido a René que le trajera. Descruzó las piernas, enfundadas en su pijama chino negro de falda-pantalón, y palpó alrededor. ¿Dónde estaban los algodones? Sintió algo pequeño, cuadrado, áspero en uno de los lados. Una caja. Una caja de cerillas. ¿Quién había estado fumando? ¿Morbier? *Non*, lo había dejado. ¿Bellan?

Algunas cerillas sonaron en el interior. Sacó una y mordió la cabeza del fósforo, disfrutando de la textura granulosa del azufre en su lengua. Como la pimienta. Si tuviera un cigarro con el que acompañarla.

Y luego ganar la lotería, llenar cada estómago vacío y descubrir una cura para la ceguera.

Un sueño.

Llamaron a la puerta.

—Una entrega para mademoiselle Leduc.

Se acercó hasta la cadena de la puerta y la abrió, después giró el pomo.

—Firme aquí, por favor —dijo una voz.

Pero no podía.

—Dirija mi mano para que pueda hacer una X.

Así lo hizo.

—Por favor, ¿qué es lo que pone?

—Es un paquete del Samaritaine de Martine Sitbon y cuatro orquídeas —dijo él —. La tarjeta dice: «Cuando se tienen problemas, hay que tratarlos frívolamente».

¡Qué bonito!

Después de que abriera la caja, encontró que estaba llena con lo que le pareció que eran gafas de sol, de diferentes formas: redondas, rectangulares de los años 70, con forma de ojo de gato con adornos... ¿diamantes de imitación?

Le dejó las orquídeas a Sylvaine por haberla ayudado. Luego se probó todas las gafas. Preguntándose cómo le quedarían, se decantó por las que se imaginaba que se

parecían a las de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Todo lo que necesitaba era un collar de perlas y una boquilla para el cigarro.

Después, con la palma de la mano tocó algo en la mesilla de noche... un paquete de celofán arrugado. Demasiado ancho para ser un Nicorette... ¿era lo que se imaginaba? Se lo acercó a la nariz, olió el papel... ¿tabaco rubio acre? ¿Un paquete de Gauloise Blonde? ¿Su marca favorita?

Sus dedos los encontraron... dos cigarrillos con filtro. Quiso gritar *Gracias, Dios*, si no hubiera sido por el inquietante pensamiento: ¿quién se los habría olvidado? ¿O quién se los habría dejado a ella? ¿Un gesto de compasión de Bellan? Pero él había ido a visitarla al hospital, no a la residencia. ¿Fue un olvido del despistado conserje?

¿Querría que se los devolviera?

No importaba. Y no era un hospital, seguro que la gente podía fumar en las habitaciones. No había «visto» ningún cartel que lo prohibiera. Y si alguna bruja se quejaba, se ganaría una patada por chivarse.

Logística... tenía que planificar sus acciones. Cómo fumar y no provocar un incendio.

Estúpida... una cosa tan sencilla. ¿Cómo podía suponer un problema tan complicado encenderse un cigarro y fumárselo? Pero por supuesto que lo era.

La caja de cerillas se le cayó de las manos. Oyó que se estrelló contra alguna parte del linóleo que quedaba bajo sus pies. Intentando controlar el deseo de romper a llorar por la frustración, inspiró profundamente. Se obligó a sí misma a mirar el lado positivo. *Nom de Dieu*, ¡estaba a punto de disfrutar de un pitillo!

Primero necesitaba algo que le sirviera de cenicero. Mientras encontraba la taza del café y el platito correspondiente y lo volteaba, echándose sobre la manga los posos, localizó con los dedos del pie la caja de cerillas. Con una agilidad que no sabía que tenía, rodeó con los dedos la caja y, una vez sujeta, izó el pie hasta el montón que formaba el edredón apilado.

¿Había cerrado la puerta? Si no fuera tan irritante, encontraría absurda la situación en la que estaba. Pero imaginó que, a ojos de una persona vidente que echara un vistazo a su habitación, resultaría ridícula.

Vidente... ¿cuándo había empezado a referirse a los otros como videntes? Había pasado demasiado tiempo con Chantal.

Con todo listo y colocado en su posición, incluyendo la botella de agua por si provocaba un incendio, se acercó hasta la ventana. Levantando el mango liso, abrió un poco la doble ventana y, luego, la empujó del todo para que quedara completamente abierta. Tocó unas rejillas o unas lamas estrechas. Por supuesto, una contraventana; también la apartó. Después, una reja metálica, con una rejilla de adorno por debajo, como todos los apartamentos de París construidos en la época de Haussman.

Una ráfaga otoñal de brisa fresca procedente del Sena con olor a tierra calcárea acompañó el sonido de maquinaria pesada en las proximidades. Desde abajo llegaba

el chirrido de un buldócer. Reconoció, en la distancia, el inconfundible sonido de la excavadora al remover la tierra.

La renovación urbanística en la Bastilla: este pensamiento le dejó un mal sabor de boca. Era peor para los que se habían visto desplazados por este motivo. Todos los patios interiores que albergaban los talleres artesanales estaban siendo demolidos por la prominente constructora Mirador.

Ahora venía la parte complicada: encender una cerilla. Solo quedaban tres.

El filtro reposaba en su boca. El resto del cigarro sobresalía. Mantuvo las manos pegadas al cuerpo. Cogió el fósforo de la caja, sostuvo entre el dedo índice y el corazón la parte con sustancia del pitillo, acercó la cerilla y succionó. Un largo y lento chisporroteo y un *uf*, se encendió al primer intento. Sintió calor en la yema de los dedos.

Movió la cerilla hasta donde creía que empezaba el cigarro e inhaló. Se quemó la punta del dedo. Pero ¿no había localizado antes el extremo?

Y luego sintió la combustión del tabaco mientras se encendía y empezaba a quemarse. Volvió a inhalar, la sacudida que le produjo la nicotina hizo que la cabeza le diera vueltas. El humo se adentró rápidamente en sus pulmones. Mareada, sacudió formando grandes arcos la cerilla hasta asegurarse que de que se había apagado por completo.

Con un café expreso sería perfecto.

Casi.

De vuelta al portátil, con las piernas cruzadas, dando largas caladas al cigarro, ahondó en la base de datos de Populax. Sus dedos fluían por las teclas, dirigidos por la voz robotizada. El impresionante expediente del cliente dejaba al descubierto campañas lucrativas, en especial la de la Ópera de la Bastilla. El intercambio con la Ópera de San Petersburgo, una idea de la *glasnost*, ahora una batalla por hacerse con la Ópera rusa, estaba siendo llevada a cabo por el consejo de la Ópera de la Bastilla. Hoja por hoja, comprobó todos los archivos. Se dio cuenta de que pulsar teclas extra le ralentizaba el ritmo, aunque no mucho.

Nada fuera de lo común.

Para asegurarse, pasó un antivirus. La voz semisuave la informó.

—Actualizando antivirus. Quedan diez minutos.

Se echó para atrás, apoyando el pitillo sobre el plato colocado a la altura de su codo. Desde debajo de la ventana, seguían llegando los pitidos de los camiones y el silbido de la excavadora. Pensó que si pudiera ver, la parte posterior de la Ópera quedaría al otro lado del hospital.

El día anterior a la agresión, usó el coche de René, ajustando a su altura los mandos hechos a medida. Cruzarse con taxis en una noche lluviosa en París exigía mucho más karma positivo del que ella había podido acumular.

Como llegaba tarde a la reunión improvisada que Vincent había propuesto llamando solo con una hora de antelación, detuvo el Citroën de René en el estrecho

primer piso del aparcamiento de la Ópera. Llevar dos portátiles, gráficos, diagramas de flujos enrollados y la gran carpeta de Populax ralentizaba sus pasos. Le pidió ayuda al aparcacoches de cara chupada. Él le ofreció una amplia sonrisa y le mostró un atajo. El chico ceceaba y caminaba cojeando debido a que tenía una pierna más corta que la otra. Sin embargo, se desvió de su camino para conducirla hasta una puerta azul sin ningún letrero que la llevó a la parte de atrás del hôpital des Quinze-Vingts, con el muelle de carga del *backstage* de la Ópera a su izquierda y, lo que ahora había conseguido reconocer, la residencia Saint Louis a su derecha. La oficina de Vincent en la rue Charenton quedaba justo enfrente. Metió la mano en el bolsillo de su gabardina y sacó un billete de cincuenta francos mojado.

—¡Eres un encanto! —De verdad que lo pensaba, dirigiendo la mirada hacia el aguacero que estaba cayendo en el exterior—. ¿Sabe cuándo cierran esta salida?

—Vuelva antes de que el *gardien* la cierre a las ocho —respondió él, esbozando nuevamente esa cálida sonrisa—. Aunque algunas veces se olvida de cerrarla.

Todo esto había ocurrido hacía menos de una semana. Pero ahora no podía ver, no sabía si volvería a hacerlo y su mundo entero se había escorado sin ningún tipo de control. Lo único que había conseguido el satisfactorio humo había sido calmar su ansiedad.

Remordimientos de «qué hubiera pasado si» la asaltaron hasta que una voz semisensual y aterciopelada le dijo que tenía que escoger entre continuar la descarga o detenerla. Apartó de su cabeza la preocupación y la autocompasión. Hora de trabajar.

Un fuerte martilleo en la pared la asustó. Aimée presionó la tecla de «guardar». ¿Le estaba molestando a su vecino de al lado la voz del ordenador? Aporrearon su puerta.

Apagó el ordenador. Se incorporó y contó los pasos que la separaban de la puerta.

—*Oui?*

Los golpes continuaron.

Aimée localizó la cadena de la puerta y la desenganchó, luego buscó el pomo, una pieza metálica con asas acolchadas, y lo giró.

—¿Quién está ahí?

—No me torture. Cierre la ventana o deme un cigarro —dijo una voz temblorosa.

—Perdóneme, pero no lo sabía —se disculpó, deseando poder ver quién era esa pobre mujer—. Tengo uno más... ¿lo compartimos?

—*Merci.*

Algo peludo y suave le rozó el brazo según entraba la mujer en la habitación. Como la estola de piel de zorro de su abuela. El mismo olor a bolas de naftalina almizcladas. Aimée recordaba el envoltorio de piel de zorro que rodeaba el cuello de su abuela. Los dos pequeños ojos de cristal, las garras afiladas y cómo le encantaba tocarlas.

—Para ocasiones especiales —decía su abuela—, bautizos, bodas, funerales y

para cuando te gradúes en la Sorbona.

Pero nunca lo hizo y su abuela falleció poco después.

—Soy su vecina. Déjeme verla —dijo una voz exigente.

Aimée sintió unas manos, arrugadas y secas, perfilando sus mejillas, su cuello y su pelo. Unos dedos con las uñas cortas que desprendían un aroma a chocolate la exploraron.

—Bonitos pendientes... ¿perlas talladas? —preguntó.

—Estoy impresionada —dijo ella—. Llámeme Aimée.

—*Madame Toile*, pero puede llamarme Mimi. Solo que no me llame demasiado tarde para cenar.

Una vieja broma. Algo metálico tintineó.

—¿Qué es eso?, ¿su llave? —preguntó Aimée.

Sintió debajo de su mano lo que parecía un utensilio de servir aplastado.

—¿Eh? Mi cuchara de absenta... la necesito. Hay que hacerlo correctamente, ¿sabe?

Aimée sabía que la absenta había sido declarada ilegal hacía años, pero se imaginó que la viejecita tendría su propia fuente. O que vivía en su propio mundo.

—Hay que mantener el azucarillo dentro y sorber la absenta a través del terrón —dijo ella, su voz se acongojó anticipándose a sus palabras—. Cada tarde, Rico me sirve una copita. Es el nieto de Pierre, así que sé que es buena.

El viejo licor carcomía el cerebro. ¿Había dañado el de Mimi?

—Pierre se encargaba de la *maison* —dijo Mimi—. Un hombre con muchos contactos. Incluso cuando nos cerraron en el cuarenta y ocho. —Resopló—. Nos trasladamos al *marché d'Aligre*. Vinieron todas las chicas. ¿Qué otra cosa iban a hacer?

¿Era Mimi la bebedora de absenta la *exmadame* de un prostíbulo?

—Decían que éramos una institución —dijo ella—. Y ahora, ¿dónde está ese *Gauloise*?

Ella notó la mano seca de Mimi guiándose por la cama. Usando la misma maniobra, Aimée encendió el cigarro y se lo pasó. Mimi le dio una calada larga y, luego, muy despacio fue expulsando el humo.

—Me recuerda a mi primera vez. Él lo hizo como si fuera un jugador de fútbol, sin manos y directo a meter gol.

Aimée se rió. Su primera vez, con el amigo de su primo, había sido parecida.

—¿Por qué se cerraron burdeles en el año 1948?

—Ahora, ¿quién se preocupa por nosotros? ¿Eh? ¡Excepto el gobierno! Necesitaban los edificios. La escasez de viviendas después de la guerra... *incroyable!* Así que se apropiaron de las casas... incluso de *Sphinx* en *Montparnasse*, donde acudían los ministros. Bueno, lo que pasaba en *Sphinx* no era ningún secreto, para que me entienda.

Aimée no sabía si quería entenderlo.

La *madame* exhaló una larga bocanada de humo, buscó la mano de Aimée y se lo deslizó entre los dedos.

—Me recuerda a los apagones. Entonces también compartíamos pitillos. Nos decían que nunca encendiéramos tres a la vez con la misma cerilla, o seríamos el blanco de un francotirador. Ninguno de nosotros íbamos al *métro* en los ataques aéreos. Aprovechábamos nuestro tiempo: al fin y al cabo, nos estaban pagando, ¿no?

Un mareo provocado por la nicotina se apoderó de Aimée. ¿Se trataba de un síntoma de recuperación por pequeño que fuera?

—Clothilde era la más inteligente. Astuta. A día de hoy aún dirige su bar —dijo la anciana—. Justo al final de la rue Moreau, en la esquina. Invirtió todos sus ahorros y compró el local. Después de todo, la marea solo va en dos sentidos, hacia dentro y hacia fuera. La diferencia después del año cuarenta y ocho era que las chicas esperaban de pie en la calle adoquinada. Eso y que no iba el *médecin* una vez por semana a revisarlas. Estúpido, como yo le digo... con todas las enfermedades que hay hoy en día, ¿eh?

—¿Qué le pasó en los ojos, Mimi?

—Algo que no soy capaz de pronunciar, pero me gusta cuando ese joven médico me habla de ello. —Su risa sonó más a un cacareo. La cama se movió. Aimée sintió un fuerte codazo en las costillas—. Usa una buena colonia y bebe café expreso de Sumatra. ¿Sabe de quién hablo?

Del doctor Lambert. El olfato de Mimi no era la única cosa desarrollada que tenía.

—Es el director del departamento, Mimi.

—Si no fuera tan vieja, él dirigiría mi departamento. ¿Le gusta?

—Bueno, es...

Otro fuerte codazo en sus costillas.

—Buen sueldo, un puesto de trabajo fijo, ¡y qué pensión! Una chica tiene que pensar en esas cosas, *non*? Las miradas no te llevan tan lejos.

Y Aimée se preguntó si Mimi estaba pensando en ella misma mientras hablaba.

—Está casado, con toda seguridad.

—¿Y desde cuándo eso ha sido un impedimento?

Después de que Mimi se fuera, Aimée pasó un antivirus estándar por su portátil, imaginándose que tendría que terminar el tedioso trabajo antes de abordar la codificación de la contraseña.

El lento zumbido del disquete y luego el anuncio «Limpiando disquete. Quedan doce minutos» le animó a que buscara el bote del quitaesmalte. Lo destapó, vertió un poco del líquido en un disco de algodón y empezó a quitarse lo que ella esperaba que fueran los restos de un esmalte color verde *gigabyte*. El olor a limón de la acetona despejó sus fosas nasales.

Más golpes fuertes en la puerta.

—*Oui*?

Quizá Mimi también quería una manicura. Bueno, ¿por qué no? Aimée tenía tiempo. Levantó el portátil, desconectó el disquete y los metió en el cajón.

Escuchó una voz apagada, difícil de distinguir entre los ascendentes y persistentes ruidos del buldócer y el repiqueteo de las campanas de una iglesia de algún sitio. ¿Era de noche? ¿Estaba oscuro? No... los obreros seguían trabajando. ¿O estaban trabajando de noche en la nueva línea del *métro*?

Abrió la puerta un poco y desató la cadena. Sus pies quedaron atrapados detrás del umbral y se tropezó.

Patosa... ¡aún tan torpe!

Una brisa le abofeteó la cara acompañada de un estruendo seco. Su cuerpo tembló.

—*Salope!* —dijo un hombre con un acento que no pudo situar. Su mal aliento la golpeó de lleno en la cara. Luego, una bofetada punzante la empujó contra la pared.

Aimée le lanzó el bote abierto del quitaesmalte y se agachó. Y, entonces, se acordó del cigarrillo... ¿lo había apagado? *Riesgo de incendio. Estúpida.*

Desde algún sitio a su derecha vino un grito de dolor.

La agarraron de los brazos, después sintió un brusco empujón en la espalda. Fuerte. Había volado por los aires. Atravesando toda la habitación. Hubiera estado bien que hubiera podido poner los brazos para amortiguar la caída. En lugar de eso, aterrizaron en una rejilla de metal frío que colgaba en el exterior, al aire libre.

La ventana estaba abierta.

Gritó. El pánico se apoderó de ella. Una mano le tapó la boca, luego, otro fuerte empujón en sus caderas contra la rejilla. Intentó sujetarse con las piernas al metal liso, agarrarse a la reja de la ventana. Otro empujón y sus piernas se soltarían. La sangre se le subió a la cabeza. Por el amor de Dios... ¿nadie desde la calle podía verla?

Gritó otra vez. Y otra. El aire era frío. Húmedo y oscuro. ¿Era de noche?

Las raspaduras de la excavadora en la calle parecían sonar cerca. Demasiado cerca. Estaba medio colgando por fuera de la ventana.

¿Por qué nadie podía verla u oírla? ¿Estaba oscuro? ¿O el buldócer tapaba todos los demás ruidos?

El terror la inundó. Sus uñas escarbaban la madera y las intentó clavar, abrazándose a lo que tenía que ser la contraventana exterior. En el intento de aferrarse a lo que pudiera para salvar su vida, su pie rebuscaba, se deslizaba y rasgaba el muro.

Tenía que aguantar. Le quemaban los dedos por la abrasión de la roca. Su pijama de seda ondeaba al viento. No podía trepar hasta la habitación. Tendría que confiar en el hormigón de abajo. ¿A cuánta distancia?

—¡Ayuda! —chilló.

¿Era posible que nadie la oyera? Cada vez que movía las piernas para agarrarse, sus rodillas se golpeaban contra algo duro. De alguna manera, encontró un punto de apoyo con su pie descalzo en el cerrojo de la rejilla metálica.

Siguió gritando pidiendo ayuda. ¿Por qué nadie reparaba en ella?

Y, entonces, percibió una niebla gris, como un humeante vapor, que la cubría. Y parecía natural... porque lo era. Vio la niebla procedente del Sena.

¡El corazón le dio un vuelco!

Parpadeó una y otra vez. Podía ver. Unos sucios globos amarillos aparecieron delante de ella y se dio cuenta de que debían de ser farolas. Una niebla como con grumos se superponía a lo que parecía una arboleda oscura y a lo que tenían que ser los faros de los coches en la calle de abajo. Destellos de luz roja y naranja rodeaban el buldócer.

Y entonces la oscuridad volvió.

Sacó la pierna por encima de lo que parecía un saliente de piedra, se estiró y consiguió levantarse. ¿Era otra ventana? Se manchó la mano con lo que parecía hollín y hormigón. Entró por la abertura. El interior estaba resbaladizo y patinó. Se agarró a lo que encontró más cerca, una especie de moldura áspera deteriorada, y se sujetó, intentando encontrar el alféizar. En algún lugar, una ventana se cerró de golpe. Escuchó un ruido estrepitoso y que algo se hacía pedazos.

Sintió una losa de roca gruesa y después un entrante, como un pequeño balcón volado en la fachada del edificio. Nada más. *Merde*. Se estaba arrastrando sobre las rodillas y no había ningún sitio adónde ir. Excepto dar marcha atrás. Más aterrador que avanzar poco a poco. Sus manos, ensangrentadas o mojadas por la húmeda barandilla, se resbalaron. Se estrelló contra un muro de piedra y se agarró a la contraventana. Sonó un crujido y un ruido desgarrador y se aferró a lo primero que palpó para salvar su vida.

Sus manos se resbalaron... ¿a cuánto estaba del pavimento adoquinado? Nunca lo sabría porque no sería capaz de ver cómo se iba acercando el suelo a ella a toda velocidad. Se le paró el corazón. No quería morir.

¿Dónde estaba la habitación de Mimi? Tenía que haber una repisa. Todos los edificios tenían alféizares debajo de las ventanas. ¿No?

El viento azotaba sus piernas. Sus dedos palpitaban. Si el edificio era igual de antiguo que el Quinze-Vingts, debía haber cornisas de piedra. ¿Dónde estaban?

Sintió tuberías oxidadas, se agarró a ellas y se abrazó a la fachada. Los alambres se desprendieron de su mano y perdió el equilibrio. Una pierna se le resbaló y su pie quedó atascado entre tejas puntiagudas. El miedo estalló dentro de ella. No podía aguantar más.

—¿Alguien puede ayudarme?!

Escuchó una voz.

Elevó la pierna y dio una patada lo más fuerte que pudo. Un postigo de madera se disparó estrepitosamente y el cristal se rompió. Pequeños fragmentos se le clavaron en la pantorrilla.

—No se mueva, tengo una llave de tubo apuntándole a la cabeza. —Oyó a Mimi, amenazante.

—¡Mimi! Ayúdeme. Alguien ha intentado matarme —gritó Aimée—. ¡Déjeme entrar!

—Pero...

—Dese prisa, hace frío aquí fuera y ¡no aguanto más! —El miedo se aferró a ella según se iban soltando sus dedos. Se resbaló. Era el fin. Su vida había acabado. Luego, una mano tiró de las suyas y se raspó las rodillas con el postigo. En el momento en el que entró en la habitación de Mimi, supo qué tenía que hacer.

—Debe de haber huido —dijo Mimi.

—Llame a seguridad.

—Usted misma.

—Eh, ¿cómo lo hago?

—A la única seguridad que podemos llamar es a ese gandul que está en la puerta de entrada. Pruebe a marcar el 37 en el teléfono de la pared.

Aimée estaba sentada en la cama de Mimi, con una manta sobre los pies, cuando las pisadas resonaron en el pasillo. Se detuvieron. Después llamaron a la puerta de Mimi.

—*Nom de Dieu* —dijo una voz aguda—. *Quelle catastrophe!*

Aimée abrió la puerta.

—¡Alguien echó abajo mi puerta y me agredió!

—Pero el inmobiliario no se puede destruir de esta manera.

Aimée se atragantó.

—¿Dónde está el guardia? —preguntó ella—. ¿Quién es usted?

—La supervisora, soy la responsable aquí —dijo la mujer—. La administración del hospital solo nos ofrece un uso condicional. Se estaba pegando una buena fiesta con su vecina, ¿eh? Y se les ha ido la mano.

—¿No lo entiende? Alguien me ha atacado en mi habitación y puede que siga por aquí, aunque probablemente a estas alturas ya se haya marchado.

Aimée sabía que había kilómetros y kilómetros de pasillos, pasadizos subterráneos que unían el hospital con la capilla y con varios edificios gubernamentales. Con todo el mundo vestido de uniforme y caminado por ahí con mascarillas, a su agresor le habría resultado sencillo no ser descubierto.

—Hacer añicos sillas, romper ventanas... —La voz de la supervisora se apagó—. ¿Quién le ha dado permiso para tener una habitación en esta planta?

—Chantal me trajo hasta aquí. Pero usted no lo entiende...

—No tiene ninguna autoridad —dijo la mujer—. Yo no le he autorizado a usted a registrarse. Tenemos normas muy estrictas al respecto. Nuestros fondos y seguros dependen de que los respetemos.

—He oído a Aimée gritar y a alguien aporreando la puerta de al lado, rompiendo cosas —dijo Mimi.

—El agresor tiene que seguir por aquí —dijo Aimée.

—Lo único que veo es el desastre que han formado —contestó la supervisora. Aimée la escuchó olfatear—. ¿Qué es ese olor? ¿Drogas?

¿Se refería a la acetona con olor a limón del quitaesmalte?

—¿Dónde está el guardia de seguridad?

—*Allez-vous-en*, ¡largo de aquí! —espetó la mujer.

¿No era ella la víctima de todo aquello? Era muy complicado discutir con una mujer furiosa a la que no podía ver. Más pasos provinieron del pasillo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó la voz del doctor Lambert.

¿De dónde había salido?

—Menos mal que me muevo mucho desde que estoy ciega. Eso es lo que me ha salvado, o el daño causado a mi puerta se lo hubieran causado a mi cara.

—Supervisora, claramente la puerta ha sido forzada —dijo el doctor Lambert—. Cerciórese de que el guardia está de camino.

—Por supuesto, doctor —dijo ella, con un tono de voz completamente distinto.

—Lo oí golpear cosas —explicó Mimi—. Subí el volumen de mi audiolibro, aporreé la pared y, luego, chillé. Debí de asustarlo.

—Quiero saber por qué esta mujer está en la residencia sin mi conocimiento y mucho menos sin mi autorización o consentimiento —repuso la supervisora—. Alguien tendrá que pagar por los daños ocasionados. No voy a cargar yo con la culpa. Mi competencia no tiene por qué verse comprometida.

—Por favor, entiéndalo, el accidente de trenes provocó el caos... una inmensa sobrecarga de casos, no había camas suficientes —explicó él, intentando calmarla—. Hemos cambiado un poco las reglas, pero nadie acusará a nadie, se lo aseguro.

Aimée no podía dar crédito a la reacción de él.

—Creo que es un asunto del que se debe encargar la policía. No tienen cámaras de seguridad aquí, ¿verdad?

—En la entrada del hospital, eso me han dicho —respondió Mimi—. No aquí. Mire, Aimée ha sido atacada. ¿Por qué culparla?

Pero la supervisora debía de haber salido ya de la habitación.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó Aimée. *¿Qué pasaría si el agresor se hubiese llevado su portátil y su móvil?*—. Tengo que ir a ver si está todo. Por favor, ayúdeme.

—Alguien tiene que limpiarle esas heridas —dijo él—. ¡Otra vez!

Sentía el latido del corazón en los dedos que se había raspado. Suplicó por que pudiera seguir utilizando un teclado.

El doctor Lambert llamó a una enfermera para que la curara y le vendara las manos. Después, él abandonó la habitación, pero pudo escucharle hablar con la supervisora en el pasillo y saludar al guardia de seguridad cuando apareció.

Tan pronto como la enfermera llegó, Aimée le pidió que inspeccionara la habitación.

—Cuénteme lo que encuentra.

—Bueno, el colchón está dado la vuelta, las sábanas y las almohadas esparcidas por todas partes, las sillas patas arriba.

—Por favor, mire en el armario.

—Una chaqueta de cuero, todos los zapatos revueltos. Un desastre.

—¿Puede mirar en el cajón?

—Hay un ordenador —contestó la enfermera.

Gracias a Dios.

—Máscara de pestañas Ultralash, un pintalabios rojo de Chanel, un perfilador, polvos y un frasco de perfume en el suelo. Una combinación de seda negra enredada con lo que parecen cables rojos y blancos.

Sus cables de empalme para las líneas telefónicas.

—¿Ve mi teléfono móvil?

—Ni rastro —señaló la enfermera—. Ni siquiera debajo de la cama.

Genial. Ahora podían llegar a ella de otra forma más. Nada volvería a ser privado. France Télécom tenía muchísima información que se podía conseguir si alguien entraba en la base de datos. Ella misma lo había hecho con bastante frecuencia.

Aún seguía teniendo el teléfono de Josiane en el bolsillo de su pijama. Eso al menos estaba a salvo. E intuyó que el agresor lo quería. De esto se trataba. Y muy pronto descubriría que se había llevado el equivocado.

Llamó al *commissariat* y preguntó por el sargento Bellan.

—No está aquí. ¿De qué se trata?

Mientras relataba lo ocurrido y transferían su llamada al departamento correcto, su labio no paró de temblar. Tenía miedo de que sus palabras no fueran lo suficientemente claras para que la entendieran.

—Mandaremos a alguien para que eche un vistazo —dijo una mujer policía—, pero podría demorarse. Un camión enorme ha volcado en la *périphérique* y es un completo desastre el lío que ha formado.

Le pidió a la enfermera que la ayudase a dar de baja su línea telefónica.

—Siento que esto haya pasado, pero no puede quedarse aquí —le dijo el doctor Lambert—. Normalmente no supone un problema. Pero con los daños causados al inmobiliario y el enfado de la supervisora...

—No me importa si está enfadada. He llamado a los *flics*.

Sintió un dedo posarse sobre sus labios. Suave y cálido. ¿Era del médico?

—Lo entiendo. Nuestra reacción puede parecer insensible pero voy a intentar explicárselo. El Ministro de Sanidad nos ha amenazado con cerrar el hospital. Nuestras cuentas están siendo revisadas, por lo que, en estos momentos, estamos todos muy tensos. Los servicios son reducidos y la propuesta de ampliar la clínica de día para atender a los residentes del *quartier* es crucial. Preferiríamos no crear problemas en estas circunstancias. —Aimée sintió el brazo del doctor Lambert rodearla por los hombros.

—Creo que el agresor volvió en busca de...

—Alojarla aquí fue idea mía —interrumpió el médico—. Una mala idea. Pero de aquí en adelante, la mantendremos en un lugar seguro. Perdóneme, pero necesita una vigilancia médica constante. Es un momento crucial... debemos monitorizarla hasta que sepamos el alcance de la pérdida de su visión.

A pesar de su estupidez irritante, le gustaba el calor que desprendía su mano posada sobre su hombro, su persistente fragancia a vetiver, incluso su acartonada bata de laboratorio. Y entonces recordó.

—Pero doctor, se me olvidaba. Por un instante pude ver. Vi niebla gris, farolas iluminadas y coches. Fue tan maravilloso.

Hubo silencio.

—No se haga ilusiones. Dé las gracias por lo poco que le queda de visión.

—¡Pero volví a ver! Aunque fuera por unos segundos... así que significa que estoy mejorando..., *non?*

—Ocurre con frecuencia... una película algononada o una niebla gris.

Ella asintió con la cabeza.

—Puede deberse a unos tejidos separados aleatoriamente. O puede ser la desaparición de la presión. Si recuperará la visión por completo de manera permanente... es muy difícil de saber.

Destrozada, se dio la vuelta. No quería que él la viera llorar. O temblar por el miedo. Tenía que localizar su teléfono, salir de ahí y encontrar un sitio donde quedarse.

—Le daremos una cama en el hospital. Puede que sea en el pasillo, pero...

—No olvide que si el agresor me encontró aquí, también lo hará allí. No, gracias, me quedaré con unos amigos.

Pero ¿con quién? El diminuto estudio de René estaba a rebosar de ordenadores. Demasiado pequeño. Especialmente para ella y Miles Davis. Y, también, muy lejos. El apartamento del novio de Martine, en el ultraaburguesado *16e arrondissement*, no sería cómodo, ahora que todos sus hijos estaban viviendo con ellos.

¿Vivir en la oficina? Ya lo había hecho antes, pero no sería un lugar seguro en el que estar.

El apartamento de la Bastilla del hermano de Martine estaba cerca, pero solo había estado allí una vez, por lo que tendría que mejorar su orientación antes para poder ir, sin embargo sería más complicado vivir en un sitio desconocido.

Fuera escuchó la sirena de un furgón de policía. Se imaginó el vehículo blanco de la policía, las luces azules destellando y las flechas rojas del lateral. ¿Ahora sentía nostalgia de los *flics*? Patético.

—Es fundamental que esté cerca del hospital —dijo el doctor Lambert—. Tal y como están las cosas ahora mismo, es complicado programarle la resonancia magnética que necesita. Intentaré buscarle un hueco. ¿Puede pagar un alquiler?

—Si es necesario. ¿Por qué?

Le oyó marcar en el teléfono móvil. Luego, su voz.

—*Madame Danoux, ça va? ¿Sigues buscando a un huésped? Bon...* una de mis pacientes... Es mi salvadora, *merci!*

Aimée, con su portátil y su pesada mochila colgada del hombro, caminó junto a Chantal hacia la entrada trasera de la residencia. Pararon un taxi que las dejó en la rue Charenton, a una manzana de distancia. Pero le había pedido al taxista que diera varias vueltas por la zona hasta que se sintiera segura. Chantal la ayudó a contar los francos para pagar la carrera. Cada billete estaba doblado de una forma diferente, de esa manera, podría distinguir el valor de cada uno.

—Le queda mucho por aprender, Aimée —dijo Chantal—. Debemos diseñarle su horario para las clases de orientación. Afortunadamente no acabó estampada contra los adoquines. Las cosas podrían haber sido mucho peores, ¿eh?

Cierto. Pero sus labios no habían parado de temblar. Gracias a Dios, Chantal no podía verlo.

—Cabeza alta. —Y con eso la mujer se marchó dejándola en el rellano del segundo piso de un edificio que olía a aceite de fritura y moho.

—¡Mierda! —borboteó una voz de soprano.

—Pero *madame Danoux*, no debe vender las cortinas de encaje —dijo una voz femenina de mediana edad—. Un trabajo muy complejo, remanentes de un tiempo pasado. La nostalgia se apodera de mí cuando pienso en...

—¿Nostalgia de qué? —interrumpió *madame Danoux*—. Nostalgia es cuando se quiere que las cosas se queden como estaban. Conozco a muchas personas que se han quedado en el mismo sitio. Y pienso, por el amor de Dios, ¡míralos! Están muertos antes morir. Vivir es arriesgar.

Lo opuesto totalmente a Mimi, pensó Aimée. Había alzado su mano vendada para llamar a la puerta cuando esta, que estaba medio entornada, se abrió.

—¿Quién está ahí?

La mujer debía de estar examinando a Aimée, decidiendo si la dejaba pasar... a pesar de la presentación del doctor Lambert.

Ella inspiró profundamente, deseando poder ver cómo era la mujer y dónde estaba.

—Aimée Leduc, la paciente del doctor Lambert.

Se preguntaba si estaría despeinada, si sus botas negras estarían rayadas, si la costura de su minifalda de cuero estaría en su sitio, o si la mochila con sus pertenencias recuperadas que le colgaba del brazo estaría abierta y sobresalía su contenido.

—¿Puedo pasar?

—Hablaemos más tarde, *madame Danoux* —dijo la mujer de mediana edad. Una silla chirrió sobre el suelo de madera. Los pasos se alejaron.

—Por supuesto, necesito un inquilino —dijo *madame* Danoux, sus palabras habían sido elegidas con cuidado—. Es como un santo, ese hombre, el doctor Lambert. Lo ayudo cada vez que me lo pide. ¿Sabe? Salvó la vista de mi marido después de que un aficionado le hiciera una chapuza en una sencilla operación de cataratas.

Insegura, Aimée se quedó en la entrada. ¿Dónde estaba la silla? ¿Había una alfombra que condujera hasta las mesas?

—Gracias, si pudiera decirme...

—Pase, acomódese —dijo *madame* Danoux, mientras su voz se alejaba—. Iré a por un poco de té. Bebe té, ¿verdad? Yo lo bebo porque mi garganta me lo exige.

Y entonces se fue. Por un momento, Aimée se preguntó a sí misma si la mujer sabía que no podía ver... ¿Lo habría adivinado por la llamada del médico?

Se dio la vuelta y cerró la pesada puerta; luego reprodujo en su mente la conversación que había oído, la silla chirriar y la dirección en la que había desaparecido la voz de *madame* Danoux.

Con cautela, Aimée avanzó, con el brazo estirado por delante. El doctor Lambert le había dado un bastón pero se negaba a usarlo. Un aroma persistente a rosas le llegó por su derecha; un halo de aire caliente le golpeó la muñeca. Se imaginó a un gato ronroneando acomodado sobre una silla colocada en la ventana orientada hacia el sur, por la que aún entraba el calor del día.

Un martilleo procedente de abajo, el crujido de una sierra y, después, una voz de contralto elevada.

—¡No, no, no! ¡El acento recae en la mitad de la nota! —La tecla de un piano aporreada repetidamente—. *Zut!* Vete a casa y practica. Es todo por hoy.

Entonces, oyó el ruido del cambio de emisora en una radio, rápido e impaciente, luego, lo que sonaba como una entrevista en directo. El sonido metálico procedía de una radio de AM:

—Únase a nosotros esta tarde en «Hablar con las personas», con Michel Albin, sociólogo y autor de *La nueva violencia: Francia en la década de los 90*.

Justo lo que necesitaba oír, un sociólogo de pacotilla hablando incansablemente sobre su teoría y ¡pregonando su libro!

—*Monsieur* Albin, desde principios de los noventa la tasa de criminalidad se ha disparado. ¿Qué ha pasado?

—Déjeme que le muestre una perspectiva histórica —dijo Albin—. Los años cincuenta y sesenta fueron una época de reforma social y recuperación tras la guerra. Los setenta fueron años políticos y si avanzamos hasta los ochenta, nos encontramos con las drogas y el tráfico de estas sustancias. La seguridad codificada sustituyó a los timbres y a los conserjes y los parisinos desplazaron a las minorías a los suburbios. En la actualidad estamos viviendo con las consecuencias de lo que se hizo.

—Pero *monsieur*, la violencia no es un fenómeno nuevo.

—La violencia evoluciona constantemente, como reflejo de la sociedad y

dependiendo de la época. Las ventanas se cerraron de golpe.

—Bla, bla, bla. Hablar es gratis. Con eso y seis francos se consigue un café expreso —dijo *madame* Danoux—. ¿Necesitamos que nos diga que el país se está yendo al garete? Tómese el té y le mostraré su habitación.

—*Merci, madame* —respondió Aimée—. Según la imagen de una esfera de un reloj, ¿podría decirme a qué hora está la taza de té?

—A las tres en punto —contestó la mujer—. Qué pena, ha perdido la vista tan joven. Necesita tratamiento, ¿verdad?

Aimée asintió. «Pena» se le quedaba corto. Había sido agredida por segunda vez. ¿Qué teoría podría desarrollar el sociólogo sobre eso?

De algún modo, concluyó que existía una manera de salir de su situación. Pero por el momento no sabía cómo.

—¿Es cantante de ópera, *madame*?

—Me han salido unos nódulos en las cuerdas vocales —contestó ella—. De lo contrario... —Se le apagó la voz. Todos los «qué hubiera pasado si» de su vida quedaron resumidos en esa prolongada pausa—. La Ópera de la Bastilla es un desastre arquitectónico. ¿Puede creerlo? Las tejas se caen. ¡Las sujetan con redes de carga por detrás! Los camerinos son famosos por lo sucios que están. Se siguen representando demasiados espectáculos, por lo que los artistas se encadenan y al final no queda tiempo para limpiar. Por lo menos, el personal coloca en su sitio el vestuario y los maquilladores van hasta tu camerino. Y la acústica es maravillosa. Prefería Châtelet (el equipo de bastidores era fantástico y las bambalinas más bonitas e inmensas). Pero, al menos, he conservado la salud.

A pesar de las palabras de *madame* Danoux, Aimée sintió que la mujer echaba realmente de menos su antigua profesión.

—*Mademoiselle*, ¿sabía que Cyrano de Bergerac vivió cerca de aquí?

¡Qué cambio de conversación! Aimée enarcó las cejas, sorprendida. *Madame* Danoux le estaba proporcionando una visión de conjunto del vecindario.

Entretanto, ¿dónde estaban los *flics*? Chantal había prometido que los mandaría ahí.

Varios timbrazos agudos llegaron de la parte delantera del apartamento.

Aimée oyó un crujido y pasos sobre el parqué.

—Tanto ir y venir, ¡aquí hay más trasiego que en las galerías Lafayette! —se quejó *madame* Danoux—. Discúlpeme.

—*Mademoiselle* Leduc? —preguntó una voz profunda—. Soy el oficial Nord del *commissariat*. ¿Ha denunciado una agresión?

—*Enfin!* —dijo ella, girándose en dirección a la voz. Deseó poder verlo. Parecía joven—. *Madame* Danoux, no quiero abusar de su hospitalidad, pero ¿podría ser posible que trajera un poco más de té para el oficial y que usáramos este...? —Se tropezó... gesticuló con los brazos... ¿qué clase de habitación era esta?

—Salón —Nord terminó la frase por ella.

—*Bien sûr* —respondió *madame* Danoux.

El oficial Nord le mostró dónde sentarse. El duro diván de corte bajo que quedaba a su espalda. Aimée estaba inquieta. Intentó concentrarse. Cuanto mejor explicara y le describiera lo sucedido al oficial, más fácil sería su trabajo. Lo que hiciera con las pistas que le diera dependía de lo bien que lo trataran.

Aimée escuchó el silbido del agua caliente al verterla *madame* Danoux para servirle el té al hombre, luego abandonó la sala.

—¿Por qué no me cuenta qué ocurrió? —preguntó el joven.

Comenzó a relatar el ataque en el pasaje. Después, describió la agresión en la residencia.

—Sabe que los *flics* consideraron el primer ataque como obra del Monstruo de la Bastilla —explicó ella.

—Ahora trataremos este segundo ataque como un hecho aislado —dijo él.

Bien. Ella se dio cuenta de que algo nuevo debía de haber pasado.

—¿Por qué?

—No tengo autorización para hablar de ello —explicó el joven *flic*, aclarándose la voz.

—Han encontrado al Monstruo de la Bastilla, ¿verdad?

No obtuvo ninguna respuesta. ¿Le había llegado a Morbier su mensaje? Y pensó en aquella noche. Se acordó de a quién habían detenido.

—¿Están acusando a Mathieu Cavour, el *ébéniste*?

Más silencio.

—Pero ¿por qué? ¿Qué prueba han encontrado? —preguntó ella.

Se imaginó que el joven estaría buscando una forma de responder a esa pregunta. No debía de haber salido de la academia de policía hacía mucho tiempo.

—Mire, mi padre era *flic*. Estoy al tanto de lo que pasa —dijo ella—. Dígame la verdad.

—Me dijeron que era una persona problemática.

—Lo soy. Pero cuénteme la verdad de todos modos.

—El sargento Bellan es mi superior —contestó él.

Merde! Bellan la tenía tomada con ella. No era de extrañar que hubiera enviado a un lacayo entrenado. Una buena manera de demostrar en la baja posición en la que la situaba en el escalafón.

—... y el sargento Bellan es uno de los mejores —dijo ella, apretando los dientes.

Le dolió decir eso. Sobre todo después de que hubiera blasfemado contra su padre. Pero era mejor para ella elogiarle si quería saber más cosas del caso. Cuando Bellan no estaba bajo los efectos del alcohol, mantenía su ira bajo control y no se tomaba las cosas personalmente como había hecho con ella, conseguía buenos resultados en el *commissariat*. Corrían rumores de que estaba haciendo méritos para promocionar.

—Por supuesto que Bellan es uno de los mejores, mi padre lo instruyó.

Deseó que eso le impactara.

—¿Podría decir —preguntó él— que el robo era el móvil del primer ataque?

¿Robo?

—¿Tiene sentido que Mathieu asaltase y robase a alguien enfrente de su *atelier*?

¿Bellan había tenido que cargar con un nuevo recluta inútil? Silencio.

—Soy yo el que hace las preguntas aquí —dijo él—. Continuemos. ¿Podría ser el robo el móvil de este incidente?

—No en la manera que usted cree —respondió ella—. No se llevó ni mi portátil ni mis cosas. Solo mi teléfono móvil.

—Mathieu Cavour ha sido puesto en libertad. Esta mañana.

¿Así que le habían dejado irse? Al menos sabía algo. Quiso ponerse de pie, quitarse las vendas del cuello, sentir el calor de la estufa. Sus pensamientos fluían mejor de esa forma.

Si solo pudiera ver su cara, leer sus movimientos. Pero no podía. Lo único que tenía era la intuición, una especie de antena sensorial y lo que pudiera averiguar de sus palabras. Tenía que hacer que el oficial se pusiera de su lado. Conseguir que revelase la información más reciente.

—Asumamos que, tras atraer a Josiane Dolet, el agresor tomó a la mujer equivocada, confundiéndola conmigo —explicó ella—. Respondí a su teléfono. Llevábamos puesta la misma chaqueta. Él se dio cuenta de su error demasiado tarde, después de golpearme la cabeza. Se acercó gente por el callejón, asustándolo y haciendo que huyese. Pero encontró a Josiane en el pasaje paralelo. La mató, lo más importante, pero no sabemos por qué. Luego, la enrolló en una vieja alfombra, y nadie dio con ella hasta el día siguiente. Mientras tanto, yo me he quedado ciega, fuera de servicio, pero el agresor no localizaba el teléfono de Josiane por ninguna parte y finalmente debió de pensar que lo tenía yo. Imaginó que su número estaría guardado en marcación rápida o que de alguna manera le incriminaría, por lo que descubrió dónde estaba e irrumpió en mi habitación... pero se llevó mi móvil... no el de ella. Se ha equivocado nuevamente.

—Si así es, *mademoiselle* Leduc, ¿por qué no me entrega el teléfono? —pidió el oficial Nord.

Al fin y al cabo, él había aprendido algo de Bellan, cómo escuchar. El móvil de Josiane era su comodín... el único que tenía. El asesino lo quería. Al igual que los *flics*.

—Cuénteme cómo está llevando a cabo la investigación sobre mi ataque —solicitó ella—. Si tienen algún sospechoso y qué ha pasado con Vaduz, el Monstruo de la Bastilla.

—Si está intentando negociar ocultando pruebas determinantes del caso, *mademoiselle*...

—¿Negociar? Alguien me atacó. Tan brutalmente, oficial Nord, que me ha dejado ciega. El doctor alberga sus dudas sobre si volveré a ver alguna vez.

Se hizo el silencio.

No cedería a menos que él llegase a un compromiso con ella.

—Quiero tratar este tema con Bellan.

—Eso es imposible.

Su voz ya no era cálida. ¿Lo estaba anotando? Sus palabras venían de lejos... ¿se había movido?

—No diré nada más hasta que no hable con él.

—El sargento Bellan está fuera.

—¿Fuera? ¿Un adicto al trabajo como él?

—Problemas familiares. Su bebé está enfermo —contestó él.

Por primera vez, el *flic* sonó humano.

—Aaah, siento oír eso. —Sintió la espalda agarrotada de estar sentada en el duro diván—. Entonces, con el commissaire Morbier.

—Está asignado a otro caso. El Monstruo de la Bastilla no volverá a atacar. Esa es la historia oficial, de todas formas —dijo él con una voz entrecortada—. No sabía que había perdido la visión. Lo siento.

Se hacía más humano a cada minuto que pasaba.

—¿Vaduz ha confesado?

—En lo que concierne al *préfet*, sí.

—Y, ¿dónde está?

—Tras un alboroto en Porte de la Chapelle, se estrelló con el coche que había robado. Se supone que aún no podemos revelar esta información, sobre todo a los medios de comunicación, pero sea lo que sea lo que encontraron fue enviado al depósito de cadáveres.

—¿Quiere decir... que Vaduz está muerto? ¿Cuándo? —¿Por qué no se lo había dicho Morbier?

—De todas formas, no ha habido ninguna declaración. Ni se ha facilitado ningún detalle a nuestra unidad. Así que, por favor, guarde el secreto.

—Lo haré, pero si Vaduz murió antes de que me atacaran la segunda vez en la residencia, es un dato importante.

—¿Por qué?

—Porque podría significar que fue otra persona la que me agredió en el pasaje y la que mató a Josiane, la misma que luego vino a la residencia. Por eso tengo que hablar con Morbier.

—El sargento Bellan es quien dirige el caso. Todo pasa por sus manos. Y, claro está, usted le hablará del teléfono de Josiane Dolet y le revelará su paradero cuando yo le haga llegar el mensaje de que la llame, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Así que dijeron que era problemática?

—Me lo inventé —respondió él—, pero parece que no me he equivocado.

Jueves, a última hora de la tarde

René marcó el segundo número que había copiado de la agenda del móvil de Josiane Dolet.

—Estudio de arquitectura Brault —dijo una voz masculina que correspondía a una persona de mediana edad.

—Llamo en relación a Josiane Dolet —se apresuró a decir él.

Hubo una pausa.

—¿Quién es?

—Trabajo para Leduc Detective —aclaró René, alzando la mirada desde el patio interior a los edificios relucientes de piedra caliza, en el callejón con el adoquinado limpiado con vapor. Se podía comer sobre las prístinas fachadas de piedra labrada. Una década antes, muchos hubieran evitado pasar por esta zona. Había sido un barrio con *cours* llenas de maleza y fábricas de porcelana y bronce en ruinas. Estas instalaciones se alzaban junto a los antiguos conventos del siglo XVII que una vez albergaron a un ejército de monjas de clausura, foco de riqueza y poder que había rivalizado con los del rey—. Por favor, concédame unos minutos —dijo él—. Estoy abajo.

Se asomó una cabeza por la ventana. Lo único que René pudo ver fue un halo de pelo color cobrizo.

—Tengo muchos clientes...

—Deberíamos hablar en persona —dijo René—. Su número estaba guardado en la marcación rápida del teléfono de *mademoiselle* Dolet.

—Mi empresa trabaja con numerosas personas.

—Esto tiene que ver con el asesinato de Josiane Dolet. Pensé que deberíamos tener una charla antes de que hable con los *flics*. —Dejó que el silencio pusiera el punto y final a sus palabras.

—Diez minutos. Entre cliente y cliente —accedió él—. El código es 43 A6, segundo piso, primera puerta a la derecha.

René se quitó la chaqueta, se desabrochó el gemelo derecho, se remangó la camisa rosa hecha a medida, se puso de puntillas y se las arregló para introducir el código de entrada.

La puerta se abrió. La empujó e ingresó en el vestíbulo acristalado, que unía dos viejas fábricas. Un ingenioso pórtico en forma de arco daba paso a un patio celeste acristalado. Plantas de bambú ocres bordeaban un escritorio minimalista con la madera descolorida. La zona de la recepción estaba vacía.

René llamó al ascensor. El tiempo húmedo golpeaba su artritis activando prematuramente el constante dolor que padecía en invierno. Había tenido que reducir

sus entrenamientos de artes marciales en la academia. Este tipo de detalles no los podía compartir con Aimée en su situación. Ni tampoco en otro momento.

Un hombre con poco pelo, con unas gafas de montura negra y el rostro pálido se incorporó según entraba René. La sorpresa se apoderó de su cara por un momento. René estaba acostumbrado a eso y a la mirada rutinaria de arriba abajo contemplando su largo torso y sus cortas piernas.

—René Friant, de Leduc Detective.

—Brault, de Brault Architecture —dijo el hombre, tendiéndole la mano. René no vislumbró ni un ápice de calor en el rostro pálido y cauteloso.

Él se acercó al lateral de la mesa y se dieron la mano. Su brazo no hubiera llegado al otro lado del escritorio si lo hubiera extendido por encima.

—Debe entender que solo dispongo de unos minutos —se apresuró a decir Brault, con una boca pequeña en una cara alargada. Cabezales de portaminas caros asomaban por el bolsillo de su camisa. Iba vestido con un vaquero negro entallado, una camisa y una chaqueta color gris carbón, y unas botas de montaña negras. Por su aspecto, todo de Gaultier.

—Por favor, tome asiento —ofreció Brault—. Estoy preocupado, pero no entiendo de qué manera eso me involucra.

Después de echarle una ojeada a la silla alta de color verde aceituna, un diseño de Philippe Starck, René prefirió quedarse de pie.

—*Non, merci* —contestó al ofrecimiento—. Iré al grano.

En lugar de sentarse, dirigió la mirada hacia la ventana, moviendo la cabeza. Estaba en silencio, tratando de calcular la siguiente jugada, esperando pillar a Brault con la guardia baja. La ventana del despacho estaba abierta y daba al techo revestido de cobre unido a la claraboya de cristal. Vestigios de un bajorrelieve en la pared y canalones cardenillos recubiertos con pátina se oponían a la cubierta a dos aguas. Al otro lado, René vio un hueco con la figura de una piedra desgastada donde el tejado del edificio sobresalía por encima de la calle. *Probablemente sea Santa Ana, la patrona de los carpinteros*, se imaginó René.

—¿De qué se trata? —preguntó Brault, rompiendo el silencio.

—Josiane lo estaba protegiendo, ¿verdad? —espetó René, dando palos de ciego.

Se partió una mina de lápiz.

—Adelante, hable conmigo. No soy un *flic* —dijo René—. Lo que me cuente...

—Irás directo a su jefe, ¿no? —interrumpió Brault—. Esa *salope* de redactora quería, para antes de que anocheciera, la corroboración de dos fuentes distintas antes de mandar a imprenta un puto artículo para *France-Soir* en el que estaba trabajando.

René se esforzó por que no apareciera la sorpresa reflejada en su cara.

—No hace falta que utilice ese tono —aclaró él.

—Josiane era una buena periodista. No sé de qué manera estaba vinculada con gente como usted.

—¿Como yo? —René gesticuló con sus cortos brazos simulando un movimiento

defensivo. ¿Qué demonios estaba pasando aquí? Brault había pasado del blanco al negro sin detenerse en el gris. Deseó que Aimée estuviera allí. Necesitaba pistas para saber cómo proseguir. Y le dolía la cadera.

—Tenía que pagar el alquiler como el resto de las personas —dijo él.

—¿Josiane?

Merde... ¿había sido rica y él lo había echado todo a perder?

—Hay muchas cosas que usted no sabe de ella —afirmó René, con la esperanza de que se tragase el farol. Se arrepintió de inmediato. ¡Qué patético había sonado! ¿Por qué no podía tener un guión o un programa informático que lo ayudase?

—Mire, yo no acudiré a los *flics* —dijo René— si usted me cuenta en qué estaban trabajando usted y Josiane.

El interfono de acero inoxidable de Brault pitó.

—La Comisión de Planificación está reunida y lo esperan en la sala de conferencias, *monsieur* Brault.

—Dígame o revelaré toda la información que tengo —amenazó René—. Estoy esperando.

—¿Qué garantías tengo yo de que oculte el hecho de que mi número fuese uno de los más utilizados por Josiane?

Tras las pequeñas gafas de diseño, los ojos de Brault le lanzaron una mirada feroz.

—No somos la Brigada Criminal —respondió René, y le guiñó un ojo—. Respeto a mis fuentes. —Si eso no había confundido aún más a Brault, no sabía qué podría hacerlo—. No saco ningún beneficio acudiendo a los *flics*. Borrará su número.

—Su jefe lo sabe, ¿verdad? —Brault le fulminó con la mirada.

¿Saber qué? Pero René le devolvió la mirada en silencio. Y esperó.

Brault no dejaba de jugar con la mina del portaminas, metiéndola y sacándola, pero no se rompió. Solo cayó un poco de polvillo sobre la alfombra bereber.

—Contratan a tirados para que echen a todos los inquilinos —dijo Brault.

—¿Quién?

—Mirador.

—¿La gran constructora Mirador?

Brault asintió con la cabeza.

—La Asociación de Conservación Histórica de la Bastilla no puede competir contra las manos manchadas de las constructoras como Mirador. El rumano confesó todo una noche después de un poco de vodka de ochenta grados. Enyesaba los techos, hacía algún trabajo aislado para nosotros. No hay ningún motivo para desconfiar de él. El proyecto en la rue des Taillandiers parecía que era solo la punta del iceberg. Eso fue lo que le conté a Josiane. Y eso es todo.

—¿Qué pasó en la rue des Taillandiers?

—¿Conoce esa normativa que prohíbe desalojar a los inquilinos entre noviembre

y marzo? Pues Mirador desalojaba constantemente.

A René le resultaban un código las palabras de Brault. Pero no de la clase de código que él podía descifrar.

—¿El rumano?

—Dragos.

—Entonces, Dragos puede confirmar...

—Ni se moleste en comprobarlo —interrumpió Brault—. Es como si la tierra se lo hubiera tragado. Así es cómo trabajan. Contratan de forma temporal a rumanos, serbios y rusos.

René asintió, deseando no parecer tan perdido como estaba.

—Josiane escribió el artículo para detener los planes de Mirador —explicó Brault.

René aguzó el oído.

—¿Sería lo suficientemente contundente como para evitar los desalojos ilegales de Mirador?

La puerta del despacho de Brault se abrió. Dos hombres trajeados le hicieron señas.

—Los representantes del Bureau de la Construction están aquí. No podemos demorar más la reunión.

Brault salió de la oficina, dejando a René que emprendiera el camino de salida solo, dando, laboriosamente, pasos cortos. Su mente no dejaba de dar vueltas a lo acontecido. Y más vueltas. Le había prometido a Aimée que la llamaría después de interrogar a Brault. Pero ahora no podía parar; tenía que averiguar más sobre Mirador.

René atravesó varias manzanas hasta llegar a la rue Basfroi, en la zona norte de la Bastilla. Fue a ver a su amigo Gaetan Larzan, quien alquilaba atrezo, que sabía que le proporcionaría alguna información relevante. Incluso, tal vez, una copa de vino decente.

—¿Va bien el negocio? —preguntó René.

—¡Fatal! —contestó Gaetan, sacudiéndose el mono manchado. Luego, se echó el pelo hacia atrás.

Siempre la misma respuesta. Como su anciano tío.

Gaetan, de pie junto a un caballero con una armadura sin brillo, volvió a consultar una lista, punteando el género.

—Estos equipos de televisión, tienen menos cuidado que los monos —dijo el amigo. Además de él, había una palmera verde estridente de plástico, doblada como si estuviera llorando en su hombro. Delante, había una sala llena de bastidores: de madera, de bambú, de caoba, de metal, de polimetacrilato, de todos los tamaños y formas imaginables. En una oscura habitación repleta de bañeras clásicas con patas estilo garra, viejos biombos y espejos apoyado a la pared, René vislumbró un enorme oso polar de peluche que se elevaba por encima de los candelabros de baja altura.

—¿Tienes tiempo para una copa? —preguntó Gaetan.

—Si insistes... sí —dijo René. El tío de Gaetan y la madre de René se hicieron amigos cuando ella se adentró en la tienda en busca de piezas de atrezo para su actuación.

—¿Cómo está tu tío?

—Ágil, como siempre. Se escapó de casa la semana pasada. —Gaetan asintió con la cabeza—. Pero se le rompió la pierna. No llegó muy lejos.

La pierna de madera de su tío, un regalo de la guerra, intrigaba a René. Después de la guerra, rechazó ponerse una prótesis, alegando que muchos habían muerto y que él había corrido la suerte de tener un muñón, no permitía que a nadie se le olvidase. René se sentía identificado con él.

—Parecen el punto y la i —escuchó René que decían algunos trabajadores, entre risas, detrás de ellos—, el alto lisiado y el enano.

En el escritorio de la secretaria, lleno de facturas amarillas debajo de un erizo de peluche, Gaetan despejó un hueco para René. Se estiró hacia atrás y cogió una botella polvorienta y sin etiqueta. En el lapicero encontró un sacacorchos, luego enjuagó dos copas altas de vino con agua embotellada Evian, arrojó la botella al cubo de la basura y sirvió las copas.

—¿Château Margaux de 1976? —René agitó el intenso líquido color rojo herrumbre, oliendo el corcho.

—Casi. Eres todo un entendido de vinos. 1975 fue el año de cosecha.

René se preguntó cómo había podido conseguir su amigo ese vino tan excelente. No le importaría tener una botella.

Gaetan se encogió de hombros.

—Se cayó de un camión en Marsella —respondió intuyendo el pensamiento de René.

Comme d'habitude, pensó René. El negocio debía de estar en pleno auge, o bien le pagaban en vino.

—¿No me olvidé de tu cumpleaños este año?... Aquí tienes un regalo tardío. No te la bebas de una sola vez. Felicidades. —Gaetan sacó otra botella y se la ofreció a René.

—*Santé*. —Brindaron. El vino recorrió sus gargantas como la seda sin tratar, con cuerpo, pero ligera.

—*Merci*, Gaetan.

La tienda de alquiler de atrezo daba a un callejón estrecho. Más allá había un solar, cercado por una verja puntiaguda de aluminio y por los muros de piedra de los edificios colindantes.

—¿No había ahí una fábrica de cerámica? —Recordó a su madre comprando una pieza de *faïence*, un jarrón de flores con un pequeño defecto de fábrica. Estuvo en el aparador durante muchos años. Aún lo conservaba.

—El *patron* murió. No había nadie que se pudiera hacer cargo. Dentro de poco será un aparcamiento —explicó Gaetan, haciendo una *moue* de indignación—.

¡Constructoras!

Una pena, pensó René. Se acercó a la ventana. Pero no pudo leer el cartel de las obras porque había sido pintarrajeado con un grafiti plateado y verde.

Gaetan tenía que saber algo sobre Mirador. Se había criado en el *quartier*.

—He oído que Mirador contrata a rumanos para echar a las personas de los edificios viejos.

—No me sorprendería, pero no sé nada de primera mano —se apresuró a aclarar Gaetan. Le brotó una amplia sonrisa según iba a dar la gran noticia—. Me caso. ¿Te acuerdas de Giselle?

La bailarina de piernas largas que daba clases en el estudio de danza.

—Pues claro, ¡eres un hombre afortunado!

—Nos mudamos a *Tours*.

—*Félicitations!* Pero ¿qué pasa con tu tienda?

—Pierre, mi primo, es el gerente ahora; está más implicado.

—¿Dónde está Pierre?

—Haciendo senderismo en los Pirineos. Se merecía unas vacaciones.

René enarcó una ceja.

—Necesito información sobre los desalojos.

—No te pega mucho... *Aaaah*, es uno de tus amigos, *non?*

Entonces le contó a Gaetan todo lo que había ocurrido; lo de Aimée y la historia de Josiane en la que supuestamente estaba trabajando. Una vez que terminó de relatar los acontecimientos, la oscuridad había descendido por los tejados.

—René, me gustaría ayudarte, pero estos días apenas estoy por aquí —dijo Gaetan, desviando la mirada—. No todo en la vida cuadra.

Parecía que le estaba ocultando algo.

—Hay un montón de devoluciones en el patio —se excusó él, poniéndose de pie. Dio al interruptor, iluminando la oficina—. Sabes cómo funciona esto; quédate el tiempo que quieras.

¿De qué tenía miedo?

—Mira, estoy preocupado por Aimée. Tienes que conocer a alguien que pueda ayudarme.

—No te tomes esto de ser detective demasiado en serio —le advirtió su amigo—. Escucha, genio, tu *métier* son los ordenadores.

—Está ciega, Gaetan —dijo él— y mi trabajo se puede ir al traste por culpa de la quisquillosa *judiciaire*.

Gaetan cogió una carpeta de facturas, se la colocó debajo del brazo. Evitó la mirada de René.

—*Désolé*. No te olvides de tu vino. Te enviaré la invitación para la boda.

—Este es mi número de teléfono —dijo René—. Quizá Pierre sepa algo o sea capaz de decirme quién lo sabe.

Abatido, René no sabía qué camino tomar. Llamar a Mirador y preguntarles directamente a ellos lo de los desalojos probablemente no fuese una buena idea. De camino de vuelta, pasó junto al solar cercado, pero seguía sin poder leer el cartel tapado por el grafiti.

Después de algunas manzanas, doblando una esquina, casi se choca con una anciana. Llevaba puesta una bufanda desteñida anudada al cuello y un abrigo de piel de foca remendado con parches. Estaba de pie frente al oscuro *gymnase* Japy. Los focos amarillos de las farolas alumbraban las húmedas paredes de ladrillo. Estaba llamando a la puerta alta de madera.

—Prometí a *maman* hacerlo mejor. Cada vez que la profesora diga «fois» en el *dictée* lo escribiré correctamente —dijo ella, después repitió con una voz en falsete, despacio y entonando: «Il était une fois une marchande de foie qui vendait du foie dans la ville de Foix. Elle se dit ma foi c'est pour la première fois que je vends du foie dans la ville de Foix^[2]».

La mujer pronunció el pasaje una y otra vez, cada vez más rápido, René la observaba, sin estar seguro de qué hacer. ¿Cómo podía ayudarla?

Un hombre uniformado de azul asomó por la esquina. Un joven *flic* apareció delante de él.

—*Bonsoir, madame* —dijo él, haciéndose con el control de la situación—. El gimnasio está cerrado.

—Pero se suponía que el instructor se iba a reunir conmigo. Me está esperando...

—No será esta noche, ¿eh? Es tarde. Déjeme acompañarla.

La anciana le dedicó una sonrisa que dejaba al descubierto la falta de dientes.

—A *maman* le gustaría eso.

—*Bon* —dijo el *flic*, cogiéndola del brazo con delicadeza—, vayamos a casa, es la hora de la cena, *non*?

—Pero no me dejarán entrar —respondió ella—. Ya lo he intentado. —La mujer señaló con su guante hecho un harapo hacia la tapia cubierta por hollín del *hôtel particulier* del siglo XVIII que quedaba al otro lado de la plaza. *Una joya en su día*, pensó René. Con columnas dóricas en la fachada, arabescos en las barandillas de hierro oxidado del balcón y detalles de ninfas moldeadas en yeso. Una grúa con una sucia bola negra de demolición estaba suspendida sobre el edificio. Grandes pancartas colgaban en la puerta del edificio; decían: «Villa Voltaire - Próximamente apartamentos de lujo».

—*Alors* —dijo el *flic*—. La han trasladado a otro lugar, *non*?

La anciana negó con la cabeza.

—Quiero irme a casa.

—Ahora solo tenemos que averiguar dónde es.

El *flic* notó la presencia de René.

—¿Conoce a *madame*?

Antes de que René pudiera negarlo, una ventana en el segundo piso se abrió y un señor mayor se asomó por ella, con una pipa apoyada en un lado de la boca.

—*Madame* Sarnac ha vivido siempre en el *quartier* —gritó el señor—. Ahí mismo. —Se sacó la pipa de la boca y apuntó con ella hacia el *hôtel particulier*.

—¿Puede ayudar, *monsieur*? —preguntó el *flic*, con un tono de voz educado—. Está desubicada.

—Allí era donde vivía. Trabajaba en el *magasin* de abajo —respondió él—. Aquí fue a la escuela. Como yo.

—Pero ¿dónde vive ahora? No quiero llevarla al *commissariat*.

—Es demencial, dejar a su suerte a la gente mayor. *L'Armée du Salut* acoge a algunos de ellos y también la *Maison des Femmes*. Pero solo a los que no tienen familiares que se puedan encargar de ellos —dijo el señor desde la ventana—. Ella está aquí todos los días, sin saber qué otra cosa hacer. Yo ya he tomado cartas en el asunto. Fui yo quien hizo que pusieran esa placa.

Señaló la placa que descansaba en el *gymnase Japy*, que solo era visible bajo la pálida luz del día. René pudo leer únicamente la parte final. Ponía: «ASEJD: *Association en souvenir des enfants juifs déportés du 11e arrondissement*».

El *flic* se alejó, escoltando a la mujer mayor, y el hombre cerró la ventana. Pero ahora René ya sabía a quién podía preguntarle sobre Mirador.

A su alrededor, observó un letrero plateado de la *Banque Hervet*, un pequeño salón de belleza y un bar restaurante poco iluminado. Más allá, se encontraba un edificio arrasado por las llamas (del que quedaban piedras carbonizadas y cristales rotos) que tenía vistas al gimnasio que estaba de frente al centro de la plaza.

Se volvió y se puso debajo de un toldo ondulado de cristal sujeto por radios de hierro forjado y con florituras. Un letrero de hotel desprendido y desteñido incrustado en un amasijo circular de hierro. El cristal con burbujas de la puerta estaba cubierto por las rejas de seguridad metálicas; tenía motivos florales y palmetas. Pulsó el timbre.

La puerta se abrió y dio paso a un vestíbulo de baldosas que formaban un damero blanco y negro. Las baldosas estaban agrietadas y desgastadas pero la escalera de época de mármol blanco y remolinos de volutas de hierro conservaban su grandeza.

René subió. Sus cortas piernas se hincharon al subir la escalera. El dolor de la cadera se agudizó. Cansado, decidió que sería el último interrogatorio del día. En el rellano del segundo piso, llamó a la puerta.

—*Oui*?

René alzó la mirada hasta toparse con la cara del anciano, espirales de humo salían de su pipa encendida. Su pelo blanco rizado le caía alrededor de las orejas y sobre el cuello de lana de una chaqueta gris. Llevaba babuchas de cuero marroquí con la punta levantada hacia arriba y una mano metida en el bolsillo.

—Trabajo en *Leduc Detective* —se presentó René, mostrando rápidamente la insignia de detective de Aimée.

—No hablo con desconocidos —respondió el hombre, bajando la vista para dirigirse a René.

—Yo tampoco —dijo él—, pero me vio con *madame* Sarnac, ¿verdad? Quiero ayudarla.

—Conque un detective, ¿eh? No sabía que los hacían tan pequeños.

René se estremeció. Había estado mucho tiempo detrás del teclado. Se le había olvidado que siempre era así.

—Parecía una persona amable —cambió de tema René—. Pero supongo que no lo es. No me quedaré noches en vela preocupado por cuándo le pasará a usted. Me refiero a ser desalojado.

El anciano se inclinó hacia delante y observó de cerca a René.

—¿Para quién ha dicho que trabaja?

—Para Leduc Detective. Estoy investigando el asesinato de la periodista.

—Hay mucha corriente en el rellano, entre —dijo el hombre, tirando del hombro de René—. *Vite*.

Sorprendido por el cambio de actitud y el tirón rápido en el hombro, René lo siguió dentro. El olor dulzón del tabaco de cereza para la pipa impregnaba el ambiente.

El apartamento del anciano, con los techos altos y sorprendentemente ordenado, daba a la plaza por dos lados.

—Déjeme presentarme: Yann Rémouze —dijo él, haciendo un gesto con la mano para que tomara asiento—. No quería que hablásemos ahí fuera... las paredes oyen. Por favor, siéntese.

Se dejó caer sobre una otomana baja en vez de en un cómodo sillón de cretona. Había prometido llamar a Aimée, pero sería mejor si tenía alguna información que facilitarle cuando lo hiciera.

—Apuesto a que puede ver muchas cosas desde sus ventanas —dijo René.

—Y también escucho muchas cosas. —Yann se quedó de pie, contemplándolo.

René reparó en una colección de flautas e instrumentos de viento de madera que descansaba sobre una estantería pendida de la pared.

—¿Es músico?

—En su día tuve una tienda de instrumentos; hacía flautas —respondió él—. Ahora hago reparaciones para algunos viejos clientes.

Una flauta antigua de plata brillaba en la estantería.

Yann siguió la mirada de René.

—Esa perteneció a un hombre que creó color. Eso es lo que hace un flautista virtuoso. Toca con una simplicidad que es intensa.

El anciano vivía en sus recuerdos, pero René no los compartía.

—*Monsieur* Rémouze, ¿qué les pasó a *madame* Sarnac y a los que vivían en su edificio?

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Ya lo ha hecho? Me ha dejado entrar en su apartamento.

—Buena observación. —El anciano se hundió en una silla junto a René. Los párpados le pesaban, estaba cansado—. La semana pasada, pusieron los carteles de *démolition* y aparecieron los camiones. Habían vaciado el lugar la semana anterior. Los escuché en mitad de la noche.

—¿Qué oyó?

—Nada que no ocurra una y otra vez. Lo único que en esta ocasión en lugar de que fueran los *flics* los que rodearan a los *juifs* del *gymnase* y los deportaran o que los matones se cobraran los intereses de los préstamos vencidos, fueron rumanos los que les metieron prisa para que abandonaran sus casas a las tres de la mañana.

—¿Los contrató Mirador? —Mantuvo un tono de voz uniforme.

El anciano asintió.

—Digámoslo de esta manera. No hace mucho, a un hombre del quinto piso le ofrecieron un cheque a cambio de que dejara libre el apartamento en el que había estado viviendo durante cuarenta años. Lo rechazó, sus vecinos recibieron ofertas similares que también rechazaron. Todo el mundo estaba indignado. De repente, cuando volvía del *marché d'Aligre* donde suele comprar todos los días, le agredieron. Huesos rotos y moratones, luego, su corazón se paró en el *hôpital Saint Antoine*. Ahora, muchas personas mayores se quedan despiertas por la noche, dando las gracias de lo afortunadas que son de que sus caderas no estén rotas. Ya ni siquiera reciben ofertas de cheques. Se pliegan como una baraja de cartas. Intimidados.

Eso encajaba con lo que le había dicho Brault, el arquitecto.

—Pero ¿por qué no ha acudido nadie a las autoridades?

Yann puso los ojos en blanco. Encendió una cerilla, metió la punta ardiente en el cabezal de la pipa y sopló a un ritmo regular.

—Piense en el sistema de denuncias, los formularios que hay que rellenar... nadie es lo suficientemente estúpido como para identificarse. Y para el resto, los bolsillos se llenan si se mira hacia otro lado.

—Deme nombres —dijo René—. Entonces podré hacer algo.

—Nadie apuntará con el dedo a nadie —respondió él—, así que todo son rumores. Uno de los *flics* dijo que los ancianos estaban obsesionados con los fantasmas del pasado. Poético, probablemente cierto, pero una buena excusa para la inacción.

—¿A qué se refiere con eso de los fantasmas? —¿El anciano iba a empezar a divagar ahora? René deseó que Aimée estuviera escuchando este relato, en vez de él. Sabía enfrentarse mejor que él a los delincuentes. Escuchaba a los ancianos y a las ancianas hablar y relacionaba sus historias. Podía encontrar el hilo conductor. Para ser una persona tan inquieta, tenía mucha intuición.

—Indiscreciones del pasado, como informar a la *milice* —dijo él—. Haciendo caso omiso a los matones de camisa negra que saqueaban los apartamentos de los deportados.

—Eso pasó hace mucho tiempo —interrumpió René—. ¿Qué tiene que ver con lo que ocurre ahora?

El anciano sopló varias veces, luego alzó la mirada. Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de una tristeza casi palpable.

—¿Qué no tiene que ver con lo que ocurre ahora? El pasado proporciona información al presente. Los recuerdos determinan el camino que seguimos, no importa lo mucho que nos esforcemos por eliminarlos.

Verdad. René seguía sin ver la relación. París tenía legiones enteras de ancianos, sentados en los bancos de los parques o en las mesas de las cocinas contando batallitas de la guerra a sus nietos o a otros rehenes de la cortesía.

—Algunos hablan sobre ello —dijo Yann—. Muchos callan.

René tenía ya suficientes problemas sin necesidad de remontarse a lo que ocurrió en la guerra. Eso se lo dejaba a aquellos cuyos recuerdos llegaban tan lejos.

—¿Puede leer esto, la placa? —Yann atrajo la atención de René hacia la ventana.

«En memoria de los más de seiscientos niños, mujeres y hombres del *11e arrondissement*, reunidos aquí y luego reclutados en el campo de concentración de Loiret antes de ser deportados a Auschwitz...».

—¿Sabe cuánto tiempo le llevó a nuestra asociación erigir la placa para nuestros compañeros de clase?

René desconocía la respuesta.

—Simon era mi amigo; vivía en el vestíbulo —dijo Yann—. Una gran familia. Pobre, pero Simon tenía una bonita canica ojo de gato de topacio. Magnífica. Me la dejó un día, su tesoro, pero él era así. Generoso. Y no se la devolví. Me la pedía y yo le contestaba dándole largas. Decía que se me había olvidado. Y, entonces, una noche oímos ruidos abajo en el vestíbulo.

Yann le clavó la mirada a René, sus ojos se nublaron con lágrimas. Pero René sintió que no le estaba mirando a él, sino al pasado.

—Aquellos ruidos. De esos que hacen que escondas la cabeza debajo de las sábanas, los susurros frenéticos de *maman* diciéndome que no mirara por la ventana. Y se fueron. Nunca más volvieron. El apartamento se lo quedó otra persona, sus pertenencias también.

—¿Así es como ha querido devolverle la canica a Simon?

Una sonrisa agri dulce se dibujó en la cara del anciano.

—Con cincuenta años de retraso.

Cierto, no se podía escapar del pasado, pero René quería volver a centrar la conversación en los desalojos y en Josiane Dolet.

—Mire, no puedo encontrar a los matones a menos que sepa a quién buscar.

—Después, ellos hacen su trabajo, no se quedan a tomar café —dijo él—. *Mecs* grandes, culturistas, de Europa del Este por sus ropas.

—¿Cómo es eso?

—Difícil de explicar, pero muchos de ellos van vestidos con esos chándales, las

imitaciones baratas con palabras mal escritas de los de marca.

René sabía de la venta de imitaciones en los mercadillos callejeros. Un Tommy Hilfiger sin efe. Elegancia rumana.

—Uno llevaba una coleta —siguió describiendo—, tenía greñas. Ya sabe a qué me refiero.

—¿Qué más?

—Una noche escuché a este redrojo debajo de mi ventana gritando «Draz» —aclaró.

—¿Draz?

—Es lo único que entendí. Luego, ese gorila, ese tal Draz con la coleta, le dio una paliza hasta hacerle papilla contra la pared.

—Esta es mi tarjeta —dijo René. Sabía que Aimée entregaba las suyas todo el tiempo. Daba un matiz de profesionalidad. Y supusieron un gran gasto de imprenta—. Por favor, llámeme si recuerda alguna otra cosa.

Cuando René llegó hasta su coche, la cola para el comedor social al aire libre, parte de una red organizada por el cómico Coluche, serpenteaba hasta el *boulevard* Beaumarchais. Sabía que las autoridades dejaban abierta la boca del *métro* cuando arreciaba el frío. Deseó que *madame* Sarnac no acabase así.

Jueves, por la noche

En la sala de espera del hôpital des Quinze-Vingts, Aimée escuchaba los ruidos de la noche de la Bastilla e inspiraba la fragancia que desprendía el Sena que se colaba por la ventana. Se acordó de cuando vio a un oso de peluche flotando en la corriente del río en primavera. Después de una lluvia intensa, el río se desbordó por los muelles. Esa imagen la cautivó durante todo el día... ¿lo habría arrojado un niño desde un puente, un hermano mayor rencoroso? ¿Unas lágrimas empapando la almohada y un padre preocupado que salía corriendo a los grandes almacenes Samaritaine para comprar uno nuevo? ¿Como su padre intentó una vez?

Cuando tenía diez años, su *doudou*, un ratón andrajoso llamado Émil, se cayó desde su mochila al Sena. Émil era la única cosa que le quedaba de su madre. Lo único de lo que su padre no tuvo el valor de desprenderse. Manchado y desgastado, sin bigote, Émil había sido el protagonista de los dibujos e historias que su madre creaba para ella. El día que se cayó desde la isla Saint Louis lo consideraba como el segundo peor día de su vida. El primero era el día que su madre se fue y nunca más regresó.

Émil se había caído al anochecer; el atardecer, un halo de luz rosa y violeta bajo la luna en fase creciente. Su padre le había dicho que la cara iluminada de la luna siempre miraba al sol. Y que imaginara a Émil en las aguas verdes turquesas del Mediterráneo disfrutando de la arena tostada por el sol. Movi6 la cabeza obstinadamente.

Le suplicó a su padre que llamara al capitán Morvan, un antiguo colega y un policía submarinista, para que preguntara a los buzos que dragaban el río. Después de que les informase de que no había habido suerte, ella insistió en que buscaran en la planta de tratamiento de aguas residuales al otro lado de Bercy. Pero Émil debía de haberse ido a la deriva.

Entonces, un día llegó un paquete, con sellos ingleses, formularios de aduanas oficiales, y atado con un grueso cordel marrón. Era para ella. En su interior, encontró un oso de peluche color caramelo con botas de agua, un chubasquero azul y con una etiqueta de viaje de la estación de Paddington, Londres, que decía: «Por favor, cuide de este osito perdido».

Tras la muerte de su padre, en su cajón, encontró un recibo amarillo de unos grandes almacenes ingleses de un oso de peluche para *mademoiselle* Leduc. Y después de todos los años que habían pasado, su osito de Paddington seguía estando encima de su cama.

Su perro Miles Davis y el osito eran los únicos hombres en su vida. Pero ¿no era así como solía ser siempre? O se tenía una carrera plagada de éxito y dinero, pero en cambio una vida amorosa amarga, o, de lo contrario, se estaba locamente enamorada

pero sin éxito ni dinero.

¿La culpa era suya? ¿O era por el hecho de que los hombres eran su perdición?

La última vez que había sido feliz había sido con Yves, ahora el jefe de la oficina de prensa de El Cairo. Una relación problemática en el mejor de los casos. Luego, algunos escauceos, todos desastrosos.

Su gusto era sencillo. Alguien que la hiciera reír, con ojos bonitos y que tuviera el mismo gusto en *champagne* que ella. *Veuve Clicquot*. Y un toque de chico malo para cubrir otras deficiencias.

Una voz de una enfermera la interrumpió en sus pensamientos.

—El doctor Lambert está listo. La ayudaré durante la resonancia.

¿Por qué estaba pensando en hombres? No era como si hubiera tenido un futuro con alguien antes, y ahora las posibilidades parecían aún más remotas. Cero. No podía ver y no sabía si alguna vez lo haría.

—¿Nerviosa?

—¿Yo? —dijo ella, deseando que su voz no sonara tensa.

Chantal le había enseñado a ponerle a los demás cara o una característica, «asignar la voz a una apariencia». Se giró hacia la voz y asintió. El movimiento pareció más natural, menos raro que las veces anteriores.

—*Ba we* —dijo la joven enfermera en lugar de «ben oui», con el acento vacilante parisino. Aimée sintió cómo expiraba lentamente.

—Yo no soporto los espacios cerrados. El doctor Lambert estará con usted. Es algo poco frecuente, ¿lo sabe?

¿Un cirujano oftalmológico y jefe del departamento en una resonancia magnética?

¿No tenían a técnicos para estas cosas? Pero se tranquilizó. No le importaría que le explicase lo que veía o que le diera la oportunidad de hacer preguntas.

Una voz procedente de un interfono se unió a ellas en la sala de rayos.

—Doctor Lambert, el saco craneal muestra una distensión...

—Este es el caso que vamos a estudiar: mujer con contusión severa en la cabeza, asfixia parcial y una subsiguiente visión borrosa y pérdida de la misma.

Genial. Era su conejillo de indias para los estudiantes. Y ni siquiera se lo había dicho.

—Se ha olvidado de la conmoción cerebral resultante, doctor Lambert —dijo ella. Se hizo el silencio.

—Es verdad, *mademoiselle* Leduc —dijo él—. ¿Algo más que se me haya escapado? ¿O eso es todo?

Se oyó una risita proveniente de algún sitio, del grupo que sentía que se encontraba delante de ella.

—Usted es el médico —respondió Aimée—. Espero que lo explique todo. Y el verdadero pronóstico.

—Este es el tipo de pacientes, doctores, que serán una maldición singular pero

que se sentirán afortunados de tratar —respondió él, con una voz seria—. Obstinados y luchadores.

¿Y qué pasaba con lo de inteligentes?

Y en vez de hacer caso al temor que la atormentaba en sus entrañas, se centró en su voz explicando las neuronas, el ganglio nervioso, las arterias, las venas y lo que causaba el problema. O lo que parecía hacerlo.

—Fíjense en la fantástica técnica de embolización de Robards, el neurocirujano del hôpital Saint Antoine —dijo el doctor Lambert—. Redirigió el flujo y reforzó el vaso sanguíneo en la parte debilitada. No aparece en los manuales, pero es una gran técnica. Recuérdenlo.

Aimée se concentró en las palabras del doctor Lambert, pero incluso con los pocos años que estudió en los cursos preparatorios para Medicina, se sentía perdida. No obstante, podía valorar las observaciones del doctor, su manera de infundir orientación, de enseñarles a pensar. Quizá si hubiera tenido un profesor como él en la École de Médecine, se hubiera quedado. Aunque más tarde las disecciones de cadáveres hubieran acabado con su vocación.

Inspiró profundamente según avanzaba la camilla con ruedas. La envolvieron con sábanas y la introdujeron en algo que hacía eco. La golpearon corrientes de aire. Y todo lo que la rodeaba quedó silenciado por el ruido de la gigantesca máquina al ponerse en marcha. Como si la hubieran metido dentro de un túnel de viento.

Desde fuera, le llegaban el golpeteo sordo del equipo, el movimiento de los mandos y otros ajustes.

—Pruebe con los tapones; la máquina es muy ruidosa —dijo una voz fuerte—. ¿Le incomodan los espacios pequeños?

—Un poco. —Estaba aterrada.

—Trate de permanecer quieta.

La enfermera le había dado pequeñas esponjas, aconsejándola que las apretara para aliviar tensiones. Al menos evitaban que se clavara las uñas en las palmas de las manos.

Los estudiantes se marcharon y el doctor Lambert se quedó de pie cerca de ella. El timbre del ascensor resonó en el pasillo. El olor del jabón de la lavandería del hospital estaba impregnado en su bata. Consiguió sentarse, luego, incorporarse.

—¿Ha llegado a alguna conclusión sobre el problema, doctor?

—Ahora mismo tengo una imagen más clara de lo que no es el problema —contestó él—. El tallo cerebral es una autopista muy complicada. Pero, para serle sincero, el médico encargado de leer la resonancia no analizará los resultados y el informe hasta mañana.

Estupendo. Su conocimiento había incrementado un cero por ciento.

—Déjeme volver a examinarle los ojos. Quiero comprobar algo —le pidió él—.

Dígame si cambia algo.

Sintió sus manos sobre su barbilla, alzándola. Debía de ser alto. Sus dedos le levantaron el borde del párpado. Con delicadeza. Un chasquido metálico sonó a la altura de su nariz.

Quiso ver desesperadamente. Cualquier cosa. Algo borroso, lo que fuera. Lo intentó.

Solo oscuridad.

Le apartó el pelo de la frente. Sus manos estaban calientes.

—¿Quiere que sea directo?

—¿Necesitaré un trago para oírlo?

—¿Siempre es tan...?

—¿Guerrera? —le interrumpió—. Solo cuando estoy asustada, cuando mi vida se desploma. Si no, soy fácil de tratar.

—Su vida cambiará, tiene que hacerlo —dijo él. Algo se movió sobre el linóleo, como si hubiera arrastrado los pies—. Pero no tiene por qué desmoronarse. ¿Nos tomamos ese trago?

Ahora sí que estaba realmente asustada.

—Está bien, vayamos a asaltar la máquina de Orangina del vestíbulo —sugirió ella—. Yo invito.

Recordó los libros que había leído sobre Helen Keller, toda despeinada y furiosa por la rabia hasta que aprendió braille, y aquella película, *Sola en la oscuridad*, con Audrey Hepburn, ciega y maravillosa vestida de Givenchy, derrotando a los asesinos. Pero ella no era como ninguna de las dos.

Se sentía como si le hubiera caído una losa encima. Su pérdida de visión era permanente. No necesitaba que se lo deletreara. Necesitaba encontrar un sitio en el que venirse abajo, pero no delante de él.

Se dio cuenta de lo amable que era el doctor Lambert. Se había tomado las molestias suficientes para encontrarle un sitio en el que quedarse. Lo había intentado. Más allá de su obligación. El pobre hombre debía de tener una agenda muy apretada, sobrecarga de casos, y una esposa e hijos que se morían de ganas de verlo tras un largo día de trabajo.

—Escuche, hagámoslo en otra ocasión. Tiene una vida, probablemente haya sido un día de muchas operaciones y tenga muchas citas programadas para mañana —dijo ella, proporcionándole una excusa para marcharse—. Podemos hablar cuando estén todos los resultados de la resonancia. A no ser, por supuesto, que despierte rodeada por un milagroso halo de luz y pueda, por fin, hacerme la manicura. Entonces, me iré de aquí.

—¿Sabe que es la primera vez que la veo sonreír? —apuntó él.

¿Había sonreído? Sintió una ola de calor recorriéndole la mano. Desprendido por él.

—Vayamos —dijo él. Apoyó su mano sobre su brazo vendado—. Sorpréndame

con todos los trucos que le ha enseñado Chantal.

¿Actuar como un mono de feria?

—¿A qué se refiere? —Sin palabras, se quedó paralizada.

—Relájese. Está un poco tensa. Muéstreme cómo se maneja por la rue Charenton hasta el *bar-tabac* de la esquina con la rue Moreau, para empezar —propuso él—. ¿O tiene pánico escénico?

No quería ir a un bar iluminado y lleno de gente. O atravesar el pasaje en el que fue atacada. Quería esconderse en un agujero, acurrucarse y llorar.

—¿Tiene miedo?

—¿Yo? ¿Dónde está ese bar? —Se puso delante, tirando de él y rezando a Dios no estamparse contra una columna o una pared de piedra.

Por un extraño capricho del destino, resultó que ya había estado en el *bar-tabac* de la esquina con la rue Moreau. Fue en la noche lluviosa en la que había aparcado en el estacionamiento de la Ópera y el encargado le había mostrado el atajo por el hôpital des Quinze-Vingts. Se tomó un café rápido, consciente de que llegaba tarde a su reunión improvisada sobre Populax pero imaginándose que necesitaría la excitación de la cafeína para lidiar con la energía nerviosa de Vincent.

Recordaba el estilo de los años cincuenta del bar, pero no su nombre. Agradable y totalmente parisino, como el que estaba al doblar la esquina de su calle, con una barra redonda. El calendario de fútbol con el programa de los partidos en las paredes bruñidas con nicotina. El espejo biselado sucio con las ofertas escritas en blanco encima de la cafetera de Lavazza, coronada por una hilera de tazas. Botellas de alcohol puestas bocabajo ancladas en la pared con una llave de paso plateada que medía las dosis para cada bebida. El suelo de baldosas marrones formando un mosaico sembrado de envolturas de terrones de azúcar y colillas, donde uno se chocaba con el codo del vecino. No era elegante pero sí honesto.

—Más tarde, hay gente que canta —dijo el doctor Lambert, tomándola por el hombro y conduciéndola hasta una banqueta de piel—. Clothilde cierra el sitio a medianoche, el acordeonista reparte partituras y la gente se queda hasta el amanecer.

Clothilde. ¿Dónde había oído antes ese nombre?

—La nueva generación anhela un soplo del pasado. Cantar las canciones de sus abuelos, bailar el *bourée* del campo al compás de tres cuartos.

Aimée sabía que el pasado podía tranquilizar. O asustar.

—Sabe que mucha gente de París viene de otra parte —dijo él—, ¿qué me dice de usted?

—Parisina cien por cien —contestó, obviando el hecho de que su madre era americana—. ¿Y usted? —preguntó ella.

—Nací en Chambéry. La nevada Savoya.

¿Cómo será físicamente?, se preguntó Aimée.

—Pero mis abuelos... —prosiguió ella.

—Déjeme adivinar —dijo él—. ¿De Auvernia?

Asintió con la cabeza.

—Era fácil.

París estaba repleto de auverneses. En el periodo de entreguerras y durante la Gran Depresión, los auverneses, apodados *bougnats*, abandonaron las minas y sus inhóspitas granjas en el Macizo Central y emigraron en manadas a París. Una historia mil veces repetida: carboneros, con la esperanza de amasar una fortuna en París, con frecuencia acababan cargando sobre sus propias espaldas el carbón. Los más adinerados montaron restaurantes, que contaban con una gran variedad de platos auverneses que uno aún podía seguir viendo. Se acordaba de su abuela diciéndole cómo en Cantal los manantiales con un carbonato rico en calcio recubrían cualquier objeto que se bañara en ellos con una capa translúcida brillante. Como la dominante influencia *bougnat* en París.

Sus sentidos se habían visto reducidos a su esencia. La gente, dando palmadas en las espaldas de los demás, y fumando, enfrascados en discusiones, como si fueran a salvar París aquella noche. Su energía se apoderó de ella. Y se sintió, curiosamente, parte de todo aquello.

—¿Un *pastis*?

Necesitaba algo fuerte.

—Doble, por favor. —Le dio un puñado de francos.

Mientras el doctor Lambert traía las bebidas, sacó el móvil de Josiane, localizó las teclas y llamó a René.

—*Allô?*

Aimée escuchó de fondo los sonidos de cláxones y de los acelerones de los motores.

—*Ça va, René?*

—Estoy atrapado en la concentración de motos en la Bastilla —dijo él.

—Pero si son los viernes por la noche.

—A lo mejor deberías hacérselo saber. *Alors*, será solo tráfico —dijo él—. ¿Dónde estás?

—No muy lejos, invitando a mi médico a una copa —explicó ella.

Hubo una pausa.

—¿No está fuera de lo que se considera ético entre... paciente y médico? ¿Eh?

—Acaban de hacerme la resonancia. Está intentando darme las malas noticias de una forma delicada —le respondió.

—¿Una resonancia magnética?

—El procedimiento estándar. Sabrá más mañana. —No quería contarle a René que se quedaría ciega de por vida—. Creo que siente lástima por mí. —Palpó el borde de la mesa, gastado y pegajoso—. ¿Qué has averiguado?

El acelerar de motores aumentó. Deseó que cerrara la ventana.

—Aimée, escucha esto. Los rumanos intimidan a los vecinos y a las personas mayores, empleando tácticas de mano dura para obligarlos a que abandonen sus casas. Ni siquiera intentan desalojarlos legalmente —le explicó René, alzando la voz por la emoción—. Parece que una empresa de construcción se apropia de los edificios y luego los restaura o los demuele. Josiane estaba trabajando en un artículo sobre esto.

—¿Podría ser el motivo por el que la asesinaron?

—Tiene más sentido esto a que sea una víctima más del Monstruo de la Bastilla —concluyó René.

Su socio era bueno. Tenía un talento innato.

—Muy de detective, ¿verdad? Cuéntame más.

Y así lo hizo. Los alegatos del arquitecto Brault, las predicciones de la astróloga patinadora, las evasivas de su amigo Gaetan y la información del anciano fabricante de instrumentos de viento de madera.

—¿Draz? —preguntó ella—. ¿El señor mayor escuchó ese nombre?

—Parece que este tal Draz era una buena pieza. El anciano oyó cómo hacía papilla a alguien debajo de su ventana —le aclaró René—. No creo que sea algo que se pueda olvidar fácilmente.

—Buen trabajo, socio. Escucha, alguien me ha robado el móvil —dijo ella, restando importancia al ataque—. Llama a mi número y mira a ver quién contesta, por favor.

Aimée colgó. René le devolvió la llamada enseguida.

—Salta tu buzón de voz —dijo él—. Lo más seguro es que tu teléfono esté nadando junto a los peces en el Sena.

Ella no estaba tan segura de eso.

—Esta noche me quedaré en otro sitio —le anunció ella.

Hubo otra pausa.

—¿Con el médico?

¿Cómo había podido René hilar las cosas tan rápido? ¿Era tan obvia su atracción por él?

—Una cantante de ópera alquila habitaciones...

—¿Y qué pasa con la residencia? ¡Necesitas cuidados!

Agradeció su preocupación. Él era la única familia que tenía además de Morbier, quien se mantenía al margen de su vida.

—Es complicado de explicar —dijo ella—. Mira, forzaron la puerta de mi habitación y yo tuve una experiencia cercana a la muerte colgada de la barandilla de la ventana.

—¿Te atacó alguien en tu habitación?

Entonces se lo contó.

En ese momento estaba tan intranquila por el hecho de que, con casi toda certeza, no volvería a ver, que todo lo demás carecía de importancia.

—Quédate en mi casa.

—René, el médico quiere que me quede cerca del hospital, accesible y disponible para hacerme pruebas. No puede concertar una cita con anticipación, me avisa cuando hay un hueco. Pero gracias por tu oferta.

Los frenos de aire comprimido de un pesado autobús provocaron un silbido que inundó el ambiente.

—Por supuesto —dijo él, una voz que reflejaba resignación—. Necesitas estar cerca del hospital. Suerte que el agresor no se haya llevado tu portátil.

—Vino buscando otra cosa: el móvil de Josiane. Si vio el portátil en el cajón, lo ignoró por completo. Mi teléfono estaba sobre la cama a plena vista, pero el de Josiane lo guardé en el bolsillo de la chaqueta de mi pijama después de que la enfermera me copiara los números. Ni yo recordaba que estaba ahí.

Escuchó a René inspirar profundamente.

—A estas alturas ya habrá descubierto que tiene el teléfono equivocado. Estás en peligro.

—Por eso me fui de ese sitio. Solo tú, el doctor Lambert, la casera y Chantal sabéis dónde estoy.

—Bien.

—Escucha, ¿por qué no conciertas una cita con el director editorial de Josiane? —sugirió ella—. Averigua en qué estaba trabajando, mira a ver si el director está dispuesto a compartir con nosotros sus apuntes.

—Mejor mañana. Estoy reventado.

Sus palabras sonaron más que cansadas.

—Sabemos que Josiane vivía cerca del marché d'Aligre.

Aimée visualizó las calles que conducían hasta allí, uno de los pocos mercados cubiertos que quedaban en París. Su abuelo había comprado en ese mercado un faisán. Ella lo había acompañado, anonadada por las pintadas rellenas, de ojos pequeños y brillantes y por los faisanes con plumajes deslumbrantes. Los conejos colgaban por los pies bocabajo. Bajo el techo acristalado y enmarcado con alambres, él compró mostaza de Meaux, con el tarro sellado con cera roja, y garrafas de aceite de oliva de la Provenza que luego decantó en botellas más pequeñas.

El *marché* albergaba un próspero comercio de productos al aire libre y, también, un grupo de tiendas de segunda mano. En los laterales exteriores, bajo el pórtico de una «monstruosidad» de la década de los setenta (según su abuelo), se erguían unos edificios curvos de apartamentos que reemplazaron las construcciones de la era de Haussman, donde los sin techo extendían mantas, tejidas con retales. Había sido un mercado desde la época medieval. Era el único lugar en todo París en el que la tradición perduraba.

Aimée intentó examinar su mapa mental. ¿Tenía sentido que Josiane hubiera ido por el pasaje donde fue asesinada de camino de vuelta a su casa en la rue de Cotte?

No, el callejón quedaba a varias manzanas en dirección opuesta.

Entonces, ¿por qué habría ido por ahí? Pero sabía la respuesta... el hombre que llamó por teléfono le había suplicado que se encontrara con él.

Lo sabía porque le había oído decirlo.

Una vez más, se preguntó si habían tenido una pelea de amantes.

—René, ¿qué pasa si el móvil del asesinato fueron los celos? —intuyó ella—. Problemas de pareja. Simple y llanamente.

El sentimiento le resultaba familiar.

Aimée se embriagó del perfume de la colonia de vetiver del doctor Lambert antes de que su muslo rozara el de ella en el reservado del local.

—René, volveré a llamarte más tarde —dijo y colgó.

Sintió sus manos entrelazadas alrededor de un frío cristal esmerilado.

—El bárman nuevo me ha recomendado un cóctel Fuego y Hielo. Una especialidad de las Antillas, de donde también procede él. Asegura que esta bebida ayuda a cualquiera a sobreponerse de una mala noche.

—Bien, doctor, ¿de qué tiene que reponerse?

—Lámeme Guy. Si sigue llamándome doctor, los clientes se acercarán a nosotros para describirme sus enfermedades.

Risas. Bajas y melódicas. Agradable.

—Bien, ¿de qué tiene que reponerse? —volvió a preguntar.

—Del amanecer.

¡Vaya forma de esquivar la pregunta! Ella también podría centrar toda su atención en la cantante contratada por el *bar-tabac* e intentar darse con la cabeza contra la pared. Quizá eso activara las neuronas para que se pusieran manos a la obra. Incluso podría devolverle la vista.

Le dio un trago al cóctel, una mezcla de sabores de tomate y fresa con un toque a Tabasco. Curiosamente maravilloso.

—Mire, agradezco la copa... —dijo ella, haciendo como si se fuera a incorporar. Complicado en el estrecho reservado cuando no sabía hacia dónde encaminar sus pasos.

Sintió que le tiraban del codo y decidió quedarse. De todos modos, no hubiera sabido qué dirección tomar.

—Échele la culpa a un viaje del colegio que hice a Inglaterra —tomó la palabra él—. Vimos el amanecer a través de las columnas de piedra de Stonehenge. Y eso cambió mi vida.

Parecía hablar en serio.

—Tenía quince años —prosiguió—. Desde entonces, he fotografiado cientos de amaneceres alrededor de todo el mundo. Después de un eclipse se ve el mejor amanecer de todos. Increíble.

Y ella sabía a lo que se refería. También le encantaban los amaneceres. Los contemplaba desde su ventana, iluminando el Sena con un brillo luminoso. El momento de la quietud antes de que la ciudad despertara. Como una pequeña

inspiración antes de una pausada exhalación, sintiéndose la única persona en el planeta.

Sin embargo, se había imaginado al médico de otra forma; una vida llena de cirugías, consultas y pacientes.

—¿De dónde saca tiempo?

—El panadero me adora. Nos tomamos un café. Es el único además de yo mismo, que está despierto a esa hora en mi calle, excepto los repartidores de periódicos. Y, de vez en cuando, algunos adolescentes que llegan a casa después una *rave*.

—¿Cómo ha sido el amanecer de esta mañana? Descríbame los colores.

Hubo una pausa.

Él intentó cambiar de tema.

—Vivo detrás de una vieja ferretería, famosa por sus pomos de puertas. Lleva ahí desde 1862, tiene más de ciento treinta modelos diferentes. Están especializados en el estilo de Luis XIII.

¿Por qué estaba esquivando su pregunta?

—¿Se ha perdido el amanecer de esta mañana?

—No creo que sea bueno —dijo, su voz salía indecisa—, contarle estas cosas...

—Por favor, hábleme de los colores —insistió ella—. Así podré visualizarlo mentalmente. Echo de menos los amaneceres.

—Entonces, ¿también le gustan?

Una pausa.

¿Estaba ganando puntos con el médico? Cada vez parecía más humano.

—Una franja de niebla peltre cubría el Pont Neuf —respondió él—. Un color melocotón iluminó el horizonte, expandiéndose y alcanzando el azul del cielo.

—¿Qué tipo de azul? —preguntó Aimée.

—Tenue. Un azul tímido. Las estrellas y las farolas centelleaban hasta que las franjas de color se convirtieron en un único brillo resplandeciente.

Deseó poder verlo a él; la forma de sus ojos, el movimiento de sus labios al hablar, si tenía los pómulos marcados y cómo le brillaba el pelo.

—No es algo que pueda compartir con mucha gente —declaró él—. Algunos dicen que estoy obsesionado.

—Tener una pasión no significa necesariamente estar obsesionado. Me estaba preguntando cómo es usted físicamente.

Debía de ser el cóctel el que estaba hablando por ella.

—Chantal es una mala profesora si no se lo ha...

—Sí que lo ha hecho —se apresuró a decir ella, interrumpiéndole mientras recorría con sus dedos la cara de Guy. Tímidamente, le dibujó la línea de la barbilla, sintió la barba incipiente y el fino borde de sus labios. Su boca. Sería rosácea y tendría los dientes perfectamente alineados y blancos inmaculados. Sus dedos viajaron hasta los lóbulos de sus orejas, luego hasta los largos flecos de sus pestañas que parecían no tener fin. ¿Pelo negro o marrón oscuro? ¿A lo mejor rojo tabaco?

Tocó su frente, tersa y... se detuvo. *Cálmate chica... intenta controlarte.*

—Así —dijo él, cogiéndole de la otra mano, deslizándola, junto a la suya, por las cejas de Aimée y enmarcando sus ojos.

—Lo dejaré para los profesionales —respondió ella, disfrutándolo. Y ahora, si pudiera darle un masaje.

La mesa de al lado se había quedado en silencio.

—¿Otra? —preguntó una voz próxima a ellos.

—¿Le hace otro *pastis*?

—¿Usted invita?

—Dos *pastis* dobles, *merci* —pidió él.

Después de que les sirvieran las bebidas, Aimée se sintió orgullosa de sí misma según dejaba reposar su meñique sobre el borde de la copa para añadir la cantidad justa de agua al *pastis*. El aroma a anís, el zumbido de la conversación, el silbido de la cafetera y la atmósfera cargada de humo la golpearon. Se sentía cómoda y a gusto, aunque no pudiera ver. El sentimiento de que las cosas podrían ir peor se apoderó de su mente. Al fin y al cabo, había un hombre en la mesa.

No su hombre. No su mesa. Pero era un comienzo.

Cogidos del brazo, caminaron hasta la casa de *madame* Danoux. Oyó el sonido silencioso de los coches al pasar por la vía empedrada. Debía de haber llovido mientras estaban en la cafetería. Los neumáticos de los vehículos sonaban diferente.

—No mucha gente aprecia el amanecer —dijo él, con un tono de voz bajo en la calle húmeda—. Prefieren dormir.

—Mi padre tenía el turno de noche. Cuando era pequeña, el único rato que teníamos para hablar era antes de que me fuera al colegio —explicó ella—. El amanecer era el mejor momento del día para mí. —Se acordó del albornoz desgastado de su padre, su cara cansada y su sonrisa cuando le vertía la leche hervida y el chocolate. Sus informes gruesos y sin leer que ocupaban la mesa donde estaba su mochila. Salió de sus recuerdos.

—¿Qué hay en esta calle, Guy?

—Una cafetería, una tienda de telas para decoradores, las oficinas del festival cinematográfico de La Rochelle y de *Médecins sans frontières* —contestó él, haciendo una pausa.

¿Había algo más que quisiera decir?

—Hay un fabricante de uniformes, una agencia de relaciones públicas... Un cartel escrito en chino, parece una tienda de accesorios al por mayor. En el patio, hay un afinador de órganos. Es el único que continúa haciendo rollos de música.

A Aimée se le vino a la cabeza una cosa: las partituras de la cafetería de Clothilde... y la partitura que René encontró en la basura de Mathieu. ¿Estaban relacionadas? Pensaría en ello más tarde. En la puerta, ella buscó la mano de Guy, sin saber muy bien dónde plantarle los *bisous* de costumbre en sus mejillas.

—No he aprendido mucho sobre las resonancias magnéticas —le espetó ella—,

pero me lo he pasado muy bien. *Merci*.

—De eso se trataba —respondió él—. Chantal y los demás suelen ir al bar al que hemos ido. La propietaria es una *madame* reconvertida, «todo un personaje», según dice la gente.

—¿Una compañera de Mimi?

Él se echó a reír.

—Ese es el rumor que corre. Aquí las personas se vigilan las unas a las otras. El *quartier* cuida de los invidentes.

El corazón de Aimée se paralizó.

—No lo suficiente. Yo fui atacada en el pasaje y Josiane asesinada.

—Pero el asesino en serie...

—No fue él. Fue alguien que conocía a Josiane.

—Concentrémonos en el presente —sugirió él.

Y, después, ella sintió sus dedos posarse sobre sus labios. Luego, sus labios en los suyos. Cálidos y buscándola.

Y volvía a tener dieciséis años... el beso de despedida en el portal por la noche, robado y maravilloso. Algo misterioso revelado por primera vez.

—Llevo queriendo hacer esto desde hace algún tiempo —confesó él.

¿Qué había visto en ella?

La puerta se abrió.

—Doctor Lambert... ¿es usted? —La voz inconfundible de contralto de *madame* Danoux puso la banda sonora en el vestíbulo.

Cuando Aimée se acostó, el cansancio se había evaporado, abriendo paso a una inquietud quebradiza. ¿No se enamoraban los pacientes de sus médicos continuamente? Qué cliché.

De nuevo, se preguntó qué le había llamado la atención de ella. Era ciega. ¿Y si había sentido lástima por ella y había sido un gesto de misericordia?

No obstante, no había mencionado nada de estar casado o emparejado. Ella no había reparado al tocarle la mano en ningún anillo en sus dedos.

¿Y de qué serviría tener a un hombre? ¿Cómo podía ir a cualquier sitio? ¿Querría ir a algún sitio?

Para.

El médico sabía besar. Si no paraba de darle vueltas a eso, fantasearía con él toda la noche. *Olvídate de cuentos*. Tenía que cambiar de tercio radicalmente, distraerse, pero no podía llamar a René, era demasiado tarde.

Palpó las superficies en busca de su portátil, tratando de ignorar el olor a cerrado y a bolas de naftalina que emanaba del armario de esquina, deseando que Miles Davis, su perrito, estuviera acurrucado en sus pies. Como siempre.

Pero gracias a Dios, estaba con la vecina de René en Les Halles. Necesitaba cuidados y ella no podía proporcionárselos. Quizá pudieran inscribirse a los cursos de perros guías juntos.

Tras iniciarse el portátil, creó un archivo, titulado *Chanson*, y tecleó en él lo que le preocupaba. Una larga lista sin ningún orden en particular. Y mientras tecleaba, la voz robotizada repetía las palabras. Después de cinco minutos, repitió la lista.

Una y otra vez.

Luego, la ordenó según el grado de importancia. Ceguera, la negativa obstinada de Vincent a entregar el disco duro y Mirador con Draz, la escoria, se situaban en los tres primeros puestos.

Y René. Estaba preocupada por su salud, por lo que había averiguado y por lo que se le podría haber pasado por alto. A ella, con frecuencia, se le escapaban cosas, solo caía en ellas con el tiempo. O los detalles la asaltaban cuando iba caminando despreocupadamente o en mitad de la noche.

Como ahora.

Este era la clase de proceso de pensamiento que había aprendido de su padre y de su abuelo, lo que tenía el haberse criado en una familia de policías. Por no mencionar las noches en casa con medio *commissariat* jugando a las cartas y fumando alrededor de la mesa de la cocina. La charla. Los matices, las miradas, los chivatazos. La manera en la que trataban sus *indicateurs*. Cada *flic* tenía sus propios informantes. Debía ser así. Por ósmosis, absorbió las cosas importantes, como sobre qué sospechar y cómo decir que algo se estaba ocultando.

Nada útil ahora mismo. Estaba fuera del terreno de juego. Dependía de René. Y parte de su preocupación venía de la crueldad de las personas con él debido a su estatura.

Quería arrancarse su corto cabello de punta de cuajo, pero no ver el resultado hacía que careciera de todo tipo de placer. Lo único que podía hacer, además de reposar, era ponerse manos a la obra. Tanteó, asegurándose de que los cables del módem estuvieran bien metidos en la clavija de la línea telefónica.

No podía hacer mucho con respecto a su ceguera. Pero podía descubrir si Mirador tenía una página web y obtener información de ahí. René se enteraría de los detalles de mano del director editorial de Josiane, pero en caso de que pudiera servir de ayuda... llamaría por la mañana hasta dar con quien formalizó los contratos de la mano de obra temporal... dando por hecho que llegaría tan lejos.

—*Bienvenue* a Mirador —dijo una voz suave programada para los medios de comunicación procedente de la página web. Encontró la estructura fiscal y corporativa, cómo obedecían la normativa vigente referente a la construcción.

Recordó a las personas que René había contactado de la agenda del teléfono de Josiane... ¿Se encontraba el número del asesino en la lista? ¿Esa era la razón por la que quería el móvil? ¿O pensó que se rastrearía la última llamada? Ese pensamiento la chocó.

Por supuesto que si ella hubiera planeado matar a alguien no hubiera sido tan estúpida. Y tampoco pensaba que él lo hubiera sido. Pero el ataque que sufrió ella, la semejanza con el método empleado por el Monstruo de la Bastilla, le preocupaban.

Por su más que aparente similitud, parecía que quería imitar al asesino en serie.

Perturbador. Se trataba de alguien que tenía acceso a información interna. El miedo le recorrió la espalda.

Draz, el rumano, quizá hubiera cumplido condena en alguna ocasión. Una posibilidad remota. Ni siquiera conocía su apellido. O si estaba en el país de forma legal. Pero comprobar esta menos que probable hipótesis de que tuviera antecedentes penales les ahorraría mucho tiempo si fuera que sí. Su padre siempre decía: «Sigue tu instinto».

Lo que él nunca mencionaba, pero, en cambio, seguía fielmente, era el procedimiento. Ella había crecido muy familiarizada con el procedimiento de la investigación, después de haber hecho sus deberes y de haber perdido varios dientes de leche en el suelo de mármol del *commissariat*. Seguir el procedimiento, sin más, eliminaba trabajo de campo innecesario (y, afortunadamente, ya que había muchas cosas que René podía hacer él solo).

Dio con el teléfono, marcó el número de *Le Drugstore*... en su día la única farmacia de guardia-cafetería de todo París. La decoración desvaída de los años setenta, los elevados precios y su ubicación en los Champs-Élysées la disuadieron de ir hasta ahí en persona.

—Martin, por favor.

—¿Y usted es...?

—Aimée Leduc, la hija de Jean-Claude.

Hubo una pausa. Debía de estar comprobando.

—Vuelva a llamar en tres minutos.

—*D'accord, merci*.

Aquel era el procedimiento operativo estándar para contactar con Martin, el viejo informante de su padre. Al menos, seguía vivo y parecía estar aún en activo.

Siendo más de la una de la mañana, y a pesar de la lluvia, del malestar y de las huelgas por toda la ciudad, Martin estaba en una de las mesas del fondo. Sentado al lado de la salida trasera, por donde podía escapar fácilmente.

La cabina de teléfono, debajo de la escalera de baldosas con una ramificación a la izquierda que conducía a los servicios, funcionaba como su centro de comunicaciones. No tenía teléfono móvil, pero negociaba con información, como si se tratara de un corredor de bolsa de artículos de consumo. Si no lo sabía, lo averiguaba. No siempre mucha cantidad, pero de calidad. Y merecía la pena cada franco invertido en él.

Se la debía al padre de Aimée por haberle salvado el pellejo en, por lo menos, dos ocasiones. Y por ser de la vieja escuela, eso contaba. Cierta ética prevalecía y las deudas se pagaban, como una herencia, a los descendientes. Aimée sabía que podía contar con Martin para cualquier cosa.

Contó hasta ciento ochenta y volvió a marcar el número de la cabina telefónica.

—*Bonsoir*, Martin.

—*Aaah, ma petite mademoiselle!* —Su voz resonó, enérgica como la gravilla en un camino de tierra—. Cuánto tiempo. *Ça va?*

Ella se imaginó sus grandes gafas de carey, su cabello gris ondulado peinado hacia atrás, su nariz prominente y sus ojos bailarines. Encantador a su pícara manera. Su padre siempre decía que Martin podía haber sido el capitán de un crucero de primera clase si hubiera caminado erguido.

La última vez que había visto a Martin fue el día anterior al atentado en la place Vendôme, que acabó con la vida de su padre. Le trajo información sobre una banda en el *8e arrondissement*. No había relación entre ambas cosas. Pero en las innumerables noches en las que ella se despertaba entre sudores, se preguntaba si realmente había ocurrido.

La oficina no había enviado flores cuando su padre murió, pero Martin sí que lo hizo. Un ramo de junquillos amarillos. Y una donación de las viudas de guerra, la obra benéfica favorita de su padre. El crimen creaba relaciones extrañas.

—Y tu perro, ¿sigue tan listo como siempre?

Una punzada de extrañeza por su perro Miles Davis la invadió por dentro.

—Más listo que yo, Martin —respondió ella.

—¿Necesitas una cita?

Esa era su forma de hablar.

—No como de costumbre, Martin —aclaró ella—. Es urgente. Unos matones están desalojando a los inquilinos en el *11e*, un rumano llamado Draz.

—Ya sabes mi forma de actuar.

Exigía un encuentro presencial para difundir la información. Usaba el teléfono como herramienta, breve y directo al asunto en cuestión.

—La periodista asesinada, Josiane Dolet, ¿te dice algo?

—Quiero ayudarte, pero...

—Sin faltarte al respeto Martin, pero no puedo encontrarme contigo —explicó ella—. Problemas logísticos. —No quería admitirle su ceguera. Nunca había que mostrar vulnerabilidad al ladrón; podría volverse en tu contra.

—En estos días he tenido que reducir el trabajo —dijo él.

Ella lo dudaba.

—No es como antes —continuó el hombre—. Las nuevas bandas, las nuevas formas de actuar...

París tenía el suficiente número de delitos para todos.

—Eres el mejor, Martin —dijo ella—. ¿Quién más sabía lo de que el Hsieh Tong se había convertido en un corredor de apuestas en el trece aparte de ti?

Unos pocos se habían infiltrado en el mundo subterráneo asiático alrededor de la place d'Italie, pero Martin tenía sus propias fuentes. Incluso los *flics* le usaron para esa misión. Con acariciarle las alas lo suficiente echaría a volar.

A través del teléfono se oyó cómo se aclaraba con contundencia la garganta. Dormía durante todo el día, pero de noche debía de fumarse dos paquetes. Nunca lo

había visto sin un cigarrillo encendido entre los dedos o consumiéndose en un cenicero cercano.

Este pensamiento hizo que le entraran ganas de fumarse el Gauloise que había compartido con Mimi.

—La calidad es importante, Martin, por eso he acudido a ti.

Aimée escuchó una risa ahogada.

—¿No es porque te lo debía?

—La vida es como un río que fluye, las corrientes se unen —dijo ella.

—Eres como tu padre, que Dios le bendiga —respondió él.

—Han pasado cinco años, Martin —le dijo ella.

Recordaba la explosión, el calor abrasador, cómo se arrastraba por los adoquines ensangrentados. Los miembros calcinados de su padre, sus destrozadas gafas de lectura que de alguna manera había olvidado en el bolsillo de ella. Y la desolación que siguió.

—Nos engañaron, Martin. —Siempre se preguntaba el porqué—. Lo sabes, ¿verdad?

Hubo una pausa.

—¿No te dedicabas ahora a los ordenadores? —preguntó él—. Las bandas del undécimo carecen de interés para ti.

—Para conseguir desalojos siguen el método de contratar matones —explicó ella—. Culturistas de Europa del Este. Pero tendrán que meter sus narices en otro lado. Mira a ver qué puedes desenterrar. Te llamaré más tarde.

—Mañana o pasado —dijo él—. Me llevará tiempo. Soy viejo, ¿recuerdas?

Esperaba que Martin pudiera ayudarla. El tiempo pasaba y sabía que para resolver un homicidio, la información nueva no llegaría lo suficientemente pronto.

Lo intentó con varios números hasta que finalmente contactó con la oficina central del Quai des Orfèvres.

—Soy la ayudante del commissaire Vrai —dijo ella— y solicito una búsqueda de un ciudadano de Europa del Este, que responde al nombre de Draz. Se desconoce el apellido. Esperaré.

Sabía que descubrirían que Vrai estaba de permiso si lo comprobaban. No lo hicieron. Bien.

—¿No ha habido suerte en su ordenador? —le preguntó una voz.

—Queremos ampliar la red.

—Buscando Draz. —Un runrún se oyó por detrás—. Nada.

—Pruebe con la D.

Aimée escuchó un bostezo.

—Hay treinta y tres entradas. Pero podría haber más; no todos los archivos se han informatizado.

—¿Eso significa que aún descansan en el archivo del *commissariat*?

—O se están pudriendo en el *frigo*.

—¿Algún resultado con la D en el undécimo?

—Ahora mismo la única persona detenida en los últimos seis meses con la D es Dicelle... un travesti traficante de nitrato de amilo. Ya ha ido a juicio.

—Gracias por comprobarlo.

Se echó para atrás. El reloj seguía corriendo. Qué pena que no pudiera ver qué hora era. ¿Por qué no le pedía a Chantal que le trajera uno de esos relojes que decían la hora?

La falta de interés de la policía por la agresión le preocupaba. Pero como Morbier había insinuado, si el *préfet* quería que las cosas encajasen con el caso del Monstruo de la Bastilla, habría pocas posibilidades de que se esforzaran.

¿La ayudaría Morbier? Además, estaba cerca de jubilarse. Durante estos días, parecía estar más encerrado en sí mismo que nunca. Y Loïc Bellan la odiaba.

Si tan solo pudiera comunicarse con la Europol. Necesitaba al menos un nombre. Tenía que tenerlo. Mañana, haría que René presionase al arquitecto... debía de saber algo más.

Mientras tanto, llamaría al contestador automático de Leduc Detective. Le parecía que llevaba mucho más tiempo sin ir a la oficina del que realmente había pasado. Accedió a la máquina y escuchó los mensajes de voz. Una consulta referente al trabajo de seguridad informática formulada por un cliente actual satisfecho. Bien.

Después, otro mensaje. Ninguna voz. La máquina se apagó.

Se sintió intranquila. Si bien había anulado su línea telefónica nada más darse cuenta de que le habían robado el móvil, el agresor había tenido el tiempo suficiente para averiguar sus direcciones, la de casa y la de la oficina.

El tercer mensaje, una llamada de la oficina de la *proc*, le preocupó de una manera diferente.

—La fecha de la audiencia del caso de Incandescent será el lunes a las diecisiete horas en el Palais de Justice. Si su cliente no se presenta, se remitirá la empresa de dicho cliente a la lista de casos pendientes por emisión de una orden de comparecencia.

Merde!

Y entonces se quedó dormida. Soñó en color. Hojas de color rojo sangre y con tonos de tamarindo cayendo en espiral de los árboles en la place Trousseau por el otoño. Los niños pataleando sobre las hojas, dispersándolas en un torbellino rojo anaranjado y luego corriendo hacia el balancín verde chillón. La encorvada silueta de la luna creciente, con el contorno delineado en azul, balanceándose al compás de las notas de un acordeón. El «piano de los pobres», como lo llamaba su abuela, mientras deslizaba las correas desgastadas por sus hombros.

Los colores palpitaban y vibraban; nunca había sido testigo de algo tan hermoso. Parecía real, surrealista y maravilloso. Y no quería que acabase.

Pero lo hizo. Los colores se desvanecieron. Desaparecieron.

Olas de tristeza la inundaron cuando se despertó.

Después, se durmió nuevamente, acurrucada alrededor del portátil, con el cursor destellando sobre el logotipo de Populax. *Mejor volver al trabajo*, pensó, frotándose los ojos y preguntándose qué era lo que brillaba en su dedo del pie. Un rayo de sol envuelto por una niebla gris.

El corazón le dio un vuelco. ¡Podía ver!

Bizqueó, intentó enfocar. Y la imagen poco a poco se fue evaporando entre más y más niebla. Una niebla cambiante y en movimiento.

Quería gritar y bailar. Le había vuelto la vista. Un poco, realmente muy poco, pero ¡había visto la punta de su pie! Solo cuando luchaba por mantener el equilibrio sobre sus altos tacones de aguja fue consciente de que la niebla, ahora de un denso color carbón, permanecía.

La depresión se apoderó de ella. ¿Volvería a recuperar la vista algún día?

Viernes, por la mañana

—¿Con qué director editorial quiere hablar? —le dijo el hombre de la camiseta a René.

Este, secándose la frente empapada con un pañuelo, reparó en el pelo grasiento del hombre y en la chapa que llevaba, que decía: «Pregúnteme sobre las óperas de Berlioz».

La luz deslumbradora del sol se colaba por la claraboya teñida de hollín. Se oían golpes de martillo y sierras que rechinaban al fondo del edificio del periódico.

—Alguien responsable de los reportajes de investigación, por favor —tanteó René, deseando que ese fuera el término correcto. Y deseando también no haber tenido que renunciar a su entrenamiento en la academia de artes marciales.

—Todos los reporteros investigan la verdad... por lo que se podría decir que todos seríamos los responsables de los reportajes de investigación —respondió el hombre, bajando la mirada hacia el desorden que reposaba sobre el mostrador de recepción.

—¿Qué me dice de la sección de Sucesos?

—Si existe, no está en este piso —contestó el hombre.

Genial. Cuarenta minutos vadeando entre trabajadores de la construcción y cables... ¿para eso había recorrido toda la parte trasera de un edificio? ¿Para acabar en Contabilidad?

—¿Qué me dice del *11e arrondissement*?

—Ya no es un barrio barato, eh, sobre todo alrededor de la Bastilla, pero mi exnovia vive ahí y sigue pagando un alquiler asequible.

Frustrado, René levantó sus cortos brazos suplicando.

—Me refiero a artículos, una revelación sobre los desalojos ilegales llevados a cabo en la zona de la Bastilla, el *11e*... ¿quién se encarga de publicar eso?

El hombre enarcó las cejas.

—Compruebe en Expedientes. Detrás de la sección de Archivos, segundo piso. Es ahí si no se han trasladado.

—¿Trasladado? ¿No sabe dónde están?

—Están instalando nuevas líneas de fibra óptica —explicó el hombre—. Mi teléfono ha muerto. Llevo intentándolo toda la mañana.

Cuando René llegó al mostrador correcto, le dolía la cadera más que el día anterior. ¿Era dolor acumulado? Le dedicó una tenue sonrisa a la mujer joven con el pelo recogido en trenzas negras africanas, pintalabios azul y una chaqueta ceñida azul eléctrico.

—Necesito hablar con el periodista encargado de sacar a la luz los desalojos...

—Lo siento —ella le interrumpió—, esos artículos los redactan los

corresponsales. Colaboradores que han acordado una relación laboral con nosotros. Nos entregan el trabajo terminado, alguien lo corrige, lo edita y se imprime.

—¿No hay ningún control interno?

—Nuestros corresponsales conocen las reglas. Claro está que todo pasa por las manos del director editorial.

—¿Podría hablar con él?

—Deme su nombre y su número de teléfono. Regresará a la oficina pasado mañana.

Frustrado, René le facilitó su tarjeta de visita y se fue a sentarse en la isla peatonal del *boulevard* du Temple. Tomó asiento en el banco verde de tablillas, preguntándose qué podía hacer a continuación mientras observaba a los ancianos jugar a la *pétanque* en la arena. Una multitud de transeúntes contemplaban el juego como meros espectadores bajo los plataneros con las hojas moteadas con colores por la luz del sol. Aún frondosos, pero cambiando de color como señal de la aproximación del otoño.

Sonó su móvil.

—¿René? —preguntó Aimée.

—No ha habido suerte con el director de Josiane, Aimée —le dijo—. Pero le he dejado un mensaje, quizá me devuelva la llamada pasado mañana.

Hubo una pausa.

—Lo he intentado con el último número de la lista de la marcación rápida de su teléfono —continuó explicando—. Pero no sé qué significa.

—Dime a ver.

—Es de Taverny, a las afueras de París —dijo él—. El despacho del doctor Alfort en la Comisión Nuclear. La recepcionista dijo que estaría fuera de la oficina hasta el lunes. Le dejé nuestros números, el tuyo y el mío.

—*Bon...* buen trabajo. Cuando hables con el director editorial, René —comenzó a decir ella—, no te olvides de preguntarle en qué más estaba trabajando Josiane. Quizá estuviera escribiendo también un artículo sobre la Comisión Nuclear... parece que era una activista del Partido Verde.

—¡El corazón a la izquierda y la cartera a la derecha!

—O una mujer concienciada, René —le espetó ella—. He descubierto que Vaduz ha muerto en un accidente de coche cerca de la République.

—¿Vaduz? ¿El Monstruo de la Bastilla?

—El mismo.

—¿Cuándo?

—Eso es lo que tienes que averiguar de Serge.

—Pero si es un médico forense.

—*Exactement* —apuntó Aimée—. Los *flics* mantienen sus cartas muy pegadas al pecho. No sueltan ni una palabra. Por eso, a escondidas, vas a preguntarle a Serge. Y también vas a averiguar la causa de la muerte de Josiane Dolet. Ya sabes cómo piensa. Pregúntale si difiere del *modus operandi* del Monstruo de la Bastilla.

—¡So!... después de mi última visita al depósito de cadáveres, cuando tuvimos que salir por las alcantarillas, decidí evitar cualquier visita futura. Excepto, a lo mejor, la última que haga.

—Por favor, René, lo he intentado, pero es demasiado arriesgado para él proporcionarme esa información por teléfono.

—¿Cómo voy a ir hasta la morgue y simplemente hablar con él?

—Pues tendrás que hacerlo —le instó ella—. Quiere colaborar, ya lo he arreglado con él. Está dando una conferencia en el musée des Moulages.

René resopló.

—¿El museo de Escayola?

—Parte del hôpital Saint Louis; está en el ala de investigación dermatológica —le explicó ella—. ¿Dónde estás?

—En el *boulevard* du Temple.

—*Bon*, estás a dos paradas de *métro*.

—Me gusta conducir.

—Aún mejor. Aparca en la entrada noreste —le sugirió, con preocupación en la voz—. ¿Te molestan las piernas?

—¿A mí? *Pas de tout*, en absoluto, van bien, necesito este tipo de ejercicio, me mantiene en forma —dijo, apretándose con la otra mano la cadera que le dolía. Levantó su tobillo hinchado hasta el banco verde de tablillas de madera para que reposara, deseando así poder bajar la hinchazón—. No te preocupes por mí. Cuídate.

Una vez que René hubo llegado al musée des Moulages en el hôpital Saint Louis, se dio cuenta de que era el tercer hospital al que iba esa semana. *Y un templo de la dermatología*, pensó, conocido por sus tratamientos para las víctimas de la peste, la sífilis, la psoriasis, la tiña y la lepra.

Construido por Enrique VI, de ladrillo y piedra rosa, la pared del hospital se asemejaba a un campo de internamiento medieval. Característico, pero menos bonito que la place des Vosges, su otra construcción del siglo xvii, el hospital había sido erguido para combatir las epidemias. Y aislar la peste negra, que causó estragos en esa época.

Y dar una vuelta por el edificio era complicado con las cortas piernas de René.

El musée des Moulages, con una reminiscencia al museo de historia natural del siglo xix, le habría hecho sentir a Julio Verne como en casa. Ciento sesenta y dos vitrinas de cristal que dejaban a la vista muestras de yeso que ilustraban varias enfermedades cutáneas bordeaban los cuatro lados de la sala rectangular. Más vitrinas iluminadas se situaban en la escalera de caracol que conducía hasta los largos balcones dispuestos a lo largo de toda la habitación. Había expositores que mostraban toda clase de dedos, extremidades, orejas e incluso caras leprosas, salpicadas con hinchazones y lesiones. Números borrosos en viejos letreros estaban clavados encima de cada una de ellas.

René se estremeció ante el retrato vivo de estas partes enfermas del cuerpo. El

suelo de madera crujía y de los expositores emanaba un olor a rancio.

Una pancarta informaba a los visitantes de que Baretta, propietario de una tienda en el pasaje de Jouffrey, fabricaba cestas de escayola para exponer sus productos. Un dermatólogo descubrió dicho procedimiento y lo utilizó para documentar las enfermedades de la piel. Tan útil había sido este dermatólogo que el museo seguía exhibiendo más de dos mil de sus moldes para documentar cada una de las manifestaciones de las enfermedades cutáneas en todas las partes del cuerpo inimaginables.

Finalmente, René localizó al doctor Serge Léaud, con una barba negra espesa sobre una tez rosada, de pie en un podio delante de una pantalla, señalando unas diapositivas. Tenía una audiencia de alrededor de cien personas, más o menos, hombres y mujeres sentados en sillas plegables rodeados por las vitrinas de cristal. Muchos de ellos llevaban puestas batas blancas de laboratorio y algunos, se figuró René, serían estudiantes de medicina.

Léaud estaba indicando una diapositiva en la pantalla, mostrando una lesión purpúrea y amarilla.

—Este es un excelente ejemplo de una pequeña úlcera, más pequeña que un centímetro, otra manifestación de varias complicaciones infecciosas del uso de fármacos intravenosos. En este caso, la úlcera se ha producido como consecuencia de un episodio de trombosis asociado a una endocarditis bacterial. Doy por hecho que recuerdan la ulceración cutánea y la destrucción del tejido subyacente, una reminiscencia del daño profundo de una de las válvulas del corazón debido a los organismos resistentes a los antibióticos que hemos observado esta mañana.

René reprimió un gemido. Sacó el portátil de la mochila, evitando dirigir la mirada a la pantalla, y se puso a trabajar un poco.

Por fin, Léaud concluyó su conferencia y el grupo de estudiantes que lo rodeaba se dispersó. René se incorporó y le dedicó una sonrisa. Serge le devolvió el gesto, señalando hacia una habitación situada al lado con aún más expositores iluminados. Más íntima y silenciosa.

—Un material fascinante, Serge.

Él asintió.

—Es un asesino poco conocido. En el depósito de cadáveres, solo hemos visto tres casos como este en los últimos treinta y cinco años. Pero el mes pasado, una úlcera se extendió hasta alcanzar las varices de una mujer. —Se chascó los dedos—. Se desangró en un suspiro.

—Fascinante, Serge, pero dispongo de poco tiempo. ¿Le ha contado Aimée...?

—No me ha oído decir esto —lo interrumpió Serge, echando un vistazo alrededor y bajando la voz—. Si se lo cuenta a alguien, negaré cada palabra.

—¿Negar qué?

—Los resultados de la autopsia de Dolet —aclaró él—. Ayudé. Vi la mayoría de los reconocimientos preliminares. Pero el informe forense final lleva su tiempo.

Todos los demás resultados de las autopsias de las víctimas del Monstruo de la Bastilla, de acuerdo con el informe policial adjunto, eran coherentes. Solo el de Dolet no señala ninguna agresión de naturaleza sexual. Pero puede que, a lo mejor, lo interrumpieran.

Serge se dirigió hacia una ventana que quedaba frente a una vitrina con una nariz sifilítica y unas deformes orejas leprosas. René se impresionó, pero lo siguió, mientras el médico prensaba un Gauloise sin filtro y lo encendía.

—Eso puede matarlo —dijo René.

—Eso es lo que me dice mi mujer —respondió Serge. Lanzó una mirada a su muñeca, un reloj rojo de Mickey Mouse con una correa de Eurodisney—. Un regalo de cumpleaños de mis gemelos —se apresuró a decir, dando una explicación.

—Sabemos que las víctimas iban desde los veintitantos años hasta los cuarenta y tantos, eran rubias y vivían en la Bastilla. Fiesteras —resumió René—. Vaduz las esperaba en los pasajes en los que vivían o por los que pasaban, se colaba por la puerta tras ellas y las agredía.

Serge asintió con la cabeza.

—No hablamos del asesino en serie más innovador u original. Previsible pero persistente. Repetía el mismo patrón todas las veces. Abundaban las muestras de ADN.

—Entonces, ¿qué es lo que distinguía a Josiane Dolet del resto de las víctimas del Monstruo de la Bastilla? Eso es lo que necesito saber —dijo René—. Qué la hacía diferente de las demás víctimas del asesino en serie.

Serge se abrochó la trenca y levantó su maletín.

—Según el *préfet*, no tenemos asesinos en serie en Francia. Se trata de un fenómeno norteamericano.

—¿Cómo llamaría a Polin y su predilección por descuartizar a ancianas en Montmatre? —preguntó René.

Serge sonrió.

—Lo llamamos un asesino de ancianas.

—Entonces, ¿por qué se soltó a Vaduz?

—Por un tecnicismo. Verges, su abogado, conoce las reglas del juego. Y cómo jugar después de que un *flic* cometa un error procesal. Este tal Verges, conocido como un gran paladín de las libertades civiles, se mueve en los círculos izquierdistas.

René recordó lo que Aimée le había pedido que preguntara.

—¿Se hicieron públicos los resultados de las autopsias?

Serge hizo un gesto de negación, expulsando el humo.

—Nunca. Fue por eso por lo que resultó tan difícil atraparlo. Los *flics* no consiguieron la ayuda de la ciudadanía hasta el último asesinato. Es decir, el anterior al de Dolet. No fue hasta entonces cuando los periódicos lo relacionaron todo, poniéndole la etiqueta del Monstruo de la Bastilla, diciendo que asesinaba a mujeres en los callejones. Al día siguiente, dieron con él. Pero no gracias a quien dirigía el caso en el *arrondissement* equivocado.

—Como dice Aimée, la centralización militar, policial y administrativa de Napoleón descentralizó sus poderes. Pero aumentó el suyo. No pudieron derrocarlo —dijo René—. Y siguen sin poder hacerlo a día de hoy.

—Dejemos que se encarguen de eso la batalla de Waterloo y el invierno ruso —apuntó Serge.

—¿Cuándo murió Vaduz en el accidente de coche? —preguntó, mientras el médico se dirigía hacia la puerta.

—Está muerto, ¿qué más da eso?

—De eso se trata precisamente —respondió René, deseando que el hombre ralentizara el paso. Le volvía a doler la cadera—. Si Vaduz robó el coche y murió antes de que Aimée y Dolet fueran atacadas, es la prueba definitiva de que él no pudo ser el agresor. Aunque muriera más tarde, pero antes del segundo ataque a Aimée en la residencia, sabremos que hay otro culpable.

René siguió a Serge fuera de la galería, feliz de escapar del *musée* con olor a humedad y de su contenido.

—Aimée no me lo había contado. —Se encogió de hombros—. Pregunté por ahí. Habían trasladado el informe. Parece que encontraron a Vaduz como un steak tartare, en carne viva y dispersado por muchos sitios, sus extremidades se quemaron cuando el motor ardió. Incineraron los restos que quedaron.

René hizo una mueca de dolor.

—Serge, tiene que averiguarlo —le dijo.

¿Cómo lo hacían en las series de televisión? Siempre tenían una forma inteligente de obtener información. A él no se le ocurría nada original.

—¿Puede descubrir a qué hora llevaron a Vaduz al depósito de cadáveres? Alguien tuvo que haberlo registrado.

Era una mera suposición, pero era de esperar que en un sistema burocrático uno necesitara una firma, o un certificado sellado para cualquier cosa, y aún más trámites si se trataba de un asunto policial.

Una brisa, junto con hojas húmedas procedentes del cercano canal Saint Martin, que flotaba bajo los arcos de piedra, llegó hasta ellos.

—Quiero ayudar, René, pero llego tarde al laboratorio —se excusó Serge—. Esta noche es mi aniversario de bodas, mi suegra viene a cuidar del bebé. Si llego tarde, me matarán las dos.

René se devanó los sesos. ¿Qué podía hacer?

—Mire, Serge, ¿no podría ir por la parte trasera cuando salga del depósito? —le preguntó—. Por la puerta que usan las ambulancias y las furgonetas. De camino a casa, tenga una breve charla con los conductores, los hombres que cargan con los cuerpos. Dígales que le estaba dando vueltas a algo y compruebe sus registros. Le llevará solo un minuto, luego podrá retomar su camino de vuelta. Yo me encontraré con usted fuera.

—¿Cómo de grave está Aimée?

Ella no debía de habérselo dicho.

—Está ciega, Serge.

René pudo ver ira en los ojos de Serge.

—Nos vemos a las cinco.

René hizo una parada en Leduc Detective para leer los correos electrónicos y escuchar sus mensajes de voz. Tenía que trabajar un poco, acumular horas facturables y honrar sus contratos de seguridad informática. Alguien debía mantener la entrada de ingresos. Y estaba preocupado, como lo había estado desde el ataque a Aimée, sobre cómo podrían hacer que las cosas funcionaran a partir de ahora. O si lo lograrían.

Mientras colgaba su chaqueta, el teléfono sonó.

—*Monsieur* René Friant?

—El mismo.

—Hoy le he vuelto a ver —dijo una indecisa voz masculina.

René inspiró profundamente.

—¿A quién?

—A Draz, solo que no se llama Draz. Estos nombres de Europa del Este me confunden. Se llama Dragos.

Y en ese momento, René reconoció la voz de Yann Ré mouze, el fabricante de flautas que vivía en la plaza que daba al gymnase Japy. Y Dragos era el nombre que también había mencionado el arquitecto Brault.

—Cuénteme más cosas, Yann.

—Usted me dio su tarjeta de visita, pero no quería llamarlo tan temprano. Han hecho una de esas fiestas con música tecno altísima en el edificio abandonado.

—¿Quiénes, Yann?

—Estos europeos del Este.

René dejó de desabotonarse la chaqueta.

—Al alba, se arremolinaron en torno a la plaza —explicó Yann—. Ese tal Dragos, así lo llamaban los demás, estaba rodeado por sus camaradas. Se produjo una pelea alrededor de la manzana, los coches de los *flics* aparecieron y, entonces, todos ellos se desperdigaron.

Así que Yann le había llamado para hablarle de una oportunidad perdida. Tarde otra vez. René razonó que la posibilidad de obtener información acerca de Josiane de los rumanos que desalojaban a la gente, era, en todo caso, remota.

—La próxima vez que lo vuelva a ver, llámeme, Yann. Da lo mismo la hora que sea.

—Pero su amigo sigue por aquí, husmeando.

René se quedó inmóvil.

—Uno de los de la banda que desaloja a la gente mayor. En chándal, de grandes

espaldas.

—Estoy de camino. Intente que se quede por allí —pidió René, cogiendo las llaves.

—¿Cómo puedo hacer eso?

René pudo escuchar el pánico en la voz de Yann. Pero si había tenido el coraje de llamarlo, quedaba alguna esperanza.

—Piense en algo, Yann. Llámeme a mi teléfono móvil si se marcha. 06 78 54 39 09.

René pisó a fondo el acelerador de su Citroën por la rue du Louvre. Le dio las gracias a Dios por haber llenado el depósito antes mientras cruzaba por tres *arrondissements*. Pasó por el Marais y por la parte baja de la Bastilla en un tiempo récord cuando sonó su móvil.

—Se está subiendo a su bicicleta, ese *mec* —dijo Yann.

La pantalla del móvil sonó y vibró.

—¿Puede hablar más alto, Yann? ¿Cómo va vestido?

—Lleva un chándal azul marino con unas rayas verticales en el lateral y va en una vieja bici abollada —describió Yann, con la voz llena de emoción.

No muy diferente a la mayoría de los ciclistas con los que René se había cruzado. Al menos dos personas llevaban ese tipo de chándal.

—¿Me puede decir en qué dirección se ha ido?

—Giró hacia la rue Gobert —dijo el anciano—. Para bajar por el *boulevard* Voltaire o...

—Estoy en el *boulevard* Voltaire —le interrumpió René—. ¿Tiene una trenza como Dragos?

—*Non*, tiene el pelo corto y negro —contestó—. Lleva en la parte delantera de la bicicleta una ridícula cesta de paja con flores de plástico.

Y ahí estaba, en el carril bici. Árboles frondosos hacían de toldo en el amplio bulevar, proyectando sombras moteadas sobre los automóviles y los peatones.

—Lo tengo —dijo René—. Está delante de mí, Yann. Llámeme si ve de nuevo a Dragos. *Merci*.

René se metió el móvil en el bolsillo y acercó el Citroën hacia el carril bici. El hombre, pedaleando fuerte, se secó la frente resplandeciente de sudor. Parecía absorto en el denso tráfico, giró a la derecha por la rue Charenton y se metió con la bicicleta por la atestada calle de sentido único hacia la avenue Ledru Rollin.

René mantuvo la calma, contento de seguirle de cerca. Esta era la segunda vez que perseguía a alguien. La primera vez había sido con Aimée en Belleville. Por lo menos, esta vez no tenía que correr.

Después de cruzar la avenue Daumesnil, justo detrás del hôpital des Quinze-Vingts, la bici se adentró en una pequeña calle que conducía hasta un puente peatonal

que cruzaba el canal de la Bastilla. A ambos lados del canal, había barcos amarrados y varias *péniches*, barcazas remodeladas.

René detuvo el vehículo, atrapado en una calle de sentido único. Se bajó de un salto del coche, listo para la persecución. Pero vio al hombre que ya estaba atravesando el puente con la bicicleta, y a continuación recorría todo el largo del muelle al borde de la cuenca del canal que se juntaba con el Sena.

El hombre apoyó la bicicleta contra la pared de piedra picada, una fortificación de Enrique II bordeada por un antiguo foso del siglo XIV. La bici estaba debajo de un hueco de la desgastada y vieja pared. Las malas hierbas se habían infiltrado por las grietas. Subió por la estrecha pasarela y desapareció.

René sacó de su bolsillo el teléfono y llamó a Aimée, decidido a mantener un tono de voz calmado.

—Aimée, he seguido a uno de los amigos de Dragos hasta una *péniche* amarrada aquí en la cuenca de la Bastilla.

—¿Dragos?

—Yann entendió mal el nombre —explicó René.

El agua agitada fluía por debajo del muelle en el que se encontraban René y la *péniche* con geranios de un rojo intenso, cortinas de encaje y un niño jugando en su cubierta con un perro, que resoplaba.

—¿Qué está haciendo?

René se lo describió.

—Ahora estamos jugando al juego de la espera. Hasta que salga. Pero tengo que encontrarme con Serge en el depósito de cadáveres cuando acabe de trabajar.

—Entonces, dime, René, si este tal Dragos pensaba que yo era Josiane... ¿por qué quería matarla?

—¿Y qué me dices de esto? —dijo René—. Porque ella escribió un artículo en el que revelaba los desalojos ilegales de Mirador. Quiso detenerla.

—Eso cuadra. Pero ¿por qué lo hizo imitando uno de los ataques del Monstruo de la Bastilla?

—Una buena coartada. —Deseó una vez más que Aimée nunca hubiera cogido ni respondido al teléfono de Josiane.

—Por alguna razón, lo dudo —dijo ella—. No encaja dentro del tipo de los inmigrantes matones. Tan descarados como son, tendrían que saber mucho más sobre el asesino en serie para planearlo. Quién sabe cuánto francés saben. Además, hablan con acento.

Tenía sentido lo que decía.

—Quien fuera que llamó al móvil conocía a Josiane, y estaba intentando atraerla hasta el callejón. Y me atrapó a mí en su lugar. La seña de identidad de los rumanos no es la sutileza.

—Entonces, ¿eso nos deja con...?

—Con más preguntas.

Bajo el muelle, el hombre al que René había perseguido emergió.

—Ha salido del barco —dijo René—. Tengo que irme.

—*D'accord*, pero ten cuidado.

El hombre, a paso ligero, se montó en la bicicleta y abandonó el muelle antes de que René llegara al coche. Cuando llegó a la rotonda de la plaza de la Bastilla, alrededor de la columna coronada con la figura con alas doradas del genio de la Libertad, la bicicleta había desaparecido. El hombre podría haber emprendido cualquiera de las once direcciones diferentes que salían desde la columna.

¿Qué hacer ahora?

Solo una cosa. Continuó hacia delante y aparcó en el bulevar de la Bastilla.

Le asoló el miedo mientras cruzaba a pie el puente. El hombre parecía estar en buena forma y Dragos, u otros como él, debían de estar en el barco. No confiaba mucho en sí mismo a pesar de las clases de artes marciales en la academia y el cinturón negro de taekwondo.

René inspiró profundamente y se aventuró a cruzar la pasarela.

Viernes

Un centenar de cosas bullían en la cabeza de Loïc Bellan, y su fuerte resaca, ya en retroceso, no ayudaba. En esos momentos, el menor de sus problemas era el *mec* que habían pillado en una *rave* en un edificio abandonado, supuestamente vendiendo éxtasis. Tenía una pila de casos sin cerrar encima de su escritorio. El primero de todos era el del Monstruo de la Bastilla, y la posibilidad de que no fuera él quien había atacado a Aimée lo carcomía por dentro.

Pero el detective de guardia que había acabado su turno doble había decidido dejar todos los casos aún por resolver sobre la mesa de Bellan mientras se frotaba los ojos por el cansancio.

—Bienvenido de nuevo, estamos escasos de personal. Tu cita está en la celda número cuatro.

Bellan se consideraba un hombre afortunado por haber conseguido una cama en un edificio destinado a los *flics* de fuera de la ciudad durante las misiones temporales. Al menos, trabajando hasta tarde, había evitado ir a su desolada habitación de paredes desnudas, que le hubiera llevado a terminarse la botella de *whisky* escocés que guardaba en su bolsillo.

Y había evitado la cara acusadora y seria de Marie, que lo despertaba en mitad de la noche, colándose en sus sueños. Y al pequeño bulto en el hôpital de Vannes, su hijo Guillaume, quien tenía una insuficiencia renal y estaba luchando por su vida.

Bellan abrió la gruesa puerta de metal y se quedó de pie frente a las jaulas de alambre del *commissariat* donde retenían a los prisioneros. *Como corrales para animales*, siempre había pensado. Dirigió la mirada hacia un joven hosco sentado en el estrecho banco, con la cara brillante por el sudor.

—Iliescu, D. —dijo Bellan, leyendo el expediente—. Acompañeme.

Iliescu vestía con una camiseta ajustada y con un pantalón bombacho de tela de chándal. Se abalanzó hacia la reja. Seguía frotándose la nariz y estaba rojo y en estado febril. *Tiembla como un yonqui*, pensó Bellan. *Pero más limpio que los habituales esqueletos temblequeantes que pasan por aquí.*

Volvieron al despacho.

—Parece que tenía algo de mierda, ¿eh?

—No trafico —contestó Iliescu, con un marcado acento rumano. Le dio una arcada, luego se tapó la boca con las manos para contener el vómito—. Nunca, hago ejercicio.

Durante todo el interrogatorio, Bellan se dio cuenta de cómo Iliescu luchaba contra las náuseas.

—¿De dónde es?

—De Bucarest.

En una de las palmas de las manos tenía escritos números con tinta. Números con círculos extraños en ellos.

—¿Qué es eso?

—Me escribo notas a mí mismo —respondió Ilescu, con una respiración acelerada—. Si no anoto la hora, llego tarde al trabajo. Escuche, tengo un trabajo.

—Vamos a tener que buscar en su domicilio —espetó Bellan, interrumpiéndolo—. He solicitado una orden de registro.

El chico puso los ojos en blanco. Seguía teniendo arcadas y se dejó caer en la silla. Asustado, Bellan cogió unos guantes de látex de una caja que tenía a mano, sobre el escritorio. Le acercó la papelera justo a tiempo para que vomitara en su interior.

Y entonces fue cuando Bellan vio la piel ennegrecida debajo de los brazos del joven. Grandes quemaduras, algunas agrietadas y otras ensangrentadas. ¿Quemaduras de cigarro? Miró más de cerca. Eran muy grandes. Nunca había visto nada igual.

—Tenemos un médico de guardia. Ahí mismo —gritó en dirección al pasillo. Sonidos de forcejeo y golpes de cajones metálicos provenían del fondo.

—No contesta nadie —dijo un sargento de guardia—. ¿Valdría un paramédico?

—Quien sea, pero ¡rápido!

Un hombre bajito con una barba canosa y con una bata de laboratorio apareció de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Échele un vistazo a sus brazos.

—Vuelta a la época de la Inquisición española, ¿eh, Bellan? —bromeó el paramédico—. ¿Quemando a sus víctimas?

—No son quemaduras recientes —repuso Bellan.

—Más de lo que usted cree. Fíjese en la piel ennegrecida. —Señaló hacia las zonas en cuestión.

Ilescu pestañeó. Su piel estaba húmeda y fría, pero aún estaba consciente.

—Me quemarán si no voy a trabajar —explicó con la voz ronca.

—Querrá decir si pierde a sus clientes drogadictos —corrigió Bellan.

Ilescu trató de incorporarse mientras que el paramédico se fue en busca de otro hombre para que le ayudara.

—No drogas —respondió el joven—. Nunca.

—Llévele al Hôtel Dieu —ordenó Bellan. El Hôtel Dieu, en la isla de la Cité, uno de los más antiguos hospitales de la caridad en París, se hacía cargo de los detenidos y de los indigentes.

—¡No! ¡Perderé mi trabajo!

—¿Dónde trabaja?

—En el muelle de carga de la Ópera —respondió Ilescu.

Se le encendió una bombilla. Vaduz, el asesino en serie, también había trabajado allí.

—¿Conoce a Patrick Vaduz?

Bellan atisbó en los ojos febriles del muchacho una señal de reconocimiento.

—¡Ese perverso! —dijo Iliescu—. Era muy desagradable. Todos lo evitábamos.

Después de haber colocado al joven detenido en una silla de ruedas y haberlo sacado de la habitación, el paramédico, desde la puerta, se dio la vuelta hacia Bellan.

—Es extraño, pero es como si se tratase de un caso extremo de quemaduras solares. Una sobredosis de sol.

Bellan le devolvió la mirada.

—¿A qué se refiere?

—Aunque nadie se hace quemaduras solares tan localizadas, ¿verdad? —se preguntó el paramédico, tirando de su barba.

Viernes

René se aferró a la cuerda que servía de barandilla cuando la pasarela se balanceó. Deseó poder hacer desaparecer el revoloteo de su estómago. Un ojo de buey se cerró en un barco amarrado en el muelle.

El resplandor del agua y de la grasa ennegrecida del combustible bailaban delante de él. «Vomitón» había sido uno de sus apodos de pequeño. «Le petit», el otro.

La estrecha *péniche* de color azul, amarrada en el port de Plaisance, se movió con la estela de un remolcador. La bodega de la barcaza se había convertido en un lugar diáfano cubierto y habitable. «Starla» era el nombre escrito en blanco en el casco de la barca.

—*Allô?* ¿Hay alguien? —gritó René. Sus palabras se le quedaron atascadas en la garganta. No sabría qué decir si la puerta se abría.

No hubo ninguna respuesta.

Llamó de nuevo. Una y otra vez.

El chapoteo del agua contra el casco de madera fue lo único que se escuchaba.

Miró a su alrededor, luego giró el pomo de la puerta.

Cerrado.

Sillas de cuero y hierro forjado y una mesa de cristal ocupaban el espacio de la cubierta. Al otro lado, entre algunas sillas de escritorio apiladas, vislumbró una portilla redonda. Entornada. Si conseguía abrirla la anchura suficiente, podría deslizarse al interior por ella.

¿Debería hacerlo?

No percibió ninguna señal de vida en el barco de al lado.

El allanamiento de morada era más un *métier* de Aimée. Sin embargo, si se quedaba ahí fuera, no descubriría nada.

Alors, debería, por lo menos, intentarlo. Puso las sillas de escritorio como formando un escudo, abrió un poco más la portilla y entró, aterrizando sobre un suelo de madera pulida de pino. Había periódicos esparcidos por el mostrador. René echó un vistazo. En las cabeceras se podía leer «Romania-Libera».

Se puso los guantes de látex que había sacado de su bolsillo, como había visto a hacer a Aimée en incontables ocasiones. Después, se remangó la chaqueta y se puso manos a la obra, esperando dar con algo que pudiera utilizarse como moneda de cambio con Mirador. Tenía que encontrar algo rápido y salir de ahí.

En un cajón, vio nombres, horarios y lo que parecían horas de descanso, compiladas en una hoja. ¿Una lista de tareas para los diferentes turnos? Miró hacia abajo... Iliescu, Dragos.

Su emoción se incrementó. Había encontrado a Dragos. O por lo menos un lugar en el que lo conocían. Y lo había descubierto él solo.

Unos pasos retumbaron sobre la pasarela de madera.

Merde... ¡El hombre estaba volviendo!

René buscó un sitio en el que esconderse.

¿Dónde?

El pomo se giró. Cerrado.

René se escabulló debajo de la mesa que estaba atornillada al suelo. Contra el mamparo había armarios empotrados a la altura de la rodilla. Escuchó las pisadas dando vueltas por el barco, y, como él mismo había hecho, alguien probó con la ventana. Sin opciones, René abrió un armario cerrado con pestillo y retrocedió hasta su interior, un lugar húmedo y que olía a cerrado lo suficientemente grande para el tronco de una persona. Un hombre con las piernas largas nunca hubiera cabido ahí dentro.

Rezó por no estornudar. Sus manos palparon una sucia bolsa de lona color *beige*. Halos de luz del color del flan se colaban por el hueco que quedaba entre la silla y la pared.

En el estrecho y caluroso espacio en el que se encontraba, la cadera de René le daba punzadas de dolor. A su derecha, había cilindros de cristal. Como probetas largas y grasientas que sobresalían de una bolsa.

Pero su vista se detuvo en la solapa de la sucia bolsa de lona en la que estaban cosidas las iniciales «D. I.»... ¡Dragos Iliescu! Deseó que quien estuviera haciendo una excursión por la cubierta del barco se hubiera marchado ya para así poder escapar de ahí dentro llevándose la bolsa de Iliescu.

Estaba soñando.

Intentó concentrarse en los rayos de luz, no en el balanceo del barco. O en su claustrofobia. Oyó las amarras de la barcaza chocarse contra el casco.

Y su móvil sonó dentro de su bolsillo. *Merde...* ¿por qué no lo había puesto en silencio? ¡Qué idiota!

Una sombra se paró delante de la luz. No pudo contestar. Después de tres tonos, lo apagó. Y rezó.

Escuchó las ventanas zangolotearse fuera. Contuvo la respiración. Al final, los pasos retrocedieron hasta la pasarela.

René utilizó los codos para salir de su escondite y se largó. Pero no sin antes cruzarse la bandolera de la bolsa de lona sobre el pecho.

Viernes, por la tarde

Bellan atravesó el patio del hotel, en el que las oscuras paredes de piedra estaban recubiertas por hiedras y rosas trepadoras, para encontrar la habitación que aparecía registrada como la residencia de Iliescu. Siguió a la recepcionista del hotel, una mujer bajita y rechoncha que caminaba con bastón. Si Iliescu se dedicaba a vender éxtasis adulterado, Bellan quería dar con la droga antes de que cualquier otro lo hiciera. Y confiscarla.

Había limoneros plantados en viejos lavaderos inclinados sobre los adoquines. El interés de Bellan aumentó según la mujer, que se apoyaba pesadamente sobre el bastón, subía por las escaleras metálicas de caracol que reposaban al aire libre. Existía un cierto encanto en la decadencia del lugar. Una vez que hubieron llegado al tercer piso, la recepcionista giró la llave de la habitación en la cerradura y la puerta se abrió.

—Esta es la habitación de Iliescu —dijo la mujer, entrando. Miró alrededor, luego, invitó a Bellan a que pasara.

La nariz de Bellan se contrajo al percibir el hedor a rancio de la habitación. Seguro que llevaban mucho tiempo sin airearla bien. La única traza de que ahí había habido una persona eran los chándales sucios tirados en el suelo.

—Mi tío alquilaba habitaciones por meses en este piso hasta los años sesenta, el resto era... —se aclaró la voz—, bueno, se alquilaban más temporalmente.

¿Había sido un burdel antes de que se declarara una actividad ilegal en 1948? ¿Ahora era un hotel que alquilaba las habitaciones por horas a prostitutas? Sin hacer ninguna pregunta, esto fue lo que intuyó Bellan. Por tanto, un sitio seguro y adecuado para un traficante de drogas como Iliescu.

Altas ventanas medio cerradas orientadas hacia el sur con vistas a la angosta calle. Un verdadero laberinto de callejones. Los rayos de sol inclinados penetraban en la habitación sobre el suelo de madera, las motas de polvo se revelaban bailarinas bajo su luz.

Con el sol de la tarde, se evidenciaba que el paso del tiempo había oscurecido el brillo de los candelabros de época. El papel de pared con motivos florales anterior a la guerra estaba manchado y desgastado; el escritorio con las patas pesadas y la cama nido de metal no habían cambiado desde los años cuarenta, según imaginó Bellan. Se sintió como si hubiera entrado en el túnel del tiempo.

Los ojos de la recepcionista del hotel se entornaron.

—Mi *tante* Cécile vivió aquí hasta la primavera pasada —dijo ella. Se abrochó su chaleco de angora desgastado, a pesar del calor, y se sonó la nariz con un pañuelo.

»Se resbaló en la calle durante un deshielo anticipado. Dios se la llevó consigo a los ochenta y tres años. Era la que se encargaba del hotel hasta el mismo día en el que

murió.

No era de extrañar que se percibiera en el ambiente un olor a mujer mayor. Difícil de eliminar después de tanto tiempo.

—Mi más sentido pésame, pero necesito echar un vistazo —dijo él, mostrando la placa de policía.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Qué le está pasando al *quartier* en estos tiempos que corren? ¡Lleno de delincuencia y tiendas de lujo! Mi abuelo se mudó aquí porque era barato; cargaba con su propio carbón y sacaba agua del pozo. Ahora está todo lleno de cemento.

—¿Cuándo le alquiló la habitación a Iliescu, *madame*?

—Ayer, pero se fue tan pronto como se hubo instalado.

Parecía estar muy bien informada. La mayoría de los hoteles sin ninguna estrella no solían registrar ni atender a los movimientos y al paradero de sus huéspedes.

—¿Cómo lo sabe, *madame*?

Retrocedió un paso, con las manos en jarra sobre sus anchas caderas.

—Estaba limpiando ese basurero, ¿sabe? —Apuntó con el bastón hacia la habitación que quedaba al otro lado de la entrada. A mitad de camino, había una puerta entreabierta que dejaba ver sillas puestas del revés y varios trastos más—. Una pocilga. Debe de ser a lo que están acostumbrados en el país del que vienen, una manera de vivir eslava. Pero les dije que no en París y les eché.

—¿Iliescu tuvo alguna visita?

Negó.

—Nadie que yo haya visto.

Un fuerte zumbido vino del patio.

—Es el timbre de la recepción. Si me disculpa, tengo un hotel que dirigir —dijo la señora, saliendo por la puerta—. Maleantes, todos ellos.

Decepcionado, Bellan registró la habitación.

Todo lo que encontró fueron algunas revistas de culturismo. Rebuscó en el escritorio, en las grietas de la pared, alguna tabla suelta en el suelo. En el fondo del armario, se topó con un programa amarillento y destrozado del Balajo, un club en la rue de Lappe. Tenía una foto de Edith Piaf y Jo Privat, el famoso acordeonista.

Pero ni rastro de drogas.

Levantó el bastidor de la ventana. Desde el otro lado de la calle, llegaba el sonido de una *étude* de piano, las notas flotaban por el pasaje.

¿Qué se le estaba escapando?

Y entonces lo supo.

«21, port de Plaisance, 16.00» escrito a bolígrafo en el marco de madera de la ventana. Reconoció los extraños círculos de los números. Como los que se había escrito Iliescu en la palma de la mano.

Los mismos círculos extraños.

Bellan copió la dirección. ¿No era ese el muelle donde amarraban las

embarcaciones de paseo en la Bastilla?

Viernes, por la tarde

René se dirigió hacia la place Mazas para encontrarse con Serge en el depósito de cadáveres. Un puente de metal gris del *métro* cruzaba el Sena, serpenteando justo detrás de la puerta trasera de la morgue. Se preguntó si los pasajeros del *métro* que pasaban por encima se daban cuenta de qué era lo que estaban viendo, tan de cerca, durante unos segundos.

El edificio de ladrillo del siglo XIX, bordeado por la autopista hacia Metz, parecía más un colegio que el Instituto Anatómico Forense, el depósito central de cadáveres. Construido sobre el Sena para recibir los cuerpos enviados río abajo, se convirtió en una parada macabra para los parisinos de *fin-de-siècle* ansiosos por ver cadáveres. En 1909, un esposado Houdini saltó por encima de las puertas del depósito y cayó al Sena, apareciendo largos minutos después con las manos liberadas y moviéndolas.

René aparcó su coche delante de la gran puerta maciza. Vio una furgoneta entrar por ella. En el interior, hombres vestidos con batas de laboratorio blancas regaban el patio y dos hombres limpiaban sus botines blancos.

René se estremeció. Prefería no mirar lo que se estaban limpiando.

En la puerta, Serge, con su trenca abotonada y una gorra azul marino calada hasta los ojos, llamó a un hombre dándole en la espalda. Se rieron. Y en pocos segundos, Serge se inclinó sobre la ventanilla de la puerta del copiloto del coche de René. Cogió el periódico de carreras enrollado, *Paris Turf*, que Serge le había lanzado.

—Apostaría cien francos a que Josiane gana la carrera de las once de la noche y el Monstruo gana por mucho en la de las cinco de la mañana —dijo Serge, asomando la cabeza por la ventanilla—, si fuera un hombre al que le gustan las apuestas.

—*Merci* —contestó René.

Serge se giró hacia un hombre con una gabardina.

—*À demain, inspecteur.*

—Mañana le toca a usted traer el café —dijo el hombre—. Esta vez no se escaquee diciendo que tiene una autopsia.

Serge se echó a reír y se despidió del hombre con la mano mientras se iba. Pero sus ojos no se reían.

—He hecho algunas averiguaciones —continuó él, girándose de nuevo hacia René, bajando la voz—. Lambert es el mejor especialista en traumatismos ópticos, al menos en París. Acabo de hablar con él. Le he preguntado por el pronóstico de Aimée. No hay mucho más que hacer aparte de observar y ver cómo evoluciona el nervio óptico, hacer pruebas y trabajar para reducir la inflamación. Hasta que no baje o disminuya, no podrán valorar los daños. Recemos por que no sean importantes.

—Cuénteme qué significa eso, Serge —le pidió René.

Aquel suspiró.

—Lo siento, René. Hemos llevado al hombre a la luna y lanzado satélites de órbita, pero desconocemos la idiosincrasia del cerebro. O de sus reacciones. No confíe en que las cosas puedan mejorar, René. Bueno, es muy difícil decir esto. —Serge se tropezó—. Es mejor prepararse para lo peor.

René sintió que le pesaba mucho la cabeza por la seriedad de sus palabras.

—Pero no le puedo decir eso a Aimée —reaccionó él—. Necesita que le transmita esperanza.

Serge golpeó el capó del coche.

—Por eso mismo trabajo con aquellos que ya no necesitan explicaciones. —El médico apartó la mirada, sacudiendo la cabeza—. Esto no debería haber pasado. Pero estoy siendo sincero, René.

—Yo también —repuso él, quitando el freno de mano y metiendo primera.

René condujo de vuelta hasta el muelle y abrió el periódico por la sección de carreras. Serge había estado ocupado. Dentro había dejado fotocopias del registro de entradas y salidas del depósito desde el lunes. Y eso hizo que la cabeza le diera más vueltas.

—*Allô?* —respondió Aimée, incorporándose en la cama.

—Serge ha fotocopiado el registro de entradas y salidas del depósito de cadáveres —dijo René—. Estoy intentando descifrarlo. Pero la letra es horrible.

—Buen trabajo. Mira el martes, atendiendo a la descripción de una mujer blanca, cerca de los cuarenta o recién cumplidos encontrada en...

—*Voilà*. Hora estimada de la muerte: once de la noche —leyó René—. Serge dijo lo mismo. ¿No te acuerdas de la astróloga Miou-Miou que había predicho la hora de la muerte de Josiane?

—René, date prisa. Lee el resto.

—Más adelante, a las cinco de la mañana, partes del cuerpo de un varón blanco, de apenas veinte años, llegaron procedentes de un vehículo carbonizado. ¡Vaduz!

—¿No dice nada de la hora del accidente?

—*Non*.

—René, mira a ver si hay un informe adjunto de la policía. A veces lo presentan junto con el cuerpo. Una hoja azul. La escritura en la fotocopia estará un poco borrosa.

Aimée escuchó a René inhalar y el susurro del papel según examinaba las hojas adjuntas.

—La mayoría de estas copias parecen solicitudes de laboratorio... espera un minuto —dijo él—. En medio del fajo de papeles hay una hoja que lleva el sello del *commissariat du 11e arrondissement*. Es perfectamente legible.

»*Tiens*, Serge es un genio —afirmó René—. Este informe declara que un Peugeot

negro de 1989 fue robado a las diez y media de la noche del lunes. Una pareja había ido al cine cerca de la parada del metro République y vio a un hombre que estaba forzando la cerradura de su coche. Su descripción del sospechoso coincidía con la de Vaduz. No pudieron atraparlo y huyó en el vehículo. El mismo vehículo que sufrió el accidente que se produjo más tarde.

—*Voilà* —respondió ella—. Vaduz no fue quien me atacó.

—Pero podría haber ido desde République...

—Abandoné el restaurante a las diez y media —lo interrumpió ella—. En alguna parte tengo la cuenta con la hora; la necesitaba, para pasársela a Vincent. Por lo que Vaduz no pudo haberme atacado si estaba robando el coche a esa hora. Y es más que dudoso que pudiera asesinar a Josiane en el patio de al lado.

Aimée hizo una pausa.

—Estoy intentando cuadrar todo esto. Establecer un horario.

—Adelante —dijo René.

—Si logramos encontrar las conexiones, podré llamar a Bellan y exigirle que reabra el caso.

—Y, por supuesto, decirle que Vaduz no pudo atacarte en la residencia —concluyó René, alzando la voz por la emoción—. ¡Murió antes de que eso ocurriera el martes!

—*Bon*. Entonces, de acuerdo con el registro de la policía —comenzó a hablar Aimée—, el lunes por la noche Vaduz robó un coche a la misma hora a la que me agredieron en el passage de la Boule Blanche.

—Pero Serge ha adjuntado otro informe policial —aclaró René—. Tampoco es azul.

—¿Que declara que...?

—Un hombre parecido a Vaduz, identificable por su horrible dentadura, conducía el Peugeot robado, y estuvo en una cafetería cercana a Porte de la Chapelle. Luego, salió con uno de los traficantes de drogas del barrio llamado Barzac.

—Eso no es tan bueno —espetó ella, preocupada. Los camellos eran famosos por retocar sus historias. Sobre todo si en el momento del arresto el traficante llevaba drogas encima—. Probablemente el camello llegara a un acuerdo.

—¿Es decir? —preguntó René.

—Si se menciona al traficante en el informe, es porque los *flics* lo han interrogado. Por tanto, su testimonio puede dirigirse en cualquier dirección —explicó ella—, dependiendo de lo que quiera conseguir. Y de qué es lo que quieran los *flics* que testifique.

—Entonces, ¿qué más da? —preguntó René. Su voz se vino abajo.

—¿Estás bien, René? —¿Había carecido de todo tipo de sensibilidad empujándolo a que trabajase tan duro? Al empezar la conversación, había oído la fatiga en su voz.

Estaba obsesionada, pero no quería abusar de su amigo a costa de su salud.

—Estoy bien —contestó—. ¿Qué pasa con la resonancia? ¿Qué te ha dicho el médico, ese con el que saliste a tomar una copa?

Hubo una pausa. ¿Debería contarle a René cómo besaba? ¿La pequeña fantasía, cada vez más persistente, de que recuperaba la vista y le preparaba la cena al médico después de un largo día de trabajo en el hospital? ¿Cena?... No sabía cocinar.

—Le gusta contemplar el amanecer.

Aimée escuchó el crujido de papeles.

—Mira, nos estamos dando contra un muro de ladrillo. Eso es lo que quiero decir. Los *flics* quieren echarle la culpa a Vaduz; satisfacer la sed de justicia de las familias de las víctimas y asegurarle una jubilación sin problemas al *préfet*. Ignorarán esto, *non*? Es más fácil para ellos culpar a Vaduz y fingir que tú estás loca.

—Necesitamos hablar con el propietario de la cafetería, René —sugirió ella—. ¿Te encuentras con fuerzas para conducir?

Aimée oyó cómo René reducía la marcha y aparcaba. Según Morbier, la reputación de Porte de la Chapelle de pozo negro había empeorado en los dos últimos años desde que ella había estado allí; con un alto índice de tráfico de drogas y con prostitutas de Europa del Este que se habían establecido debajo del hormigón de la autopista *périphérique* y a lo largo de las líneas ferroviarias que salían desde la gare du Nord.

—¿Se llama café des Roses? —preguntó René.

Aimée asintió gesticulando con la cabeza. Y, entonces, deseó no haberlo hecho, ya que sintió como fuegos artificiales se estallaban en el cerebro.

—Bonito nombre para un sitio que necesita urgentemente una reforma —repuso él—. Contraventanas rotas, pavimento agrietado, pintura desconchada. Y esto solo es en la fachada.

—De ahí que no tenga ninguna estrella Michelin —añadió perspicazmente ella—. Dime qué es lo que ves.

—La cafetería está al lado de una cerrajería que tiene un gran cartel en forma de llave verde. Ese es el único otro negocio abierto.

—Es práctico —dijo ella—. Cada vez que me he quedado encerrada en algún sitio, deseaba que hubiera un *serrurier* cerca.

—Varios hombres jóvenes vestidos con cortavientos oscuros están de pie en la puerta de la cafetería —siguió describiendo él—, en la calle. Los demás edificios colindantes son viejos, de la época de Haussman, con las ventanas tapiadas.

Reducidos al deterioro y al anonimato. Al igual que la mayor parte del vecindario. Oyó cómo René apagaba el motor.

—Hay coches que se paran —informó René—. Esos hombres se acercan hasta las ventanillas de los vehículos, mantienen una breve conversación.

—¿Y luego qué, René?

—Simplemente se van.

—Camellos —concluyó ella—. Vayamos a tomar un expreso.

—Yo trabajé en la barra esa noche —dijo el propietario de la cafetería, quien tenía un acento del norte, de Lille.

Aimée se imaginó que sería un antiguo camionero. Muchos de ellos compraron cafeterías después de jubilarse o cuando sus espaldas se dieron por vencidas tras cruzarse toda Francia en turnos de dieciocho horas, cincuenta y dos semanas al año.

—Mi mujer se puso mala con la *grippe*. Tenía la cara pálida, se encontraba débil. La mandé a casa, en el piso de arriba. Estuve ocupado. Eso es todo lo que recuerdo. Estuve de pie trabajando toda la noche. Aún me duelen los callos.

Aimée rodeó con la mano la taza del expreso. Sabía que su entrada vacilante, sujeta al hombro de René, había hecho que todo el mundo reparara en ellos de inmediato. Escuchó partes de conversaciones que cambiaron de tema radicalmente, sintiendo cómo les clavaban las miradas. Escuchó algunas carcajadas provenientes de la esquina.

El viciado olor a cerveza, la pegajosa barra y la basura en un suelo sin barrer la molestaban. Pero no tanto como ser el centro de atención.

—*Monsieur*, ¿ha estado Barzac esta noche aquí? —preguntó ella.

No hubo ninguna respuesta. Solo un chorro de agua del fregadero y el borboteo de la cerveza de barril.

—¿Está negándolo con la cabeza?

—Miren, los *flics* ya han estado aquí —contestó él—. Barzac habló con ellos. Desde entonces, no lo he vuelto a ver.

—¿Los *flics* hablaron con alguien más?

—No que yo viese.

Sacó veinte francos diferenciados según la manera que le había enseñado Chantal; un extremo doblado para los billetes de veinte, los de cincuenta, doblados por la mitad. En forma de rectángulo para los de cien y un rectángulo doblado dos veces para los de quinientos.

—Eso solo son diez francos —respondió una voz con una mala pronunciación a su derecha. Un aliento a ajo la abofeteó.

—Cálmate, Franck —dijo una voz a su espalda.

—Siempre lo estoy —repuso el del aliento a ajo.

Aimée sintió cómo se inclinaba hacia su codo.

—Son veinte —dijo ella—. Más que suficiente para dos expresos.

En una pocilga como esta, casi añade.

—¿Me está poniendo en duda?

Risitas procedentes de la esquina.

—No les hagas caso, Aimée. Vayámonos —dijo René.

—¿Tiene prisa, *petit*? —preguntó Franck—. ¿Se marcha el circo?

Las risas se hicieron más fuertes.

—No le gusta la clientela —contestó ella—. Ni a mí tampoco.

—Ouch —dijo Franck, arrastrando aún más la voz. Parecía como si estuviera enfermo.

—Franck, vete —dijo el dueño de la cafetería—. Invito yo, no acepto el dinero de las personas discapacitadas.

Aimée tendió la mano en dirección a la voz del propietario y sintió la nuez de un cuello. Esperaba que fuera el de él y apretó. Sillas chirriaron sobre el suelo, las voces enmudecieron y quien fuera al que le estaba apretando la garganta hizo un ruido de asfixia.

—¿Qué le parece esto? —desafió ella.

—¡Vámonos, Aimée! —Sintió a René tirándole de la mochila.

Sacó la Beretta de la mochila, quitó el pestillo de seguridad. El único sonido que inundaba la sala era el silbido del vapor de agua en la cafetera y el estruendo de los camiones en el exterior, en el bulevar.

—Alguien me hizo esto mismo. Pero aún peor. Ahora no puedo ver —amenazó ella, antes de dirigirse hacia la puerta—. Me lo cobraré a mi manera. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Mi socio es cinturón negro —dijo ella—. Si quiere algo de acción, póngase a la cola.

Nadie dijo nada. Nadie se reía.

—Entonces, ¿dónde está Barzac?

Silencio.

—Empezaré a disparar en diez segundos. Y mi brazo ha perdido un poco de práctica durante estos días. Pero sigue siendo eficaz. Puedo apuntar a la cafetera y causarle una pérdida en daños de miles de francos. Eso para comenzar. Me apuesto lo que sea a que hay un espejo gris ahumado frente a nosotros. No me gustan; quizá empiece por ahí.

Oyó detrás de ella un «ay» como si se hubiera roto un cristal.

—¿Estás bien, René?

Luego el sonido de alguien que se había puesto malo.

—Sí. Pero Franck tiene muy mal aspecto. Le he enseñado un nuevo movimiento de *jiu-jitsu*.

—... siete segundos, ocho segundos... —contó ella en voz alta.

—Barzac vive encima del *serrurier* —respondió finalmente el dueño—. Segundo piso.

Aimée dejó caer un billete de cincuenta francos.

—Quédese con el cambio.

Estaban delante de la puerta de entrada del edificio de apartamentos.

—¿Estás tomando unas pastillas nuevas que te están haciendo sentir mejor, Aimée? —preguntó René.

—Me sentiré mejor cuando hable con Barzac —contestó ella.

Su instinto le había hecho coger la Beretta. Menos mal que no la había usado.

—Pensaba que no te habías traído la pistola —dijo él.

—Me hace sentir segura.

Se preguntó si él lo entendería. A lo mejor nadie podía a no ser que fuera ciego.

Escuchó a René pulsar el timbre. Nadie en todo el edificio respondió. El viento le pasaba entre las piernas. Frío y húmedo.

—No hay luces en las ventanas de arriba.

—Probemos con el *serrurier* —propuso ella.

—Parece que está a punto de cerrar —matizó René.

Oyó llamar, la puerta se abrió, entonces René le cogió la mano. Escuchó toser a un hombre, el murmullo bajito de una telenovela con una música *in crescendo*. Un perro gruñía desde algún sitio que quedaba a su derecha. Un gruñido profundo y potente.

—Ten cuidado. Dos escalones —le avisó René—. Lo siento, *monsieur*, ¿está cerrando?

Ella levantó un pie, reconociendo el terreno.

—Estoy abierto las veinticuatro horas de los siete días de la semana —respondió un hombre, interrumpiendo sus propias palabras por la tos—. *Arrête*, Brutus.

El perro dejó de gruñir.

—Es un cielo, no le hagan ni caso.

Por el ladrido, a Aimée le pareció un dóberman.

—Somos detectives, nos gustaría hacerle algunas preguntas —se aventuró a decir ella—. Yo soy Aimée Leduc y él es mi socio, René Friant.

—¿Les importaría cerrar bien la puerta? —propuso él—. Tengo la calefacción estropeada.

—*Bien sûr* —dijo René.

—Nos gustaría hablar con Barzac, un inquilino del edificio —explicó Aimée—. ¿Tiene alguna idea de dónde podríamos encontrarlo? Nadie contesta en el piso de arriba.

—Ni lo hará —dijo el hombre—. Se ha ido al Marsella, según me dijo el conserje. Debe dos meses de alquiler.

Genial. Un callejón sin salida.

—¿Estaba aquí el lunes por la noche, *monsieur*...?

—Piot. Alex Piot. Llevo siendo cerrajero desde 1974 —respondió él—. Déjenme comprobar el registro de trabajo diario. Tengo que anotar cada una de las operaciones, de lo contrario se me olvidan.

Aimée oyó que bajaron el sonido de la televisión y que unos pies se arrastraban sobre el suelo.

—La gente de por aquí me quiere mucho —dijo Piot, su voz estaba más cerca—. He sacado a todo el mundo de algún aprieto. Mantengo mis herramientas actualizadas. ¿Por qué? Porque si se queda encerrado en el coche o en casa, yo tengo la llave: Fichet, Picard, Bricard, Muel, Keso, Pollux, Vak, Réel, incluso las de la marca Medeco. Muchas no se renuevan. Tengo clientes que son camioneros, hombres de negocios, médicos, monjas, filósofos; lo que sea, la razón es que estoy cerca de la *périphérique*.

Le gustaba hablar. Quizá hubiera visto algo.

—¿Qué nos puede decir sobre Vaduz, el asesino en serie? Hemos oído que recogió a Barzac delante de la cafetería.

Solo se oyó el crujido de las hojas al pasar.

—*Monsieur* Piot?

—Alquilé *Doctor Zhivago* esa noche —dijo Piot—. Ya no se hacen películas como esa, ¿eh? La escena de ese invierno ruso, los pómulos de Julie Christie... ¡todo un clásico!

La decepción se apoderó de ella.

—Pero *monsieur* —dijo René—, el escaparate de su tienda da a la cafetería.

—No miro a esos tipos. Los evito, tanto a ellos como a los problemas que traen consigo.

—Entonces, ¿no vio a Barzac, el traficante de drogas?

—Como ya he dicho, estaba viendo la película. Solo alquilo vídeos una vez a la semana, ¿sabe?

—Marchémonos, Aimée —dijo René.

Pero no quería irse sin intentarlo por última vez.

—¿Está seguro, *monsieur* Piot, de que no vio a Vaduz?

—Bien, tuve como cliente una vez a un arzobispo, pero nunca a un asesino en serie. Pensaba que eso solo existía en *Amérique*.

—Le llaman el Monstruo de la Bastilla.

—Aaaah —dijo él, enfrascado en su registro—. La única operación de aquella noche fue para un Peugeot negro —aclaró Piot—. Un hombre con una dentadura asquerosa. Estuvo aquí sentado un tiempo.

Deteniéndose en seco, Aimée tiró a René de la espalda.

—Háblenos de él, *monsieur*.

—Usó mi cuarto de baño. Se comportó de una forma extraña al salir.

—¿Le compró drogas a Barzac?

—No lo sé —repuso él—. Pero no me sorprendería. Dijo que no le gustaba la gente que había en la cafetería, por lo que prefirió esperar aquí mientras yo hacía mi trabajo. No me importa que me hagan compañía según tiro abajo una cerradura. Hace que el tiempo pase más rápido. Y Brutus, bueno, nadie intenta nada raro estando él aquí.

—¿Anotó la matrícula del vehículo?

—Sí. Es obligatorio —dijo Piot. Un ataque de tos se apoderó de él—. 74 89 56 04.

Sintió un codazo de René.

—¿Puede repetirlo, *monsieur*, por favor?

Así lo hizo.

—Corresponde con el Peugeot negro robado —dijo René.

—¿Así que le hizo a ese hombre —preguntó Aimée— una copia de la llave de un coche robado?

¿Por qué había ido Vaduz a hacer una copia de la llave? ¡Claro! ¡Si estaba planeando emprender un largo viaje, sería más fácil contar con su propia llave!

—¿Cree que acaso lo sabía? —Notó irritación en la voz de Piot—. La gente pierde las llaves continuamente. La mayoría de las veces, van al estanco a comprar un paquete de Gauloise y se las dejan sobre el mostrador o se les caen por la alcantarilla, a cinco minutos de sus casas. Terminan desperdiciando un par de horas intentando entrar.

—Por favor, dígame cuánto tiempo estuvo aquí —solicitó Aimée.

—Veamos, la primera llave no funcionaba —explicó él—. Entonces, tuve que reajustar la manecilla, ya que los Peugeots más antiguos tienen un sistema de inyección diferente...

Aimée intentó dejar de dar golpecitos sobre el suelo con las botas que calzaba... ¿por qué no podía darse prisa relatando la historia?

—Como..., aaah, ahora me acuerdo —dijo él—. Después de intentar eso, vi lo que quedaba de *Doctor Zhivago*, ¿sabe esa escena en la que años más tarde Zhivago ve a Lara? Pero ¿se desploma porque le da un ataque al corazón... y él está ahí mismo pero ella no lo ve?

—¿A qué hora, *monsieur* Piot? —preguntó René.

—Antes de medianoche, diría. Después, se marchó conduciendo.

Durante todo el camino de vuelta en el coche de René, ella se sentó encorvada, intentando imaginarse las calles y a la gente. Destellos de luz parpadeaban de vez en cuando en la bruma gris que empañaba sus ojos e intuyó que debía de tratarse de las farolas.

¿Era este el progreso? ¿Sombras de luz en la oscuridad? La esperanza se abrió paso en ella. ¿Qué pasaba si le volvía la visión? Apartó ese pensamiento. No había tiempo para pensar en eso ahora.

Por lo menos, habían demostrado que Vaduz estaba en Porte de la Chapelle a medianoche. Aunque hubiera dado la vuelta y hubiera ido a la Bastilla, le hubiera llevado un rato cruzar el este de París. No importaba lo que Barzac hubiera dicho, los *flics* tomarían por buena la palabra de un cerrajero antes que la de un traficante de drogas.

Sabía que tenía algo delante de sus narices, pero no podía verlo. Literal y figuradamente.

—Se nos está escapando algo, René —dijo ella—. Como ha dicho Piot, está ahí delante pero no lo vemos.

Sábado

Aimée tomó asiento en la clínica del hôpital des Quinze-Vingts sujetando su mochila. El sonido de las páginas de una revista al pasar se colaba en medio de los llamamientos constantes de los pacientes desde la recepción, lo que indicaba eficiencia. Para ella, también denotaba impersonalidad.

Se tocó el borde de su minifalda de cuero, tirando de él hacia abajo y buscando la cremallera. Bien, estaba en un lateral, donde debería estar. No soportaba la espera, el no hacer nada. Y la oscuridad.

Tras la noche anterior, todo la sacaba de sus casillas. Se imaginó que el agresor volvería a atacarla para hacerse con el teléfono de Josiane y rematar la faena. Sería estúpido si no lo hiciese.

Los *flics* seguían sin hacer nada. Y ella se preguntaba una y otra vez por qué Bellan no la había llamado.

—Leduc, Aimée —dijo una voz a través del estridente megáfono. La agarraron del codo.

—Por aquí —dijo una mujer joven.

Una ráfaga de calor seco le golpeó las piernas según avanzaban por un pasillo en el que resonaban pisadas, conversaciones y puertas al abrirse y al cerrarse.

—Soy el doctor Reyaud, el encargado de estudiar su retina —se presentó una voz masculina.

—Pero pensé que el doctor Lambert...

—Veamos qué tenemos aquí —dijo el doctor Reyaud, conduciéndola hasta lo que parecía una cómoda silla de plástico—. Él es quien la ha enviado a mí.

¿Sin decirle nada?

—Pero él no me ha...

—Síntese —respondió el médico.

Sintió un calor intenso en su párpado.

—¿Qué es eso?

—No se preocupe, *mademoiselle*, no le hará daño.

Su tono condescendiente le molestó.

—¿Ha visto los resultados de la resonancia magnética, doctor? —preguntó Aimée.

—Las máquinas nos muestran algunos detalles, pero no todos —repuso él—. Descifrar la arquitectura del cerebro lleva su tiempo.

—¿Eso significa que mi retina está involucrada en lo que me pasa?

—Como le he dicho, vemos los daños pero no necesariamente el sistema inmunitario y la lucha que se está llevando a cabo para la cura.

No, no lo había dicho. Pero no estaba diciendo mucho.

—El doctor Lambert quiere hacerme más pruebas...

—Me han dado su caso —dijo el doctor Reyaud—. Ha sido él el que me ha pasado su caso y su historial.

Una sensación de hundimiento se apoderó de ella.

Había hecho el ridículo la otra noche con el doctor Lambert. Guy, como quería que lo llamara. Debió de beber más de lo que recordaba. Pero parecía sensible. Más que sensible cuando tomó la iniciativa y la besó.

Tonta. Lo había asustado. O se había asustado él solo, ¿por el peso del deber?

Había intentado ser amable, eso es todo. Se dejó llevar y se dio cuenta de camino a casa. Los médicos nunca se involucran con sus pacientes. ¿Y a quién le importa eso? A ella, desde luego, no.

—Doctor, recuperé la visión —dijo ella—. No de forma muy clara ni por mucho tiempo. Ayer por la noche vi luces y sombras. Pero pude distinguir cosas.

—Eso es bastante común con un traumatismo en el nervio óptico —le explicó—. ¿Siente un parpadeo tanto dentro del ojo como fuera?

Ella asintió. Todos esos destellos parpadeantes y la niebla densa debían de significar malas noticias.

—Doctor, ¿podrían empeorar las cosas? ¿Podrían verse afectadas otras partes de mi cerebro por la inflamación?

Oyó un chirrido metálico. El estetoscopio contra su pulsera. Sintió cómo le cogía la mano. Eran grandes y cálidas.

—*Mademoiselle*, es joven, está sana y tiene una gran fuerza de voluntad, según lo que pone en su historial y lo que he oído de usted del doctor Lambert —dijo él—. Tiene muchas cosas a su favor. Nadie puede predecir el futuro. Pero probemos con un nuevo antiinflamatorio, y veamos si reduce la hinchazón de manera más eficaz. Le daré la próxima cita para el lunes.

Para el lunes podría haber muerto. Y no era la depresión la que hablaba.

Una enfermera mayor la guió para que recogiera su receta. Cuando volvió hasta la casa de *madame* Danoux, se sintió tan cansada y desanimada que se quedó dormida.

Se despertó de un escalofrío por la temperatura de la habitación. Probablemente hubiese anochecido. Llegó a la conclusión de que las personas ciegas debían de ahorrar mucho en luz ya que apenas necesitaban electricidad para iluminar las viviendas.

Luego, desde fuera de la ventana, escuchó las campanas de una iglesia que marcaban las doce. Solo mediodía.

¿Qué pasaba si el rumano tenía antecedentes penales, pero descansaban sobre la mesa de alguien? ¿O habían presentado sus antecedentes por la mañana, como muchos otros casos atrasados? Los *flics* con exceso de trabajo preparaban los informes cuando tenían horas de oficina. Sabía que siempre tenían marcado como objetivo despejar sus escritorios antes del mediodía.

Tenía que hacer algo hasta que pudiera comprobarlo con Martin. Y eso se

retrasaría horas. Llamó al *commissariat* nuevamente, preguntó por el departamento encargado del archivo.

—¿Teniente Égérie? Soy Aimée Leduc. Mi padre trabajó con usted.

Hubo una pausa. Oía voces que se alzaban de fondo, como si se tratara de una discusión.

—¿Así que eres tú la hija de Jean-Claude?

Égérie, cuyo nombre significaba «musa», sufrió burlas a causa de ello. Había sido el operador de llamadas durante el turno de su padre. Un hombre alto, delgado como un palo, vivía con su madre. Tenía una nariz prominente que se movía cuando hablaba, que la fascinaba cuando era pequeña. Algunas veces, en el *commissariat*, después del colegio, mientras los demás estaban ocupados, doblaba sus dedos que eran muy flexibles y hacía trucos asombrosos.

—Recuerdo cuando te subiste a tus patines de ruedas, no eran como los de ahora —dijo el teniente Égérie—. Se salieron las ruedas...

—Y tú fuiste el único capaz de arreglarlas —contestó ella—, los demás fueron unos inútiles. Como ahora.

Él se rió.

—Sigue siendo igual. Pero no has llamado para pedirme ayuda, ¿verdad?

Le habló de Dragos.

—Déjame ver —dijo él, su voz sonaba cansada—, tenemos a cuatro oficiales de baja por gripe. Han destinado a más efectivos al caso de la amenaza de bomba. Todo el mundo aquí está haciendo turnos dobles.

Curioso, Morbier no le había dicho nada de eso.

—Claro, solo pensé que podía preguntar —se excusó ella—. ¿Qué amenaza de bomba?

—Es un secreto —repuso él—. No he oído mucho al respecto.

Aimée sabía que mentía.

—Buscaré por ahí algo sobre Dragos para ti. Pero no te prometo nada.

Colgó el teléfono. Y por un momento, pensamientos sobre el doctor Lambert se le aparecieron en la mente. Se preguntó si habría visto el amanecer de hoy. Por medio franco, lo llamaría y le preguntaría qué colores dibujaron la salida del sol.

Pero él la había derivado a otro médico. Y ni siquiera se lo había dicho. Tenía que olvidarse de él.

Un minuto más tarde, marcó el número de teléfono de su despacho.

—El doctor Lambert está reunido —le dijo la recepcionista.

—Por favor, dígame que me llame... —Hizo una pausa. Se trataba de su salud, no de un beso estúpido después de varias copas del que él se arrepentía. Un beso maravilloso. De todas formas, él había hecho la clásica maniobra naval francesa... fijar un objetivo y después de haberlo alcanzado, virar y echar a correr—. Es referente a los resultados de mi resonancia magnética.

Y su cuerpo tembló de nuevo... ¿importaba su opinión? Se temía lo peor. El otro

doctor ni tan siquiera había respondido a sus preguntas.

Chantal y Lucas eran todo un ejemplo para ella, con sus vidas activas, adaptándose y manejándose sin ver. Podía aprender a vivir en la oscuridad. Aunque no quisiera. Aunque no fuera justo. Aunque el hombre que le había hecho eso siguiera por ahí suelto.

Y así lo haría.

Tenía que repetírselo a sí misma una y otra vez.

Nunca había cargado a René con el peso incómodo de su lloriqueo. Aun así, no sabía si querría seguir trabajando con ella. Tenía que organizar su vida, adaptar su apartamento y la oficina, aprender braille, entrenar a Miles Davis para que pudiera hacer frente a la nueva situación. Y pagar sus facturas.

Pero primero tenía que averiguar quién era el que andaba tras ella, antes de que volviera a encontrarla. Y lidiar con el aprieto en el que les había metido Vincent, como le había prometido a René.

Encendió su portátil y abrió el archivo de Populax una vez más. Comprobó cada una de las entradas correspondientes a Incandescent, la empresa que traficaba con armas y que Vincent había representado sin darse cuenta. Tras dos horas agotadoras examinando datos gracias al lector de pantalla robotizado, sintió la firme convicción de que Vincent había cumplido con las obligaciones relacionadas con el marketing establecidas en el contrato estándar.

¿Por qué tenía miedo a mostrar sus trapos limpios en público? ¿Por qué había roto su contrato?

Intrigada, profundizó aún más, comprobando todos sus correos electrónicos. Luego, los mensajes eliminados. Se tiende a creer comúnmente que al eliminar los correos, se están borrando también del disco duro. Pero eso solo sucede si no se sabe dónde encontrarlos. Una vez que algo se escribe o se recibe en el disco duro, nunca desaparece.

Después de leer los mensajes de Vincent, concluyó que estaba teniendo una aventura. Una muy ardiente, casi de adoración, con alguien llamada Inca.

Si lo que le preocupaba era la exposición de estos correos electrónicos, ella le preguntaría a René si creía que sería posible que tuvieran una charla con la *proc.* Intentar llegar a un acuerdo alegando el factor de la intimidad. Lo habían hecho antes y habían conseguido mantener limpia la reputación de algunos de sus clientes.

Cuando estaba a punto de terminar con la búsqueda, la voz robotizada habló.

—Imposible leer el archivo cifrado de los correos electrónicos.

Sorprendida, se echó para atrás, las alarmas se activaron en su cerebro.

¡Vincent había cifrado algunos de sus mensajes! Eso la enfureció. ¿Por qué solo alguno de ellos y no todos?

Comprobó la fecha. Un viernes. René llevaba a cabo todas las copias de seguridad de todos los clientes los viernes por la mañana. Una rutina. Y entonces se le ocurrió que Inca... podía tratarse de un diminutivo de Incandescent... o el de alguien que

trabajaba allí.

¿Estaba teniendo Vincent una aventura con alguien de Incandescent? ¿Quería ocultar el disco duro porque la aventura era con una empleada... una empleada de una empresa que estaba siendo investigada?

Se preguntó si los archivos de las copias de seguridad estándares de René pudieron guardar los mensajes antes de que se cifraran. Se imaginó que sería algo poco probable, pero digno de examinar. De lo contrario, le pediría a René el *software* para descifrarlo. Pero dependiendo del código, y con su minusvalía, podría llevarle mucho tiempo. Mucho más del que disponían.

Hurgó en la funda del portátil, sintiendo el contacto con las cintas de velcro que sujetaban las correas, suponiendo que estaban donde esperaba que René las hubiera puesto.

El sol le daba en la pierna, cálido y exuberante para ser octubre. Un bonito descanso de la lluvia. Desde algún lugar del apartamento, sonaba el gorjeo de un periquito.

Debajo, un repartidor de Frexpresse anunció su llegada con un grito en el patio.

—¡Reparto!

¡Lo que daría por un expreso y un cigarro en ese momento! Sin embargo, aún no había ido hasta la cocina de *madame* Danoux, que olía a laurel, sin ayuda. Sería igual de desalentador que caminar por el andén del *métro* sin un bastón blanco.

Veinte minutos más tarde, después de mucho experimentar, dio con el archivo de seguridad de Populax correcto. Tenía muchas copias de seguridad, debido a que Vincent había sido su cliente durante varios meses. Tras dos intentos más, encontró la copia.

La voz robotizada que enunciaba los contenidos de los mensajes subditos de tono de Inca era casi divertida. Pero algo le molestaba. ¿Por qué Vincent no se lo había contado? ¿O le había dado vergüenza porque ella, con casi toda certeza, sabría quién era la destinataria?

Alejó ese pensamiento, el cual retomaría más tarde.

Después de la tórrida correspondencia electrónica, aparecieron una serie de mensajes inofensivos de Popstar. El asunto del mensaje decía «Mermelada de té». Luego lo abrió: «Llame al 92 23 80 29 para pasar un buen rato».

¿Por qué cifrar este tipo de cosas? Algo olía mal. Y estaba muy cerca.

Decidió revisar cada detalle; reprogramó el *software*. Ahora, la voz robotizada leyó cada palabra de la cabecera del correo electrónico. Su sistema tenía la capacidad de rastrear la ruta, por lo que podía dar con la dirección IP de la que procedían los mensajes utilizando un comando en línea de DOS y renombrándola con un número de serie: 217.73.192.109.

Este renombramiento, como se esperaba que hiciera el rastreador de rutas de la IP, indicaba a cuántos servidores de mensajería electrónica se había accedido. Se imaginó que, si escuchaba lo suficiente, podría oír una sinfonía de renombramientos.

Emocionada, siguió hacia delante. Después de veinte renombramientos, se detuvo.

243ms 246 ms 239ms head.rambler.ru

«ru»... la procedencia de los mensajes era Rusia.

Se echó para atrás, sorprendida. Y lo intentó varias veces más. En todas las ocasiones, la enviaba al mismo servidor de Moscú. Tenía sentido. Aunque el Muro hubiera caído y la Unión Soviética se hubiera desintegrado, sabía que había un Gran Hermano en Moscú que seguía controlando todos los mensajes. Posiblemente no disponían del dinero suficiente para cambiar el sistema.

Por el momento.

Ahora tenía que resolver por qué Vincent estaba recibiendo correos basura de Rusia y por qué los cifraba. ¿Era el verdadero destinatario? ¿Los estaba recibiendo primero otra persona?

El teléfono sonó. El de Josiane.

Vaciló por un instante. Luego, respondió.

—*Allô?*

—Solo tengo un minuto —anunció el teniente Égérie—. Esto es lo que ha llegado a mi mesa.

Ella percibió en su voz un matiz tenso poco corriente.

—Te lo agradezco.

—Durante el proceso en el que le estaban leyendo los cargos, el hombre se puso enfermo —dijo el teniente—. Un tal Dragos Iliescu.

Ese era el mismo nombre que le había dado Yann Rémouze a René. Contuvo su emoción.

—¿Dónde está ahora?

—Hôtel Dieu, pero le van a detener por tráfico de drogas en el *11e arrondissement*.

—*Merci*.

El Hôtel Dieu, en la isla de la Cité, entre Notre Dame y el Quai des Orfèvres, supuestamente de los tiempos de los druidas. Sin embargo, un profesor del instituto de Aimée había insistido en que era de la época del emperador Juliano el Apóstata. Y su párroco había citado a Saint Landry, el obispo de París en el 600 a. D., como el fundador de ese hospital para los necesitados.

Aimée se conformaba con cualquiera de las hipótesis.

Sabía cómo eludir la centralita del Hôtel Dieu, un tanto arcaica, que aún seguía funcionando.

—*Bonjour* —dijo ella—. Llamo en nombre del commissaire Morbier para preguntar por el detenido Iliescu.

La mujer al otro lado del teléfono tosió; se oyó el sonido de papeles moviéndose.

—Le pasaré con la sala de enfermería.

Clics y zumbidos acompañaron su llamada.

—Sala 13C —dijo una voz enérgica.

—Quiero comprobar cómo se encuentra el detenido Dragos Ilescu. El *commissaire* está interesado en conocer su estado de salud.

—¿Así que ahora también es médico, su *commissaire*?

—No —respondió Aimée tratando de inyectar en su voz un tono cansado con la vida, como si esa llamada se tratase de un procedimiento rutinario—, pero quiere saber si Ilescu se encuentra lo suficientemente bien para proceder a su lectura del acta de acusación.

—Déjeme comprobarlo —dijo ella—. Aaah, ese. Trasladado de CUSCO para someterle a cuidados intensivos.

CUSCO era la cárcel destinada al área del Hôtel Dieu.

—¿Podría explicármelo de forma más detallada? ¿Por qué?

—Necesita cuidados y supervisión veinticuatro horas al día —respondió ella.

¿Qué le pasaba?

—Parece grave. ¿Podría compartir conmigo la información y así yo proporcionarle a mi jefe el cuadro de lo acontecido? Dos días, una semana, o...

—Quemaduras de tercer grado, fiebre muy alta, náuseas —explicó la hermana—. Difícil de explicar.

—¿Quemaduras? —preguntó Aimée, perpleja.

—Como si hubiera estado tostándose al sol una semana, pero solo en los brazos. Extraño, ¿verdad? —repuso ella—. Me toca hacer la ronda, discúlpeme.

Extraño.

Desde la ventana, Aimée sintió la brisa que traía la fragancia del Sena. Si tan solo pudiera, en ese preciso momento, coger a Miles Davis y sacarlo a dar un paseo por el *quai*.

Si tan solo.

Pero la comida y el alquiler no se pagaban con «si tan solos». Tenía que continuar.

Y entonces se le vino a la cabeza lo que René le había contado sobre su conversación con Mathieu, el *ébéniste*, en el pasaje. Tenía algunas preguntas; ahora le tocaba a ella hacerle una visita.

—Le agradezco que me haya acompañado, Chantal —dijo Aimée.

—No hay de qué —respondió ella—. Me pilla de camino a la biblioteca de braille en la avenue Parmentier. Trabajo ahí esta tarde.

—¿Trabajar?

—Es lo que las personas hacen para ganar dinero, ¿sabe? —dijo ella—. Vigilo la sala de lectura.

Aimée sintió la mano de Chantal sobre su codo, guiándola. Y los irregulares adoquines bajo sus pies. No quería admitir el miedo que sentía. Lo vulnerable que se sentía tras los ataques.

Pero hablar con Cavour le daría información sobre Josiane.

O no.

Pero no tenía a nadie más con quién hablar.

—¿Sabe? Hay una clase de braille para principiantes que empieza la próxima semana. Dos noches a la semana, un curso intensivo.

Aimée pensó en todos los cedés que quería escuchar. Y en cómo no aprender braille le tornaría las cosas aún más complicadas.

—Inscríbame, Chantal —dijo ella, ansiosa por llegar.

—Bien. Casi estamos —dijo esta—. Sienta la pared, cómo se curva; es la típica construcción medieval para las entradas.

Las manos de Aimée, conducidas por las de Chantal, se deslizaron por las frías piedras porosas, con la argamasa de guijarro desmoronándose entre ellas. La película grisácea que flotaba delante de sus ojos, gruesa y granulada. Como pimienta molida. Le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba viendo lo que estaba sintiendo?

—El doctor Lambert me ha trasladado a otro médico —dijo ella—. ¿Por qué ese cretino no lo hizo desde un principio?

—¿Cretino?... Está bromeando, ¿verdad? —repuso Chantal—. Todo el mundo dice que él es...

—*Pardon, madame y mademoiselle* —dijo una voz temblorosa cerca de ellas.

Aimée se colocó las gafas de sol en la cabeza. Y por un instante, un destello de cabello plateado brilló delante de ella, superponiéndose a la película que se asemejaba a la pimienta. Pero no había profundidad. Ninguna distinción entre cerca y lejos.

El mundo se inclinó. El vértigo la invadió. Se sujetó a la pared, apoyando la frente sobre la fría piedra gris con líquenes incrustados. Eufórica por poder ver, pero todavía muy mareada.

—*Bon*, Aimée, tengo que darme prisa —dijo Chantal—. Tengo que abrir la sala de lectura.

—Pero Chantal...

—¡Mathieu, Mathieu! —gritó Chantal, interrumpiéndola, tirando de ella.

Se sentía como si hubiera entrado en cuadro de Dalí. Sin profundidad de campo, todo junto. Colores superpuestos los unos a los otros. Zigzagueante y maravilloso y surrealista y nauseabundo.

Escogió un punto e intentó enfocar, pero cada piedra, cada barra del andamio, la desorientaban. Su nariz rozó la pared, ya que desconocía lo cerca que estaba.

Le dolía la cabeza. Deseaba con todas sus fuerzas poder ver y poder cerrar los ojos para dejar de hacerlo.

Y, entonces, todo comenzó a desvanecerse. Desvanecerse. Imágenes de un martillo y de un hombre vestido con un mono de trabajo azul arrugado, acercándose y desapareciendo lentamente... una neblina parecida a una gasa se cernía sobre ella, no remontaba.

La boca del hombre se estaba moviendo entre dicha neblina.

—Chantal... —estaba diciendo el ebanista. La película granulada descendió, seguida de una niebla gris.

—No, no —dijo ella, frotándose los ojos, tratando de hacer desaparecer la película en la que estaba atrapada su mirada.

Pero Chantal no respondía. Ni tampoco el hombre. Se hizo el silencio, excepto por el canto de los pájaros en la distancia. Se dio cuenta de que habían entrado en el taller de Mathieu. Y había grandes sillas colgadas en las paredes y marcos dorados apilados sobre las mesas. Lo había visto con sus propios ojos. Estaba realmente agotada. Dios mío, ¡lo había visto!

Aimée sintió una tímida mano posarse sobre su hombro.

—*Mademoiselle, ça va?*

Y notó que su cara estaba mojada. Lágrimas le recorrían las mejillas.

—Lo siento —dijo ella, secándose las—. He recuperado la visión durante un breve periodo de tiempo. Ha sido tan bonito. —Su cuerpo se estremeció—. Perdóneme. Su *atelier* es maravilloso.

—¡Pero si está hecho un desastre! —respondió él, había regocijo en su voz—. La única otra persona que ha llorado aquí fui yo mismo, cuando tenía doce años y me prohibieron ir al cine hasta que no limpiara todo el disolvente que había derramado mi perro. Fue un proceso largo y penoso.

Le metieron una tela en la mano.

—Por favor, coja el pañuelo.

Se limpió la cara, se sonó la nariz.

—Me había olvidado de... las piedras, las herramientas, el color de las telas, cómo brillan y captan la luz las cosas.

Sacudió la cabeza, se cubrió sus ojos empañados con la palma de la mano.

—Perdóneme. He visto el pelo plateado de una mujer mayor, su boca moviéndose, su cara... —Se dio la vuelta, tratando de recuperar el control sobre sí misma.

—Me avergüenza —dijo él, la tristeza tiñó su voz.

—Lo siento —se disculpó ella.

—*Non*. Nunca he valorado mi vista ni mis manos, *mademoiselle* —dijo él—. Escucharla es toda una lección de humildad. Es tan joven. No es justo.

Los pinzones cantaban en su patio interior. El agua borboteaba desde lo que sonaba como una fuente y la fragancia de la madreSelva inundaba el ambiente.

Aimée nunca podría olvidar el amanecer sobre el Sena, cómo los maravillosos primeros rayos de luz violeta coloreaban los tejados, las claraboyas, las chimeneas y el verdoso musgo en el *quai* del Sena, las aldabas de bronce con forma de mano que invadían sus sueños. Quería, por última vez más, recorrer las venas mojadas por el rocío de una brillante hoja de camelia, ver la húmeda punta de la nariz negra de Miles Davis y sus ojos de botón. Los recuerdos le pasaron por delante; la sonrisa de su padre, la firma con pintalabios color rojo carmín que hacía su madre, la correa

desgastada del acordeón de su abuela.

Contrólale, se dijo a sí misma. Se giró hacia donde pensaba que estaba Cavour. De nuevo, deseó que sus emociones no se hubieran exteriorizado. No podía arruinar la visita, tenía que aprovecharla, averiguar si el *ébéniste* sabía algo. Sería mejor lidiar con sus sentimientos en privado.

Recorrió con los dedos la longitud del mostrador de madera sin tratar impregnada de olor a trementina, a pintura de madera y a serrín. Sus manos se toparon con un asa. Luego, lo que parecía al tacto una garlopa rectangular con virutas de madera enredadas en ella.

—*Attention!* —advirtió Mathieu.

Demasiado tarde. Había tirado algo al suelo. Sonaron y resonaron cosas al caer a sus pies.

—Discúlpeme. ¿Qué es lo que he tirado? —preguntó arrodillándose y palpando con sus manos el pavimento para localizar aquello que había dejado caer. Tenía la sensación de haber acabado con una pieza de valor incalculable—. ¡Soy muy patosa!

Sintió una fría y lisa hoja de... ¿aluminio? No. Demasiado densa y dura para tratarse de ese material.

—Perdóneme. —Sintiéndose culpable, intentó recoger lo que había encontrado con sus manos. Sus extremidades se deslizaron cerca de lo que parecía el borde alargado y redondo de un salero. Pero había algo unido a él, como un tablero.

—Déjeme ayudarla —se ofreció Mathieu, cogiéndole a Aimée las cosas que sostenía en las manos.

—¿También trabaja el metal?

Lo oyó gruñir, entonces sintió cómo le retiraba las cosas que ella estaba sujetando.

—De vez en cuando.

Ella ordenó como pudo el desorden que había provocado, y trepó con las manos por la pata de la mesa de trabajo. Otra vez, indefensa y torpe.

—Si he roto algo, por favor, déjeme que se lo pague...

—No ha pasado nada —respondió él—. No se preocupe.

Se sentía aún más incómoda atrapada en esa situación, pero tenía que descubrir si el ebanista sabía algo.

—Mi socio René habló con usted sobre la agresión que sufrí.

—Así que es usted —dijo él—. A la que hirieron en el pasaje, *non?*

—*Oui.*

—No la ayudé —se apresuró a decir—. Lo siento...

Aunque ¿podía haberla ayudado? La sospecha voló sobre su cabeza. La policía lo había interrogado. Pero ¿podría haberla atacado delante de su propio taller?

Josiane era el objetivo del ataque... todo apuntaba hacia esa dirección. Y la policía lo había dejado ir.

¿Y qué pasaba si había sido testigo de algo de lo que no era consciente?

—Cuénteme qué recuerda, Mathieu —le pidió Aimée.

—A la anciana junto a la que acaba de pasar, la que tiene el cabello plateado que ha visto —dijo él, con una voz melancólica—. También la herí.

¿Por qué sonaba tan culpable?

Aimée se percató de que el ebanista había escogido ir por otro camino. Una vez más, en su mente visualizó el mono de trabajo azul de Mathieu, la forma en la que se movía su boca y sus manos acariciando la silla de madera.

De eso era de lo que se había olvidado. Cuanto más pensara en ello, más borrosas y difusas eran las imágenes que se le aparecían. La manera en la que había tocado la madera, la atmósfera que se respiraba en el *atelier*, su evidente amor por su oficio.

¿De qué forma se relacionaba todo? ¿El ataque que sufrió ella en el pasaje, el asesinato de Josiane, los matones rumanos, Vincent y el taller de Mathieu? ¿Cómo podía ser? Sin embargo, de algún modo, en lo más profundo de su ser, sabía que así era.

El breve momento de visión que tuvo le sirvió para cambiar la percepción que tenía de Mathieu, y estaba agradecida por ello. Instintivamente, sabía que era un buen hombre. Pero los hombres buenos también cometían errores, como los malos, como todo el mundo.

—Mire, Mathieu, trate de recordar dónde estaba cuando escuchó... ¿Había visto alguna vez a Josiane?

—A Josiane le encantaba la Bastilla —contestó él—. Presidía nuestra asociación para salvar este *quartier* histórico.

La pieza encajaba en el puzle.

—¿Así que podría decir que Mirador estaba asustado por la investigación que ella estaba llevando a cabo?

—No lo sé.

—¿Podría haberla animado Mirador a que reconsiderara su artículo sobre los desalojos? ¿O contratar a matones para que la amenazaran?

La única respuesta que obtuvo fueron los pinzones piando.

—Esto quedará entre nosotros, Mathieu —dijo ella—. ¿Mathieu?

—¿Desde cuándo tiene visitas tan agradables, Mathieu? —preguntó una voz masculina detrás de ella.

Aimée se puso rígida. Conocía esa voz.

—*Monsieur* Malraux —dijo el ebanista.

—No me extraña que la pieza esté sin acabar, ¿eh? Tiene una bonita distracción.

¿Había un tono de crispación en su voz?

Pero escuchó una risa cálida y lenta.

—Me gusta tomarle el pelo, *mademoiselle* —repuso el hombre—. Casi nunca pierde los papeles, se refugia y se encierra en su trabajo.

—Déjeme comprobarlo —dijo Mathieu. Su voz se alejaba junto con el golpeteo de los zuecos de madera (*sabots*, como los llamaba su abuela) al chocar contra el

suelo.

—¿Qué es lo que la ha traído aquí, *mademoiselle* Leduc? —preguntó Malraux. Ahora recordó. Pensó rápido.

—Intento conseguir una donación para la residencia, *monsieur* Malraux, para eso somos sus fideicomisarios.

De nuevo, esa bonita risa.

—*Bon*, pero debería haberme preguntado antes de tratar con Mathieu. Habría estado más que dispuesto a ayudarlos. No se lo diga a Chantal, mantengámoslo como un secreto por el momento, ¿eh?, pero le he conseguido una furgoneta.

—¡Qué bien! —Aimée se giró hacia la procedencia de la voz. Pero se estaba moviendo. Trató de seguirlo, pero se dio por vencida. Demasiado trabajo. Se puso las gafas de sol—. A Chantal le encantará.

—Siento, de verdad, que tendría que hacer más —se excusó él—. Sobre todo después de que Chantal me explicara la vital importancia de estos programas. Es maravillosa, esa mujer: trabaja, hace voluntariado. Nunca para.

Aimée sintió una punzada de culpabilidad. Qué hombre tan bondadoso... ¿Y qué si era un patrocinador de la Ópera, con buenos contactos y rico? A diferencia de la mayoría de los escaladores sociales, él compartía su tiempo, ayudaba a los menos afortunados. Una excepción.

—Chantal es maravillosa —dijo ella—. Me enseña muchas cosas.

—De hecho, pero que quede entre nosotros, he conseguido que nos donen dos furgonetas —explicó él—. El suegro de mi primo tiene un concesionario de Renault en Porte de Champerret.

Así es como funcionan las cosas. Con contactos. Uno come o por medio de un amigo, o de un compañero de trabajo o de un primo de la tía abuela, manteniendo la tradición. Probablemente haya sido así desde el periodo feudal.

Su idea de Malraux mejoró. Los favores se pagan con favores. Se lo debía al donante.

¿Dónde estaba Mathieu?

Una ráfaga de aire húmedo y frío la golpeó. Acompañada de un fuerte olor a pintura.

—¿Le ha encargado un trabajo a Mathieu? —preguntó ella, girando la cabeza y deseando quedar frente a él. El sol que penetraba a través de la claraboya la calentó. ¿Era fruto de su imaginación o una neblina pálida se estaba arrastrando desde la cornisa de sus ojos dejando paso a la visión?

—Indirectamente. Un cliente necesita un *vernissage* especial de una pieza.

A ella le gustaba la ligera cadencia de la voz de Malraux. Se imaginó cómo debía de ser físicamente. Alto, bien hecho. Se figuró que prestaba atención a los detalles.

Y, de repente, su mente volvió a centrarse en Vincent. Su obsesión por los detalles. Pero Vincent era bajo y gordo con una energía nerviosa. En cambio, Malraux proyectaba un áurea de encanto natural a la hora de tratar con las personas y

emprender proyectos... como un *aristo*, alguien de buena cuna. O, quizá, ese modo de comportarse era *de rigueur* en el mundo de las artes.

Vincent... ¿podía tener...?

—Y por eso he venido aquí —continuó diciendo Malraux—. Mathieu es uno de los pocos que quedan que conoce la técnica del *vernissage*.

Malraux parecía muy seguro de su condición, algo que anhelaba en Vincent. Sediento por camuflar todos sus esfuerzos.

Escuchó el taconeo de los *sabots* de madera por las escaleras.

—Lo siento, pero la última capa de barniz no estará seca hasta mañana —dijo Mathieu—. No estará lista para hoy.

—Pero tienen que empaquetar todas las cosas... bueno, el representante del propietario del *backstage* me ha dicho que cargarán el contenedor esta noche.

¿Estaba encargando Malraux una pieza para la Ópera? Pero había dicho que era para un cliente. Si el cliente era la Ópera, se preguntó, ¿conocería a Vincent?

La voz de Mathieu la sacó de sus pensamientos.

—El aceite de linaza requiere tiempo —explicó el ebanista—. Ya sabe que no siempre es posible predecir cuándo se secará con un tiempo cambiante como el que tenemos. En especial, estos últimos días.

—Pero necesitan...

—Se arruinará el trabajo —Mathieu aseveró—. Aún está húmedo.

Forzó la voz. ¿Se debía a que había denegado la petición de Malraux? Pero no era solo eso. Aimée pudo escuchar una tensión subyacente. ¿Estaba nervioso por lo de Josiane?

—Discúlpeme —se excusó Malraux—. Llego tarde a la reunión de la junta directiva de la Ópera. *Mademoiselle* Leduc, ha sido un placer hablar con usted. Espero volver a verla pronto.

Aimée oyó los pasos, luego la puerta se cerró. Se estaba preguntando por el silencio de Mathieu cuando sonó el teléfono que llevaba en su bolsillo. El móvil de Josiane. El motivo de que la atacaran nuevamente.

—*Allô?*

—¿Dónde estás? —preguntó René, alzando la voz. Escuchó de fondo los cláxones resonando.

—Estoy en la tienda de Mathieu, en el callejón.

—He encontrado la mochila de Dragos —anunció él, con la voz temblando de la emoción.

—¿La mochila de Dragos?

—Sí, la he robado —dijo René—. ¡Nunca había robado nada en toda mi vida!

Aimée reparó en que Mathieu estaba a su lado, en silencio.

—Continúa, René.

—Tienes que venir a ver esto —contestó él—. No puedo describirlo por teléfono.

—Hay un pequeño problema, René —aclaró ella—. Que no puedo ver.

—Coge tu bastón blanco y ve hasta la rue Charenton, tienes tres minutos. Su corazón le latía con fuerza. No quería ir caminando hasta allí. Otra vez.

—No tengo bastón.

—¿Por qué?

—Un perro es mejor.

No quería admitir que se había negado a utilizar el bastón blanco. El orgullo le había podido y no había aprendido a usarlo. Estúpida. Afróntalo. Necesitaba uno ahora mismo.

—El Citroën es demasiado ancho como para pasar por allí. ¡Dios mío! Aimée, es un pasaje medieval. Ven en dos minutos, estás a menos de cincuenta metros de distancia.

Le dolía la cabeza. Su breve instante de visión sin percepción de la profundidad y la pérdida del equilibrio como resultado de ello la habían desorientado. Se aferró a su mochila, pensando en lo que había visto. La inquietud persistía en su mente. No quería pedirle ayuda a Mathieu.

En lo único que podía pensar era en esa horrible sensación de asfixia. Sin aire. Caminando sola por allí, de nuevo. Dirigió sus manos hasta las marcas que aún estaban en su cuello, tapadas por una bufanda.

—Perdóneme, Mathieu —dijo ella—. Mis padres me están esperando.

Él la condujo hasta la puerta. Rechazó la oferta de más ayuda. Alargó los brazos hacia delante, sintió la fría piedra y dio pasitos cortos, guiándose por la pared.

En el pasaje hacía más calor que en la noche en la que había estado allí. Ruidos de camiones, la melodía del móvil de alguien sonando y el olor a café expreso que provenía de algún sitio a su izquierda.

Algo no dejaba de perseguirla. Atrapado en su mente. Pero ¿qué era? Sumergida en el miedo y en la frustración de la ceguera, ¿había pasado por alto algunos detalles... de los importantes?

Todo se le vino a la cabeza: la humedad de las tuberías cubiertas de líquenes incrustados, el cielo oscuro salpicado por estrellas, el ruido de fondo cuando se produjo la llamada de teléfono, el olor a alquitrán que emanaba del agresor.

Se mareó... ¿había sido Mathieu? ¿Pensaba que ella era Josiane?

—¿René? —lo llamó ella, escuchando el familiar rugido del motor del Citroën.

—La puerta está abierta.

Le penetró en la pituitaria el olor a cuero de la tapicería que habían engrasado y brillantado. Y lo que olía como a látex.

—Ponte los guantes y toca esto. —Sintió que René dejaba caer unos guantes sobre su regazo, luego lo que se parecía a un tubo de cristal.

El coche vibró al ponerse en marcha y emprender el recorrido por la calle.

—Espera... —Quería un cigarro. Y algo para apagar los fuegos artificiales que explotaban en su cabeza. Sus medicinas. Había olvidado cogerlas. Encontró el bote de las pastillas en su bolsillo, destapado y con dos pastillas en el interior. No tenía

agua.

—Paremos. Necesito agua y una farmacia. —Según reducía la velocidad del Citroën sobre la calle adoquinada, Aimée se alegró de que la suspensión del vehículo fuera tan blanda.

René se subió a la acera.

—Aquí hay una farmacia. Déjame que...

—Yo me encargo —respondió ella, emprendiendo su camino por la acera—. ¿Cuántos pasos hay hasta la puerta?

Pero las puertas se abrieron automáticamente. El olor de la farmacia y su aire cálido la envolvieron. Ahora, si pudiera dar con el champú de alquitrán... Al que olía el agresor. Dio pasos pequeños y escuchó voces.

—¿En qué puedo ayudarla, *mademoiselle*? —se ofreció una mujer mayor que ella.

—Quería agua, por favor —respondió. Olía a jabón con aroma floral—. ¿Estoy cerca de los champús?

—Siga recto, hasta el final del pasillo, y a su derecha.

Palpó botellas de plástico liso, recipientes suaves y más olores perfumados. No era lo que estaba buscando.

—*Madame*, ¿dónde están los champús medicinales?

—Aquí está su agua —contestó la mujer, agarrándole la mano, dándole la botella fría—. Ahí. ¿Cuál es el que busca?

Estiró el cuello hacia delante, oliendo los recipientes. Había dos filas. Y, al final, dio con él.

—Es este. ¿Cómo se llama?

—Aaah, el champú súper-*antipelliculaire*. Este realmente combate la caspa. A base de alquitrán. Es el más eficaz.

—*Merci, madame*. —Pagó el agua y el champú y regresó al coche de René.

—¿De qué va todo esto? —preguntó él.

—Quien fuera quien me atacó tiene caspa —contestó ella—. Y utiliza este champú.

—Él y un millón de personas más —repuso René.

—Es un comienzo —dijo Aimée—. ¿Cada cuánto recomiendan usar el champú?

—Una vez por semana, pero para mayor eficacia, cada tres días —respondió él.

—Entonces sabremos si es o no una persona constante.

Marcó el número de Morbier.

—El commissaire Morbier está en un curso de formación en Créteil —dijo la recepcionista.

Así que se había ido. ¿Qué había pasado con esa amenaza de bomba que había mencionado? Siempre decía que era perro viejo como para que le enseñasen nuevos trucos.

¿Acaso no le importaba? Por un momento, pensó que a lo mejor él... ¿qué?

¿Renunciaría a todos sus casos y se dedicaría a ayudarla? Morbier no era así.

Él siempre luchaba contra sus sentimientos. Incluso cuando su padre murió. Evitó ir a verla a la unidad de quemados del hospital después de la explosión.

Y aunque no le sorprendía, le dolía.

¿Qué más podía hacer?

Quería evitar mandar por fax a Bellan la información que tenía de Vaduz. Había demasiados ojos indiscretos en el *commissariat*. Quizá aún no había vuelto de Bretaña. El teniente Nord le había prometido que él la llamaría.

En esos momentos, tenía que concentrarse en lo que René quería mostrarle.

—¿Por qué no comprobamos el contenido de la mochila de Dragos?

René aparcó en la arbolada place Trousseau. Aimée bajó la ventanilla del Citroën. Una sirena de policía retumbaba en la distancia; de fondo, el sonido de un chorro de agua y el ruido de rastrillos de plástico raspando sobre el pavimento.

Inhaló el suave aire otoñal, pesado por la humedad. El sonido del crepitar de las hojas y el débil ladrido de un perro le recordaron por qué le encantaba esa época del año.

—¿Qué aspecto tiene la mochila, René?

—Lona sin tratar, sucia, con las iniciales «D. I.» cosidas en el interior de la solapa —le describió—. Bandolera. Ya sabes, de las que la gente usa cuando van en moto.

Comunes y disponibles en cualquier sitio. Se puso los guantes, dedo a dedo, un proceso arduo. Le recordó a cuando era pequeña y su abuela insistía en que se pusiera sus manoplas de invierno ella sola. No importaba que no pudiera ver dónde iba cada dedo.

—Dime qué ves —pidió ella.

—Mejor aún —contestó él—. Abre las manos.

—Juegos de adivinanzas, no.

Demasiado tarde. Sintió un tubo de cristal grande y largo. Y luego otro.

—Parece una probeta de laboratorio. ¿Alguna marca?

—Solo líneas rojas desgastadas indicando medidas.

Olió un trozo de tela que rezumaba sudor rancio.

—¿Puedes describirlo?

—Es una bandana, también hay algunos billetes de *métro* usados, un chicle con sabor a casis —explicó René—, un rollo de cinta adhesiva negra y un folleto de la capilla del hôpital des Quinze-Vingts.

—¿Hay un mapa en el folleto?

—*Non*, pero ¿la capilla no está a la derecha del hospital según entras?

Y en ese momento lo recordó. La había visto, corriendo bajo la lluvia, paralela a la salida en desuso de la Ópera. La capilla era una construcción alta, con muros de la época medieval. En el diminuto patio de delante, unas grandes puertas azules conducían a la rue Charenton. Un atajo para ir a la oficina de Vincent.

Pero las puertas habían sido cerradas. Por eso, bajo la lluvia, tuvo que entrar por

el *hôpital*, lo que quedaba del cuartel de los mosqueteros negros, coronado por una cámara de seguridad.

Sus pensamientos se hilaban unos con otros. Era muy sencillo, si se tenía la llave, evitar la entrada principal. O hacer palanca en los cerrojos y sortear la cámara de seguridad.

—¿Por qué tendría Dragos este folleto? No es que le pegue mucho a un matón a sueldo y camello ser creyente.

—Al parecer, aquí se encuentra la cripta de uno de los primeros cardenales franceses —dijo René—. La pila de agua bendita fue un encargo de las monjas de la Abadía Real de Saint Antoine.

El roce de la escoba del barrendero se alejaba. Escuchó el rechino de una pequeña carretilla verde y las quejas de los peatones a los que esquivaba en su recorrido por el pavimento.

—¿Pudo ser Dragos quien matase a Josiane? De todas formas, el hombre que llamó por teléfono no tenía acento y la conocía. Estoy segura de ello —concluyó ella. Cada vez le pasaban más y más rápido los pensamientos por la cabeza—. Si Dragos ha llegado hace poco a París, tendría que tener acento rumano. Y se trata de un terreno especializado. Los matones a sueldo, hombres musculados, ¿no son sicarios? Ya hemos pasado por esto antes.

—Si tú lo dices —contestó René—. Pero la capilla está ahí mismo. Dragos pudo ir en su hora de comer. No, espera, aquí dice que solo abre un jueves al mes para officiar misa.

Se le ocurrió una idea.

—Es el sitio perfecto para esconder algo.

—¿Esconder qué?

—Lo que fuese que hubiera en esos tubos de cristal... ¿no estaría más seguro ahí dentro que en la *péniche*?

—Pero ¿cómo pudo entrar Dragos en la capilla?

Aimée se echó para atrás y se apoyó sobre la tapicería mullida de cuero de color crema, dejando que la brisa la acariciara.

—Brault, el arquitecto, sabe más cosas de las que te ha dicho, René —repuso ella.

—¿Le hacemos una visita?

—Buena idea, socio.

Durante el tiempo que estuvieron en la sala de espera de Brault René y ella, los pequeños destellos de luz que había visto antes habían desaparecido. El color gris se había intensificado, aclarado, fragmentado y, luego, desvanecido como la nieve en una pantalla de televisión.

Brault estaba reunido. Esperaron. Aimée intentó localizar a Morbier. No respondió nadie en su teléfono personal. Dejó un segundo mensaje. Entonces, llamó a

Bellan. Tampoco hubo respuesta. Con la suerte que tenía, seguro que los dos estaban en la fiesta de jubilación del *préfet*.

Oyó los pasos de René.

—*Merde*, Brault está cruzando ahora mismo el patio, lo estoy viendo por la ventana. Nos está evitando.

—Vamos, René, recuerdo el camino. Lo atraparé.

Sintió que le agarraba la mano, mientras corría delante de ella.

—Confía en mí, no te sueltes —dijo él.

Se tropezó, torpe y vacilante, y llegó hasta el ascensor que estaba detrás de René. ¿Por qué se había puesto sus tacones con pulsera? Pero el otro par de zapatos que tenía eran botas. También con tacón.

Una vez llegados a la planta baja, René tiró de ella.

—Corre. Tenemos que detenerlo antes de que se suba al coche.

Ella escuchó el portazo de una puerta de un vehículo, un motor ponerse en marcha y, luego, el lloriqueo del embrague al meter la primera.

—Brault nos está haciendo gestos. Se señala el reloj de pulsera —dijo René, en su voz había angustia—. No me lo puedo creer, viene directo hacia nosotros. No va a parar.

—Oh, sí, claro que lo hará —respondió ella, saludando con la mano y bajándose de la acera que quedaba delante del coche que se aproximaba. Los frenos chirriaron en el último momento y sintió que el parachoques rozaba el dobladillo de su falda de cuero. El hombre bajó la ventanilla.

—Miren, llego tarde a una reunión —le espetó Brault furioso. Las revoluciones del motor casi ahogaban sus palabras.

—*Monsieur* Brault, llegará mucho más tarde si no colabora —dijo Aimée. Apoyó sus manos sobre el capó del coche aún caliente. Empezó a correr el viento, levantando a su paso hojas, un cubo de basura y lo que sonó como una maceta de arcilla al golpearse contra el suelo.

—¿Me está amenazando?

—¿Dónde podemos hablar?

—Ya le conté a él todo lo que sabía —dijo Brault.

—¿Se refiere a mi socio? —preguntó Aimée. Se inclinó hacia delante, siguiendo la procedencia de la voz del arquitecto—. Él tiene la sospecha de que oculta información. Eso supone un problema para usted, ya que puedo incluir su nombre y el de su estudio en las medidas legales que emprenda.

—¿Qué medidas legales?

—Reúnase con nosotros en la tienda de aparatos eléctricos de la rue Sedaine —apuntó ella—. La que es pequeña, en la esquina con el café de L'Industrie, en cinco minutos.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Si yo fuera usted, iría —respondió Aimée—. La policía quiere el teléfono

móvil de Josiane Dolet. Ahora que ya saben que Vaduz, el asesino en serie, tuvo un trágico accidente de coche con un final fatal, y, por tanto, que no pudo matar a Josiane, están interesados en...

Los vehículos detrás de ellos tocaron los cláxones.

—Ese es mi jefe —dijo Brault, arrancando el motor—. Y el personal administrativo. Apártese.

—Atropellar a una mujer ciega no está bien visto —repuso ella—. Lo mire por donde lo mire.

—Conozco la tienda —admitió y salió escopetado.

—Le mentí —dijo Aimée, sujetándose al codo de René e intentando seguirle el paso sobre el adoquinado desigual.

—Brault es un hombre inteligente —señaló René.

—Entonces, mi mentira debería atraerlo hasta allí.

Un olor a mantequilla y limón llegó hasta ella por su derecha, desde donde se imaginaba que estaba el café de L'Industrie. Solía ir a esa cafetería, disfrutar de la clientela sin pretensiones y la decoración sencilla. No había *branché* de la Bastilla en ese lugar. Platos caseros anunciados en la pared. Viejas mesas de madera con sillas diferentes. Incluso había una cabeza de rinoceronte colgada que coronaba la barra del bar.

—¿Aquí? —preguntó René.

—¿Estamos enfrente de la pequeña tienda de aparatos eléctricos con planchas de hierro en el escaparate?

—Tiene varias viejas aspiradoras Moulinex —contestó él—, como la que tenía mamá en casa.

—Entonces es aquí.

Aimée recordó los escalones gastados, el olor a hierro y a óxido del interior y a Medou, el hombre Arreglatado, como le llamaban. Su tienda era uno de los pocos sitios que quedaban en los que un aparato, sin importar lo viejo que fuera o de qué época, se podía arreglar. Medou tenía cajones llenos de artilugios, cables y motores. Cualquier cosa necesaria para que la antigua sartén de la abuela siguiese funcionando. O casi cualquier otra cosa.

Él también había estado en la Resistencia. La parte trasera de su tienda estaba unida a una vieja fábrica de papel de pared, en su día el punto de encuentro de los miembros de *La Fiche Rouge*, una célula de judíos de Europa del Este activa en el movimiento de la Resistencia. Dos de ellos mataron a un soldado de la Wehrmacht en la parada del métro Barbès. Más tarde, los traicionaron, dicen los rumores, los comunistas de la Bastilla. El más joven de ellos, Maurice Rayman, tenía veinte años cuando esto sucedió.

Ahora era un *studio de danse*, repleto de pistas de baile con suelos de madera de fresno pulida, barras de *ballet*, un piano vertical y enormes espejos de marcos dorados apoyados contra la pared.

—*Bonsoir, monsieur Medou* —dijo ella—. ¿Aún sigue jugando en los campeonatos de *pétanque*?

—Soy demasiado mayor para eso, ¿sabe?, pero tengo un trofeo en la parte de atrás de la tienda —explicó él.

Hubo un silencio.

—Adelante, René —dijo Aimée, agarrándose más fuerte a su codo—, llévame hasta donde te está indicando.

Escuchó a René tragar saliva. Le hubiera encantado ver la cara que ponía al entrar en el estudio de danza.

—*Merci, monsieur*, nuestro compañero se unirá a nosotros en un momento.

Su campo de visión se iluminó. La claraboya debía de estar sin cubrir. Sorprendida, se dio cuenta de cómo los planos de luz y oscuridad se entrelazaban delante de ella. Era frecuente, como había dicho el otro médico... ¿cómo decía esa canción? ¿Una blanca palidez?

Pero arrastró la preocupación hasta el fondo de su mente. ¿Se trataba, sin ninguna lógica, de una señal de los daños que tenía en su cerebro? ¿Todo esto no había sido más que una tomadura de pelo?

—¿De qué conocías este sitio? —preguntó René.

—Si te lo digo, no tendré ningún secreto, ¿sabes? —dijo, yendo a tientas guiándose por la pared—. Esto debería convencer a Brault para que se desahogue con total discreción.

—Aquí dice: clases de hip hop, salsa, tango y *ballet* clásico —apuntó René.

—Podrías conocer a alguien en alguna de las clases, René —dijo ella.

—Eso mismo había pensado para ti —ironizó él.

Se oyeron unas pisadas, luego a alguien maldecir en un murmullo. Brault había llegado.

—El chantaje no funcionará —dijo el arquitecto—. Yo mismo hablaré con el *commissaire*...

—Usted verá —repuso ella, siguiendo la pista de sus pasos y girándose en esa dirección—. Confrontará lo que usted le diga con lo que yo le cuente. Ah, por cierto, es mi padrino.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho, me llamo Aimée Leduc —contestó—. Siéntese y déjeme explicárselo. Por aquí hay una silla, ¿verdad?

Aimée hizo un gesto vago, escuchó el roce de una silla contra el suelo de madera.

Inspiró profundamente, le explicó todo lo relacionado con Josiane, el ataque y su ceguera.

Brault se quedó en silencio.

—Dígame —dijo ella—, ¿qué es lo que ocurre con Dragos?

—¡Quién sabe!

Detectó sorpresa en la voz del arquitecto.

—¿Exposición al asbesto? ¿Agua contaminada? —preguntó ella—. ¿Es eso?

No hubo ninguna respuesta.

—Mirador tiene a sus trabajadores en unas condiciones de inseguridad total, ¿no?

Silencio. Entonces, un pájaro pió desde la tienda de Medou. Y en todo en lo que pudo pensar fue en cómo debían de sentirse los pájaros enjaulados. Enjaulados en la oscuridad.

Vuelta al asunto que se traían entre manos.

—Mire, necesitamos saberlo —dijo ella, esperando estar frente a él. Se agarró a la barra de *ballet*, para mantener el equilibrio—. Si Dragos sufre una enfermedad grave, otros podrían estar en peligro. Como profesional que es, está obligado a informar a aquellos que se encuentren en esa zona.

—Mi estudio de arquitectura diseña proyectos para Mirador. Eso es todo.

—Pillaron a Dragos vendiendo éxtasis. Está en el Hôtel Dieu, enfermo como un perro apaleado, como lo que probablemente sea, con marcas de quemaduras. ¿Le importaría explicarnos el porqué? Y, si no lo hace, le garantizo que el commissaire Morbier estará más interesado que yo en saberlo.

—Ustedes dos nunca se rinden, ¿verdad?

—Eso es retórico, *n'est-ce pas*? —dijo René—. De hecho, podemos llegar a ser bastante despiadados.

Aimée se contuvo la risa.

—Todo lo que les diga se quedará entre nosotros. *D'accord*?

—Por supuesto —respondió René.

—Nada de asbesto ni venenos. No hay nada tóxico en la zona, se lo aseguro. La normativa es muy estricta y la respetamos. Al fin y al cabo, la comisión de planificación tiene que firmar cada proyecto. Pero no sabía que Dragos quería plomo.

—¿Envenenamiento por plomo?

—Plomo. —La voz de Brault se apagó y parecía cansado—. Dragos alardeaba demasiado cuando estaba borracho. Siempre decía que podía sacar beneficios del plomo.

—¿A qué se refería?

—Quién sabe.

—¿De qué conocía a Josiane?

—Josiane escribía artículos para *L'événement* y para *Libération*, lamentándose de los ocho escaños que había perdido en el parlamento de la Unión Europea el Partido Verde. Escribía sobre derechos humanos, no sobre temas populares más convencionales. La respetaba; escribía en lo que creía. Y excavaba hasta encontrar la verdad. En todo caso, no sé qué es lo que encontró.

—Fuera lo que fuera, la mató —dijo René.

—¿Dragos encontró plomo?

—Ni idea —respondió Brault—. Llego tarde...

—Pero esto no tiene ningún sentido —espetó Aimée—. ¿Por qué se iba a vincular

con Josiane si usted trabaja para Mirador?

Brault tenía mucha información. De la buena. Aunque diez minutos antes, casi la atropella.

—Soy arquitecto. No una inmobiliaria —respondió—. Hay una gran diferencia. Mi objetivo siempre ha sido el de conservar el *quartier*; y puedo hacerlo, a mi manera. Mantener el sabor. Pero en negocios, algunas veces tienes que trabajar con el demonio. Esa es mi experiencia. Mirador no es mucho peor que los demás. Al menos, eso fue lo que pensé al principio. Josiane entendió que tenía que proteger sus fuentes, que no podía citarme.

¿Por qué era tan hermético? ¿No podía soltarlo y ya está?

—Sabemos lo de los rumanos que desalojan a personas mayores en mitad de la noche... ¿Qué más hay detrás de todo eso?

—Eso es todo —dijo él, parecía sorprendido—. Josiane iba a publicar un artículo sobre las turbias prácticas de Mirador. Yo la ayudé... en secreto.

Claro. Quería conservar su trabajo, estar bien y mantener limpia su conciencia al mismo tiempo. ¿O estaba siendo demasiado dura con él?

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Qué le contó Josiane?

—Íbamos a quedar —dijo él—. Me llamó. Parecía emocionada. Pero insistió en que habláramos en persona.

—¿Dónde fue eso?

—Nunca apareció.

—¿Dónde y a qué hora supuestamente era vuestra cita?

Se hizo el silencio.

—Ya sé que no es de mi incumbencia —se adelantó Aimée, deseando poder valorar su reacción—, pero estaba teniendo una aventura con ella, ¿verdad? ¿Es eso lo que no quiere admitir?

Pero esta vez la sorprendida fue ella.

—La tenía con Vincent Csarda. No conmigo.

Se le escapó de la boca sin pensarlo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó René.

—Josiane y Vincent estaban teniendo una aventura.

Eso no tenía sentido. Si fuera verdad, ¿no hubiera hablado Josiane con él en el restaurante?

—¿Cómo lo sabe?

—Es una suposición mía. Por la manera en la que él hablaba, me dejaba entrever que...

De nuevo silencio.

—Siga —le incitó ella.

—Vincent le debía una a alguien —dijo Brault finalmente, midiendo sus palabras.

—¿A quién?

—Lo deduje de la forma en la que hablaba Vincent, parecía más un intermediario

—dijo él—. Y a algunas mujeres les gusta ese tipo de hombres torturados.

—Eso es nuevo —apuntó Aimée—. ¿No se sentía atraído por ella? ¿Estaba celoso de Vincent?

Una risa forzada.

—Yo no. Cojeo del otro pie.

No solo había perdido su vista, ¡sino que también su tacto! Algo no le cuadraba. Algo no «olía» bien, como solía decir su padre.

—Aún no nos ha dicho dónde y cuándo quedó con Josiane —dijo René.

—En la rue de Lappe —reveló—. Número 24, en un patio frente al Balajo.

—¿Quién eligió el sitio?

—Consultó a su astróloga —explicó él—. Siempre lo hacía cuando tenía miedo.

Aimée recordó cómo no paraba de fumar y de hablar por teléfono en el restaurante. Al igual que muchos parisinos. Pero Aimée recordaba el miedo en sus ojos.

Una ráfaga de aire, calentada por el sol, le pasó entre las piernas. Oyó a René aclararse la garganta.

—Déjeme ver si lo he entendido, *monsieur* Brault —le espetó René—. Josiane estaba escribiendo un artículo sobre la práctica de Mirador de contratar matones rumanos para desalojar a personas mayores de edificios históricos. Mirador los demolía y construía en su lugar edificios de una calidad superior. Mientras tanto, usted presentía que ella estaba teniendo una aventura con Vincent, que de alguna manera estaba comprometido a hacerlo. Dragos abrió su boca para decirle que se podían hacer negocios con el plomo y entonces Josiane llamó, diciendo que tenía que hablar con usted en persona. Pero no apareció.

—Si lo dice de esa manera... a lo mejor...

—¿Le dijo que estaba teniendo una aventura con Vincent?

—No con palabras —contestó—, pero lo intuía.

Quizá fuera con otra persona.

—¿Dragos habla con acento? —preguntó Aimée.

—Llego tarde —dijo Brault, levantándose y echando la silla para atrás. Golpeó la pared con un ruido sordo. Unas llaves tintinearón en su bolsillo.

—¿Habla con acento? —repitió, presionándole.

—Con un acento muy marcado —respondió el arquitecto—. El rumano se parece mucho al latín.

El hombre que llamó al móvil de Josiane no tenía ningún acento extranjero.

—Entonces, ¿cuál es su relación con Vincent?

—Él organizó nuestra campaña de imagen por nuestro décimo aniversario. Es bueno. El mejor.

Lo era. Y eso siempre sorprendía a Aimée. Quizá, con sus clientes enfundaba sus malos modales.

—¿Les presentó Josiane?

Silencio.

—Déjeme pensarlo —dijo finalmente—. Debió de ser en esa fiesta el año pasado. En el *hôtel particulier* que tiene ese exquisito pequeño teatro.

—¿También estuvo Dragos ahí?

—¿Por qué debería de haber estado? Si mal no recuerdo, más bien se había movilizadado al círculo de los progres con dinero para recaudar fondos para la Ópera.

El mismo círculo que Vincent y Martine habían reunido para el lanzamiento de su nueva revista.

Tuvo una corazonada.

—¿Estaba Malraux? Está involucrado en los temas de la Ópera.

—¡Claro que estaba! Es uno de los patrocinadores de la Ópera —dijo Brault—. ¡Un verdadero aficionado! Dona el mobiliario para los decorados. Es curioso... ahora lo recuerdo... Dragos estaba transportando muebles en el patio.

El teléfono le vibró en el bolsillo de su falda.

—*Allô?*

—Me siento como un famoso, Leduc —dijo Morbier—, has intentado localizarme varias veces.

—Tengo pruebas.

—¿Pruebas de qué?

Unos pasos se acercaron a ella y Brault susurró algo que parecía o a un adiós o a un «que te pudras», no estaba segura de cuál de los dos podía ser.

—Vaduz no mató a Josiane Dolet —dijo ella.

—Leduc, ¿todavía sigues dándole vueltas a eso?

—Como un molino —respondió—. René le dejará un sobre con las pruebas a Bellan, que ha cerrado el caso demasiado pronto.

El silencio se apoderó de la conversación.

—¿Qué pasa, Morbier?

—Lo único que quiero es jubilarme. Mantener intacta mi pensión. Tener una buena relación con mis compañeros con los que he trabajado casi toda mi vida.

—¿Y por qué no iba a ser así, Morbier? —No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Tuvo un mal presentimiento.

—Leduc, he estado estudiando tu historia. Por mi cuenta —explicó el *commissaire*—. Pero el arroyo baja seco. No hay ninguna conexión. Lo siento.

¿Otra disculpa de Morbier? Increíble. Al menos lo estaba intentando.

—¿Qué me dices a esto? ¿Su amante la llamó y luego la asesinó, siguiendo el *modus operandi* del Monstruo de la Bastilla? —le sugirió ella.

—Me gusta. Muestra rencor y premeditación. Todo lo que necesitamos para la *judiciaire* —dijo él—. El departamento mantendrá su reputación, el pueblo nos perdonará. Suena bien. —Resopló por el teléfono—. Pero me temo que es demasiado sencillo. Te golpearon en la cabeza demasiadas veces, Leduc.

—Tengo el teléfono de Josiane —le reveló.

Si se había sorprendido, su voz no lo reflejó.

—Eso es una prueba. ¿Por qué no lo has entregado? —preguntó él—. Dame una buena razón para no detenerte por ocultación de pruebas.

—¿Un móvil barato con una tarjeta de prepago? —contestó Aimée—. Los únicos números que aparecen registrados en su marcación rápida son el de un arquitecto, el de su astróloga y el de una persona de la Comisión Nuclear en Taverny.

—¿Taverny?

—El científico está fuera de la oficina. Tenéis que haber encontrado más cosas en su apartamento.

—Pero no encontramos nada —dijo él.

Le estaba proporcionando información poco a poco. Haciendo su trabajo por él. Como siempre hacía.

De fondo, Aimée escuchó voces. Timbrazos de teléfonos.

—BRIF —respondió alguien.

Sus hombros se pusieron tensos. Cayó en la cuenta. No era de extrañar que Morbier tuviera que viajar.

—Estás con la Brigada Antiterrorista. No has ido a Créteil para un seminario.

—No puedo decir nada, Leduc —se excusó él, con un largo suspiro—. Ve a hablar con Bellan. Dale tu información.

En lugar de encontrar consuelo en las palabras de Morbier, se hundió más.

—Mira, Morbier... —dijo, pero él colgó.

Sacudió la cabeza. ¿Qué le pasaba?

El teléfono sonó.

—No vuelvas a colgarme de esa manera...

—No he sido yo —le interrumpió el doctor Lambert.

—Lo siento —respondió, sorprendida.

—¿Quién le ha colgado? —¿Había enfado en la voz de Lambert?

—A mi padrino se le da muy bien cabrearme —dijo ella—. Mire, sé que ya no soy su paciente, pero...

—La he derivado a Reyaud porque es un excelente doctor especializado en la retina —explicó el doctor Lambert—. Puede ayudarla mucho más que yo en estos momentos. —Lo oyó inspirar profundamente a través del teléfono—. Los resultados de la resonancia magnética no eran concluyentes. Lo siento, sé que esperaba que respondiera a muchas preguntas. Tome la medicación, más adelante el doctor Reyaud le hará otra resonancia. Estoy seguro de ello.

Sus esperanzas volvieron al limbo nuevamente. Sería mejor que se despidiera de él: se dedicaba al duro negocio de cuidar a los demás.

—Gracias —dijo ella—. No le robo más tiempo.

—Reyaud es su médico ahora —se apresuró a decir él—. Yo ya no lo soy. Así que esta no es una llamada profesional.

Perfecto. Lo había avergonzado y estaba siendo educado con ella.

—Cena... —continuó diciendo—. Sé que bebe. Pero también come, ¿verdad?

—¿Yo?

¿Le estaba invitando a cenar?

—Elija un restaurante. La llamaré más tarde —dijo él—. Después de mi ronda de la tarde, tengo una consulta, por lo que es difícil predecir cuándo terminaré.

Hizo una pausa.

—Adelante —dijo él—. Cuélgueme. Se sentirá mejor.

Y así lo hizo.

Sábado

Loïc Bellan subió los anchos escalones, mientras discutía por su móvil.

—No hay nadie. El barco está cerrado. ¿No puede el juez de instrucción acelerar la concesión de la orden de registro?

—Todo a su debido tiempo, Bellan —dijo el *flic* que estaba al otro lado del teléfono—. Mantén el móvil encendido.

En el muelle, al final de la hilera de plataneros, había una pequeña cafetería. La pendiente que conducía hasta el bulevar de la Bastilla estaba cubierta por césped artificial. Bellan se sentó en la terraza y pidió un café. *Nada de alcohol*, se había prometido a sí mismo.

Y observó la *péniche* azul marino. Había tenido operaciones de vigilancia peores que esta. El sol le daba en la cara, una fuente borboteaba detrás de él y el sonido de las suaves olas que golpeaban contra los cascos de los barcos lo adormecían. El rugido de la Bastilla reposaba justo detrás de él, pero desde ahí nunca nadie podría haberlo adivinado.

Una vez había llevado ahí a sus hijas. Cuando una embarazadísima Marie tenía cita con el médico y le había suplicado que se pidiese la tarde libre. Una punzada de remordimiento lo asaltó. ¿Por qué no lo había hecho más veces? Llevar a sus hijas al museo de Ciencias Naturales en Porte de Villette y luego un paseo a lo largo del canal. Les hubiera encantado. A él también.

—*Monsieur, monsieur!*

Bellan parpadeó. Se debía de haber quedado dormido bajo el sol. No había nadie. Ni ahí ni en el barco.

—*Monsieur!*

Miró a su alrededor. Un niño pequeño se asomaba detrás de un árbol, señalando a los pies de Bellan, donde había un balón de fútbol.

—Por favor, pásemelo, *monsieur* —pidió el niño—. Nos meteremos en problemas si molestamos a los clientes de la cafetería...

Bellan levantó la pelota, se incorporó y se estiró, luego se acercó al árbol. Tres niños, el mayor no debía de pasar de los diez años, una pequeña *bande* del *quartier*, lo miraban.

—¿De quién es el balón?

—Es mío —dijo uno de ellos, rubio y con la cara colorada.

—*Bon*, necesito que me ayudéis —propuso Bellan, mandando la pelota al césped con una patada muy ágil—. ¿Sabéis algo de los barcos que están ahí amarrados? ¿De las personas que viven en ellos?

Se miraron los unos a los otros. El niño con la cara roja cogió el balón.

—¿Habéis visto a alguien entrar en la *péniche* esa azul oscuro?

Negaron con la cabeza los tres al unísono.

—¡André, Marc, Charles! ¡A comer!

Nombres católicos.

—¿Podéis ayudarme?

Retrocedieron.

—Pregunte a Bidi, es mayor que nosotros. La tienda en el número 22 —contestó el niño con la cara colorada.

Luego, corrieron, pasando junto a los árboles.

Debía de estar perdiendo facultades. Después de pagar el café, pasó por delante del seto y de la arboleda.

Número 22, un edificio de apartamentos del siglo XIX del bulevar de la Bastilla. Había una tienda de ultramarinos bajo un toldo a rayas a pie de calle. Cajas con pimientos verdes brillantes, puerros, calabacines, endivias y melones se alineaban en la fachada. Desde la puerta, Bellan pudo oler el aroma que desprendía el detergente de un suelo recién fregado.

—*Attention, monsieur*, aún está un poco mojado. ¿Puedo ayudarlo en algo? —dijo un hombre mayor calvo, limpiándose las manos en el delantal, detrás de la caja registradora.

—Estoy buscando a Bidi, ¿podría hablar con él, por favor?

—Por supuesto, está detrás —respondió el hombre y sonrió—. ¡Bidi!

Bellan reparó en lo repleta que estaban las estrechas estanterías de la tienda. Hacinas pero ordenadas. Organizadas. Cada espacio disponible estaba ocupado: paquetes de pasta, levadura, botes de cacao, café envasado al vacío, galletas, chocolate, mantequilla, arroz, Nutella y botes de mermelada y de salsa de tomate, azúcar moreno, botellas estrechas de aceite de oliva de la Provenza, vinagre de estragón, latas de sardinas y paquetes retractilados de seis botellas de agua mineral embotellada y de Orangina. La pequeña sección refrigerada estaba repleta de leche, yogures, carnes y quesos envasados: de cabra, de oveja, de vaca, curado, semicurado y tierno.

Este pequeño milagro de convivencia generalmente se asociaba solo a los árabes (porque las tiendas en las esquinas que suelen abrir hasta tarde y también los fines de semana, normalmente están regentadas por norteafricanos). Están por todo París.

—*Tiens* —dijo el hombre—. Este chico se involucra mucho en su trabajo. ¡Bidi!

Al final del pasillo, Bellan pudo ver la espalda de un joven arrodillado, apilando paquetes de sal marina. Su cabeza se balanceaba; llevaba cascos. Bellan le dio un golpecito en la espalda para llamarlo.

—*Pardon*.

Se dio la vuelta y Bellan se tensó por la sorpresa.

Un sonriente chico con síndrome de Down alzó la vista para mirarlo.

—¿Bidi?

—*Ouais?* —respondió él.

Bellan controló su decepción antes de soltar algo de lo que se pudiera arrepentir. ¿Qué podía salir de este muchacho? Una nada bien grande.

—Lo siento, pensé que podía ayudarme, pero está ocupado —dijo Bellan, esperando tener el suficiente tacto.

—¿Esta gritando por mis cascos? —preguntó Bidi, sus palabras salían lentas pero claras—. Me los quitaré. ¿Ve? —Se los colocó alrededor del cuello—. Puedo oírle.

¿Había gritado? La siguiente palabra de Bellan se le quedó atascada en la garganta.

—Yo... yo... unos niños me dijeron que quizá sabía algo que me interesa conocer.

Bidi se puso de pie, limpiándose el polvo de sus rodillas.

—*Ouais* —dijo él, asintiendo con la cabeza. Tenía los ojos ovalados y entornados, la boca pequeña y pecas—. Me lo han dicho. Dijeron que parecía un hombre serio.

Bellan sintió gotas de sudor en la frente. ¿Hacía tanto calor? Se desabrochó el primer botón de la camisa.

—Ha asustado a André —continuó Bidi—. Pero también es verdad que André se asusta con todo.

—¿Le asusto a usted?

Bidi sonrió.

—*Non*. Me gusta su camisa. Mi hermano tiene una igual.

—*Merci*. —Bellan cambió el peso de pie. Marie le había comprado esa camisa en Printemps por su cumpleaños.

—Los chicos me dijeron que quería saber algo sobre el barco. El azul.

—Sí, efectivamente, de hecho, me preguntaba si vivía gente ahí, ¿sabe? Pero supongo que está demasiado lejos como para ver nada desde aquí...

—¿Por qué?

—Esos hombres...

—¿Es *flic*?

Bellan asintió.

—¿Uno de verdad?

Bellan sacó su placa identificativa. No sabía si Bidi podía leer.

—Puede que esté un poco borrosa y sea difícil de leer, pero esa es mi foto.

—Puedo leer. *Monsieur* Tullés dice que soy muy cuidadoso. Que afronto las cosas tal y como son. Y de una forma directa —respondió el joven—. Mire, coloco todos los productos según un orden: primero por el tipo, luego por el tamaño, y luego...

—Bidi, estoy seguro de que el policía puede ver lo bueno que eres en tu trabajo —dijo *monsieur* Tullés. Se acercó al joven muchacho, le rodeó con el brazo por el hombro y sonrió—. Soy muy afortunado por tenerte aquí trabajando conmigo todos los días.

—*Ouais*, después de que *madame* muriera, necesitabas ayuda.

Bellan arrastró los pies, se sentía excluido. Y solo. Algo irradiaba entre ellos dos.

Algo cálido y bondadoso de lo que él no formaba parte.

—Me preguntaba, debido a que su tienda está frente al muelle, si había visto a hombres entrando y saliendo.

—Les gusta el queso feta, las legumbres y las galletitas saladas —contestó Bidi. Señaló al pasillo de al lado—. Están ahí.

La alarma del reloj del joven sonó. Se volvió bruscamente.

—Tengo que terminar mi trabajo. Mi horario termina en cinco minutos.

—Habla con el policía, Bidi, no pasa nada —dijo *monsieur* Tullés.

—Pero no he terminado mi trabajo... —repuso él. Frunció el ceño.

—El policía necesita información. Y tú eres muy observador, ¿no te lo he dicho otras veces?

Los labios del muchacho dibujaron una sonrisa. Miraba con adoración a *monsieur* Tullés.

—Es un hombre bueno —dijo Bidi mirando a Bellan—. ¿Es usted un hombre bueno?

Bellan agachó la cabeza. Avergonzado.

—No muy a menudo.

—Ellos son malos. Lo sé.

Bellan alzó la mirada.

—¿En qué sentido, Bidi?

—Hacen daño a la gente.

—¿Los ha visto pelearse?

—Hay sangre en sus camisas. Les dije que OMO era el que mejor quitaba las manchas.

Entraron unos clientes a la tienda y *monsieur* Tullés los dejó solos para ir a atenderlos.

—Uno se llama Dragos y tiene una coleta y trabaja en la Ópera —le informó Bellan—. ¿Lo conoce?

—Me gusta el sitio de la música. Ese hombre me paga para que le lleve comida.

—Aaah. —Bellan asintió—. Entonces no está enfermo, ¿verdad?

Bidi negó sacudiendo la cabeza. Se rascó sus musculados brazos.

—No se permite meter comida en el *backstage*, pero me enseñó una entrada secreta.

Los ojos de Bellan se abrieron como platos. ¿Le enseñaría Dragos Iliescu a este ingenuo muchacho un secreto...? Pero Bidi no era tan ingenuo como parecía, tuvo que admitir Bellan de mala gana; eso era más complicado. Tuvo que alejar ese pensamiento de su cabeza. Bidi parecía leal, puntual y un trabajador nato. Así era como algunos le describían a él mismo, después de graduarse en la academia de policía. Como un perro que responde al afecto.

—¿Por qué le enseñó Dragos un camino secreto?

—Para llevarle su comida. No le gustaban sus jefes. Se reía del más grande y

decía que se las haría pagar.

El joven miró su reloj.

—Tengo que irme. O llegaré tarde. No puedo llegar tarde.

—¿Me enseñará ese camino? —preguntó Bellan, titubeante.

—Ahora no tengo tiempo. Más tarde.

Bidi apiló la última caja, se quitó su delantal, se puso su mochila y se marchó.

—¿Tiene una cita?

—Observa aves. —Asintió *monsieur* Tuller—. Todos los días a esta misma hora, observa a los halcones anidar detrás de la esfera del reloj de la gare de Lyon.

Sábado, a última hora de la tarde

—Vayamos al sitio dónde iban a encontrarse Josiane y Brault —dijo Aimée.

Una vez que estuvieron fuera sobre la adoquinada rue de Lappe, ella se aferró al brazo de René.

Los sonidos de un atardecer temprano de un sábado en el *quartier* que se mezclaban con los de unas calles atestadas que daban paso a los primeros vestigios de la vida nocturna, fluían alrededor de ellos. Risas y voces retumbaban en la angosta calle. Voces de jóvenes, que habían ido hasta la Bastilla para pasarlo bien. Más tarde, malhumorados y hoscos por la bebida, se replegarían para volver a casa. Vomitando en el *métro*.

Había también algunos patinadores con máscaras de gorilas, zigzagueando en formación sobre los ladrillos de color rosa granate que perfilaban la vieja prisión de la Bastilla. Daban vueltas a la columna de la plaza, pasando junto al café des Phares donde la clientela hablaba sobre filosofía y resolvía los problemas del mundo los domingos por la mañana.

La Bastilla había atraído a la gente desde la época en la que se bailaba el musette. Los más sofisticados asistían a *raves* en los almacenes abandonados de las afueras de París. Pero la tradición continuaba desde los años 30, cuando las estrellas de cine y los *aristos* iban a visitar los barrios bajos que se extendían por la rue de Lappe. A pesar del cambio superficial experimentado en el *quartier*, la clase trabajadora seguía bailando al ritmo de un acordeón, mejilla con mejilla, y seguía emborrachándose.

—Brault dijo que estaba donde el Balajo —recalcó ella—. ¿Qué ves?

—El número veinticuatro está junto a un bar llamado Nenette —dijo René—. Hay una puerta de madera pintarrajeada con grafitis, que conduce a un patio.

—Echemos un vistazo —sugirió ella.

—*Attention!* —exclamó René.

Demasiado tarde. Sus piernas se golpearon contra un bolardo, bajito y redondo. Se desplomó contra el pavimento húmedo y empedrado. Menos mal que estiró los brazos por delante y aterrizó sobre sus rodillas y las palmas de las manos extendidas.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó, frotándose la espinilla. Debía de tener las piernas llenas de moratones como resultado de tantos golpes que se estaba dando, chocándose con las cosas. No le quedaría ningún par de medias intacto. Sería mejor que empezara a vestirse con pantalones.

—Lo siento —se disculpó él—. Las balizas custodian el camino, para evitar que los coches aparquen.

Ella sabía que en un tiempo pasado, estos postes metálicos impedían que los carruajes chocaran contra los edificios.

—Parecen sacadas de un juego de ajedrez, se asemejan a los peones —describió

René.

Así era como se sentía ella. Un peón en el juego de la vida. Avanzando de plaza en plaza pero terminando siempre en tablas.

Escuchó el inconfundible canto de un gallo procedente del interior del patio.

—Vamos —dijo Aimée.

Adoquines irregulares les dieron la bienvenida. El cacareo cada vez se hacía más fuerte, acompañado por los acordes de un organillo. Un foco de vida, imperturbable y completamente parisino, que formaba parte de los callejones y de los patios que componían el laberinto de la Bastilla.

—¿Se han perdido, *monsieur et mademoiselle*?

—Eh... podríamos decir que sí —respondió René.

—Pero podría ayudarnos —añadió Aimée—. ¿Fabrica aquí organillos?

—Y hojas para partituras —dijo el hombre, quien se ofreció a ayudarlos—. Con los agujeros perforados en ellas para que así el rodillo pueda «leer» las notas.

—¿Conoce a Josiane Dolet? Lo pregunto porque tenía una cita con un amigo en este mismo lugar el lunes por la noche.

—Lo siento, pero no.

—¿Y hay alguien por aquí que pueda conocerla?

—No estoy seguro. Solo alguno de nosotros vivimos aquí. Los demás trabajan en los *ateliers* por el día y luego se marchan a sus casas. Ahora mismo estoy yo solo.

El cacareo de las gallinas estaba cada vez más cerca.

—¿De quién son las gallinas, *monsieur*?

—Son de Ravic, el herrero.

—¿Todavía se sigue trabajando el hierro?

—*Mais oui* —contestó el hombre—. La herrería está detrás del corral. Hoy está cerrada. Ha ido a la boda de su sobrina.

—*Merci* por su ayuda, *monsieur*.

Otro callejón sin salida. Aimée se dio la vuelta y tiró del brazo de René.

Pasaron junto a las gallinas. El sonido metálico que producía el organillo retomó de nuevo el ritmo detrás de ellos.

Y, entonces, se le encendió una bombilla. Claro. Ella se giró, agarrándose del brazo de René.

—Perdóneme, *monsieur*, pero ¿Ravic también trabaja con plomo?

—Con todo tipo de metales. No solo con el hierro. Me suministró un compuesto de plomo para mi nueva manivela. La vieja se rompió.

—¿Con plomo no es más pesada?

—No mucho más.

Sus oídos se agudizaron.

—¿No mucho más pesada?

—Ravic utiliza capas delgadas de plomo —explicó el hombre—. Mezcladas con alguna aleación, para endurecerlas.

—¿Sabe si también les suministra a los artesanos de la zona?

Hubo silencio como respuesta. ¿Se había encogido de hombros? ¿O había movido la cabeza?

—Lo siento, pero no puedo ver muy bien.

—*Mais oui* —respondió él, tiñendo su voz con una sonrisa—. Abastece a todo el mundo.

—*Merci, monsieur.*

Un olor a bollería procedente de algún sitio les inundó la pituitaria según llegaron a la rue de Lappe. René le pidió que esperara ahí un momento, luego sintió algo caliente sobre las manos.

—Es un *pavé* de la Bastilla, un adoquín —dijo él—. O por lo menos así es como lo han llamado en la panadería.

—Sabe más a un pastel de chocolate —respondió ella—. Delicioso.

Se aferró al codo de René mientras caminaban, sacudiendo las migas de su otra mano.

—¿En qué estás pensando, Aimée? —le preguntó René.

—¿Te acuerdas de lo que dijo Brault sobre que Dragos estaba buscando plomo?

—¿Qué significa eso?

—No estoy muy segura, pero necesito hablar con Vincent —dijo ella—. Para averiguarlo. Llamémoslo desde una cafetería. Probaremos con otro número.

—Vincent Csarda —respondió él mismo al primer tono.

—Necesitamos hablar con usted, Vincent.

—Imposible. Discúlpeme —contestó él—. Déjeme llamarla más tarde.

—Lo que le tengo que decir no puede esperar.

—Ahora mismo me pilla en un mal momento —dijo él.

—Su mal momento no ha hecho nada más que empezar si no persuadimos a la *proc* para que ignore su aventura, Vincent —dijo ella, improvisando según iba desarrollándose la conversación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él, bajando la voz.

—El que tenga una aventura no es de nuestra incumbencia, excepto por...

—Vuelva a la Tierra, Aimée Leduc —le espetó él—. Vuelva a la realidad.

—La aventura que tenía con Inca —dijo ella.

Aimée escuchó un crujido, como si estuviera tapando el teléfono. Una conversación murmurada.

—¿A qué se refiere?

—Es un perverso, haciendo tríos o lo que fuera con Inca —respondió ella—. El diminutivo para Incandescent.

—¿Quién?

—Todos esos correos electrónicos subditos de tono no facilitarán las cosas para demostrar a la *proc* que no tiene ninguna relación con Incandescent.

—No se meta en mis negocios —repuso él, con la voz quebrada—. Nuestro

contrato se ha extinguido.

—¡Y pensar que hace un momento se había disculpado! —dijo ella—. Pero para el tribunal de justicia, como ya le he dicho, seguimos siendo culpables. La citación es el lunes, René está esperando a que llegue la notificación por escrito para reenviársela a usted.

—No puedo hablar ahora.

—Vincent, tengo el *software* para demostrarlo. Y lo haré. Ahora ya se ha convertido en algo personal.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él.

¿Por qué no podía entenderlo? Vale, no quería entenderlo.

—Simplemente hicimos negocios en Burdeos —continuó hablando él—. Esos viticultores se toman su tiempo. Les decía que apostar por un negocio no es como esperar a que el vino envejezca. Hay que moverse rápido y tomar decisiones en un instante. Menos mal que está Martine. Fue la que salvó la revista.

¿Martine no había hablado con él?

Inspiró profundamente.

—Después de que se marchara del restaurante, cuando iba de camino al *métro*, alguien me atacó. ¿O a lo mejor ya conoce toda la historia?

—¿Qué quiere decir?

En su voz se reflejó sorpresa.

—Josiane, la mujer que estaba sentada a nuestro lado, fue asesinada en el callejón contiguo. Voy a descubrir quién me atacó a mí y quién la asesinó. Tengo tiempo, ya que el agresor me ha dejado ciega.

Las palabras se le escaparon solas. Pudo oírle jadear al otro lado del teléfono.

—¿Usted? ¿Un asesinato? —Su sorpresa parecía verdadera.

La respuesta de Aimée se le quedó atascada en la garganta.

Y un terrible pensamiento se apoderó de su mente. Recordó a Josiane sentada en la mesa de al lado fumando. Y cómo los miraba. ¿Había dirigido su mirada hacia Vincent?

—Conocía a Josiane Dolet, ¿verdad?

Hubo silencio.

¿Estaba todo planeado? ¿Era algún tipo de código secreto entre ellos? ¿O ella quería hablar con él, pero se lo pensó mejor y acordaron verse más tarde?

—Usted mató a Josiane.

—No tiene ningún sentido lo que está diciendo —respondió él, con la voz ronca—. Todas esas acusaciones sobre una aventura y ahora...

—Ella estaba investigando sus vínculos con Incandescent. El blanqueo de dinero con el tráfico de armas...

—Esto no tiene nada que ver con eso —espetó, bajando la voz, conteniendo la emoción—. Mire, Aimée, he estado manteniendo esto en secreto. Un amigo mío tenía una relación con ella. Pero me he quedado boquiabierto al saber que ella ha muerto.

—¿Un amigo? Si la conocía, ¿por qué no habló con ella?

—No la conocía lo suficiente como para hablar con ella. Tengo muchas más cosas en la cabeza aparte de la amante de un amigo.

—Martine ha estado en Burdeos, ¿la ha visto?

¿Le habría contado Martine a Vincent lo de su ataque?

—*Tiens!* Yo preparé el terreno. Por lo que yo simplemente evité involucrarme más. Alain Ducasse pidió una corrección del artículo sobre la *nouvelle cuisine* que estaba a punto de publicarse. Otra catástrofe inminente. Así que cogió un vuelo a Lyon, lo tranquilizó y lo convenció de una forma delicada y amable. Hace milagros. Así es Martine.

Aimée conocía a Martine. Y en eso sí que lo creía.

Algo metálico sonó de fondo. Parecía que habían llamado a la puerta. Luego, esta se abrió.

—Tengo que irme —dijo Vincent.

—¿Quién mató a Josiane?

—¡Déjeme en paz! —exclamó él. Se le quebró la voz.

—Estos mensajes rusos no formaban parte de la campaña publicitaria de la Ópera, ¿verdad?

—¿Mensajes rusos?

—¿Por qué los codificó?

—No me he puesto en contacto con los rusos ni he codificado ningún correo —aclaró él—. ¿Por qué tendría que hacerlo? —Pero su voz se ralentizó, como si estuviera midiendo sus palabras.

—René hizo copias de seguridad —advirtió Aimée—. Tenemos todo.

—¡Está *folle!* Ha perdido completamente el juicio.

Y colgó. Lo que sí que podía decir de Vincent era que se trataba de un hombre consecuente; rompía los contratos, salía corriendo y le colgaba el teléfono. Pero parecía verdaderamente sorprendido cuando escuchó la revelación de Aimée de que había sido atacada y del asesinato de Josiane.

Entonces, ¿qué estaba escondiendo? ¿Y qué tipo de aventura de un amigo estaba protegiendo?

—¿Adónde vamos? —preguntó Aimée, según se montaban en el Citroën.

—A la oficina de Vincent.

—¿Quieres hacerle recapacitar en persona?

—Hay que intentarlo —dijo él—. Su oficina está en la rue Charenton. Cerca de aquí.

Oyó cómo René daba al intermitente para incorporarse. Desde fuera de la ventanilla, llegaban las revoluciones del motor al meter la primera.

—Está asustado, René —dijo ella—. Ha dicho que un amigo suyo estaba teniendo una aventura con Josiane.

—Dos extremos del espectro, ¿no?

—Estos correos electrónicos han generado mucha controversia —dijo ella.

—Pero ¿por qué la mataría Vincent? —preguntó René.

Aimée negó con la cabeza y se arrepintió. Las chispas de detrás de sus párpados se movieron.

—El ayudante de la *proc* se reunirá con nosotros antes de la vista el lunes si...

—¿Cómo vamos a explicar lo de los mensajes codificados rusos?

—¿Los mensajes rusos? ¿Es a eso a lo que te referías?

Y, entonces, ella le explicó qué era lo que había descubierto entre la correspondencia eliminada de Vincent mientras el coche seguía en marcha y avanzaba.

—No me gusta —dijo ella—. Pero cuando se lo he dicho ahora, parecía sorprendido. Ha negado que supiera de su existencia. Y, por alguna razón, lo creo.

Escuchó a René tomar aire.

—¿Puede ser que alguien le haya robado la contraseña?

René había tenido una buena idea. Ella ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—O haber usado su ordenador y haberse conectado con sus propias contraseñas. Una secretaria tendría que saber quién entra a su despacho —apuntó ella—. Pero primero, hablemos con Vincent y asegurémonos de que está siendo franco con nosotros.

Pero Vincent no estaba en su oficina. Su secretaria les dijo que aún no había vuelto de su cita, y que no sabía cuando lo haría.

—¿Quién tiene acceso a la oficina de *monsieur* Csarda? —preguntó René.

—Tendrán que hablar con él —contestó la secretaria, su voz reflejaba enfado—. Discúlpenme, pero ahora estamos cerrados.

De vuelta en el apartamento de *madame* Danoux, se agachó, poniéndose a gatas y palpó cada sillón y armario que encontró en el camino hasta que dio con el viejo tocadiscos. Justo donde *madame* Danoux le había dicho que estaría. Y sus discos. Su colección de canciones antiguas de la Bastilla.

El suelo crujió. Se agarró a lo primero que encontró. La pata de un diván tapizada con áspera crin de caballo. Tenía que tranquilizarse, recordar que solo era el *métro* pasando por debajo, por las entrañas del barrio.

René se había ido a fotocopiar el registro de la morgue y dejaría la copia en un sobre a nombre de Bellan en el *commissariat*. Aimée no quería meter a Serge en problemas, por lo que tenían que ocultar su fuente en el depósito de cadáveres.

En ese momento, le apetecía escuchar música. Reencontrarse con las viejas canciones de la Bastilla. El botón de encendido estaba hacia fuera, como el del antiguo equipo estereofónico de su padre. Como el de todos los fonógrafos de aquella época. Sus manos recorrieron la tapa de plástico.

Pulsó lo que parecía al tacto el interruptor del giradiscos.

El disco cayó sobre el plato del tocadiscos. La aguja se unió a él con un susurro

delicado. Un crujido leve y, después, la voz de Jacques Brel cantando: «Cuando solo se tiene amor para ofrecer a aquellos cuya única lucha es ver la luz del día». La guitarra y las palabras la cautivaron. La conmovieron.

Los franceses habían analizado las canciones de Brel. Pero solo sus propios compatriotas belgas conocían y comprendían las calles grises de Bruselas que él evocaba en sus letras, que hacían referencia a la nostalgia de los viejos amantes al reencontrarse nuevamente.

Aimée se sentía de forma muy parecida. Pasó los dedos por encima de las fundas de los discos, había muchas, polvorientas y estropeadas. Al final, el siguiente disco que puso fue uno que olía a viejo. Introdujo su dedo índice en el agujero y, tras un ensayo y error, el disco se deslizó en el interior del alto y delgado aparato.

Nini peau d'chien, la *chanson* de finales de siglo de Aristide Bruant que hablaba de una prostituta de tercera clase acompañada por acordeones y una voz áspera.

Se quedó paralizada. Esa era... la canción. La que su abuela solía tocar, la canción que había oído de fondo por el teléfono móvil. Un título curioso, *Nini piel de perro*... que cuando era pequeña se había preguntado muchas veces si se refería a la piel en sí misma de Nini o su barato envoltorio de «piel».

Su mente se activó. La misma música que sonaba en el ambiente...

Nini peau d'chien... justo como aquella noche.

El timbre sonó. ¿Sería René? ¿Debería responder?

—¿Quién es?

—*Madame Danoux*? —respondió una voz familiar.

Sorprendida, Aimée se incorporó, avanzó dando pasitos cortos hasta que chocó con la puerta. Buscó la cadena, giró el pomo y entreabrió la puerta, con la cadena aún puesta. Un aire frío y rancio se coló desde el rellano.

—Soy yo —dijo el doctor Guy Lambert—. ¿Puedo pasar?

Quitó la cadena y abrió.

Una mano cálida se posó sobre su hombro.

—*Ça va*?

—Nunca mejor dicho —respondió ella, ofreciéndole lo que esperaba fuera una gran sonrisa—. *Madame Danoux* no está.

—Bueno, a quien venía a ver era a ti —dijo, cogiéndole la mano—. Hablamos de ir a cenar, ¿te acuerdas?

Le gustaban sus manos; su calidez y sus dedos finos. Delgados pero fuertes.

¿Cómo podía haberse olvidado?

—¿Has notado algún cambio en la vista?

—Más de lo mismo: puntos arremolinándose y chiribitas o una tela grisácea. ¿Así es como tiene que ser? —preguntó ella—. Hace que me maree, como si se tratara de un remolino que nunca va a acabar. Me provoca náuseas.

—Esa sensación podría persistir durante mucho tiempo —le explicó él—. Me temo que nada ocurre de la noche a la mañana.

Su voz se había movido. ¿Dónde estaba?

—Excepto lo que siento por ti.

¿Había dicho lo que creía que había oído?

—¿Qué quieres decir?

—Siempre te estás metiendo en líos —apuntó él.

—Todo el mundo necesita su sello de identidad.

Pero él no se rió. Aimée sintió que estaba junto a ella. Y toda su consciencia se acomodó en sus manos masculinas envolviendo las suyas.

—Eres diferente a todas las demás personas que he conocido. —Sus manos le recorrieron el brazo, hasta el lugar exacto en el que el hombro se encontraba con el cuello—. Me está empezando a gustar tener que sacarte de los armarios de la limpieza y protegerte de los agresores.

¿Se trataba de una fantasía que tenía en la que rescataba a alguien? Sus palabras no fueron tan bien recibidas por Aimée como ella misma pensó que serían. Pero sí lo hicieron su calidez y la suave fragancia a vetiver.

Desde algún sitio de la calle llegaron el ruido metálico sordo de unos platillos, el estruendo de unos timbales y el sonido claro de la voz de un tenor.

—Esta noche hay ópera —dijo él—. *Don Giovanni*.

—Lo creas o no —contestó ella—, cuido de mí misma desde que tengo ocho años.

—¿Estás alardeando de ello?

Quizá lo estuviera haciendo.

—Fanfarroneando o no, es la manera en la que se ha desarrollado mi vida. Nunca nadie ha querido cuidar de mí, excepto mi padre.

Sus manos acariciaron el rectángulo rígido de plástico de su chapa identificativa y, después, el frío metal de su estetoscopio.

—¿De guardia, doctor?

—Solo llamadas, hasta mañana.

—¿Y eso qué significa?

—Estoy a merced de mi busca, pero podemos cenar —explicó.

—¿Tienes hambre? —Buscó su cálida mano.

Y quería acercarse a él. Justo en ese momento.

—Estoy muerto de hambre.

—¿Te apetece tomar un aperitivo en mi habitación? —sugirió ella, girando y tirando de su estetoscopio—. Eso si es que puedo encontrarla.

Los pasos de Guy se detuvieron.

¿Qué ocurría ahora?

—*Attends* —dijo él—. Esto no está bien.

—¿Por qué no? —Dejó de toquetear el estetoscopio.

—Conozco a la gente en tu situación —aclaró el doctor Lambert—. Te sientes agradecida pero...

—Yo no soy la gente. Soy yo.

Hubo una pausa.

—Hay de por medio una relación entre médico y paciente que hay que considerar... —dijo él.

—Pero ya no eres mi médico —especificó ella—. Me has derivado a otro. ¿Te acuerdas?

Otra pausa.

—¿Eso es todo? ¿Un asalto rápido bajo el edredón? —se quejó él, bajando la voz.

¿Había enfado en su voz?

Sintió cómo se apartó.

Genial. Quería hacerse un ovillo y desaparecer. ¿Qué demonios había hecho? ¿Lanzarse a los brazos de ese hombre que olía maravillosamente y que con su tacto la había excitado?

Merde! Se merecía alguna medalla por arruinar todas las posibilidades que tenía con un hombre en un tiempo récord. Por no hablar de la metedura de pata. ¿Por qué lo había hecho? ¡Comportarse como una desesperada con el médico!

Mejor salvar un poco de dignidad y verlo marcharse por la puerta.

—Apuesto a que pensabas que me refería a eso, ¿verdad? —dijo lo primero que se le ocurrió—. Te estaba probando.

—Mentirosa. —Su perfume flotaba delante de ella. Él la acercó a su cuerpo—. Pero eres preciosa. Con las rodillas magulladas, con el pelo de punta y con todo lo demás.

Aimée no se esperaba esa respuesta.

—Prácticamente has dicho que nunca más volveré a ver.

—¿Y eso importa mucho?

—Muchísimo.

—A ti —respondió él—. Tienes que superar ese obstáculo. Pasar página. Intentarlo. Serás más feliz cuando lo consigas.

¿Podría ser feliz sin ver?

Sentía una mezcla extraña de emociones dentro de ella. No podía recordar la última vez que un hombre había rechazado acostarse con ella. Necesitaría tiempo para recuperar su vanidad herida y remontar el vuelo desde el agujero profundo en el que había caído.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo él.

—Explícamelo.

—Antes de estudiar Medicina, estudié Literatura. Garabateé algunas poesías. Me has hecho pensar en los versos de Byron... «Ella camina bella, como la noche».

Fuera en la oscuridad, bramó una sirena de policía.

—Desearía no sentirme tan atraído por ti —le confesó él.

Ahora Aimée estaba más confundida que nunca.

Y entonces, de repente, él la estaba besando como la última vez. Sus piernas lo

rodearon y lo apretó fuerte contra ella. Él la bajó hasta el sillón de crin de caballo.

El aroma de él estaba impregnado en el cabello de Aimée, sus labios le acariciaban el cuello. Ella se aferró a su espalda. Y en ese preciso instante fue cuando su busca sonó, pitando cerca de su codo.

—*Merde!* —exclamó él.

Non. Non, non, casi grita Aimée.

—¿No podrías hacer como si no lo hubieses oído? —preguntó ella, sintiendo su codo y su respiración caliente entre beso y beso en su brazo.

Escuchó un clic según él leía el mensaje. Sintió que se ponía rígido el cuerpo del doctor.

—No cuando se trata de un niño de tres años que ha derramado el ácido base para revelar fotografías, provocando una emulsión, y que se lo ha restregado por los ojos. —Aimée sintió cómo se incorporaba, tendiéndole las manos para ayudarla a levantarse—. Si me doy prisa, podré estar allí para cuando llegue la ambulancia.

Y en dos minutos se había ido. Solo se quedó con ella su fragancia a vetiver.

Se despertó por las gotas de la lluvia que impactaban contra la claraboya de arriba.

Y se sintió segura, arropada por el calor del edredón.

Sus sentidos se habían agudizado. Cada una de las partes de su cuerpo era recorrida por un hormigueo al recordar cómo la había besado, sin detenerse...

Y entonces oyó los compases del acordeón entonando *Nini peau d'chien...*

Otra vez... como la melodía de fondo que sonaba cuando recibió la llamada en el teléfono de la desconocida.

Se quedó paralizada.

¿Estaba ahí el asesino? ¿En el apartamento?

Pero ¿cómo era posible?

La duda la invadió. Y por un momento se preguntó si lo había interpretado todo mal. Si había cometido un error. Si el asesino en serie estaba vivo y aún... *non*, eso no tenía ningún sentido.

Sin embargo, su sangre se heló.

Se quitó el edredón y gateó hasta la puerta. Agudizó el oído.

La voz de *madame* Danoux se unió a las del coro en la canción de *Nini* en el disco. Unos pasos marcaban un ritmo en el suelo, como si estuviera bailando. El viejo baile popular, *la bourrée*. Así que *madame* Danoux bailaba sola los sábados por la noche.

Pero Aimée no pudo volver a conciliar el sueño. Buscó la cama, luego, se sentó en el suelo y se peinó con los dedos su corta melena.

Había programado la alarma del reloj que anunciaba con una voz las horas para despertarse, pero no había ninguna razón por la que esperar. Llamó a *Le Drugstore*, siguiendo el procedimiento habitual, y cuatro minutos más tarde estaba hablando con

Martin.

—Es así, *ma petite mademoiselle* —dijo Martin, como si le estuviera dando un regalo de confirmación—. No hay ninguna noticia, nada realmente.

Se imaginó que sus habituales informantes policías no habían abierto la boca.

—Pero Martin, tú, de entre todas las personas, tienes unos contactos fabulosos.

—Eso dicen algunos —contestó él. Aimée reparó en la sonrisa de satisfacción que le brilló en la voz.

—Hay un rumor. Algo relacionado con *Don Giovanni* —reveló él—. ¿Lo conoces?

—No personalmente. Es una ópera.

—Mi fuente dice que un rumano detenido en el *11e* por vender éxtasis ha muerto.

—¿Dragos Iliescu?

Aimée oyó a Martin expirar profundamente. Aliento mezclado con humo, no le cabía la menor duda.

—¿Por qué me necesitas? Ya lo sabes todo.

—¿Era droga de mala calidad?

—La BRIF se ha hecho con el caso de inmediato.

Eso significaba que era un caso complicado. Y Morbier estaría con ellos.

—Si no es droga, Martin, ¿qué es?

—Mis canales habituales de información no lo saben. Un misterio, como dicen ellos. Probablemente los rumanos hubieran llegado a un acuerdo muy sustancioso. Pero no tuvieron cuidado, estaban en el lugar equivocado y a la hora equivocada. Mucha gente resultó herida con quemaduras.

La emoción de Aimée creció. ¿Dónde había oído eso antes?

—¿Quemados?

—Literalmente.

Desde el pasillo, oyó que corría agua en la cocina de *madame* Danoux.

Pulsó el botón de apagado del reloj, que había anunciado que era la una de la madrugada, luego se puso lo primero que pudo encontrar. Su falda de cuero, su sudadera entallada de cremallera. Luchó para ponerse los botines y emprendió su camino hacia la cocina.

—*Madame* Danoux, ¿está vestida?

—¡Qué pregunta! Pues claro, aún no me he quitado ni siquiera el maquillaje...

—*Bon* —la interrumpió Aimée—. ¿Puede hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

—Venga conmigo a tomarse una copa —dijo ella, buscando el brazo de la mujer—. En un sitio en esta misma calle. En la esquina.

En el bar de la rue Moreau, a una manzana de distancia del apartamento de *madame* Danoux, la mano de Aimée estaba temblando. No conseguía llevarse a la

boca el *panaché* sin derramarlo.

—¿Por qué está tan nerviosa? —le preguntó *madame* Danoux, quien estaba junto a ella en la barra, gritando. Parecía malhumorada—. ¡Usted era quien quería venir aquí!

Aimée le agarró la cálida mano a la mujer. ¿Qué pasaba si el asesino estaba ahí esa noche? Pero no confiaba en sí misma, tenía que comprobar si su presentimiento era cierto.

—Necesito hablar con Clothilde, la propietaria, una amiga de Mimi —le explicó Aimée.

—Aaah, la conozco.

—¿Está aquí?

—En la puerta —respondió la mujer—. El acordeonista ya ha llegado, Clothilde deja entrar solo a quien ella quiere. Después, cierra la puerta. Solo una catástrofe de la naturaleza podría dejarla salir de aquí antes del alba.

—Por favor, ¿podría pedirle que se uniera a nosotras? —preguntó Aimée.

—Déjeme que intente llamar su atención.

Alrededor de ella, los vasos tintineaban, el vapor de la cafetera silbaba y la risa chillona de una mujer que también se encontraba en la barra retumbaba. Aimée inhaló el fuerte olor acre de un cigarrillo que se consumía en algún lugar en un cenicero. Ahí estaba ella, en un bar lleno de humo y sin tener un pitillo.

Se volvió hacia una conversación. ¿El bárman?

—Siento interrumpir, una cajetilla de Gauloise *light*, por favor.

—¿Demasiada luz aquí dentro para usted?

—Ojalá. —Llevaba puestas las gafas de sol, una de las que le había mandado Martine.

—Ah, ya veo —dijo él, con la voz dubitativa—. Quiero decir, lo siento...

—No se preocupe —repuso ella—. Todo el mundo mete la pata con esas frases. Yo incluida. ¿Cuánto es?

—¿No se enfadará su médico? —preguntó el bárman.

—Ya soy mayorcita —contestó ella, dejando caer un billete de veinte francos sobre la barra de cinc.

Sintió la respiración de *madame* Danoux en su pelo.

—Clothilde está ocupada. Esa bebida se me ha subido a la cabeza, estoy cansada. Déjeme que la acompañe de vuelta a casa.

Una parte de ella quería volver. La otra no. Tenía que averiguar quién había llamado.

—Vaya adelantándose usted —dijo Aimée. Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo.

—Parece nerviosa —repitió *madame* Danoux, apretándole el brazo—. ¿Segura?

—*Bien sûr* —respondió—. Ya buscaré ayuda para volver.

Su casera se fue.

—*Monsieur*, ¿dónde está el teléfono?

—Al final de la barra.

—¿Recuerda a alguien que usara el teléfono la noche del lunes?

—Podría haber sido cualquier persona.

—Alguien me llamó, luego colgaron —dijo ella, manteniendo, con mucho esfuerzo, la voz calmada—. Escuché el acordeón de fondo.

—Considérese una afortunada —apuntó el bárman—. Una vez que se ponen a cantar es imposible oír nada.

Alguien le metió un papel en la mano.

—Es una partitura.

¿Una partitura? Como si pudiera leerla.

—Lo siento, mi autobús se averió. El lunes llegué tarde —dijo el hombre—. ¿Alguien vio quién usó el teléfono el lunes? Es para ayudar a esta señorita.

—¿Qué me decís de Lucas? —sugirió alguien desde la barra—. ¡Lo ve todo!

La observación, recibida con risas, hizo que quisiera escabullirse, volar a millones de kilómetros de distancia de allí. La ceguera hace que te sientas desnudo en un mundo de gente vestida. Todas las expresiones de Aimée podían leerse, pero nadie las podía descifrar.

—¡Déjame tranquilo! ¿Vale?

Aimée reconoció la voz de Lucas. Él también se estaba riendo.

—¿Aimée Leduc? No le haga ni caso a esos hombres viejos —le dijo él, agarrándola del codo—. Me sé todas las canciones de memoria. No me hace falta leerlas. Tienen envidia.

—Lucas, ¿sabe si Clothilde sigue ocupada? —preguntó Aimée, contenta de que las oscuras gafas de sol le cubrieran la cara. Una opacidad lechosa apareció en los extremos de sus ojos. Las venas que lanzaban destellos de luces opacas le latían en los lados de la cabeza. Como lava discurriendo lentamente.

Merde. Era como si la Tierra se hubiera desplazado y la gravedad tirara de ella por cada costado.

Se aferró a la barra redonda de cinc, sus dedos apoyados contra el borde, tratando de concentrarse.

—¿Clothilde? —dijo Lucas, los taburetes junto a él rechinaban sobre el suelo. Su voz resonó por encima del acordeón, del tintineo de las copas y de las conversaciones.

—¡Clothilde!

—*J'arrive!*

Los estallidos que estaba experimentando en sus ojos le provocaron mareos. Parpadeos de luz, una disminución de la presión sobre el nervio óptico... ¿no había dicho eso el médico? A lo mejor esas pastillas ya habían reducido la hinchazón.

Esto causó que anhelara poder ver más. Pero en lo más profundo de su ser, temía que eso no fuera a suceder nunca. Había que asumirlo. Tenía miedo a tener

esperanzas.

—Lucas, ¡sus chicas cada vez son más jóvenes! —afirmó Clothilde.

Aimée oyó lo que pareció una palmadita en el trasero del hombre. Y sintió la presencia de una mujer perfumada e imponente.

—Clothilde, me ha roto el corazón —contestó él—. Ahora tengo que conformarme con las más jóvenes.

—*Bonsoir*, Clothilde, sé que está ocupada —interrumpió Aimée—. Soy vecina de Mimi.

—Mimi... ¡Claro! —dijo ella.

—Me insinuó que a lo mejor usted podía ayudarme. Alguien usó su teléfono para llamarme el lunes sobre las once de la noche. ¿Recuerda quién fue?

—El lunes, imposible —aclaró ella—. Abrí a medianoche.

Aimée sintió un pinchazo en el corazón. En la barra retumbó una botella que aterrizó encima de ella.

—*Mais non...* ¡pero qué estoy diciendo! El lunes por la noche mi acordeonista empezó a tocar a las diez. Se marchó antes porque tenía un concurso de acordeones... ¡sea lo que sea eso!

—¿Recuerda quién estaba aquí en la barra?

—Mis *habitués*, mi clientela habitual.

—¿Sabe quién utilizó el teléfono?

—*Chérie*, por un franco, cualquiera puede usarlo —respondió Clothilde.

Aimée se esperaba esa respuesta. Y podía ser verdad. Pero sospechaba que la mujer ejercía un férreo marcaje en su negocio y que tenía ojos en la nuca, como haría un buen dueño. Con casi toda certeza, sabía qué bebía cada uno de sus clientes, cómo contentar a su más fiel clientela, cuándo hablar y cuándo escuchar.

Era difícil recabar información y, al mismo tiempo, seguir pareciendo despreocupado. Clothilde llevaba dando vueltas por el mundo mucho antes de que Aimée naciera. ¿Cómo podía hacer que le revelase la verdad o que se le escapara algo?

—Clothilde, tiene razón. Pero hoy en día muchas personas tienen móvil. Mimi me dijo que su memoria es más afilada que una cuchilla de afeitar. Que suele recordar todo. —Aimée se inclinó hacia delante en dirección donde suponía que estaba la mujer—. Se trata de un tema un tanto personal. No me gustaría que el mundo entero lo supiera. Ni mi médico.

—Mis oídos son todo suyos, *chérie* —dijo Clothilde—. ¡Lucas, dese la vuelta!

Aimée tenía que pensar en algo rápidamente. Más rápido de lo que nunca lo había hecho antes. Y algo que funcionara.

—*Alors*, él invirtió dinero en un proyecto. Pero cree que soy yo la que le debe dinero... —dijo ella, bajando la voz. Entonces, hizo una pausa para darle un efecto dramático al relato—. Llamémoslo una inversión, le dije. Pero no hay garantías, ¿eh? Al principio fue un regalo, luego lo denominó préstamo. ¡No quiero volver a

recordarlo todo si él ya lo ha dejado pasar! Pero necesito saber si fue él quien llamó. Entonces, podremos solucionar el problema. ¿Lo entiende, Clothilde?

—¿Cómo se llama?

Estupendo... ¿cómo salía ahora del paso?

—No puedo decirlo, no es justo, ya sabe, si no fue él el que llamó o...

—Pero ¿por qué...?

—Me llamó desde aquí. Recuerdo la canción *Nini peau d'chien* de fondo.

Un suspiro perfumado teñido de ajo le golpeó el olfato.

—No me sorprende. Se me viene una persona a la mente.

Di su nombre, suplicó mentalmente Aimée.

—*Alors*, es un poco mayor para usted. Además de aburrido. Pero podría no tratarse de él, ¿eh?

Dilo, quiso gritar. *Dilo*.

—La edad no importa.

Clothilde suspiró.

—Los hombres siguen sorprendiéndome.

Aimée dio una calada larga al cigarrillo. Se apretó el puño, deseando que hablara.

—Desde luego que él me ha sorprendido.

—Mathieu utilizó el teléfono. Me dijo que no le gustaban los móviles. Ha estado aquí esta noche —dijo la dueña—. Hace una media hora. Me cuesta creer que fuera él.

¿*Mathieu*?

¿Cómo podía ser Mathieu? Sin embargo, retrocediendo en el pensamiento, Chantal le había dicho que los *flics* se lo habían llevado para interrogarlo. Pero... ¿atacarla a ella y matar a Josiane?

Aimée sintió un aliento con olor a ajo en su cara.

—Pero cada uno tiene sus gustos.

—Bueno, creía que...

—Ahora que lo pienso, el padre de Mathieu —interrumpió Clothilde— invertía en chicas. Consiguió que todos hiciéramos la vista gorda con las mujeres que contrataba de nuestro negocio. Por turnos, le hacían favores.

—¿El padre de Mathieu? ¿No era un artesano?

—Pregúntele a Mimi. A los cargos más altos de las SS les encantaban... las chicas sencillas parisinas del *marché d'Aligre*. Les gustaban los trajes de campesina.

—Clothilde sopló una bocanada de humo en el aire—. ¡Quién lo iba a decir!

—Pero creía que la familia de Mathieu era una respetada familia de *ébénistes*.

—Eh, *chérie*, ¿quién iba a adquirir obras de arte durante la ocupación nazi? «Comprar» es un término político. «Apropiarse» es un concepto más adecuado. ¿Quién mejor para hacerse con los muebles de los ricos deportados y obtener beneficios de eso?

¿Todo esto tenía algo que ver con la anciana de pelo gris que había visto salir de

la tienda de Mathieu?

—¡Clothilde!

Se alzaron voces, cantando acompañando al acordeón. Viejas canciones, como las que solía tocar su abuela.

—Discúlpeme, hora de cerrar las puertas.

—Lucas, ¿le importaría ayudarme a volver a casa? —le preguntó Aimée.

Le escuchó beberse de un trago su copa de vino.

—Será mejor que salgamos ahora mismo o ya no podremos hacerlo.

—*D'accord*. —Lucas se mostró de acuerdo.

Fuera en la calle, los únicos sonidos que había eran sus pisadas y los golpecitos contra el suelo adoquinado mojado por la lluvia del bastón de Lucas. La música se había desvanecido en el silencio de la noche. La lluvia había alterado el olor que desprendían las paredes de piedra que custodiaban la calle.

—¿Cómo de bien conoce a Mathieu?

—Escuche, esta Clothilde habla por los codos —señaló Lucas—. Ella tampoco tenía las manos limpias durante la guerra. He oído algunas historias. Pero la gente hizo lo que tenía que hacer. Y se acabó.

—¿Cree que Mathieu esconde algo? —preguntó directamente Aimée—. ¿Tenía miedo de que Josiane descubriera algo?

—*Ben alors!* —exclamó él—. Todos ocultamos cosas.

—Tengo que hablar con Mathieu —dijo ella—. Lléveme hasta allí.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —contestó él—. Estoy cansado. Déjelo estar.

Aimée buscó dentro de su mochila, encontró la Beretta.

—Mire —dijo ella, quitándole el bastón y presionándole contra la mano la pistola—. No querrá probar esto, ¿verdad?

—Es una broma, ¿no?

—En caso de que a Mathieu se le haya olvidado algo, usted podrá recordárselo.

Sintió cómo bajaban por la rue Charenton guiados por el bastón. Tap, tap, tap. Al oír el borboteo de la fuente, recordó que tenían que girar a la derecha para llegar a lo que se imaginaba que era la entrada del patio de la tienda de Mathieu. Las grandes puertas estaban cerradas. Las recorrió enteras con el bastón de Lucas y encontró el aparato para introducir el código de acceso. Presionó algunos botones.

—¿Quién es? —respondió una voz furiosa.

—Perdone, me he olvidado del código de acceso de mi tío Mathieu. Está dormido. Por favor, ¿me deja pasar? —explicó Aimée.

—Para la próxima vez, apúnteselo.

Un fuerte zumbido provino de su derecha.

Lucas y ella empujaron la pesada puerta para abrirla.

—¿Cómo conocía esta entrada del edificio?

—Bueno, está frente a la parte vieja de la residencia construida en la época de los mosqueteros. En su día, todos los edificios estuvieron conectados entre sí. Fíjese en el

grosor de la pared. Es como la de la residencia.

—De esta manera, nos ha evitado tener que subir por la rue Faubourg Saint Antoine y entrar por la cour du Bel Air.

O cruzar por el passage de la Boule Blanche. No quería volver a pasar por allí nunca más.

—Puede resultar gracioso preguntarle esto, Lucas, pero ¿puede ver algo?

—No quería admitirlo, pero la pequeña visión periférica que tengo desaparece por la noche.

—¿Desaparece?

—En el mejor de los casos puedo diferenciar grises y sombras sutiles. La oscuridad lo ensombrece todo.

Las pastillas. Tenía que tomarse sus pastillas. *Merde!*

Dio con ellas, se las introdujo en la boca y prosiguió con su camino palpando los adoquines que conducían a la fuente borboteante. Metió la cabeza debajo, bebió del agua que emanaba, dando la bienvenida al frío que entró por su cuerpo. El sabor puro del agua se deslizó por su garganta. El agua debía de proceder del antiguo pozo de la fuente de Trogneux situada al otro lado de la calle.

Los estorninos nocturnos piaban en el interior del patio. El olor de la madre selva que Aimée recordaba le parecía más intenso en la brisa de la noche.

En el tiempo que tardaron en llegar hasta la puerta de cristal del taller del ebanista, ella se tropezó varias veces con las piedras desgastadas.

Tocó el cristal. Le dio un golpecito suave.

—¿Mathieu?

—La puerta está abierta —dijo Lucas.

Se agarró al codo de él y lo siguió. Se dejaron guiar por el fuerte olor a disolvente de pintura que procedía del *atelier*.

—¿Mathieu?

No obtuvieron ninguna respuesta. Desde algún sitio se escuchaba una sonata de Mozart, relajante y a poco volumen. ¿Una cinta? ¿La radio?

Oyó a Lucas tomar la iniciativa en la exploración del lugar y adelantarse a ella. Los restos de madera se apilaban a un lado. No habían llegado muy lejos. Luego, un grito ahogado de Lucas quejándose al tomar asiento.

—No me siento cómodo merodeando en su taller. Lo más seguro es que esté arriba durmiendo. Nosotros somos ciegos, por lo que nuestros patrones de sueño están alterados. Sea de día o sea de noche, nos da lo mismo, pero para el resto del mundo sí que tiene un significado.

—Ahora mismo vuelvo.

Tanteó con el bastón, tendiéndolo delante de ella para ir abriéndose paso. Tocó las patas de las mesas de trabajo, estructuras rectangulares que actuaban como marcos, paneles huecos, un bloque metálico grueso que debía de ser el calentador emitiendo ráfagas de pulverización catódica de calor. Después, la pared de piedra, gruesa y

húmeda.

Y escuchó cómo caía al suelo la pistola, deslizándose sobre la madera. Su reflejo fue automático.

—¡Lucas! ¡Agáchese y cúbrase la cabeza!

Se escondió debajo de una mesa de trabajo con las patas muy gruesas. No hubo ningún disparo.

—¿Lucas?

No hubo respuesta. Silencio.

Entonces, oyó cerrarse la puerta. El trinquete metálico se cerró.

Sábado, por la noche

—Ha llegado esto para usted, sargento Bellan —dijo el oficial de la recepción del turno de noche—. Y le han dejado estos mensajes.

Todos de Aimée Leduc.

Bellan los cogió, junto con un café expreso, y se sentó en su mesa. Había archivado el informe del Monstruo de la Bastilla y lo había enviado al *frigo*. Quería deshacerse de todas las cosas de Aimée y tirarlas a la basura para que descansaran al lado de las colillas, las notas manchadas de café y las violetas marchitas.

Pero colocó el informe del oficial Nord para leerlo en primer lugar. Luego, abrió el sobre grueso, examinó el registro del depósito de cadáveres y leyó la nota que había escrito y adjuntado el socio de la chica, René.

Se bebió de un trago el expreso.

—Necesito un chófer, oficial —ordenó, metiendo el informe en su maletín.

—Esta noche están todos ocupados, señor —respondió—. Y estamos escasos de personal, por si necesita que alguien lo acompañe.

—Da igual, no necesito a un ayudante. Se trata de una operación especial. Consígame un coche.

Loïc Bellan condujo a toda velocidad por el pont Notre Dame, el oscuro Sena estaba iluminado por pequeños halos de luz azul procedentes de los *bateaux-mouches* de abajo. Pasó por la place Lepine, en la isla de la Cité, donde los vendedores ambulantes estaban montando los puestos del mercadillo de flores de los domingos.

Corrió al interior del Hôtel Dieu, enseñando su placa, y el guarda de seguridad medio dormido le indicó la dirección que debía seguir. Después de atravesar varios pasillos interminables y equivocarse en varias ocasiones de trayectoria, consiguió llegar a la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Enfermera, necesito hablar con un paciente que está aquí ingresado, Dragos Iliescu.

De alrededor de la recepción del turno de noche se escuchó el pitido de una máquina y el sonido de un encerador en el cavernoso pasillo. La piedra había sido pulida con un chorro de arena, dándole un tono caramelo bajo la luz tenue.

—Déjeme comprobarlo, acabo de empezar mi turno —dijo ella, introduciendo los datos en un ordenador. Bellan vio a otra enfermera en el puesto de enfermería propinándole un empujón suave a su compañera y señalándole un historial. Una carpeta azul oscuro.

—Me temo, sargento, que ya es demasiado tarde —dijo ella—. Ha fallecido.

Frustrado, Bellan quiso maldecirse a sí mismo. ¿Por qué no había venido antes?

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

—Los médicos están determinándolo en estos momentos, realizando un análisis

toxicológico para comprobar si había consumido drogas.

—Esta es mi tarjeta de visita. Mi número está ahí. Dígale al doctor responsable que me llame en cuanto lo sepa.

¿Había sido demasiado obstinado? ¿Demasiado inflexible en la manera de pensar? ¿Acaso no era eso lo que le había dicho Marie? «Loïc, escucha de vez en cuando a los demás y, después, toma una decisión».

Merde!

Durante todo el camino de vuelta, se regañó a sí mismo. Solo podía hacer una cosa. Aparcó el coche de policía en la acera a la altura del número 22, en el bulevar de la Bastilla. Apagó el motor y se quedó sentado dentro del vehículo. La pequeña tienda seguía con la luz encendida. Un minuto más tarde, salió del coche.

—*Bonsoir, monsieur Tullés* —saludó él—. ¿Está Bidi?

—Estamos cerrando. —Sonrió el señor—. ¡Bidi! Supongo que quiere hacerle más preguntas.

No hubo respuesta.

—Lo siento, este chico y sus cascos... ¡Bidi!

Bellan agachó la mirada y se concentró en sus pies. Había algo en ese lugar, en *monsieur Tullés* y en Bidi que le hacía quedarse sin palabras. Vaciló, tragó saliva.

—De hecho, *monsieur Tullés*, si no le importa, necesito la ayuda de Bidi.

Sábado, por la noche

Aimée se estremeció.

—Lucas, dígame si está bien... —gritó.

Una composición de Mozart para piano sonaba débilmente al fondo del taller.

¿Habría dejado Mathieu a Lucas fuera de combate?

—Mathieu... ¿quién está ahí?

El sonido de lo que parecía un cerrojo resonó en el lugar.

—¿Quién anda ahí? —Sus palabras se ahogaron en su garganta.

¿Qué estaba pasando?

Aimée no podía esperar a averiguarlo, tenía que hacer algo. Rápido.

Buscó a su alrededor lo que fuera que pudiera encontrar en el suelo. Se topó con una lámina metálica dura y con la superficie lisa. Contundente y gruesa. Se imaginó que se trataba de plomo.

Algo crujió en una de las esquinas del local.

Se le cortó la respiración. Extendió las manos. Sintió un zapato... pero no el tacón curvado de madera de un zueco. Continuó palpando. Sus dedos tocaron algo pegajoso y que olía a metal. Sangre.

Mathieu.

Ahora ya sabía por qué la puerta estaba abierta y nadie respondía. Rozó con sus dedos una cúpula redondeada y lisa. Su cabeza. Entonces, se paralizó.

El ebanista era calvo.

¿Por qué no lo había preguntado antes? Era calvo. No necesitaba champú.

Demasiado tarde. Estaba a punto de acusarlo de haberla atacado y de haber matado a Josiane, pero no podía haber sido él. Qué idiota. ¿Por qué no se había percatado de ese pequeño matiz? Si lo hubiera hecho, Lucas todavía podría estar vivo.

Y, de repente, todo encajó en su sitio. El olor a alquitrán, las quemaduras de Dragos, el plomo y la cosa extraña con la que había chocado, luego palpado. Cayó en la cuenta de que Morbier había participado en una búsqueda inútil por todo París de «explosivos», mientras estos estaban ahí dentro.

Justo ahí.

Recorrió todo el cuerpo sin vida de Mathieu. Al lado de la lámina de plomo había ampollas de cristal y las probetas de laboratorio. Como las que había encontrado René. Pero estas tenían letras escritas en ellas. En la parte inferior.

РАДПИОАКГИВЪЙ

Debía de ser cirílico. Trazó con el dedo la forma de una U invertida, luego números. Se le hizo un nudo en el estómago.

El símbolo del uranio enriquecido.

U-235.

Las armas enriquecidas con uranio.

Lo más seguro era que se tratase de muestras de cinco a diez gramos de uranio dado el tamaño de las probetas. Lo suficientemente peligroso. Más que letal si se mezclaba la cantidad suficiente. Lo suficiente para una bomba radiológica.

Y el asesino tenía el escondite perfecto para pasar los controles aduaneros.

Claro estaba que había estado ahí, desembalando el envío. Y ellos dos le habían interrumpido. Aimée rezó por que solo hubiera dejado inconsciente a Lucas, no que lo hubiera matado. Lo único que podía hacer era intentar que él hablara. Conseguir que se acercara a ella.

—Sé lo que hizo —dijo ella, con una voz uniforme—. Muy ingenioso. Y debo reconocer que admiro su plan. Pero ¿por qué?

El concierto de Mozart para piano subió de volumen al fondo.

—Usted —resopló él—. Usted es a quien estaba buscando.

Aimée se quedó sin aliento nuevamente en el preciso instante en el que reconoció la voz. Escalofríos le recorrieron la espalda. El uranio... ¿dónde estaba? ¿Lo había tocado?

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Es a lo que me dedico —dijo Malraux—. Lo compro y lo vendo.

—No estamos hablando de traficar con huevos de Fabergé, con antigüedades o con vaqueros Lee de imitación —dijo ella—. El uranio y su radiación matan a las personas. De una forma atroz.

—Materia prima —aclaró él—. Lo llaman materia prima.

—Por lo que veo se sabe el precio de todo y el valor de nada.

—Me gusta esa frase.

—Fue Óscar Wilde quien la dijo.

—Pero se ha equivocado —repuso Malraux—. Conozco el precio y el valor de las cosas.

El tono que estaba empleando Malraux, escalofriantemente prosaico, le provocó una sensación de repugnancia y de miedo.

—Son negocios —dijo él—. Como cualquier otro.

—Pero Josiane lo descubrió, ¿verdad? De alguna manera, Vincent se lo debía. A cambio, le dejó usar su cuenta de correo electrónico.

Aimée lo escuchó suspirar.

—Siento esa parte —se disculpó, con una voz dulce—. Nunca pretendí hacerle daño a Josiane. Y si usted no se hubiera metido en medio...

—¿Yo? —Como si fuera su culpa.

—Estaba intentando convencer a Josiane de que no publicara su artículo. Hacerla entrar en razón. Este era el último envío.

Siempre era el último envío, la última vez, el último lanzamiento de dados.

—Hace años, fuimos amantes —admitió él—. Pero los dos estábamos casados con otras personas. Ya sabe, el remordimiento le pesaba mucho a mi corazón. Lo hundió por completo. Por eso, cuando nos vimos después de tantos años en el concierto benéfico de la Ópera... fue como si nunca nos hubiéramos separado.

Sorprendida, Aimée escuchó. ¿Había estado enamorado de Josiane? ¿Ella se había vuelto a enamorar de él y luego descubrió lo que había hecho? ¿Y lo pagó con su vida?

—No soy un asesino.

—¿Y cómo explica lo de Mathieu?

—Esta noche ha intentado detenerme; sentía cargo de conciencia.

—Quizá por algo más —dijo ella—. Pero no me creo que supiera realmente lo que usted se traía entre manos. Lo había planeado todo. Se enteró de la puesta en libertad del Monstruo de la Bastilla por alguien de su entorno.

—Mi prima está casada con su abogado, Verges.

Pues claro.

—Por lo que imitó el *modus operandi* de los asesinatos y Vaduz oportunamente murió antes de que pudiera negar que fuera el autor de la muerte de Josiane. Todo para ocultar el hecho de que usted tenía uranio, fundido en plomo, escondido en los cajones de los muebles.

—*Mademoiselle*, ¡parece que después de todo tiene algo debajo de esa cabellera despeinada!

Ahora quería darle un puñetazo. Pero primero tenía que acercarse lo suficiente. Mantener la calma, hacer que siguiera hablando. Que continuara hasta que resolviera hacia qué dirección avanzar.

Seguía palpando con las manos a su alrededor, alejándose de Mathieu. El pobre y triste Mathieu.

—No entendía por qué Mathieu trabajaba con usted —dijo ella—. Pero tenía que hacerlo. Usted tenía los contactos para las ventas.

—Y ahora tengo la cómoda de *pietra dura*. Mathieu intentaba jugar al despiste con los promotores para poder mantener abierto su taller —explicó Malraux—. Se acabó. Luchó en una batalla perdida. La opción más inteligente para él hubiera sido unirse al vencedor.

Sus manos palparon una gran jarra de cerámica... rellena de un líquido frío. Agua.

—Es una gran idea —dijo ella—. Todos estos muebles antiguos tienen compartimentos secretos, lugares ocultos y frentes falsos, pilares que se quitan. Ya de por sí son piezas muy pesadas, por lo que añadir láminas de plomo no marcaría la diferencia.

—Por favor, quiero que sepa, que aquella noche, cuando la agarré por el cuello —apuntó él—. No pude hacerlo. Es tan atractiva, ¿sabe?, que...

A Aimée le costaba creer le hubiera ahorrado una muerte segura de forma

deliberada. La ponía enferma.

—Entonces vino gente —continuó él—. Oí a Josiane correr hacia el taller.

Se estampó contra la gran mesa de trabajo. Las herramientas cayeron estrepitosamente al suelo. ¿Sobre el cuerpo de Mathieu?

Aimée se preguntaba si las luces estarían encendidas. Malraux debía de haber tapado las ventanas. El *atelier* tendría cortinas o persianas de madera. El volumen del concierto para piano de Mozart se disparó. Debía de haber sido él el que lo había subido... sería más fácil matarla de aquella manera.

¿Dónde estaba su Beretta?

—He tratado con este científico durante años —confesó Malraux, mostrando calma en su voz. Ella lo escuchó moverse, clavando cosas. Empujando cosas por el suelo—. Nos conocimos cuando Mathieu quiso vender alguna antigüedad familiar. Más tarde, las antigüedades de un amigo de la familia. Entonces, el Gobierno del país cambió. Este científico en cuestión era el director de una planta nuclear submarina, tenía una casa de campo y conducía un Lada. Pero la Unión Soviética cayó y ya no había más gasolina para el Lada ni comida para llevar a la mesa. Sin embargo este hombre seguía teniendo acceso a información de alto *standing*... no se iban a quedar huérfanos de uranio si perdían algo, se lo robaban o lo abandonaban, o lo gastaban para combustible nuclear. Él me lo sugirió, tiene contactos aquí. Lo único que hice yo fue encargarme del transporte. Ese idiota de Dragos pensó que podía jugármela. ¡Qué ambicioso! Mire lo que ha pasado.

—Muerto por la radiación. —Movió la cabeza.

—La gente quiere mi producto. Encontrar a compradores no supone ningún problema —señaló—. Es como en la guerra. Mi madre tenía cuadros y piezas de arte para vender al mejor postor. ¿Quién no lo hacía? Así lo hacía cualquiera que quisiera sobrevivir. Al *Oberstampführer* le interesaba el arte. Y mamá. ¿Quién si no hubiera podido mantener el negocio? Mientras ella trabajaba, papá se interesaba en otras personas y en otras cosas. Clothilde fue su amante una vez.

Quizá fue por eso por lo que Clothilde lo había conducido hacia la persona equivocada.

—¿Dónde está Lucas?

No hubo ninguna respuesta. Aimée oyó que limpiaba algo frotando y raspando. Intentó visualizar dónde se encontraba. No muy lejos del calentador. Pero ¿estaban las luces encendidas... y él la estaba observando atentamente? ¿O estaba más atento a su uranio? Entonces, su mano chocó contra un poste... ¿una lámpara? Estaba caliente.

Se le había ocurrido un plan. Tenía que hacer que siguiera hablando y conseguir que la tocara.

—En el mundo del arte nadie trabaja con guantes blancos. —Una risita—. Solo los ricos que tienen su propia colección de arte. Los que tienen poder. Se solía decir que si no hubiera habido judíos, no hubiera habido coleccionistas de arte. *Alors*, antes

de la guerra, era cierto. En el arte, uno hace negocios con los que tienen poder. Asumámoslo. Necesitas pan, vas a la panadería. Para dejar algo en herencia a la familia, primero hay que ir al marchante, luego al corredor de Bolsa. Hoy en día, compran coches, ordenadores, casas más grandes, pero la mejor inversión, además de los diamantes, es el arte. Mire cómo perdura.

Se estremeció al oír el tono de voz que estaba empleando. Parecía como si estuviera hablando de diferentes formas de invertir, no de armas enriquecidas con uranio capaces de matar y acabar con una ciudad entera.

Sintió luces delante de sus ojos... se encogió desconcertada y, luego, gesticuló. Se apoyó contra la mesa.

—No se haga ilusiones —dijo él.

—Son mis ojos... me provocan mareos.

—No se preocupe, eso pronto dejará de ser un problema.

—¿Qué va a hacer?

Claro, iba a matarla.

—No es de su incumbencia.

Aimée lo oyó maldecir y cerrar de un golpe cajones.

—Por lo que se ve, Dragos se llevó algo de uranio, ¿no?

Sintió el duro respaldo de una silla golpearse contra sus costillas. Como si se hubiera agrietado, un dolor abrasador le recorrió todo el costado. Y, otra vez.

Intenta mantenerte recta. Haz que hable, mantén su atención alejada de ti.

—Pero Mathieu era un artesano...

—El padre de Mathieu también participó en esto. Y su abuelo. La mitad del mundo del arte le roba a la otra mitad. Una y otra vez. Se saltan una o dos generaciones y el propietario originario vuelve a robar la pieza. ¿Cree que acaso las obras de Leonardo da Vinci las tiene solo una familia? Solamente hay que fijarse en el comte de Breuve.

La jarra de agua fría estaba a su lado. Contundente.

—Pensé que se involucraba en el mundo del arte porque...

—¿Porque me fascina? —intervino él, su forma educada de hablar había desaparecido—. Odio las cosas viejas. Huelen mal. Desde que tengo uso de razón, hemos tenido por todas partes piezas mohosas y en descomposición construidas o pintadas por personas muertas. Estoy vivo. No quiero encadenarme a las manifestaciones artísticas que concibieron personas que murieron hace cuatrocientos años para expresarse.

—Entonces, ¿todo esto es una tapadera?

—¿Tapadera? Las personas ven lo que quieren ver. El *hôtel particulier*... no es una verdadera inversión. Si lo vendiera, los impuestos que tendría que pagar supondrían el ochenta por ciento del beneficio obtenido de la venta del edificio.

Se aferró al pie de la lámpara para sujetarse. Exhausta. Sentía las costillas como si estuvieran rotas.

—Todo está protegido por un decreto histórico. Los muebles son parte del edificio. Ni siquiera puedo venderlos. En los óleos se están formando burbujas, las piezas de muebles lacadas se están desconchando, y no tengo el dinero suficiente para repararlos. No me cuesta casi nada mantenerlos ahí y utilizar el sitio como una galería o sala de exhibición, como hicieron mis padres. Pero en mi ala del palacio, todo es de Ikea y Conran. Me encanta el plástico, ese material tan denostado.

Aimée sintió la base de la lámpara.

—¿Sabe que se equivocó con Vaduz? —dijo él gratuitamente.

Sus pasos cada vez estaban más cerca de ella. Le escuchó gruñir y empujar algo. Algo que avanzaba lentamente sobre el suelo. Y aquel olor a alquitrán. Su champú. No debía de estar a más de medio metro de distancia.

—Pero sabía que Vaduz no fue quien me atacó —contestó ella.

Aimée se tambaleó contra la jarra de porcelana. Se desquebrajó y se hizo añicos. Se salió toda el agua e inundó el suelo en pendiente, estancándose en la zona en la que estaba el calentador.

—*Salope...* ¡Me ha empapado el esmoquin!

Lanzó con todas sus fuerzas la lámpara en dirección a la voz de Malraux. Se le clavaban las costillas en la piel como si fueran cuchillos. Según se oyó la bombilla de cristal romperse en mil pedazos, Aimée sintió cómo él retrocedía. Pero ella no quería que hiciera eso.

Tendió el poste de la lámpara hacia delante, golpeándolo nuevamente, apuntándolo con la parte desprotegida del enchufe hacia él. Notó cómo intentaba escaparse. Pero el enchufe se enganchó con algo metálico que llevaba en la muñeca. ¿Una pulsera? ¿Unos gemelos? Malraux gritó al sentir cómo le dio un calambrazo en la mano derecha. Se revolvía intentando liberarse. Agarró el poste tan fuerte como pudo. Él se puso rígido. Aimée reparó en un murmullo débil, apenas audible por la música.

Y, entonces, el agua llegó hasta ella y soltó la lámpara.

Algo pitó. Capas de inconsciencia fueron quitándose poco a poco, como velos de niebla. Tanteó a su alrededor en busca del teléfono que tenía en el bolsillo.

—*Allô?*

—Es católica, ¿verdad, Leduc? —preguntó Bellan.

De fondo se oía retumbar diferentes ruidos.

Sentía su cabeza aturdida, su boca aún más. Pequeños destellos de luz se toparon con sus párpados.

—Hice la primera comunión —respondió ella.

—*Bon...* ¿dónde escondería algo en una capilla?

—Debajo de la pila del agua bendita. —Fue lo primero que se le vino a la cabeza —. Algunas veces, al fondo, tienen una alcancía para donaciones. Pero si lo que está

buscando es uranio, hay algo de eso por aquí. También cadáveres.

—¿Dónde?

—En el taller de Mathieu. Fácil de encontrar. Probablemente brillemos en la oscuridad.

Aimée oyó quejidos y a alguien moverse.

—Mejor que se dé prisa, alguien se está despertando —dijo ella—. Me encantaría poder decirle de quién se trata.

Domingo, por la tarde

Bellan vació la botella de *whisky* en el inodoro, cogió su chaqueta de la percha del dormitorio y se marchó. En el *métro*, toqueteó los trípticos para padres que había cogido en el Ayuntamiento. Subió las escaleras de la parada de *métro* Montgallet y, una vez arriba, casi se da la vuelta. *No, sigue adelante*, se dijo así mismo.

La place de Fontenay, bajo el crepúsculo ensombrecido, estaba llena de niños que regresaban a casa después de jugar una tarde de domingo en la calle y de parejas que se disponían a salir. Un grupo de tiendas de informática con descuentos que cubrían las fachadas del siglo XIX perfilaban la calle. El viejo letrero apagado de la *tapisserie* aún quedaba a la vista debajo de uno en el que se podía leer «TeknoWare». Las campanas de una iglesia lejana repicaron.

Bellan visitó el jardín de Reully, un vasto espacio verde al aire libre con una piscina cubierta de lo más moderna. A las niñas les hubiera encantado; Monique podría haber ido a clases de natación.

El sargento se detuvo delante del número 11, en la rue Montgallet, debajo del letrero de «Services Sociaux. Association de parents d'enfants déficients mentaux^[3]». Tres cigarrillos más tarde, aún seguía plantado delante de la puerta.

¿Le importaría a Marie si iba a estos sitios? ¿Lo creería? ¿Y qué le podría decir un grupo de padres charlatanes y participativos e involucrados con hijos con síndrome de Down que aún no supiera? ¿Que todavía no estaba preparado? ¿Quién necesitaba una sesión de quejas y más quejas? Él ya tenía suficiente de eso en el *commissariat* con todos los recortes de personal.

Cuando se disponía a girarse para marcharse, se chocó contra un hombre de mediana edad, sin aliento, que tenía cogido de la mano a una joven. Una chica con síndrome de Down que se estaba riendo.

—Perdónenos, llegamos tarde —se disculpó el señor—. Hubo prórroga en el partido de fútbol.

Bellan reparó en la camiseta a rayas, los pantalones cortos negros, en las botas de tacos embarradas y en las medias que llevaba la joven. Y en su cara colorada, una sonrisa.

—¿Quién ha ganado?

—El equipo de mi hija Arlette. Es la portera —contestó él, irradiando orgullo—. ¡Han pasado a cuartos de final!

Arlette abrazó a su padre, luego le ofreció la palma de la mano manchada de barro a Bellan para que le chocara las cinco.

—¡Bien hecho! —dijo él, apretándole la mano.

—Detrás de usted, *monsieur* —ofreció el hombre, dirigiéndose hacia la puerta—.

No queremos que también usted llegue tarde.

Apretó el puño dentro del bolsillo. No podía hacer lo que Marie u otros querían que hiciese. Solo lo que su corazón le dictase. Y era él el que tenía que dar el primer paso.

—De hecho, ya llego tarde. *Merci* —señaló Bellan—. Pero estoy aquí. —Inspiró profundamente y entró.

Domingo, por la noche

Aimée acarició a Miles Davis. Su húmedo hocico negro le olfateó el cuello y su collar tintineó contra la cama del hospital.

—Creo que tienes complejo de princesa —dijo René, como si fuera una sombra a su lado.

—¿Por qué? —Se tocó la venda que le cubría las costillas. Un aroma a rosas procedía de algún sitio cercano a ella. Una silueta brillante rectangular de color blanco pasó de lejos. ¿Una enfermera?

—En el posoperatorio, bajo los efectos de la anestesia, dijiste algunas cosas muy divertidas.

Se quedó paralizada.

—*Mon Dieu*, ¿qué dije?

Escuchó cómo René se reía.

—Claro está que es todo lo contrario —dijo rápidamente, a la defensiva. ¿Habría mencionado a Guy? *Tonta, eso no iría a ninguna parte*—. Todo el mundo balbucea lo contrario a lo que realmente piensa. Gracias por las rosas —concluyó, con la esperanza de camuflar su sonrojo.

—No me des las gracias a mí, la tarjeta la firma Guy —aclaró René—. Dijiste algo de que habías perdido tu corona.

¿Corona? Oh no. Su padre siempre la había llamado «su princesa».

—Pero no pude encontrar una corona, así que te compré esto en su lugar.

Sintió algo alargado y fino sobre su mano. Resplandecía y relucía, como el brillo bailarín de las estrellas. Distorsionado pero ininterrumpido. Aimée empezó a enfocar. Los mareos habían desaparecido.

—Una varita... para que se hagan realidad todos tus sueños.

Y en ese momento, pudo verla. Sonrió.

—Ya se han cumplido. —*En más de un sentido*, pensó para sus adentros—. Has enviado el archivo de Vincent a la *proc*, ¿verdad?

Miles Davis respondió con un ladrido rotundo.

La brisa procedente del Sena se coló por la ventana del hospital, revolviendo las sábanas, refrescando el ambiente, anunciando un invierno templado.

Notas

[1] N. de la t.: Todas las palabras que figuran en otro idioma aparecen así en el texto original. <<

[2] N. de la t.: Érase una vez, una vendedora de *foie* que vendía *foie* en la ciudad de Foix. Ella se dijo: A fe mía, es la primera vez que vendo *foie* en la ciudad de Foix. <<

[3] N. de la t.: Servicios Sociales: Asociación de padres con hijos con discapacidad mental. <<